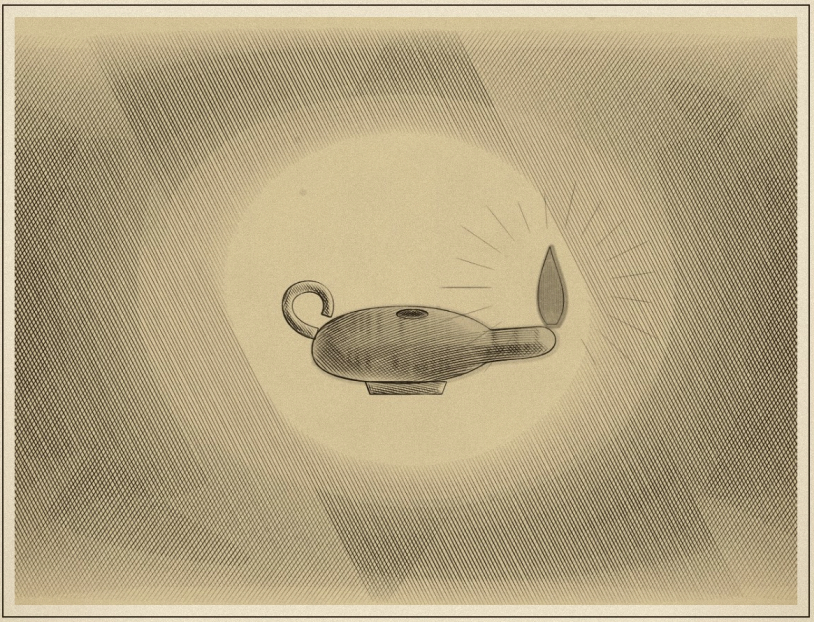
OLIVER TWIST

Charles Dickens



La lámpara encendida

MMXXVI

Oliver Twist

Charles Dickens

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: traducción anónima de 1857.

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

Capítulo primero. Del lugar en que Oliverio Twist recibió por primera vez la luz del día y de las circunstancias que concurrieron a su nacimiento

Capítulo segundo. Del modo con que fue criado Oliverio Twist, de su infancia, de su educación

Capítulo tercero. Cómo Oliverio Twist estuvo próximo a coger una plaza que podía muy bien llamarse una prebenda

Capítulo cuarto. Habiéndose ofrecido a Oliverio otra colocación efectúa su entrada en el mundo

Capítulo quinto. Oliverio adquiere relaciones con nuevos personajes

Capítulo sexto. Oliverio puesto fuera de quicio por las burlas amargas de Noé se enfurece y sorprende a este por su audacia

Capítulo séptimo. Oliverio es un refractario completo

Capítulo octavo. Oliverio se dirige a Londres, y encuentra en el camino un joven singular

Capítulo noveno. Algunos detalles concernientes al viejo chistoso y sus alumnos sobresalientes

Capítulo décimo. Oliverio se entera mejor del carácter de sus nuevos compañeros, y adquiere experiencia a costas suyas. Importancia de los detalles contenidos en este capítulo

Capítulo undécimo. De la manera que administra la justicia el magistrado míster Fang

Capítulo duodécimo. Oliverio recibe el buen tratamiento que nunca había recibido hasta ahora. Particularidades referentes a un retrato

Capítulo trece. Cómo por medio del viejo chistoso el lector instruido va a adquirir relaciones con un nuevo personaje. Particularidades y hechos interesantes pertenecientes a esta historia

Capítulo catorce. Detalles referentes a la permanencia de Oliverio en casa míster Brownlow. Predicción notable de un cierto míster Grimwig con motivo de un mensaje confiado al niño

Capítulo quince. En el que se demuestra hasta qué punto el viejo judío y la señorita Nancy amaban a Oliverio

Capítulo dieciséis. Donde fue a parar Oliverio después de haber sido reclamado por Nancy

Capítulo diecisiete. La suerte que no se cansa de perseguir a Oliverio lleva a Londres un personaje ilustre que anonada su reputación

Capítulo dieciocho. De qué modo Oliverio pasa el tiempo en la sociedad de sus apreciables amigos

Capítulo diecinueve. Se discute un gran proyecto y se determina su ejecución

Capítulo veinte. Oliverio es entregado a Guillermo Sikes

Capítulo veintiuno. Expedición

Capítulo veintidós. Robo de noche con fractura

Capítulo veintitrés. Siguen las aventuras de Oliverio

Capítulo veinticuatro. En el que se da cuenta de una conversación agradable entre Monsieur Bumble y una señora, para probar que un pertiguero (por más que se diga) alguna vez es susceptible de algún sentimiento

Capítulo veinticinco. Detalles oscuros en apariencia; pero que no dejan de ser de alguna importancia en esta historia

Capítulo veintiséis. Aun Fagin y compañía

Capítulo veintisiete. Se presenta en la escena un nuevo personaje. Particularidades inseparables de esta historia

Capítulo veintiocho. Enmienda honrosa de una descortesía hecha a una señora, que hemos dejado de la manera más impolítica en el capítulo 25

Capítulo veintinueve. Carácter de los comensales de la casa en que se encuentra Oliverio. Lo que piensan de él

Capítulo treinta. Posición crítica

Capítulo treinta y uno. De la vida feliz que Oliverio lleva con sus amigos

Capítulo treinta y dos. Un acontecimiento imprevisto viene a turbar la dicha de nuestros tres amigos

Capítulo treinta y tres. Entra en la escena un nuevo personaje. Sucede a Oliverio otra nueva aventura

Capítulo treinta y cuatro. Resultado poco satisfactorio de la aventura de Oliverio, entrevista de alguna importancia entre Enrique Maylie y la señorita Rosa

Capítulo treinta y cinco. El que aunque corto no por eso deja de ser de cierta importancia para esta historia, pues que es continuación del capítulo precedente y conduce necesariamente al que sigue

Capítulo treinta y seis. En el que transportándose al capítulo 33 de esta obra, se notará un contraste por desgracia demasiado común en el matrimonio

Capítulo treinta y siete. De lo que pasó entre Monks y los consortes Bumble, la noche de su entrevista

Capítulo treinta y ocho. El lector vuelve a encontrarse con conocidos antiguos. Monks y Fagin se confabulan entre ellos

Capítulo treinta y nueve. Singular entrevista a consecuencia de lo acaecido en el capítulo anterior

Capítulo cuarenta. Nuevos descubrimientos, en prueba de que las sorpresas lo mismo que las desgracias, rara vez vienen solas

Capítulo cuarenta y uno. Una antigua relación de Oliverio dando pruebas de un genio superior, llega a ser un personaje público en la metrópoli

Capítulo cuarenta y dos. El Camastrón se enreda en un mal negocio

Capítulo cuarenta y tres. Llega para Nancy el tiempo de cumplir su promesa a Rosa. No la cumple. Fagin emplea a Noé Claypole en una comisión secreta

Capítulo cuarenta y cuatro. Nancy es exacta a la cita

Capítulo cuarenta y cinco. Consecuencias fatales

Capítulo cuarenta y seis. Monks y míster Brownlow se encuentran al fin, entrevista que tuvieron juntos, y de qué modo fue interrumpida

Capítulo cuarenta y siete. Sikes es perseguido. Cómo escapa a la policía

Capítulo cuarenta y ocho. Aclaración de más de un misterio. Propuesta de matrimonio sin dote y sin arras

Capítulo cuarenta y nueve. El último día de un reo de muerte

Capítulo cincuenta. Conclusión

Capítulo primero

Del lugar en que Oliverio Twist recibió por primera vez la luz del día y de las circunstancias que concurrieron a su nacimiento

Entre los establecimientos públicos de cierta ciudad de Inglaterra, que por muchas razones tendré la prudencia de no designar, ni tampoco prestaré nombre alguno imaginario; hay uno común a cuasi todas las ciudades grandes o pequeñas que aquella tiene por gloria poseer: una Casa de Caridad .

En este asilo filantrópico pues, en cierto día y en cierta época que no juzgo necesario precisar, tanto mas no siendo de utilidad ninguna para el lector al menos por ahora, nació el diminuto mortal cuyo nombre está en el epígrafe de este capítulo.

Había ya cerca de cinco minutos que el cirujano de los pobres de la parroquia le había introducido en este mundo de miserias y de sufrimientos, cuando se dudaba aun que pudiera vivir para llevar un nombre cualquiera.

Sin embargo, después de muchos esfuerzos, respiró, estornudó y por un grito tan penetrante como podía esperarse razonablemente de un niño, que no poseía un gage tan útil como es el don de la voz sino desde cinco minutos y algunos segundos antes, anunció a los comensales de la Casa de Caridad, el hecho de una nueva carga que su entrada en el mundo iba a imponer a la parroquia.

En el mismo instante que Oliverio daba esta primera prueba nada equívoca de la fuerza y de la libertad de sus pulmones, la manta estropeada que cubría la cama de hierro, hizo un ligero zurrido y dejó

ver el rostro pálido y lívido de una joven que levantando penosamente la cabeza, dijo con voz lánguida estas palabras que a penas pudieron oirse:

—Que yo vea a mi hijo antes de morir..!

El cirujano que estaba ante la chimenea, presentando ambas manos al fuego y frotándolas alternativamente; se levantó a la voz de la joven, y acercándose al lecho dijo con mas dulzura de la que podía esperarse en él:

—Oh! no es el caso de hablar aun de morir!..

—Bien seguro que no pobre jovencita!.. Que Dios no lo permita!.. —añadió la enfermera, metiendo de prisa en su faltriquera una botella, de la que acababa de apurar parte de su contenido en un rincón, con un placer evidente.—Que Dios no lo permita!..

Cuando habrá llegado a mi edad, querido caballero, y habrá tenido como yo trece niños de su propiedad de los cuales el buen Dios se me ha llevado once y los dos restantes están conmigo en la casa, entonces en vez de dejarse aniquilar por la tristeza, obrará de muy diferente modo.

—Y dirigiéndose a la parida: —Vamos zalamerilla, pensad en la dicha de ser madre y en que es necesario vivir para vuestro hijuelo. Pensadlo como una buena muchacha.

Esta prospectiva consoladora de las delicias de una madre, no produjo todo el efecto que era de esperar: la enferma sacudió la cabeza en señal de duda y extendió los brazos hacia su hijo.

Habiéndoselo presentado el cirujano, imprimió con pasión sobre la frente del inocente sus labios fríos y descoloridos; luego, pasando sus manos sobre su frente como para recordar una idea confusa, arrojó a su alrededor una mirada fija y extraviada, se estremeció de horror, volvió a caer sobre su lecho y murió...

Los asistentes le frotaron las manos y las sienes para procurar volverla a la vida; pero inútilmente: la sangre se había helado para siempre!! Hablaron de esperanzas y de socorros: estas cosas le habían sido extrañas por un tiempo demasiado largo!.. —Todo ha concluido madre enfermera! —dijo entonces el cirujano.

—Pobre joven! Sin embargo es la pura verdad!.. —repuso la vieja recogiendo el tapón de la botella que había caído sobre la almohada, al inclinarse para recoger el niño —Pobre juventud! Que hacemos nosotros ahora?

—No tenéis necesidad de enviarme a buscar si el niño chilla: lo entendeis Señora enfermera? —dijo el cirujano metiéndose sus guantes con aire petulante. —Es probable que será malo; entonces le daréis un poco de gachas. —Diciendo esto, tomó su sombrero y parándose al pié de la cama antes de dirigirse hacia la puerta añadió:

—A fe mia, era una joven muy hermosa! De donde venía?..

—La llevaron aquí ayer tarde de orden del director, —dijo la vieja. —Se la ha encontrado tendida al medio de la calle. Hay motivo para creer que había hecho un largo camino, porque sus zapatos están del todo estropeados; pero nadie sabe de donde venía y a donde iba.

El cirujano se inclinó sobre la cama y levantando la mano izquierda de la difunta: —Siempre la misma historia!.. —dijo balanceando la cabeza; —a lo que veo, no tiene recomendación. Vamos, buenas noches!..

El facultativo se fue a comer y la enfermera recurriendo de nuevo a la botella, se sento en una silla baja delante del fuego, y emprendió la tarea de vestir al niño.

Que efecto notable del poder de la vestidura ofrecía en este instante el pequeño Oliverios Twist! Envuelto en el cobertor que hasta

entonces había formado su único vestido, hubiera podido ser el hijo de un noble señor, así como el de un pobre mendigo.

El hombre mas presumtuoso que no le hubiera conocido, hubiera tenido mucho embarazo en señalarle un rango en la sociedad.

Pero apenas fue embozado en la vieja tela de indiana, vuelta de un color indecifrable a fuerza de servir; cuando se halló como quien dice empaquetado y rotulado, se encontró de pronto en su esfera: esto es el pobre niño de la parroquia, el huérfano de la casa de caridad; mas tarde el humilde galopo reducido a faltar de lo mas estrictamente necesario; destinado a los golpes y a los malos tratamientos; despreciado de todo el mundo, y por nadie compadecido.

Oliverio chilló bastante alto. Si hubiera sabido que era huérfano, abandonado a la merced de mayordomos, e inspectores, tal vez hubiera gritado mas fuerte.

Capítulo segundo

Del modo con que fue criado Oliverio Twist, de su infancia, de su educación

Durante los ocho o diez primeros meses, Oliverio fue víctima de un curso sistemático de engaños y de decepciones: fue criado con la papilla. Las autoridades de la casa de la caridad, espusieron fielmente a las autoridades de la parroquia el estado raquitico del huerfanito, causado por la privación de un alimento natural.

Las autoridades de la parroquia, pidieron informe con dignidad, a las autoridades de la casa de la caridad sobre si en la dicha casa habría alguna mujer que se hallase, en estado de prodigar al parvulillo el consuelo y el alimento de que tenía necesidad; y atendida la respuesta negativa hecha humildemente por las autoridades de la casa de la caridad, las autoridades de la parroquia siguiendo el impulso de su corazón en favor de la humanidad doliente, resolvieron de común acuerdo, que Oliverios seria arrendado; o hablando mas claro, que seria enviado a dos o tres millas lejos, en una sucursal de la casa donde veinte o treinta jóvenes, infractores de la ley sobre la mendicidad, se revolcaban todo el día sin riesgo de ser incomodados por el exceso de alimento o por la estrechez de vestidos.

La dirección de esta sucursal estaba confiada a los desvelos del todo maternales de una vieja que recibía a los jóvenes culpables a razón de O 75 c. por semana, cada uno.

Quince sueldos por semana, por el alimento de un niño forman todavía una suma demasiado redonda. Se pueden procurar muchas dul-

zuras con 15 sueldos, las suficientes al menos para sobre cargar el estómago hasta caer enfermo.

La vieja en cuestión sabía muy bien lo que convenía a los niños, y aun mas lo que le convenía a ella misma; de consiguiente, se apropiaba para su uso propio la parte mayor de sus reditos semanales y sometia a la generación creciente de los pobres de la parroquia a una pitanza, todavía mas flaca que la que se les daba por buena parroquialmente; encontrando por este medio en el abismo del cálculo mas profundo, un abismo mas profundo todavía, y dando prueba de vastos conocimientos en la filosofía experimental cuya práctica llevaba tan lejos.

Todo el mundo sabe la historia de ese filósofo experimental que habiendo encontrado el medio de hacer vivir un caballo sin darle de comer, hizo el ensayo con el suyo llevándole hasta no comer mas que una hebra de paja por día, y del que sin duda hubiera hecho el animal mas ligero y vivaracho no dándole absolutamente nada, si la pobre bestia no hubiese tenido la humorada de morirse cabalmente veinte y cuatro horas antes de recibir su primer pienso de aire puro.

Por desgracia de la filosofía experimental de la vieja de los tiernos cuidados a quien fue confiado Oliverio Twist, un resultado semejante acompañaba ordinariamente a su sistema de operación; porque desde el momento en que un niño había llegado al punto de poder existir con la mas mínima ración del mas flaco alimento posible, sucedía por una de estas fatalidades perversas de la suerte y esto, ocho veces sobre diez que caía enfermo de necesidad y de frío, o bien se tumbaba en el fuego por falta de vigilancia, o bien se ahogaba por accidente; en el uno o en el otro de cuyos casos el pobre pequeñuelo iba cuasi siempre a reunirse en el otro mundo con los padres que no había conocido jamás en este.

No debe esperarse un exceso de gordura en los muchachos criados según el sistema que acabo de describir.

Oliver tenía ya nueve años, y apesar de su edad era encanijado raquítico y diminuto; pero había recibido de la naturaleza o de sus padres un alma fuerte y un juicio sano que se habían desarrollado en él gracias a la dieta a la que estaba sometido; debiendo tal vez a esta circunstancia el haber alcanzado por novena vez el aniversario de su nacimiento.

Sea lo que fuera, aquel día era el aniversario de su nacimiento y lo celebraba tristemente en la bodega en compañía de dos de sus pequeños camaradas, quienes después de haber compartido con él una lluvia de golpes, habían sido encerrados en ella por haber osado pretender que tenían hambre; cuando la señora Mann, la amable dueña de la habitación, divisó de repente al Señor Bumble, el pertiguero, que acumulaba todos sus esfuerzos para abrir la pequeña puerta del jardín.

—Dios me perdone! Creo que es el Señor Bumble! —dijo con afectada alegría y sacando la cabeza a la ventana; —Susana, —prosiguió dirigiéndose a la criada —corre a abrir a Oliverio y a los otros dos tunantuelos y limpialos pronto. Cielos! Señor Bumble! cuán contenta estoy de veros!

Es preciso saber que el señor Bumble era uno de esos hombres corpulentos e irracibles, que en vez de responder como debía a este recibimiento afectuoso, sacudió con violencia el cerrojo, y dio a la puerta un golpe que no podía provenir sino del pié de un pertiguero.

—Caramba! —dijo la Señora Mann corriendo a habrir la puerta (porque durante este intervalo los tres chicos habían sido puestos en libertad) —Hase visto nunca cosa igual! Haberme olvidado de que la puerta estaba cerrada, por causa de estos chicuelos! Ya lo veis! Tened la bondad de entrar Señor Bumble, os lo ruego!

Apesar de ser hecha esta invitación con una cortesía capaz de ablandar el corazón de un obrero de parroquia no hizo ningún efecto al pertiguero.

—Creéis Señora Mann —dijo míster Bumble, oprimiendo fuertemente su bastón. —Creéis vos que sea muy respetuoso o conveniente hacer esperar a la puerta de vuestro jardín a los ministros parroquiales cuando vienen para asuntos parroquiales? Ignorais Señora Mann, que sois si así puedo explicarme una delegada parroquial, asalariada por la parroquia?..

—Cier...ta...mente, Señor Bumble! —respondió la Señora Mann, con acento melifluo, -cabalmente había ido a anunciar a dos o tres de esos chicuelos que tanto os aman, vuestra llegada, Señor Bumble.

míster Bumble, tenía en mucho su importancia y sus facultades oratorias.

—Esta bien; esta bien Señora Mann! —replicó con tono mas dulce. —Es posible y no digo lo contrario; pero entremos en vuestra casa, tengo algo que comunicaros.

La Señora Mann introdujo al pertiguero en una salita baja embaldosada y le tomó su bastón que depositó con mucho cuidado sobre una mesa colocada frente de él.

—No vayáis a incomodaros por lo que os diga Señor Bumble, —aventuró la Señora Mann con una gracia encantadora, —Habéis hecho una buena caminata, y es natural que tengáis calor Señor Bumble, no siendo así me guardaría muy bien... Queréis tomar un vasito de cualquier cosa Señor Bumble?..

—Muchas gracias! Ni pizca. —dijo agitando su mano con aire de benévola dignidad.

—No me rehusareis —dijo la Señora Mann que adivinaba un consentimiento fácil tanto en el tono de la negativa como en el movi-

miento que la acompañaba —nada mas que una gotita con un poco de agua fría, y un pedazo de azu...

míster Bumble tosió.

—Una lagrimita!— añadió ella con acento agraciado.

—¿Que vais a darme?.. —preguntó el pertiguero.

—Lo que me veo obligada a tener en casa algunas veces para meterlo en el caldo de los pequeñuelos cuando están enfermos. —dijo la Señora Mann abriendo una pequeña alacena colocada en un rincón y sacando de ella una botella y un vaso. —Es ginebra Señor Bumble.

—Acaso dais caldo a los niños Señora Mann? —preguntó este siguiendo con los ojos, la acción atractiva de la mezcla.

— Vaya si les doy; apesar del precio que me cuesta!

A fe mia carezco de valor para verlos sufrir ante mis ojos. Señor Bumble!

—Sin duda, hizo el otro con un signo de aprobación. —Estoy convencido de ello.

Señor Mann ya lo sé; sois una mujer compasiva... (ella coloca el vaso sobre la mesa.) Señora Mann, deslizaré alguna palabra a esos señores de la administración, (acerca el vaso.) Señora Mann tenéis entrañas de madre, (mezcla el agua y el ginebra.) Señora Mann tengo el honor de beber a vuestra salud. (Bebe la mitad.) Ah!.. volviendo al objeto de mi visita;

—dijo sacando de su bolsillo una cartera de badana. —El niño que fue bautizado con el nombre de Oliverio Twist tiene hoy nueve años.

—Dios lo tome bajo su santo amparo! —exclamó la Señora Mann frotándose el ojo izquierdo con la punta de su delantal.

—Sin embargo, —prosiguió el pertiguero —a pesar de la recompensa de diez libras esterlinas elevada luego hasta veinte; a pesar de

las indagaciones excesivas y hasta sobrenaturales si me es lícito hablar así, por parte de los administradores de esta parroquia, jamás hemos podido descubrir quien es su padre ni aun el nombre y la patria de su madre.

La Señora Mann plegó sus manos en señal de asombro, y después de un instante de reflecsión, preguntó —¿Entonces como es que tiene un apellido?

El pertiguero incorporándose con dignidad respondió —Porque yo le he inventado.

—Vos Señor Bumble?..

—Yo mismo Señora Mann. Tengo la costumbre de nombrar a nuestros espésitos por orden alfabetico. El anterior estaba en la S, y le llamé Swubble; este estaba en la letra T, y le di el apellido de Twist; el que llegó después se dijo Unwin; el que le siguió Vilkins, y así sucesivamente.

Tengo apellidos, acomodados hasta el turno de la Z, y luego el buen cuidado, de volver a empezar cuando se ha agotado el alfabeto.

—No es adular Señor Bumble, pero es preciso reconocer en vos una instrucción caudalosa.

—Es muy posible Señora Mann; —dijo el pertiguero plenamente satisfecho del cumplimiento —es muy posible; —y vació su vaso. —Ahora bien; siendo ya Oliverio demasiado grande para permanecer aquí, la Adminstración ha decidido que vuelva a la casa, y yo mismo he venido a buscarlo; con que hacedle venir para que yo le vea.

—Voy a llevaroslo al instante. —dijo la Señora Mann saliendo de la sala.

Oliverio a quien se había desembarazado de una gruesa capa de grasa que formaba una costra en su rostro y en sus manos, (al menos,

toda la que era posible quitar en una sola vez,) entró en la sala conducido por su benévola protectora.

—Saludad Señor Oliverio —dijo la Señora Mann.

El niño hizo un saludo, dividido entre el pertiguero sentado en la silla, y su sombrero de tres picos colocado sobre la mesa.

—¿Quieres venirte conmigo Oliverio? —dijo con majestad míster Bumble.

Este iba a responder que seguiría con sumo contento al primer venido, cuando alzando los ojos que por respeto había tenido hasta entonces inclinados al suelo, su mirada se encontró con la de la Señora Mann, que colocada tras la silla del pertiguero, le mostraba el puño con ademan furioso.

Al momento comprendió perfectamente la insinuación; ese puño había oprimido demasiado amenudo su espalda para no tenerlo profundamente grabado en su memoria.

—Y ella vendrá conmigo? —preguntó el pobre Oliverio.

—No; no pueda ser. —respondió míster Bumble —pero vendrá a verte alguna vez.

Esto no era muy satisfactorio para Oliverio; pero apesar de su niñez tuvo bastante buen discernimiento para fingir un vivo pesar de marcharse. Tampoco le fue muy difícil llamar las lágrimas a sus ojos; el hambre y los golpes aun recientes son causas poderosas para excitar el llanto, y así lloró muy naturalmente.

La Señora Mann le dio mil besos, y con ellos la cosa de que tenía mas necesidad; una rebanada de pan con manteca, temerosa de que no se mostrara demasiado famélico al llegar a la casa.

Con su pedazo de pan en una mano, y enganchándose con la otra a la manga de míster Bumble, Oliverio seguía como podía preguntando

continuamente si iban a llegar pronto. míster Bumble respondía con tono breve y regañón; porque la dulzura momentánea que inspira el grog en ciertos espíritus, se había evaporado en el corazón de míster Bumble, y había vuelto a ser pertiguero.

Apenas trascurrido un cuarto de hora después de su llegada a la casa, míster Bumble vino a anunciarle que el consejo estaba reunido, y que le esperaba en el estrado. Le mandó que lo siguiera, acompañando esta recomendación con dos bastonazos.

Oliverio llegó a una sala donde diez señores gruesos y gordos estaban sentados alrededor de una mesa.

—Saluda al estrado. —Oliverio saludó.

—Como te llamas hijo?

Oliverio que no había visto nunca a tantos personajes, y que además había recibido de Bumble una fuerte bastonada por via de animación, se puso a llorar. Todos aquellos señores le declararon idiota.

Luego se le notificó que era huérfano, acogido por la parroquia; que estaba destinado a tomar un oficio, reducido a deshilar cuerdas viejas para hacer estopa.

El pertiguero le condujo a una cuadra donde se durmió sobre un lecho muy duro, pues que las leyes suaves de ese buen país permiten a los pobres el dormir, poco es cierto; pero al cabo alguna vez.

En este mismo día, mientras que Oliverio dormitaba en el seno de la inocencia, el consejo tomaba una resolución que debía influir en su porvenir.

En efecto, la Administración se convenció de que los pobres estaban demasiado regalados; que la casa era el punto de reunión de los pasatiempos agradables, donde los almuerzos, las comidas y las ce-

nas llovian durante todo el curso del año; un Eliséo en fin donde todo era placer.

Entonces hicieron un reglamento por el que los pobres tenían el libre arbitrio, o de morirse de consumción y de hambre en la casa, o mas prontamente fuera de ella.

A este fin hicieron un contrato con la administración de las aguas, para tener de ellas una provisión ilimitada, y otro con un mercader de trigo que debía proporcionar de cuando en cuando una pequeña cantidad de harina de maíz, con la que ellos compusieron tres comidas de puches claros por día, con una cebolla dos veces la semana, y la mitad de un panecillo el domingo.

Seis meses después de la llegada de Oliverio a la casa el nuevo sistema estaba en plena práctica. Al principio se hizo costoso por causa del aumento de la cuenta del Empresario de entierros; pero el numero de los pensionistas disminuía considerablemente y la Administración estaba encantada.

A la hora de la comida cada muchacho recibía una escudilla rasa de puches y pare V. de contar; excepto los días de fiesta, en los que recibía de plus dos onzas y cuartillo de pan.

Nunca había necesidad de lavar las escudillas, pues que los muchachos las pulian con sus cucharas hasta que eran bien brillantes; y cuando habían concluido esta operación que no ecsijia mucho tiempo, fijaban sobre el caldero miradas tan avidas que parecían querer devorar hasta las baldosas que lo sostenían.

Los desdichados comían tan poco, y se habían tornado tan voraces y tan salvajes, que uno de ellos dio a entender a sus compañeros que a menos que no se le concediese otra escudilla de puches por día, se vería en la necesidad de comerse una hermosa noche a su camarada de lecho.

Diciendo esto tenía los ojos hoscos, y le creyeron capaz de hacerlo; por lo que se hicieron a las pajitas quien de ellos durante la cena iría a pedir al Escanciador una segunda escudilla de puches. La suerte cayó a Oliverio.

Apesar de ser un niño el hambre le había exasperado. Se le vantó pues de la mesa, y alarmado el mismo de su temeridad, se adelantó hacia el Escanciador.

—Caballero; queréis hacerme el favor de otra?

El Escanciader se puso pálido y tembloroso. Miró al joven rebelde con un asombro estúpido. Los ayudantes quedaron estupefactos de sorpresa y los niños de terror.

—Que quieres? —preguntó con voz alterada.

—Quisiera mas si os place, caballero. —respondió Oliverio.

El Escanciador asestó en la cabeza del muchacho un golpe con su cuchara de barro, lo cogió por el cogote y llamó al pertiguero a grandes voces.

Los Administradores estaban reunidos en gran conclave, cuando míster Bumble se precipitó fuera de si en la sala del consejo.

—Señor Limbkins! —dijo dirigiéndose al caballero gurdo que ocupaba la silla de la presidencia. —Perdón, si os interrumpo! Señor Limbkins, Oliverio ha pedido mas puches!

Un murmullo general se levantó en la asamblea; una expresión de horror se pintó en todos los semblantes.

—Ha pedido mas? —dijo míster Limbkins. —Calmaos Bumble, y respondedme claramente.

—Queréis decir que ha pedido mas después de haber comido la ración que la regla de esta casa le señala?

—Si Señor! —replicó Bumble.

—No cabe duda! Ese niño algún día colgará de una horca. —dijo otro hombre mas gordo y con chaleco blanco.

Nadie contestó a la profecía del orador.

Se empeñó un vivo debate por resultado del cual se condenó a Oliverio a ser encerrado al momento, y a la mañana siguiente se fijó en el exterior de la puerta de la casa un anúncio en el que se prometían cinco libras esterlinas de recompensa al que desembarazara la parroquia del joven Oliverio Twist o en otros términos, se ofrecían cinco libras esterlinas con Oliverio Twist, a cualquiera (hombre o mujer) que tuviese necesidad de un aprendiz para el comercio los negocios, o todo otro oficio y estado fuera el que fuera.

—En mi vida estuve mas cierto de una cosa. —dijo a la mañana siguiente el hombre del chaleco blanco recorriendo con la vista el anúncio y llamando a la puerta de la casa de la caridad.

—En mi vida estuve mas cierto de una cosa y es que ese niño algún día colgará de una horca.

Proponiéndome hacer saber por la continuación de esta historia si el hombre del chaleco blanco iba bien o mal fundado en su suposición, creería destruir el interés del relato (suponiendo que lo haya,) aventurándome a insinuar desde ahora, si la vida de Oliverio Twist tuvo o no este fin trágico.

Capítulo tercero

Cómo Oliverio Twist estuvo próximo a coger una plaza que podía muy bien llamarse una prebenda

Ocho días después que Oliverio se hizo culpable del crimen nefando de pedir mas puches, habitaba un camarachón obscuro, donde estaba encerrado en clase de prisionero, gracias a la clemencia y a la sabiduría de la Administración.

No seria fuera del caso suponer desde ahora, que por poco sentimiento de respeto que le hubiera merecido la predicción del hombre del chaleco blanco, hubiera podido solidar una vez para siempre la reputación profética de ese sabio individuo, atando a un gancho de la pared uno de los cabos de su pañuelo de faltriquera, y en seguida pasando el otro al rededor de su cuello.

Con todo; para llegar a este resultado había un inconveniente.

Considerados los pañuelos como artículos de mero lujo se habían suprimido para entonces y para siempre; y de consiguiente se habían eliminado de la nariz de los pobres por orden expresa emanada de la Administración reunida a este efecto en consejo pleno; cuya orden se dio solemnemente, se aprobó, firmó y rubricó por cada uno de los miembros del consejo y se revistió con el sello de la Administración.

Otro obstáculo mayor para Oliverio era su juventud y su inexperiencia. El pobre niño se contentaba con llorar amargamente todo el día, y cuando llegaba la noche fría y lenta, estendia sus manecitas ante sus ojos para no ver la obscuridad y se acurrucaba en un rincón para poder lograr el sueño.

Guárdense de suponer los enemigos del nuevo sistema que se privó a Oliverio de la gracia del ejercicio, del goce de la sociedad y de las ventajas reales de un consuelo religioso, durante el tiempo de su reclusión.

En cuanto al ejercicio, le era permitido ir cada mañana con un frío helado, pero sano, a un patio empedrado para lavarse bajo el chorro de una bomba, en presencia de míster Bumble, quien para impedir que le cogiera un reumatismo, le facilitaba una viva sensación en todo el cuerpo, distribuyéndole algunos bastonazos con una liberalidad poco común.

En cuanto a la sociedad; cada dos días venía al refectorio durante la comida de los niños para ser azotado públicamente, con el fin de servir de ejemplo y de lección en el porvenir; y muy lejos de privarle de las ventajas de un consuelo religioso, se le introducia a punta pies en el mismo sitio a la hora de la oración de la noche, durante la cual podía a su gusto beatiticar su alma prestando oídos a una formula añadida a la oración ordinaria, por orden expresa de la Administración.

Por medio de este suplemento de rogativa, los niños pedían a Dios con fervor, les hiciera la merced de ser buenos, virtuosos, contentos y obedientes, y les preservara de las culpas de Oliverio Twist, a quien la formula conceptuaba sujeto al patronato exclusivo, a la protección y al poder del demonio y como salido el mismo de la fábrica de Satanás.

Mientras que los asuntos de Oliverio se hallaban en este estado faborable, y se presentaban bajo tan hermoso aspecto, sucedió que míster Gamfield, limpia chimeneas, se dirigía a la calle Mayor pensando seriamente en los medios de pagar muchos plazos vencidos de alquileres, por los cuales su casero, se iba haciendo cada día mas cocora.

A pesar de los vastos conocimientos de míster Gamfield en aritmética , no podía llegar a la resolución de la suma de cinco libras esterlinas (montante de su deuda); y en un rapto de frenesí matemático, golpeaba alternativamente su frente y a su jumento, cuando al llegar frente la casa de Caridad, sus ojos se encontraron con el anuncio fijado en la puerta.

—So! o... o... o... so! —dijo el limpia chimeneas dirigiéndose a su burro.

—El caballero del chaleco blanco estaba en el lindar de la puerta con las manos tras la espalda, viniendo de pronunciar sin duda un discurso soberbio en la sala del consejo.

Habiendo sido testigo de la pequeña discusión entre míster Gamfield y su asno, sonrió graciosamente al ver al primero leer el anúncio, pues pensó al momento que ese era el género de amo que convenía a Oliverio. míster Gamfield sonrió también para sus adentros recorriendo el anúncio; porque cabalmente cinco libras esterlinas formaban la suma justa que necesitaba; y por lo que toca al niño que era necesario cargarse a cuestas, el limpia chimeneas pensó que con el régimen de vida, a que había sido ajustado , debía tener una talla capaz para pasar las chimeneas mas estrechas.

Releyó pues por segunda vez desde la cruz a la fecha el anúncio y llevando la mano a su gorra de pelo de nutria se arrimó con el mas profundo respeto al caballero del chaleco blanco y le habló en estos términos:

—Perdón, caballero! ¿No es aquí que hay un niño a quien la parroquia quisiera colocar de aprendiz?

—Si buen hombre. —dijo el otro con una sonrisa graciosa —Que le queréis?

—Si la parroquia quisiera darle un oficio agradable y muy fatigoso en el arte de limpiar chimeneas por ejemplo; yo lo tomaría de muy buena gana; porque cabalmente necesito un aprendiz.

—Entrad. —dijo el hombre del chaleco blanco.

míster Gamfield después de haber retrocedido algunos pasos para soplar a su rucio un nuevo golpe en la cabeza y una nueva sacudida en la quijada, por via de advertencia de que no se meneara durante su ausencia, siguió al caballero del chaleco blanco basta la sala, donde Oliverio Twist lo había visto por primera vez.

—Es un oficio bastante sucio! —dijo míster Limbkins después que Gamfield hubo expuesto de nuevo su pretensión.

—Parece que ya ha habido muchachos ahogados en las chimeneas. —dijo otro.

—Porque se mojaba la paja antes de encenderla para hacerlos bajar de ellas —dijo Gamfield. —Todo era humo sin llama... Además, de nada sirve el humo para hacer bajar un muchacho de una chimenea; al contrario no es bueno sino para adormecerle que es lo que quiere.

Los niños, como saben Vds. señores, son perezosos y obstinados como el diablo; nada mejor que una buena llama para afufarles.

Sobre todo es hacerles un gran favor por que a la verdad Señores, el asarles una miaja las plantas de los pies cuando se han aletargado en la chimenea, es muy del caso para hacerles deslizar con mas rapidez.

El hombre del chaleco blanco se mostró muy satisfecho de esta esplicación; pero una mirada de míster Limbkins reprimió instantáneamente su contento.

Los miembros del consejo continuaron hablando entre si por algunos momentos; pero tan bajo que estas palabras: procuremos la eco-

nomía... veamos el libro de cuentas... hagamos imprimir una información, fueron las solas que pudieron oirse; porque se repitieron muy amenudo y con mucho énfasis.

Al cabo cesó el cuchicheo y habiendo recobrado los miembros del consejo, cada uno su silla y su dignidad, míster Limbkins tomó la palabra:

—Hemos discutido vuestra proposición y no la admitimos. —dijo a Gamfield.

—De ningún modo. —añadió el caballero del chaleco blanco.

—Después de bien meditado; no. —concluyeron los demás miembros.

Como míster Gamfield tenía fama de haber apaleado a tres o cuatro muchachos hasta matarlos, le vino a las mientes que tal vez los miembros del consejo por un capricho inconcebible se habían imaginado que esta circunstancia, (de ningún valor para ellos) debía con todo influir sobre su conducta en esta ocasión.

No siendo así hubiera sido muy contrario a su modo acostumbrado, de obrar y de pensar. Además, como no tenía ningunas ganas de atizar la fama publica, se alejó lentamente de la mesa revolviendo su gorra entre sus manos.

—Con que no queréis dármelo caballeros? —dijo parándose en el lindar de la puerta.

—No. —contestó míster Limbkins. —Siendo un oficio sucio, nos parece que deberíais tomar algo menos de la suma ofrecida en el anuncio.

Los ojos del limpia chimeneas brillaron de gozo y dijo volviendo atrás:

—Veamos caballeros, que es lo que Vds. quieren dar? Que diablos! No sean Vds. tan duros para un pobre diablo como yo. Que quieren Vds. dar?

—Creo que tres libras diez chelines, son bastantes. —dijo míster Limbkins.

—Vamos —repuso Gamfield —sean cuatro libras y quedan Vds. desembarazados de una vez para siempre. Vamos caballeros!

—Tres libras diez chelines. —repitió míster Limbkins con firmeza.

—Pues bien! partamos la diferencia caballeros. —insistió Gamfield. —Digamos tres libras quince chelines.

—Ni un liard de mas! —Tal fue la respuesta de míster Limbkins.

—Están Vds. conmigo azás rigurosos caballeros! —dijo el limpia chimeneas titubeando.

En fin, después de un ligero debate se acordó la venta, y míster Bumble recibió el encargo de llevar Oliverio Twist con una acta de aprendizaje, que debía ser aprobada y firmada por el magistrado en la tarde del mismo día.

Por resultado de esta determinación el pequeño Oliverio fue librado de su cautiverio con gran asombro de su parte, y recibió la orden de ponerse una camisa blanca.

Apenas había concluido este ejercicio gimnástico, (al que se entregaba rara vez) cuando míster Bumble le presentó con sus propias manos una escudilla de puches, y la ración de los días festivos; esto es, dos onzas y cuartillo de pan, lo que viendo Oliverio se puso a llorar amargamente, considerando naturalmente que era necesario una resolución de matarlo para algún fin ventajoso; pues de lo contrario no se empezaría por engordarlo de tal modo.

—No te hagas el cariacontecído. —dijo míster Bumble afectando un aspecto magnánimo —Come y sé agradecido Oliverio... Vas ha entrar de aprendiz hijo mio!

—De aprendiz caballero! —preguntó el niño con voz temblorosa.

—Si Oliverio! Los hombres sensibles y generosos que son para ti cual otros nuevos padres, pues que te ves privado de los tuyos, van a colocarte de aprendiz; a lanzarte en el mundo y hacer de ti un hombre, apesar de las tres libras diez chelines que ello cuesta a la parroquia!

Tres libras diez chelines Oliverio! Sesenta y dos chelines! Ciento cuarenta monedas de seis sueldos! Y todo esto por quien? Por un bergante, un mal espósito a quien todo el mundo detesta!

míster Bumble se paró para recobrar el aliento, después de haber recitado esta arenga con tono magistral; copiosas lágrimas rodaron por las mejillas del pobre niño y sollozó amargamente.

—Vamos! —dijo míster Bumble con acento mas cariñoso, ufano del efecto producido por su elocuencia —vamos Oliverio; enjuga tus ojos con la manga de tu chaqueta, y no llores de este modo sobre tus puches. Es una bestialidad el llorar como lo haces en tus puches!

—(efectivamente era una bestialidad) sobraba el agua en sus puches.

Mientras se dirijian al tribunal, míster Bumble insinuó a Oliverio que debía mostrarse muy contento, y cuando el caballero magistrado le preguntase si era de su gusto el entrar de aprendiz responder que lo deseaba de todo corazón.

Oliverio prometió conformarse a una y a otra de las dos recomendaciones, tanto mas porque el pertiguero le dio a entender con mucha destreza que si fallaba no respondía de los resultados.

Llegados al despacho del magistrado, el niño fue encerrado y dejado solo en un gabinete con la orden de esperar la vuelta de míster Bumble.

Allí quedó durante media hora con el corazón palpitante de temor, pasada la cual aquel entreabrió la puerta y alargando su cabeza desprovista del sombrero de tres picos dijo de modo que pudiera ser oído: —Amigito? ven a presentarte al Señor Magistrado.

—Luego tomando un aspecto amenazador añadió en voz baja —Bribonzuelo! cuidado con olvidar lo que te tengo dicho!

Oliverio miró a míster Bumble con aire de babiéca, sorprendido de un modo de hablar tan contradictorio; pero ese digno sujeto no le dio tiempo para hacer comentario alguno sobre este punto y le introdujo en una pieza vecina cuya puerta estaba abierta. Esta era una sala espaciosa alumbrada por una gran ventana.

Detrás de la balustrada dos viejos señorones con la cabeza empolvada estaban sentados en un bufete. El uno leía un periódico, y el otro con la ayuda de un par de anteojos de concha, recorría una oja pequeña de pergamino colocada ante el.

A un lado y frente el bufete, se mantenía tieso míster Limbkins, y en el otro, míster Gamfield con su cara embadurnada de hollín; dos o tres cara de pascuas con botas de vueltas de ante (o a la Imperial.) se pavoneaban en el mismo centro de la sala.

El viejo de los anteojos se adormeció por grados sobre el pergamino y reinó un momento de silencio después que míster Bumble hubo colocado a Oliverio frente el bufete.

—Aquí está el niño Señor Magistrado. —dijo Bumble.

El viejo que leía el periódico, se ladeó un poco y logró despertar al otro tirándole de la manga.

—Ah! ¿es el niño? —dijo este.

—El mismo. —respondió el pertiguero. —Amigito; saluda al Señor Magistrado!

Oliverio se revistió de valor e hizo el mejor saludo posible en él. Fijos sus ojos sobre las cabezas empolvadas de los magistrados, se preguntaba a si mismo, si acaso todos los miembros del tribunal de justicia nacían con esa materia blanca en los cabellos, y por esto llegaban a ser magistrados.

—Esta bien. —repuso el de los anteojos —Creo que tendrá afición a limpiar chimeneas.

—Se muere por lograrlo Señor Magistrado. —replicó Bumble pellizcando de lo lindo a Oliverio para insinuarle que obraria bien en no decir lo contrario.

—Con que quiere ser raspa hollines? —preguntó el magistrado.

—Por mas que hiciéramos para obligarle a tomar otro oficio a la mañana siguiente nos dejaría burlados. —respondió míster Bumble.

—Y es ese hombre quien vá a ser su maestro? Vos Señor? Es cierto que lo tratareis bien? que lo alimentareis bien y que tendréis mucho cuidado de él?

—Cuando se dice que se hará; prueba que hay intención de hacerlo. —repuso Gamfield con aire bestial.

—Tenéis la palabra viva y el tono brusco amigo; pero me parecéis franco y honrado.

—dijo el magistrado apuntando sus anteojos al pretendiente a la prima prometida en el anúncio, cuyo semblante innoble llevaba impreso el sello de la crueldad; pero como el magistrado era medio ciego y medio niño, no hay que asombrarse de que no discerniera, lo que cualquiera podía distinguir al momento.

—Lo soy una miaja, con mucha vanagloria! —dijo el limpia chimeneas con una sonrisa espantosa.

—No lo dudo. —dijo el magistrado fijando sus anteojos en la punta de las narices, y buscando con la vista el tintero.

Este era el momento crítico para la suerte de Oliverio.

Si el tintero hubiese estado en el sitio en que le creía el magistrado, indudablemente hubiera sumergido en el su pluma, hubiera firmado el acta, y Oliverio hubiera sido llevado sin mas dilación; pero como cabalmente estaba bajo sus ojos, es de aquí que naturalmente lo buscó por todo el pupitre sin poder encontrarlo.

En esta pesquiza fijó la vista en línea recta ante si y su mirada se encontró con el rostro pálido y lívido de Oliverio, quien apesar de los guiños significativos y las advertencias edificantes de míster Bumble, que continuaba en pelliznarle, contemplaba con una espresión de horror mezclada de espanto la fisonomía repugnante de su futuro patrón.

Esta espresión era demasiado significativa para que un magistrado por ciego que fuera dejase de apercibirla.

El viejo cesó en sus pesquizas; dejó su pluma sobre la mesa y miró alternativamente a Oliverio y a míster Limbkins, quien tomó un polvo afectando un aire cándido e indiferente a la vez.

—Hijo mio! —dijo el magistrado inclinándose sobre el pupitre.

Oliverio Se estremeció al sonido de esta voz. En ello tenía excusa; estas palabras eran dictadas por la benevolencia, y ordinariamente los sonidos extraños nos espantan. Tembló de pies a cabeza y rompió en copioso llanto.

—Hijo mio! —prosignió el magistrado —estáis pálido y parecéis espantado!

Decid; que tenéis?

Oliverio cayó de rodillas, juntó sus manos y esolamó con tono suplioante:

—Volvedme a la prisión, al aposento negro! Dejad que me muera de hambre... azotadme, matadme si queréis; pero por piedad, no me envieis con ese hombre espantoso!

—No esperaba menos! —dijo Mr, Bumble elevando los ojos y las manos con el aire mas místico —Entre los espósitos falsos e hipócritas que conozco, tu Oliverio te llevas la palma.

—Callaos pertiguero! —exclamó el segundo magistrado después que aquel hubo desembuchado este doble epíteto.

—Perdón señor magistrado. —dijo míster Bumble creyendo haber oído mal. —Acaso me habéis dlrijido la palabra?

—Si; Sin duda. Os he dicho que os calleis.

míster Bumble quedó estupefacto. Imponer silencio a un pertiguero! Que revolución moral!!!!

El magistrado de los anteojos de concha miró a su colega, e hizo un movimiento de cabeza significativo.

—Rehusamos sancionar esta acta! —dijo rechazando la hoja de pergamino.

—Espero Señores Magistrados —balbuceó míster Limhkins —que el simple testimonio de un niño no inducirá a creer que las autoridades de la casa de Caridad se han portado mal en esta ocasión.

—Los Magistrados no son llamados para dar su dictamen sobre este asunto —repuso el segundo magistrado. —Volved este niño a la casa y tratadlo con dulzura, pues parece tiene de ella mucha necesidad.

Aquella tarde misma el hombre del chaleco blanco afirmó con mas convicción que nunca, que no solo Oliverio seria ahorcado, si que también descuartizado por añadidura. míster Bumhle sacudió la cabeza con aire sombrío y misterioso y dijo deseaba que el muchacho tuviera buen fin, a lo que míster Gamlield añadió que desearía fuera en sus manos, deseo que pareció de naturaleza muy diferente aunque en muchos puntos el limpia chimeneas estuviera acorde con el pertiguero.

A la mañana siguiente se hizo saber de nuevo al público que Oliverio Twist estaba aun para alquilar, y que se le contarian 5 libras esterlinas al que quisiera encargarse de él.

Capítulo cuarto

Habiéndose ofrecido a Oliverio otra colocación efectúa su entrada en el mundo

En las familias numerosas de Inglaterra cuando no hay esperanza de lograr un empleo ventajoso para un joven que empieza a entrar en edad sea por derecho de sucesión o de futura, es costumbre común el hacerlo marino.

Los Administradores estimulados por una conducta tan razonable y ejemplar, se reunieron en consejo a fin de obviar los medios para embarcar a Oliverio Twist en un buque mercante de poco porte que estuviera a la carga para un puerto mal sano y adaptaron este partido como el mas conveniente para el muchacho.

De este modo era probable que el día menos pensado el patrón del buque, con el fin de distraerse después de comer o con el objeto de proporcionarse un ejercicio favorable a la digestión, le haría saltar los cesos con una barra de hierro. (Pasatiempo a que como sabe mos son muy aficionados los señores marinos.)

míster Bumble encargado de hacer algunas diligencias preliminares para lograr el encuentro de cualquiera capitán que necesitara a bordo de su buque un grumete sin parientes ni amigos, volvía a la casa para dar cuenta de su comisión, cuando en el lindar de la puerta se encontró cara a cara con un personaje que era nada menos que míster Sowerberry empresario parroquial de los entierros.

—Ola míster Bumble! Vengo de tomar la medida de dos mujeres muertas ayer noche. —dijo el empresario.

—Haréis fortuna Señor Sowerberry. —dijo el pertiguero introduciendo con destreza el pulgar y el index en la caja de polvo que le presentó el empresario y que era un hermoso y diminuto modelo de ataúd. —Os digo que haréis fortuna.

—continuó dando un golpecillo de bastón en muestra de amistad sobre la espalda de este último.

—Así lo creéis? —dijo el otro con un acento que parecía admitir y rechazar a la vez la probabilidad del hecho. —Señor Bumble; los precios que me abona la Administración de la casa de caridad son muy pequeños!

—Así son vuestros ataudes! —replicó el pertiguero con aire zumbón; pero sin traspasar los límites de la gravedad anexa a un hombre de posición.

—Esta respuesta tan a propósito de míster Bumble, éxito como quien dice la hilaridad de míster Sowerberry. No era menester otra cosa para provocar su buen humor, así es que soltó una carcajada que parecía de nunca acabar. —Vaya!

En honor de la verdad Señor Bumhle —dijo después de recohrada su serenidad —confieso francamente, que después del sistema de alimentación nuevamente adoptado en esta casa las cajas son un poco mas estrechas y menos profundas que antes. Pero ya se vé, es preciso una miaja de beneficio Señor Bumble.

No ignorais que la madera tal como la empleamos es algo cara, y los manojos de hierro tienen que venir de Birmingham por el canal.

—Si, sin duda —replicó míster Bumble. —Cada oficio tiene su buen y mal lado y un beneficio modesto no es para desdeñarse.

—Pues ya! —dijo el otro —Y si no gano gran cosa en tal o cual artículo... Caramba! siempre hay recompensa en la bondad del hecho ¿no es cierto? he! he! he!

—Justamente. —profirió míster Bumble.

—Sin embargo, podría qnejarme de la lucha desigual que sostengo pues que siempre son las personas fomidas las que se largan primero después de haber probado el régimen de esta casa.

—prosiguió el empresario reanudando el hilo de las reflexiones que el pertiguero había interrnmpido —Si Señor Bumble; acá internos, tres o cuatro pulgadas de mas en la cuenta de un individuo, abren una famosa brecha en sus beneficios, sobre todo cuando tiene una familia que mantener.

Como míster Sowerberry decía esto con el aire de indignación propia del contratista engañado y míster Bumble conoció que insistiendo sobre este punto podía acarrear alguna observación desagradable respecto el honor de la parroquia, consideró prudente el mudar de conversación y Oliverio le proporcionó el medio.

—Conoceriais casualmente alguno —dijo —que necesitara un aprendiz? Hay en la parroquia un niño, que actualmente es una carga monstruosa para ella o mejor una rueda do molino suspendida de su cuello. Señor Sowerberry buenas condiciones! Una verdadera ganga!

—Así hablando dio con sn bastón tres golpecitos muy marcados sobre las palabras: cinco libras esterlinas impresas en el anúncio en mayúsculas romanas de una talla gigantesca.

—Por vida de... —exclamó el empresario cogiendo a Bamble por el faldón de su levita de uniforme —justamente quería hablaros de esto. No ignorais... Diantre! Que hermoso escudo lleváis Señor Bumble! Paréceme que no os lo había visto an teriormente?

—Si; hace bastante buen efecto. —dijo el pertiguero envanecido de la observación. —El asunto es idéntico al del sello parroquial: (el buen Samaritano curando las llagas de un pobre enfermo) Señor So-

werberry; es un regalo que me hizo la Administración el primer día del año.

Lo llevé por primera vez si no me engaño el día que asistí a la vista del proceso formado con motivo de aquel comerciante arruinado que murió al pié de una puerta cochera en medio de la noche.

—Ah! ya recuerdo. —dijo el otro. —El jurado expresó su veredicto en estos términos: Muerto de hambre y de frío, no es cierto?

míster Bumble hizo una señal afirmativa.

—Y añadió de un modo enérgico que si el oficial de vigilancia hubiese...

—Ta... ta... ta... ta! —hizo el pertiguero con tono acre —Si la Administración tuviese que prestar oídos a toda la ojarazca que esparcen esos jurados ignorantes ¿donde iría a parar?

—Es cierto. —dijo Sowerberry.

—Los jurados —prosiguió míster Bumble oprimiendo fuertemente con su mano el bastón, costumbre que tenía cuando estaba colérico. —Los jurados son unos seres viles, bajos y rastreros hasta la quinta escencia.

—También es cierto. —dijo el otro.

—Todos ellos no saben lo que es filosofía, ni economía política. —añadió el pertiguero haciendo castañear sus dedos en señal de desprecio.

—Sin duda. —repuso el otro.

—Yo los desprecio! —prosiguió el pertiguero con el rostro encendido por el coraje.

—Y yo lo mismo! —añadió Sowerberry.

—Quisiera ver a uno de esos jurados tan presuntuosos solo por quince días en nuestro establecimiento; el régimen y los estatutos de la Administración domarian pronto su espíritu de independencia.

—Es preciso dejarlos por lo que son Señor Bumble. —dijo Sowerberry sonriéndose con aire de aprobación para calmar el enojo creciente del funcionario indignado.

—míster Bumble quitándose el sombrero sacó de él su pañuelo, enjugó su frente que la irritación había inundado de sudor, colocó de nuevo sobre su cabeza el tricornio, y volviéndose a míster Sowerberry dijo con tono mas calmado:

—Y bien, que querías decirme respecto a ese muchacho?

—Nada Señor Bumble. Ya sabéis que pago una fuerte contribución por causa de los pobres.

—Hem! —hizo el pertiguero —¿y que?

—Creo, —repuso Sowerberry —que puesto que pago tanto por ellos, es muy justo saque de ello todo el provecho posible. He aquí porque bien refleccionado, no seria malo tomar ese niño para mi.

míster Bumble cojíó el zampa—muertos por el brazo y lo hizo entrar en la casa. míster Sowerberry estuvo encerrado con los Administradores por espacio de cinco minutos durante los cuales se convino en que tomaría a Oliverio por vía de prueba y que a este efecto este último iría aquella noche misma a su casa.

Cuando al comparecer Oliverio en la propia tarde ante aquellos señores, supo que iba a entrar de aprendiz en casa un fabricante de ataudes y que si se quejaba de su condición o bien volvía otra vez a cargo de la parroquia, se le embarcaria con peligro de ser machucado o anegado, demostró tan poca emoción que todos a una exclamaron que era un pilluelo de corazón endurecido y míster Bumble recibió la orden de llevarlo al momento.

Este acatándola sin demora, condujo al pobre Oliverio a casa su nuevo patrón, administrándole por vía de despido algunos bastonazos y algunos consejos propios de un digno pertiguero. El niño lloraba y se consideraba tan solo y abandonado que no pudo menos de hacerlo notar a míster Bumble.

Cualquier otro mortal se hubiera tal vez enternecido al ver el dolor candoroso del infortunado. Pero un pertiguero! míster Bumhle creía a la sensibilidad indigna de su dignidad parroquial.

El empresario acababa de cerrar las puertas de su tienda y se preparaba para inscribir algunas entradas en su gran libro a favor de una vela cuya claridad sombría se adaptaba muy bien con la tristeza del sitio, cuando entró míster Bumble.

—Ah! ah! —dijo alzando la vista de sobre su libro y parándose a la mitad de una palabra —Sois vos míster Bumble?

—Yo mismo Señor Sowerberry. —contestó este —Aquí tenéis el muchacho. (Oliverio saludó.)

—Ah! Bien venido; —dijo el otro levantando el candelero sobre su cabeza para inspeccionar mejor a Oliverio —Señora Sowerberry. ¿Podéis llegaros por un momento querida?

La Señora Sowerberry salió de la trastienda y presentó la forma de una mujer baja, delgadita y de talante ceñudo y regañón.

—Querida! —dijo su marido con deferencia —Este es el muchacho de la casa de caridad de quien os he hablado. (Oliverio saludó de nuevo.)

—Buen Dios! y que pequeño! —dijo esta.

—Un poco es verdad! —replicó míster Bumble mirando a Oliverio con aire de reconvención, como si hubiera sido culpa del niño el no

ser mas grande —Es algo pequeño sí, Señora Sowerberry; pero el crecerá no lo dudeis.

—Ah! sin duda que crecerá — repuso secamente la señora —con nuestra bebida y nuestra comida.

—Maliciosa! —Ya lo sabéis; ninguna ganancia hay en los muchachos de la parroquia, ellos siempre cuestan mas caros de lo que valen.

—A pesar de esto los hombres se imaginan que siempre tienen mas razón que sus mujeres. Adelántate tu pequeño esqueleto!

Al mismo tiempo abrió una puertecita y empujó a Oliverio hacia una escalera rápida que conducía a una pequeña habitación sombría y húmeda adherida al lañero que se llamaba la cocina, y en la que estaba sentada una joven haraposa calzando zapatos destalonados y llevando unas medias de estambre azules todas horadadas.

—Carlota! —dijo la Señora Sowerberry que había seguido a Oliverio — Dad a ese muchacho algunos de los pedazos de fiambre que habéis apartado esa mañana para Frip: pues que no ha vuelto a casa en todo el día se pasará sin ellos. Creo que no te sabrá mal el comerlos, no es verdad?

Oliverio, cuyos ojos chispearon al oir hablar de fiambre, y que anticipadamente se estremecía con el deseo de devorarlos, respondió inmediatamente que no y fue colocado ante él un plato de fiambre compuesto de los pedazos mas groseros y heterogéneos.

En un minuto Oliverio engulló todo lo que había en el plato sin darse la pena de mascarlo. La Señora Sowerberry le contemplaba con horroso silencio considerando este apetito como de siniestro augurio para el porvenir.

Luego le condujo en medio de los ataudes y con su agasajo ordinario le encajó debajo el mostrador que era el dormitorio destinado al

novel aprendiz.

Capítulo quinto

Oliverio adquiere relaciones con nuevos personajes

Oliverio solo y entregado a si mismo en la tienda del empresario de entierros, colocó su lámpara sobre el banco de obra y poseído del miedo arrojó una mirada tímida en torno suyo.

Un ataúd recién acabado y puesto en medio de la tienda sobre dos caballetes negros se parecía tanto a la imagen de la muerte que el pobre joven sentía recorrer por todos sus miembros un frío glacial acompañado de un temblor convulsivo, cada vez que su vista se fijaba involuntariamente sobre este horrible objeto esperando a cada momento ver un espectro espantoso levantar de el su cabeza repugnante hasta volverle loco de terror.

A la mañana siguiente le despertó un ruido redoblado de punta pies dados a la parte exterior de la puerta de la tienda. Estos se renovaron por cerca veinte y cinco o treinta veces mientras se vestía a tientas; pero cuando empezaba a descorrer los cerrojos los pies cesaron de golpear oyendose una voz.

—Abrirás esta puerta? —dijo la voz perteneciente a los pies que habían golpeado.

—Al instante señor. —respondió Oliverio descorriendo los cerrojos y volviendo la llave.

—Sin duda serás el aprendiz que se esperaba? —repuso la voz a travez del agujero de la cerradura.

—Si señor. —replicó Oliverio.

—Que edad tienes?

—Diez años señor.

—Siendo así voy a estrangularte en cuanto entre. —prosiguió la voz —Ya lo verás aborto de la inclusa!

Después de una promesa tan galante la voz se puso a silvar.

Oliverio estaba harto acostumbrado a la realización de tales amenazas para tenor ninguna duda de que el dueño de la voz fuera qnien fuera cumpliese en palabra. Dcscorrió los cerrojos con mano trémula y abrió la puerta.

Miro por algún tiempo al frente a derecha y a izquierda persuadido de que el incógnito que acababa de hablarle por el ojo de la llave, había dado algunos pasos de mas para calentarse; porque no vio a nadie mas que un gordo muchacho de la escuela de la caridad, sentado sobre un guarda cantón frente la tienda y ocupado en comer una rebanada de pan con manteca que cortaba en pedazos de la medida de su boca con una mala navaja y que tragaba en seguida con mucha voracidad.

—Perdón caballero. —dijo al cabo Oliverio no viendo parecer a nadie mas —Sois vos el que habéis llamado?

—He dado punta pies. —respondió el otro.

—Necesitáis un ataúd? —repuso Oliverio con ingenuidad.

A esta pregunta el muchacho de la caridad se puso furioso en grado superlativo y juró que Oliverio antes de poco necesitaría uno si se permitía bromear así con sus superiores.

—Mal espósito! Ignoras acaso quien soy yo? —dijo levantándose de guarda cantón y adelantándose manos en la faltriquera y con insigne gravedad.

—No señor. —respondió Oliverio.

—Soy el Señor Noé Claypole. —prosiguió el otro —y tu estás bajo mi dependencia. Al avío! abre la tienda y saca las muestras.

—Al mismo tiempo el señor Claypole administró un punta pié a Oliverio, entró en la tienda con un ademan majestuoso que le dio mucha importancia y se dirigió a la cocina para almorzar.

—Noé, acercaos a la lumbre. —dijo Carlota —He apartado para vos este pedacito de tocino que he eliminado del almuerzo del amo. Tu Oliverio —dijo a este que acababa de entrar después de haber cumplido la comisión de Noé —cierra esta puerta y coje esos mendrugos de pan que son para ti.

Toma tu thé sobre ese cofre que está en aquel rincón y despacha pronto pues tienes que ir a guardar la tienda; ¿lo entiendes?

—Oyes espósito? —dijo Noé Claypole.

—Noé, sois muy terco. —repuso Carlota —Vaya! Dejaréis tranquilo a ese niño?

—Que lo deje tranquilo? Pues ya escampa! No hay peligro de que su padre ni su madre vengan a limpiarle los mocos... Todos sus parientes le han dado carta blanca para gobernarse a su modo... he! he! he!

—Sois un truhán! —replicó Carlota soltando una carcajada imitada por Noé y ambos a dos arrojaron una mirada de desdén al pobre Oliverio que sentado sobre un cofre en el rincón mas frío de la cocina comía titiritando los mendrugos de pan que se habían señalado especialmente para él.

Noé era un niño de la escuela de la caridad; pero no un espósito de la casa de caridad. Tampoco era el niño del acaso; porque podía trazar su genealogía subiendo hasta sus padres que vivían cerca de aquel sitio.

Su madre era lavandera ysu padre un soldado veterano, viejo, borracho, con una pierna de palo y una pensión diaria de cinco sueldos seis dineros.

Los aprendices de las tiendas de la vecindad habían tenido por largo tiempo la costumbre de insultar a Noé en medio de la calle motejándole de lo lindo y él lo había sufrido con la mayor paciencia del mundo; pero ahora que la fortuna había arrojado en su camino a un pobre huérfano sin nombre a quien el ser mas abyecto podía señalar con el dedo e insultar impunemente; le hizo expiar con usura las faltas de que los otros se habían hecho culpables para con él.

Un ataúd a medio hacer estaba colocado en el centro de la tienda.

Capítulo sexto

Oliverio puesto fuera de quicio por las burlas amargas de Noé se enfurece y sorprende a este por su audacia

Trascubrido el mes de prueba se firmó el acta de aprendizaje con todos los requisitos convenientes. Cabalmente había llegado una estación favorable a las defunciones y para servirme de una espresión comercial la venta de ataudes estaba a la alza; de modo que en poco tiempo Oliverio adquirió muchos conocimientos en el arte.

El éxito de la industria ingeniosa de míster Sowerberry traspasaba los límites de sus pretenciones. Desde tiempo inmemorial no se había visto al serampion ejercer con tanta violencia sus estragos funestos sobre los muchachos.

Así es, que se velan montones de cortejos mortuorios llevando a su frente al pequeño Oliverio, cubierto con un sombrero adorado con un largo crespón que le llegaba hasta los jarretes, todo con grande estupefacción de las madres con movidos por la novedad del espectáculo.

Como Oliverio acompañaba también a su maestro en la mayor parte de sus expediciones de cuerpos mayores para adquirir esa firmeza de carácter y ese ascendiente sobre la sensibilidad que distingue al enterrador de las demás clases de la sociedad, mas de una vez tuvo ocasión de observar con que resignación y con que noble valor ciertos espíritus animosos suportaban sus pruebas y sus pérdidas.

Era digno de notarse que las personas de uno y otro sexo que mientras tenía efecto el entierro se entregaban a la mas violenta desesperación, eran las que al regresar a la casa mortuoria se en contra-

ban mucho mejor presentándose ya perfectamente tranquilas después de la comida acostumbrada.

Oliverio contemplaba con grande asombro todos estos hechos a la vez satisfactorios e instructivos.

Si Oliverio Twist adquirió la resignación por el ejemplo de esas buenas gentes es cosa que no puedo afirmar con confianza; a pesar de ser su biógrafo.

Solo puedo decir que por espacio de muchos meses continuó sometiéndose con dulzura a la tiranía y a los malos tratos de Noé Claypole quien hacia de ellos un uso mas continuado que antes, celoso como estaba al ver el recién llegado promovido al basten negro y al sombrero con crespón, cuando el primer venido se había quedado con la gorra redonda y calzón de piel.

Carlota por su parte lo maltrataba porque así lo hacia Noé y la Señora Sowerberry era su enemiga declarada, porque míster Sowerberry le demostraba protección.

De modo que Oliverio viéndose obligado a luchar por un lado contra esos tres individuos y por otro contra la repugnancia a los entierros estaba muy lejos de encontrarse a su gusto.

Pero heme aquí llegado a un pasaje importante de su historia; debo citar un hecho que si bien fue de poca importancia, no dejó de producir un cambio total en su porvenir.

Un día que Oliverio y Noé habían bajado a la cocina a la hora acostumbrada de comer para tomar cada uno su parte de una libra y media de mala comida, encontrándose Carlota ausente en aquel entonces tuvieron que esperar un momento durante el cual Noé Claypole que era la vez famélico y vicioso creyó pasar mejor el tiempo hostigando y atormentando al joven Twist.

En efecto, empezó por poner los pies sobre los manteles, tiró los cabellos de Oliverio, le pellizcó las orejas, le insinuó que era un maulón y llegó hasta a manifestar el placer que tendría en verlo colgar un día de la horca.

En suma, no hubo maldades que no pusiera en ejercicio contra ese pobre muchacho haciendo con ello honor a su natural perverso de niño de la caridad que era.

Pero viendo que todo esto no producía el efecto que esperaba, que era hacer llorar a Oliverio, cambió sus baterías y para hacerse aun mas gracioso hizo lo que hacen muchas almas de cieno personas mas encopetadas que Noé cuando quieren hacerse el mono; lo atacó personalmente.

—Expósito! dijo —¿cómo se encuentra tu mamá?

—Ha muerto. —respondió Oliverio. —Os ruego no me hableis de ella!

Al decir esto un vivo encarnado apareció en el rostro del niño, su respiración se hizo dificultosa, hubo en sus labios y en sus narices un juego extraño que el Señor Claypole tomó por el preludio de unas fuertes ansias de llorar. Poseído de esta idea, volvió a la carga.

—Y de que ha muerto expósito? —preguntó.

—De pesar! Esto al menos es lo que me han dicho algunas viejas de la casa de caridad —repuso Oliverio mas bien dirigiéndose a sí mismo que respondiendo a Noé —Adivino azás lo que es morir de pesar.

—La titiridón, la titirindaina! —gorgeó Noé viendo rodar una lágrima en la mejilla del niño. —Vaya... que es lo que te hace lloriquear ahora?

—No vos al menos! —replicó Oliverio pasando su mano con rapidez sobre su mejilla para enjugar una lágrima próxima a caer. —No pen-

séis que seáis vos!

—Nunca jamás he pensado ni pensaré tal cosa! —repuso Noé con aire chocarrero.

—Entonces hasta sobre este punto! —replicó vivamente Oliverio —Guardaos de hablarme mas de ella; es lo mejor que podéis hacer.

—Lo mejor que puedo hacer! —exclamó Noé. —Mil perdones! Lo mejor que podré hacer! Largaos que allá viene mata muertos! ah! ah! ah! Paquete de contrabando! no te insolentes o me enojo! Tú respetable mamá era un buen pedazo de moza, he?

Esto diciendo Noé sacudió la cabeza con malicia y frunció su pequeña nariz roja todo lo que sus músculos le permitieron en esta ocasión.

—Te consta positivamente. —continuo envalentonado por el silencio de Oliverio y afectando un aire de piedad maligno.

—Sabes bien que ya no hay remedio ahora: tu mismo nada podrías lo que siento y te aseguro que te compadezco de todo corazón al igual de todos los que te conocen; con todo es preciso confesar que tu madre era una verdadera mujerzuela.

—Una verdadera que? —preguntó Oliverio levantando súbitamente la cabeza.

—Una verdadera mngerzuela. —Repuso fríamente Noé —Y vale mas que haya muerto así que no verse encerrada en Bridewell o transportada a Botany-Bay o bien... (que era lo mas probable) hacerse colgar ante Newgate?

Ebrio de cólera Oliverio saltó de su sitio, derribó mesa y sillas, cogió a Noé por el cogote y en un movimiento de rabia lo sacudió con tal violencia que sus dientes crugieron en su cabeza; luego reuniendo toda su fuerza le asestó un golpe tan furioso que lo derribo a sus pies.

Aun no hacia un minuto que este mismo niño anonadado por los malos tratos era la misma dulzura; pero su coraje al fin se había dispertado.

La afrenta hecha a la memoria de su madre hizo hervir la sangre en sus venas; su pecho latía con violencia; su aspecto era fiero; su ojo vivo y brillante.

Ya no era el mismo niño desde que miraba a su vil perseguidor tendido a sus pies y lo desafiaba con una enerjia que no se le había conocido hasta entonces.

—Socorro! —gritó Noé — Cár... lota! Se.. ño.. ra! Oliverio me asesina! Socorro! socorro!

Los aullidos de Noé fueron oídos por Carlota que respondió a ellos con un grito penetrante y por la Señora de Sowerberry cuya voz se elevó a un diapasón todavía mas alto.

La primera se abalanzó a la cocina por una puerta lateral, y su ama se paró en la escalera hasta estar segura de que sus días no corrían peligro.

—Miserable pilluelo! —gritó Carlota sacudiendo a Oliverio con toda su fuerza que igualaba cuando menos a la del hombre mas robusto —Ingrato! infame! asesino! —y a cada sílaba asestaba un famoso puñetazo y un robusto chillido todo por el bien de la sociedad.

A pesar de que el puño de Carlota no era muy ligero, la Señora Sowerberry temiendo sin duda que no produjera todo el efecto necesario para calmar la cólera de Oliverio se precipitó en la cocina lo cogió con una mano por el cuello y con la otra le arañó el rostro mientras que Noé aprovechándose de esta ventaja inmensa, se incorporó y le dio sendos golpes por detrás.

Este ejercicio demasiado violento no podía prolongarse mucho; tendidas de fatiga las dos mujeres a fuerza de sacudir y arañar, arras-

traron al niño que gritaba y se debatia mas bien por furor que por miedo hasta la carbonera y allí lo encerraron con llave.

Después de este esfuerzo supremo la Señora Sowerberry se dejó caer en una silla y prorumpió en copiosa llanto.

—Bondad divina! El ama se pone mala! —dijo Carlota —Noé! pronto querido, un vaso de agua.

—Ay! Dios mío! Carlota! —dijo la Señora Sowerberry con voz balbuciente a causa de una fatiga de respiración y de una cantidad de agua fría que Noé le había arrojado a la cara y espaldas —Oh! Carlota! Por dicha no hemos sido asesinados todos en la cama.

—Ah! si; ha sido una gran fortuna señora! —respondió esta. —Esto le enseñará al amo a no introducir jamás en su casa a esos seres horribles que han nacido ladrones y asesinos desde su cuna. En cuanto a Noé, poco ha faltado que no haya sido muerto al entrar yo en la cocina.

—Pobre muchacho! —dijo la Señora Sowerberry dirigiendo una mirada compasiva a su aprendiz.

Noé que era mas grande que Oliverio a lo menos de cabeza y hombros, viéndose el objeto de la conmiseración de las señoras se frotó los ojos con las palmas de las manos en ademan de llorar.

—Qué hacemos ahora? —exclamó la Señora Sowerberry —Mi marido no está en casa; no hay aquí nadie y antes de diez minutos el malvado hundirá la puerta.

Las violentas sacudidas que Oliverio daba a la susodicha puerta hacían al temor muy fundado.

—Dios mio! Dios mio! A la verdad no sé señora! —dijo Carlota —a menos que no vayamos a buscar los agentes de policía.

—O bien la guardia. —Propuso el señor Claypole.

—No; no. —repuso la Señora Sowerberry pensando de pronto en el antiguo amigo de Oliverio —Noé; corre a buscar a míster Bumble; dile que venga aquí sin dilación, sin perder un minuto. No importa tu gorra; despachate y por una oja de cuchillo sobre tu ojo durante el camino; esto calmará la hinchazón.

Noé sin cuidarse de responder se precipitó fuera de la casa y corrió con toda la ligereza permitida a sus piernas.

Las gentes que encontró en el camino no se sorprendieron poco al ver un muchacho de la escuela de la caridad corriendo desalentado por las calles sin gorra en su cabeza y con una hoja de cuchillo sobre su ojo.

Capítulo séptimo

Oliverio es un refractario completo

Noé corrió como un galgo por las calles y no se paró para tomar aliento hasta que hubo llegado al portal de la Casa de caridad. Allí esperó algunos minutos a que vinieran en su ayuda las lágrimas y los sollozos y pudiera prestar a su fisonomía un aire de espanto y de terror.

Luego llamó bruscamente a la puerta y, manifestó un semblante tan lastimoso al viejo pobre que vino a abrirle, que este aunque muy acostumbrado a no ver a su alrededor mas que semblantes lastimosos aun en los mas bellos días del año retrocedió asombrado.

—Que te pasa muchacho?— preguntó.

—míster Bumble! míster Bumble!— gritó Noé fingiendo terror y alzando tanto la voz que su acento no solo llegó a los oídos de míster Bumble que se hallaba distante algunos pasos si que también lo espantó hasta el extremo de precipitarse en el patio sin su fiel tricorne (circunstancia tan rara como curiosa que nos convence de que un pertiguero cuando es presa de un impulso repentino y poderoso, puede muy bien caer en una fascinación momentánea y olvidarse a la vez de si mismo y de su dignidad personal.

—Señor Bumble!— dijo Noé —si supierais señor... Oliverio, ha...

—Y bien! que? que ha hecho Oliverio? —preguntó el pertiguero brillando un rayo de placer en sus ojos metálicos —¿Se ha fugado?

—No Señor; muy al contrario; en vez de fugarse se ha vuelto asesino! —replicó Noé —Ha querido asesinarme a mi y luego a Carlota y

luego a la señora... Oh! la... la... la... la. ¡Dios mio, que dolor! Señor si supierais...

Oh! hu! ah! (al mismo tiempo se retortigaba en todas direcciones, removiendo el vientre con ambas manos y haciendo contorsiones y visajes horribles, para hacer creer a míster Bumble que por el ataque violento que había sufrido se le había desarreglado algo en el cuerpo que le hacia sufrir cruelmente en aquel momento.)

Viendo que había logrado su objeto y que su relación había paralizado al pertiguero, juzgó oportuno añadir al efecto producido una serie de lamentaciones sobre una octava y media mas alta que antes.

En esto apercibió a un caballero de chaleco blanco que atravesaba el patio y le vino la feliz idea de llamar la atención y excitar el enojo del susodicho caballero gritando mas recio que nunca.

En efecto el caballero no hubo dado dos pasos cuando retrocedió y se informó del motivo que hacia aullar de tal modo a aquel cachorro de presa; amonestando a míster Bumble porque no le había administrado dos buenos bastonazos para hacerle llorar por alguna cosa.

—Es un pobre muchacho de la escuela de la caridad —dijo Bumble —que ha estado muy cerca de ser asesinado por el joven Twist.

—No lo dije! —exclamó el hombre del chaleco blanco parándose secamente —Estaba yo bien seguro! Desde el momento tuve el extraño presentimiento de que ese pilluelo algún día se haría colgar de una horca.

—También ha intentado asesinar a la criada! —dijo Bumble pálido de terror.

—Y luego a su ama! —añadió Noé.

—No habéis dicho que también a su amo? —repuso el pertiguero.

—No señor; porque había salido de otro modo le hubiera asesinado —replicó Noé —Así lo ha dicho.

—Hijo mio! con que ha dicho que lo quería asesinar? —dijo el caballero del chaleco blanco.

—Si. —repuso Noé —Y a propósito mi ama me envía para suplicar a míster Bumble venga por un momento a casa si puede para zurrar a Oliverio ya que mi amo está ausente.

—Tienes razón amiguito! tienes razón! —dijo el caballero del chaleco blanco con aire melifluo, y pasando su mano sobre la cabeza de Noé que era mas alto que el a lo menos de tres pulgadas añadió —Toma ahi tienes un sueldo para ti.

Bumble! corred con vuestro bastón a casa Sowerberry y ved vos mismo lo que hay que hacer. No haya cuartel Bumble; lo entendeis?

—Perfectamente. —replicó el otro encajando un látigo que se adaptaba al extremo de su bastón y del que se servía para imponer correcciones parroquiales.

—Decid a Sowerberry que tampoco le perdone. Solo a golpes se podrá algo con él. —dijo el hombre del chaleco blanco.

Ajustados el bastón y el tricorne cada uno en su lugar y sitio con gran satisfacción de su común dueño, míster Bumble y Noé Claypole se dirigieron precipitadamente a la casa de Sowerberry.

En ella el estado de los asuntos no había mejorado lo mas mínimo. míster Sowerberry aun no había vuelto y Oliverio continuaba dando puñetazos a la puerta de la carbonera con brío igual.

El fiel relato que Carlota y la Señora Sowerberry hicieron de la ferocidad del niño fue le un carácter tan alarmante que míster Bumble

juzgó prudente parlamentar antes de abrir la puerta. De consiguiente dio por si mismo un puntapié en ella a guisa de exordio, y

aplicando sus labios al ojo de la llave dijo con tono grave e imponente.

—Oliverio!

—Abrid esta puerta! —respondió el niño.

—Oliverio reconoces esta voz? —preguntó el pertiguero.

—Si. —repuso Oliverio.

—Y no os da miedo? No temblais, mientras os hablo?

—No. —respondió Oliverio con resolución.

—Una respuesta tan diferente de la que tenía derecho a esperar y a la que no estaba acostumbrado, desconcertó en gran manera a míster Bumble. Dio tres pasos atrás, se empinó todo derecho y paseó alternativamente sus miradas sobre los tres espectadores sin poder proferir una palabra.

—Ya lo veis Señor Bumble! —dijo la Señora Sowerberry —Es necesario que esté loco. Otro muchacho que no poseyera mas que la mitad de su razón, so guardaría muy bien de hablaros de este modo.

—No es la locura señora! —dijo míster Bumble después de algunos instantes de reflección —Es la comida!

—Que me decís? —exclamó la Señora Sowerberry.

—La comida señora! —repuso el pertiguero con tono enfático —No mas que la comida.

Lo habéis sobrecargado de alimento; habéis erigido en él un alma y una inteligencia artificiales que de ningún modo convienen a las personas de su clase; como o lo dirán por su propio labio los Administradores que son filósofo experimentales señora Sowerberry. Que necesidad tienen los pobres de poseer una inteligencia y un alma?

No basta el que les hagamos vivir? Si vos señora no le hubieseis dado mas que puches no hubiéramos llegado a este caso.

—Dios mio! Dios mio! —exclamó la Señora Sowerberry elevando piadosamente sus ojos al techo do la cocina —Es posible que esto dimane de un exceso do liberalidad!

La liberalidad do la Señora Sowerberry para con Oliverio consistía en una prodigalidad confusa de escamochos que ningún otro que el hubiera querido comer; por lo que había mucha abnegación y deferencia en soportar voluntariamente la pesada acusación de míster Bumble de la que (sea dicho con justicia) era inocente de pensamiento, de palabra y de acción.

—Ahora bien —dijo el pertiguero cuando la Señora vuelta de su éxtasis dirigió de nuevo sus ojos a la tierra —lo que conviene por el momento en mi sentir es dejarle veinte y cuatro horas aquí hasta que el hambre empiece a hacerle cosquillas; luego le pondreis en libertad y lo sujetareis a los puches claros durante todo el tiempo de aprendizaje.

Señora Sowerberry tened entendido que procede de mala semilla. El cirujano y la enfermera me han dicho que su madre vino a la casa entre dificultades y penas que hubieran acabado mucho antes con una mujer virtuosa.

A este punto del discurso Oliverio que había comprendido lo bastante para saber que se hacia de nuevo alusión a su madre, volvió a golpear con tal fuerza que aturrullaba los oídos.

En medio de esta bataola entró míster Sowerberry y habiéndole las señoras contado el crimen de Oliverio con toda la exajeración que creyeron a propósito para exitar su enojo, en un abrir y cerrar de ojos abrió la carbonera e hizo salir de ella a su rebelde aprendiz cogiéndole por el cogote.

Durante la lucha los vestidos de Oliverio habían sido rasgados, su rostro estaba magullado y arañado, sus cabellos caían en desorden sobre su frente. El rojo de la cólera no había desaparecido aun de sus mejillas, y al salir de su prisión lejos de manifestarse acobardado dirigió una mirada amenazadora a Noé.

—Ola! bravo mozo! —dijo Sowerberry sacudiendo la cabeza de Oliverio y dándole luego un bofetón en la oreja.

—Porque ha hablado mal de mi madre. —replicó el niño.

—Y aun que así fuera pillastron! —dijo la Señora Sowerberry —No ha dicho todo lo que ella merece!

—No lo merece! —dijo Oliverio.

—Lo merece. —objetó la Señora Sowerberry.

—Es mentira!

La Señora Sowerberry derramó un torrente de lágrimas. Este torrente de lágrimas privaba a míster Sowerberry de toda alternativa.

El lector prevenido comprenderá fácilmente que si este último hubiese titubeado un solo momento en castigar severamente a Oliverio, hubiera sido bajo el aspecto de los usos establecidos cuando se trata de disputas conjugales, un bruto, un marido desnaturalizado, una ridícula imitación del hombre y tantos otros hermosos epitetos demasiado numerosos para insertarlos en este capítulo.

Para hacerle justicia tenía a favor del niño toda la buena disposición que le permitía su poder muy limitado: pueda también que le impulsara el propio interés; o bien porque su mujer no lo podía sufrir.

Así es que como tengo dicho ese torrente de lágrimas no le dejaba alternativa y de consiguiente lo zurró de lo lindo para satisfacer a su ultrajada esposa y hacer al mismo tiempo inútil el bastón parroquial.

Nuestro joven héroe fue encerrado por todo el resto del día en la carbonera en compañía de un jarro de agua y un mendrugo de pan.

Por la noche la Señora Sowerberry lo abrió no sin haber hecho antes algunas observaciones poco lisongeras respecto a su madre y entre las burlas y sarcasmos de Noé y de Carlota fue a echarse en su lecho de dolor.

Solo cuando se vio aislado en el taller del Zampa-muertos, dio libre curso a la emoción que el tratamiento del día debió dispertar en su pecho de niño.

Había escuchado los sarcasmos con desprecio; había sufrido los golpes sin proferir un solo lamento, por que sintiara nacer en el esa noble fiereza capaz de ahogar el menor grito aun cuando le hubieran quemado vivo; pero ahora que nadie podía verle ni oirle se dejó caer de rodillas sobre el pavimento y ocultando su rostro con sus manos derramó tales lágrimas que Dios quiera que para el bien de nuestro espíritu ningún niño tan joven haya tenido ocasión de derramarlas por nosotros ante él!

Oliverio permaneció largo tiempo en esta postura: la vela iba a consumirse del todo en el tubo de su candelera cuando se levantó; y habiendo mirado con precaución a su alrededor y escuchando con suma ansiedad tiró los cerrojos de la puerta de entrada y fijó su vista a la calle.

La noche estaba sombría y fría y las estrellas parecieron a los ojos del niño mas lejanas de la tierra que no las había visto antes. No soplaba el menor aire y las sombras negras de los árboles por su inmobilidad tenían algo de sepulcral como la misma muerte.

Volvió a cerrar suavemente la puerta y aprovechándose de la luz vacilante del cabo de la vela que finia para envolver en un pañuelo

los pocos harapos que tenía se sentó sobre su jergón esperando el día.

A los primeros rayos de la aurora que empezaron a filtrar al través de las rendijas de la puerta de la tienda, Oliverio se levantó y abrió de nuevo la dicha puerta. Una mirada temerosa en torno suyo; un momento de vacilación... la cerró tras si y hele ah en medio de la calle.

Miró a derecha e izquierda no sabiendo por que lado huir. Recordó haber visto los carros cuando dejaban el país subir lentamente la colina... se dirige por este lado y habiendo llegado a un sendero que sabía iba a desembocar en la carretera un poco mas lejos le tomó y marchó a buen paso.

Al hallarse en este mismo sendero Oliverio recordó haber trotado por el al lado de míster Bumble cuando este le volvía de la sucursal a la casa de Caridad. Este camino conducía a aquella. Su corazón latía muy fuerte pensando en ello y le vinieron ganas de retroceder.

Sin embargo había ya andado un largo trecho y perdía mucho tiempo obrando así; además era tan de mañana que no había peligro de que se le viera. Continuó pues y llegó delante de la casa. No había apariencia de que los comensales estuvieran ya levantados en una hora tan matinal.

Se paró y miró con precaución al jardín. Un niño estaba en el ocupado en arrancar las malas yerbas de un cuadro y al levantar la cabeza pare descansar Oliverio reconoció en él a uno de sus camaradas de la infancia.

Tuvo mucha satisfacción de verle antes de partir; porque aunque mas joven que él, este niño había sido su amigo y compañero de juego. Habían tenido hambre, habían sido golpeados y encerrados juntos tantas y tantas veces!

—Silencio Ricardo! —dijo Oliverio viendo al muchacho correr a la puerta y pasar sus bracesitos al través de la verja para recibirle —Se han levantado ya aquí?

—No; yo solo! —respondió el niño.

—Que no digas que me has visto; lo entiendes Ricardo? —dijo Oliverio —Yo me escapo: me golpeaban y me maltrataban muchísimo! Voy a buscar fortuna lejos, muy lejos de aquí; no se donde. ¿Que pálido estás?

—He oído decir al médico, que me muero. —repuso el niño con una lánguida sonrisa —Estoy tan contento de verle querido amigo! Pero no te entretengas; vete pronto!

—No, no! quiero decirte hasta la vista. —prosiguió Oliverio —Volveré a verte Ricardo; estoy seguro de ello. Entonces estarás bueno y serás mas feliz.

—Así lo espero! —dijo el niño —pero cuando habré muerto; no antes. Se bien que el médico tiene razón Oliverio; porque sueño muy amenudo en el cielo y en los ángeles y veo fisonomías dulces cual no las he visto nunca cuando estoy dispierto. Abrázame!

—continuó encaramándose en la puerta del jardín y pasando sus bracecitos alrededor del cuello de Oliverio —Hasta la vista allá arriba amigo! Que Dios te bendiga!

Aunque dada por un niño, esta bendición era la primera que Oliverio sentía invocar sobre su cabeza y en medio de los sufrimientos y de las vicisitudes de su vida futura, no la olvidó una sola vez.

Capítulo octavo

Oliverio se dirige a Londres, y encuentra en el camino un joven singular

Oliverio después que hubo llegado al extremo del sendero, se encontró en la carretera. Eran las ocho de la mañana: a pesar de haber andado ya cinco millas, corrió y se ocultó como pudo tras las hayas hasta el medio día temiendo ser cogido en el caso de que se le persiguiera.

Entonces se sentó en un mojón y se puso a pensar per la primera vez en el punto donde debía ir para poder ganarse la subsistencia.

Muchas veces había oído decir a los viejos de la casa de Caridad que un muchacho de corazón no podía dejar de pasarlo bien en Londres y que había en esa gran ciudad recursos de que los habitantes de las provincias no podían formarse una idea.

Este era justamente el punto propio para el niño sin asilo y que podía morirse en medio de la calle si alguno no venía a su socorro.

Se puso pues en marcha con valor acostándose por la noche al aire libre, viviendo ya de limosnas, ya de los restos arrojados por los caminantes; despreciado y rechazado por todas partes.

El séptimo día de su partida entró muy de madrugada fatigadísimo en la pequeña ciudad de Barnet. Las puertas de las casas estaban cerradas, las calles desiertas, nadie se había levantado aun para prepararse a los trabajos del día.

El sol se elevaba radiante; pero su luz solo demostraba al niño de una manera mas sensible su abandono y su miseria. Se sentó en las gradas de una iglesia con los pies llenos de sangre y polvo.

Poco a poco se abrieron las puertas, se extendieron los toldos y la gente empezó a circular por las calles.

Algunas personas (en número muy pequeño) se detuvieron un momento para contemplarle o solo se volvieron al pasar a toda prisa; pero nadie le socorrió ni se tomó siquiera la pena de indagar porque se encontraba de tal modo en aquel sitio.

El pobre niño no se sentía con ánimo para mendigar y estaba sentado allí sin saber lo que seria de él.

Había ya algún tiempo que permanecía en tal posición asombrándose del gran número de tabernas que veía, (pues que cas todas las casas de Barnet lo son) y mirando con displicencia los carruajes públicos que pasaban rápidamente ante él, cuando le sacó de su reflexión la vista de un joven que hacia pocos instantes acababa de pasar sin mostrar haber reparado en él y que retrocediendo luego y colocándose al otro lado de la calle le miraba con la mayor atención.

De pronto no hizo caso de ello; pero viendo que el tal muchacho permanecía tanto tiempo en la misma actitud, levantó la cabeza y le miró del mismo modo. Entonces este atravesó la calle y dirigiéndose directamente a él dijo:

—Y bien monigote! Que haces ahí hecho un estafermo?

El individuo que hizo tal pregunta a nuestro joven viajero, era poco mas o menos de su edad, pero tenía el aspecto de una originalidad nunca vista por Oliverio.

—Y bien! De que se trata? —prosiguió.

—Me muero de hambre y estoy sumamente fatigado! —respondió Oliverio con las lágrimas en los ojos —He hecho un largo camino; he andado durante siete días.

—Durante siete días! —dijo el joven —Ah! ya caigo. De orden del pico... he! —luego añadió notando la sorpresa de Oliverio. —¿sabes acaso lo que es un pico mi joven camarada?

Oliverio respondió ingenuamente que siempre había oído decir que un pico era la boca de un pájaro.

—Vaya un zopo! —exclamó el joven —El pico es el magistrado. Marchar de orden del pico, no es andar en derechura, sino trepando siempre sin jamás volver a descender. ¿No has estado nunca sobre el molino.

—Qué molino? —preguntó Oliverio.

—Que molino! que molino! Por vida de... el molino que rueda cien veces mas rápido cuando son bajas las aguas, es decir cuando la bolsa está en seco, que cuando están altas porque en este último caso siempre hay menos obreros... Esto se comprende perfectamente sin romperse los cascos.

Ven conmigo; no tienes nada que meter bajo el diente y es necesario que rumies. No hay gran cosa en la faltriquera solo un rond y un Jaime pero no le hace ello vendrá. —Vamos en movimiento las canillas!

El joven, ayudó a Oliverio a levantarse y lo condujo hácia una revenderia donde compró un poco de jamón y un pan de dos libras; hizo en este un agujero e introdujo por él el jamón para preservarlo del polvo; luego metiéndolo bajo el zobaco se dirigió hácia una taberna de sucia apariencia y entró en una sala trasera.

Allí; puesta sobre la mesa una botella de cerveza de orden del misterioso joven, Oliverio a una señal de este emprendió un espléndido almuerzo durante el cual el extraño muchacho le observaba por intervalos con la mayor atención.

—Vas a Londres? —dijo el joven cuando Oliverio hubo concluido.

—Si.

—Tienes posada?

—No.

—Y dinero?

—Tampoco.

—El joven se puso a silvar metiéndose las manos en las faltriqueras todo lo que le permitieron las mangas de su casacón.

—Vivís vos en Londres? —preguntó Oliverio.

—Si; cuando estoy en mi casa! —respondió el otro —Supongo que no sabrás donde acostarte esta noche he?

—Es cierto. —repuso Oliverio. —No he dormido bajo tejado desde que abandoné mi país.

—No te inundes de mocos por ello! Haces mal en atormentarte de este modo las pestañas. —replicó el joven mozalvete. —Yo también tengo que estar en Londres esa noche y allí conozco un anciano respetable que te dará alojamiento de valde, entendámonos siendo presentado por alguno de sus amigos...

Por que de lo contrario! ya escampa! No es lerdo el tal vejete!

Esto diciendo el jovenzuelo sonrió para dar a entender que la última parte de su soliloquio era puramente irónico y vació incontinenti su vaso.

Este ofrecimiento inesperado de un alojamiento era demasiado seductor para ser rehusado, sobre todo cuando fue seguido inmediatamente por la seguridad de que una vez conocido del anciano caballero, este no dejaría pasar mucho tiempo sin proporcionar a Oliverio alguna colocación bastante ventajosa.

Esto llevó a una conversación mas confidencial en la que Oliverio descubrió que su amigo que se llamaba Jaime Dawkins era el amigo íntimo y el protegido del viejo señor en cuestión.

El exterior de míster Jaime no hablaba mucho que digamos en favor de las ventajas que su patronato obtenía pava aquellos que tomaba bajo su protección; pero como tenía un modo de expresarse pronto y obscuro a la vez y como confesó además que entre sus camaradas era mas bien conocido bajo el apodo de fino camastrón, Oliverio concluyó de ahí que su compañero siendo tal vez insustancial y ligero la moral del viejo señor no babia fructificado en él.

Con tai pensamiento resolvió por su parte aprovecharse de ella lo mas pronto posible y si encontraba al Camastrón incorregible como tenía motivos para creerlo, renunciaria al honor de ser su camarada.

Como Jaime Dawkins había declarado no querer entrar en Londres hasta la noche, eran cerca las once cuando llegaron a la barrera de Islington. Pasaron por diferentes calles hasta llegar a Great-Saffron-Hille que el camastrón atravesó mas que de prisa previniendo a Oliverio le siguiera de cerca.

Este estaba pensando seriamente si se escaparia, cuando llegaron al extremo de la calle. Su compañero cogiéndole entonces por el brazo empujó la puerta de una casa cerca de Field-Lane, y metiéndole en el pasadizo cerró la puerta tras de ellos.

—Quien va! —gritó una voz que venía de abajo, respondiendo a un silvido del Camastrón.

—Plumy y Slám! —tal fue su respuesta.

Este era probablemente el santo y seña o el aviso de que nada había que temer, porque la débil luz de una vela se reflejó en la pared al extremo opuesto del pasadizo y se mostró una cabeza a flor de tierra

en el punto donde estaba antes el antiguo tramo de la escalera de la cocina.

—Sois dos? —dijo un hombre cuya era la cabeza avanzando algo mas la vela y extendiendo su mano sobre los ojos para ver mejor —¿Quien es el otro?

—Un neófito —respondió Jaime empujando a Oliverio hacia adelante.

—De donde viene?

—Del país de la Ganuza. ¿Fagin está arriba?

—Si; acomoda los desperdicios. Ea; subid.

La luz se hundió y con ella la cabeza.

Oliverio buscando su camino a tientas con una mano y con la otra cogiendo los faldones del casacón de su compañero llegó no sin trabajo a lo alto de la escalera sombría y medio rota que el Camastrón trepó con una seguridad y ligereza que probaban serle muy conocido el camino.

Este abrió la puerta de un aposento situado en la parte trasera de la casa, e hizo entrar a su nuevo compañero.

En él estaban reunidos alrededor de una mesa, un viejo judío cadavérico y asqueroso, dos muchachos muy semejantes en aspecto al Camastrón y dos jovencitas vivarachas. Cada uno tenía ante sí un plato con una tajada de tocino frito que cortaba en pedazos y los comía con mucha voracidad.

—Fagin! —dijo el Camastrón dirigiéndose al viejo —Os presento mi amigo Oliverio Twist.

Aquel sonrió, y haciendo un profundo saludo a Oliverio, le cogió la mano diciéndole tendría el honor de relacionarse con él.

—Estamos muy contentos de verte. —añadió —Camastrón! Saca esas salsichas de la sartén y acerca ese taburete a la lumbre para que Oliverio se sienta, coma y se caliente. Ah! miras los pañuelos de faltriquera de sobre aquel cofre amiguito? Algunos no son malejos he?

Justamente acabamos de contarlos para mandarlos a lavar... esto es todo; todito... Ah! ah! ah!

La risita del judío éxito la hilaridad de sus jóvenes comensales y en medio de carcajadas estrepitosas continuaron la cena.

Oliverio tomó su parte de ella. Luego el judío le llevó un vaso de ginebra y agua caliente recomendándole lo bebiera de una sola vez para pasar el cubilete a otro; pero a penas lo hubo tragado se sintió atraer suavemente sobre unos sacos amontonados en un rincón y se durmió profundamente.

Capítulo noveno

Algunos detalles concernientes al viejo chistoso y sus alumnos sobresalientes

Era ya tarde cuando Oliverio se dispertó a la mañana siguiente. En el aposento no había mas que el viejo ocupado en hacer hervir café y silvando por lo bajo mientras lo removia con una cuchara de hierro.

De vez en cuando se paraba para escuchar al menor ruido que oía y cuando había satisfecho su curiosidad volvía a remover el café y a silvar de lo lindo.

Después que el café estuvo hecho, puso la cafetera en el suelo y no sabiendo como matar el tiempo, se volvió maquinalmente hacia Oliverio y le llamó por su nombre. Era probable que el niño dormía, porque no respondió.

Luego que se hubo asegurado de ello se dirigió de puntillas a la puerta y la cerró con los cerrojos. En seguida a lo que le pareció a Oliverio (que realmente no dormía) levantó un ladrillo del pavimento; sacó de un hoyuelo practicado debajo de el una cajita, y la colocó sobre la mesa.

Sus ojos brillaron al levantar la tapadera y al sumerjir dentro de ella su mirada. Por último acercando una silla vieja, se sentó y sacó de la caja un reloj de oro magnífico y resplandeciente de diamantes.

—Ah! ah! —dijo encogiéndose de hombros y haciendo una mueca horrible —Eran ellos unos famosos conejos! unos verdaderos hurones! Firmes hasta el fin! Incapaces de decir al negro bonete donde

esto se encontraría! Jamás, jamás han vendido al viejo Fagin! Además ¿les hubiera servido esto acaso para librarse del balanceo? Pamema!

Tampoco se hubiera aflojado el nudo escurridizo. No, no! Ah! Eran buenos vivientes! Famosos conejos!

Haciendo estas reflecciones y otras de la misma naturaleza, el judío volvió el reló a su sitio primitivo.

Otros cinco o seis por lo menos fueron sacados sucesivamente de la misma caja y pasados en revista con la misma satisfacción, como también sortijas, alfileres, braceletes y otros artículos de joyeria de una materia tan magnífica y de un trabajo tan precioso que su vista tenía a Oliverio en babia.

Después de haber colocado el judío estas joyas en su sitio anterior tomó otra tan pequeña que la tenía en el hueco de su mano.

Esta parecía tener cincelada una inscripción muy diminuta, porque la puso sobre la mesa y garantizándola de la falsa luz poniendo la mano ante ella, la examinó largo tiempo con la mas viva atención.

En fin renunciando a la esperanza de descifrar aquella leyenda remitió la joya en la cajita inclinándose en el respaldo de su silla.

—Magnífica cosa la pena capital! —murmuró entre dientes— Los muertos no regresan para bachillerear. Oh! Es una gran garantía para el comercio! lineó de ellos enfilados en la misma cuerda y ninguno tan ruin para desembuchar el secreto!

Al decir esto el judío que hasta entonces había tenido sus ojos negros y penetrantes sobre la joya en un estado de fijeza estática los dirigió a Oliverio y viendo que el niño le miraba con muda curiosidad, comprendió que había sido observado.

Entonces cerrando bruscamente la cajita, se apoderó de un cuchillo que estaba sobre la mesa y se levantó furioso. Sin embargo no es-

taba seguro, pues Oliverio a pesar de su espanto pudo notar que el cuchillo temblaba en la mano del viejo.

—Por vida de! —exclamó el judío —¿Me espiabas? Estabas dispierto? Que has visto? Oh! habla... niño! responde pronto! va en ello tu vida!

—No he podido dormir mas tiempo señor! —respondió Oliverio —siento haberos interrumpido.

—Tu no estabas dispierto hace media hora he? —preguntó el viejo con acento extraviado.

—No señor es la pura verdad! —repuso Oliverio.

—Estás de ello seguro? —gritó el judío dando a su mirada una espresión mas feroz y tomando una actitud amenazadora.

—Si, si señor! lo juro! —replicó el niño con ansia —Os aseguro que no estaba dispierto! de toda verdad! de toda verdad!

—Cállate; cállate! —dijo el judío recobrado de repente sus maneras ordinarias y aparentando jugar con el cuchillo antes de volverlo sobre la mesa para dar a entender que no lo había cogido mas que por broma —Ya lo sabía buen amigo y esto no era mas que para darte miedo, para reirme.

Sabes hijuelo mio que eres un valentón! Ah! ah! eres un valentón Oliverio! —Mientras decía esto frotaba sus manos con falsa sonrisa y no dejando de mirar la cajita con alguna inquietud. Luego poniendo su mano sobre la tapadera añadió después de un momento de silencio.

—Has visto tu algunas de esas cosas hermosas amigo mio?

—Si señor. —respondió Oliverio.

—Ah! —hizo el judío cambiando de color —Estos son... es mi pequeño haber Oliverio; es mi propiedad, todo lo que tengo para des-

cansar en mis viejos días! El mundo dice que soy avaro; si amigo mio, solamente avaro; nada mas que esto.

Oliverio pensó que efectivamente el viejo señor debía ser avaro pues que vivía en un sitio tan miserable con tantos relojes; imaginándose luego que tal vez su ternura por el fino camastrón y los demás muchachos le costaba mucho dinero no dejó de tenerlo en mayor estima y le preguntó respetuosamente si podía levantarse.

—Ciertamente amigó mio! ciertamente! —respondió él viejo judío —Espera; detrás de la puerta hay un cántaro de agua: traelo aquí: voy a darte una cofaina para lavarte.

Oliverio se levantó, atravesó el aposento y se bajó para tomar el cántaro; cuando se volvió la cajita había desaparecido.

Apenas había concluido de lavarse y poner cada cosa en su sitio después de haber arrojado el agua de la cofaina por la ventana a tenor de las órdenes del judío, cuando el fino camastrón Volvió a entrar acompañado de uno de sus amigos, joven alegrillo que Oliverio había visto la víspera anterior.

Este le fue presentado con todas las fórmulas debidas, como que era el Señor Carlos Bates. Cada uno se sentó a la mesa y comió con el café bollos todavía calientes y jamón que el Camastrón había traído en la copa de su sombrero.

—Y bien amigos! —dijo el judío lanzando sobre Oliverio una mirada maligna el propio tiempo que se dirijia al Camastrón —Espero que habréis estado en el taller esta mañana.

—Un poco abuelo! —respondió el Camastrón.

—Y con unas ganas deliciosas! —repuso Carlos.

—Vaya, vaya! sois buenos chicos; muy buenos chicos! —dijo el judío —Que es lo que tu has traído Jaime?

—Dos agenda —respondió este.

—Guarnecidos he! —preguntó él viejo con interés.

—Así así... —replicó el Camastrón sacando de su faltriquera dos agenda la una colorada y la otra verde.

—No tan macisos como deberían! —exclamó el viejo después de haber examinado el interior con una atención escrupulosa —Pero con todo no deja de ser un trabajo exquisito: de mano maestra.

No es así Oliverio?

—Oh! de un trabajador muy hábil os cierto señor! —respondió Oliverio.

—Aquí el Señor Carlos esplotó en una estrepitosa carcajada con grande asombro de Oliverio que no veía en ello ningún motivo de risa.

—Y tu viejecito! —dijo Fagin a Carlos —Que es lo que tu nos traes?

—Pingajos. —respondió maese Bates sacando cuatro pañuelos de faltriquera.

—Bravo! —repuso el judío después de haberles pasado revista —No son malejos a fe mia! Si; pero no los has señalado bien; será preciso quitarles estas marcas con una aguja, y ya enseñaremos a Oliverio como es preciso gobernarse para ello.

—Te gustará aprenderlo Oliverio! he?

—Si señor! —respondió Oliverio.

—Gustarias de hacer el moscardón con tanta maestría como Carlos Bates ¿no es así amigito? —preguntó el judío.

—Oh! si señor: me gustaría mucho. Si quisierais enseñarmelo?

—Maese Bates vio en esta petición algo de chistoso, pues esplotó en una nueva carcajada que habiéndole hecho tragar el café mala-

mente, poco faltó para que no le ahogase.

—A la verdad es bien nuevo! —dijo luego que se hubo repuesto, como para excusar su conducta impolítica.

El Camastrón pasando su mano por la cabeza de Oliverio y aplanándole los cabellos sobre su frente dijo que pronto sabría bastante.

En esto el judío viendo que el rostro del niño se ponía colorado, cambió de conversación preguntando si había habido mucha gente en la sentencia de muerte que había tenido lugar en aquella misma mañana.

Esto sorprendió tanto mas a Oliverio comprendiendo por las respuestas de los dos muchachos que habían asistido a ella y no pudiendo darse razón como habían tenido tiempo bastante para haber sido tan laboriosos.

Después de levantada la mesa, el viejo chistoso y los dos muchachos empezaron un juego tan curioso como poco común.

El primero metió una petaca en uno de los bolsillos de su pantalón y una cartera en el otro; en la faltriquera de su chaleco un reloj unido a una gruesa cadena de seguridad que pasó al rededor de su cuello y clavando en la pechera de su camisa una aguja de quincalla se abotonó hasta debajo la barba; luego colocando el estuche de sus anteojos y su pañuelo en los bolsillos de su levitón, se paseó arriba y abajo del aposento empuñando un bastón, del mismo modo que vemos a nuestros viejos señores en las calles a cada momento del día.

Unas veces se paraba ante la chimenea; otras a la puerta fingiendo examinar las mercaderias en los aparadores de las tiendas. En ciertos momentos, miraba a su alrededor y tentaba alternativamente sus faltriqueras para asegurarse de que no le habían hurtado nada y esto lo hacia tan naturalmente que Oliverio se desternillaba de risa.

Durante este tiempo los dos mozalvetes le seguían de cerca evitando tan diestramente sus miradas cada vez que se volvía, que era imposible al ojo seguir sus movimientos.

Al fin, el Camastrón le picó los talones y Carlos, tropezó con él (se entiende sin hacerlo expresamente) y en el propio instante le birlaron en un decir Jesús y con la mas asombrosa destreza, petaca, cartera, reló, cadena de seguridad, aguja, pañuelo de faltriquera y hasta el estuche de los anteojos.

Si el viejo señor sentía una mano en una de sus faltriqueras, decía en cual y volvía a empezar el juego.

Rato había que se estaba repitiendo esta diversión, cuando dos jóvenes señoritas entraron a hacer visita a los dos señoritos. La una se llamaba Betsy y la otra Nancy. Sus cabelleras naturalmente espesas, se ostentaban algo descuidadas del peine; sus zapatos no llevaban cordones y sus medias iban tiradas con mucha negligencia.

Tal vez no eran lo que puede llamarse precisamente bonitas; pero tenían subidos colores, abultadas mejillas y parecían bastante alegrillas. Como manifestaban ademanes excesivamente libres y desenvueltos, Oliverio pensó que debían ser muy amables (y lo eran sin ninguna clase de duda.)

Las tales señoritas se quedaron un buen rato y habiéndose traído algunas botellas de licores en atención a haberse quejado una de ellas de que tenía el estómago seco, la conversación se hizo viva y animada.

Al fin Carlos dijo era de opinión que había ya llegado el buen tiempo de trillar la cemilla, expresión que Oliverio entendió por salir; porque inmediatamente el Camastrón, Carlos y las dos señoritas se marcharon juntos provistos de algún dinero que les dio el bueno del judío para refocilarse durante el camino.

—Y bien amigito! No te parece agradable esta vida? —dijo Fagin —Ya se han marchado por todo el día!

—Y han concluido su trabajo Señor? —preguntó Oliverio.

—Si; a menos que no encuentren ocupación en el camino; entonces, no se estarán con las manos plegadas, está seguro. Toma ejemplo de ellos hijo mio: toma ejemplo de ellos!

—continuó golpeando el suelo del hogar con el badil como para dar mas fuerza a sus palabras —Haz todo lo que te digan y consúltales en todo, especialmente al Camastrón. Este llegará muy alto y tú lo mismo si lo tomas por modelo. ¿Acaso sale el pañuelo de mi faltriquera amiguito? —dijo interumpiéndose secamente.

—Si señor. —respondió Oliverio.

—Prueba pues un poquito si podrías sacarlo sin que yo lo advirtiese, del mismo modo que has visto hacerlo, cuando nos divertíamos hace poco.

Oliverio levantó la faltriquera con una mano como había visto hacerlo al Camastrón y con la otra tiró ligeramente el pañuelo.

—Esta hecho? —preguntó el judío.

—Ahí lo tenéis señor! —contestó Oliverio enseñándoselo.

—Eres un muchacho muy diestro amiguito! —dijo el viejo adulador pasando su mano cadavérica sobre la cabeza de Oliverio en señal de aprobación —No he visto un chico mas hábil. Toma e aquí un schelling para ti. Si continuas de este modo serás el mas grande hombre de tu siglo.

Ahora ven aquí para que te enseñe a quitar las señales de los pañuelos.

Oliverio se preguntó a sí mismo que tenía de común la acción de escamotear divirtiéndose el pañuelo del viejo con la expectativa de

llegar a ser un grande hombre; pero reflexionando que por ser el judío de muchísima mas edad que el debía ser mas sabedor de ello, se arrimó a la mesa y pronto fue entregado profundamente a su nuevo estudio.

Capítulo décimo

Oliverio se entera mejor del carácter de sus nuevos compañeros, y adquiere experiencia a costas suyas. Importancia de los detalles contenidos en este capítulo

Oliverio se entera mejor del carácter de sus nuevos compañeros, y adquiere experiencia a costas suyas. —importancia de los detalles contenidos en este capítulo

Durante muchos días Oliverio permaneció en la estancia del judío quitando las señales a los pañuelos de faltriquera que llegaban en tumulto al domicilio y algunas veces tomando también parte en el susodicho juego, en el que este y los dos mozalbetes se ejercitaban regularmente todas las mañanas.

Al fin; comenzó a tener ansia de respirar el aire libre y buscó muchas ocasiones para pedir al viejo le dejará salir para trabajar junto con sus camaradas.

Deseaba con tanto mas ardor el ser puesto en actividad por haber visto un canto de la moral austera del viejo señor.

Cada vez que el Camastrón o Carlos Bates volvían por la noche con las manos vacías, les suministraba una larga Filipica, extendiéndose largamente sobre los males que engendran la pereza y la ociosidad, y para gravar mas fuertemente esta verdad en su memoria, los enviaba a la cama sin cenar.

Una vez entre otras los arrojó escaleras abajo; pero este exceso de celo en el virtuoso viejo, no siempre era llevado hasta este punto.

En fin una hermosa mañana obtuvo el permiso tan ardientemente anhelado. Había ya dos o tres días que faltaban pañuelos para quitar las señales y las comidas eran flacas. Tal vez estos fueron los motivos que decidieron a Fagin a que diera su permiso.

Que fueran o no; dijo a Oliverio que podía salir y le colocó bajo la salvaguardia de Carlos Bates y de su amigo el Camastrón.

Los tres compañeros se marcharon: el Camastrón con las mangas arremangadas y el sombrero en el cogote según costumbre; maese Carlos con las manos en las faltriqueras y meneándose a lo lechugino y Oliverio entre ambos cavilando a donde podían ir y en que ramo de industria iban a lanzarse por de pronto.

Andaban con tanta calma y parecían tan inciertos en cuanto al camino que debían tomar; que Oliverio pensó que sus camaradas engañaban al viejo señor no yendo al taller. El Camastrón tenía un instinto maligno, y era quitar todas las gorras de los párvulos y hechárselas en seguida en las entradas.

Carlos por su parte demostraba principios mas relajados en cuanto al respeto que se debe a la propiedad ageua, escamoteando de los cestos de las fruteras cebollas y manzanas que metía en sus faltriqueras tan grandes que parecían invadir su traje en todos sentidos.

Esto pareció tan inconveniento a Oliverio que estuvo a punto de declararles su intención de dejarles para volverse a casa como pudiera, cuando sus pensamientos fueron dirigidos de improviso hácia otro objeto por un cambio misterioso en la conducta del Camastrón.

Acababan de salir de un estrecho callejón cerca de Clerkenwell, que se llama aun hoy día por una extraña corrupción de palabras Boulingrin, cuando el Camastrón se paró de repente y poniendo su dedo sobre sus. labios hizo retroceder a sus compañeros con la mayor cautela.

—Que significa!

—Chut! —dijo el Camastrón. —Ves esa panza vieja delante de la parada del librero?

—El señor anciano del otro lado de la calle? contestó el niño. —Si; le veo.

—Pues atención que va sacar la tripa!

—Y gorda que será! —dijo Carlos.

Oliverio los miró alternativamente ya al uno ya al otro con suma sorpresa; pero no tuvo tiempo de hacer pregunta alguna, porque sus dos compañeros atravesaron la calle y se deslizaron furtivamente tras el caballero sobre quien estaba fija su atención.

El a su vez dio algunos pasos en la misma dirección y no sabiendo si debía adelantar o retroceder, los miró con un silencio de estupefacción.

Este caballero que llevaba la cabellera empolvada y anteojos de oro, parecía ser respetable; vestía una casaca color verdebotella con cuello de terciopelo negro y un pantalón blanco sosteniendo por debajo el sobaco un elegante bambú.

Acababa de tomar un libro de la parada y estaba allí como en su casa leyendo tan tranquilamente lo mismo que si estuviera sentado en su sillón y es probable que se creía realmente en el porque era claro que absorvido como estaba en su lectura no veía ni la parada del librero, ni la calle, ni los dos muchachos, ni otra cosa en fin que el libro que recorría letra por letra volviendo la hoja cuando llegaba a lo último de la página, empezando la primera línea de la siguiente y así consecutivamente, con el mas vivo interés y el mayor afán.

Cuales fueron la sorpresa y el horror de Oliverio, cuando abriendo tantos ojos como le permitieron sus párpados vio al Camastrón su-

mergir su mano en la faltriquera del caballero y retirar de ella un pañuelo que pasó a Carlos y luego volver la esquina de la calle y correr a toda pierna.

En un momento se descifró en su alma todo el misterio de los pañuelos, de los relojes, de las joyas y hasta el del mismo judío.

Permaneció allí un instante absorto; su sangre herbia en sus venas con fuerza tal, que se creía dentro un brasero ardiente; luego confuso y aterrorizado a la vez echó a correr, y sin saber lo que hacia ni donde iba, huyó desatentado.

Todo esto fue obra de un segundo.

En el mismo instante que Oliverio emprendía la fuga dio la casualidad que el caballero buscó en su faltriquera el pañuelo y no encontrándolo se volvió bruscamente, y como vio al niño escaparse con tanta rapidez concluyó de ello que era él quien había cometido el hurto y se puso a perseguirlo con el libro en la mano gritando con todas sus fuerzas:

Al ladrón! Al ladrón!

—No era él solo quien gritaba favor! contra Oliverio: el Camastrón y Carlos Bates temiendo llamar la atención sobre ellos corriendo, se habían ocultado de pronto tras la primera puerta cochera que encontraron al paso; pero no bien hubieron oído el grito y visto correr al muchacho cuando adivinando lo que era ello se mezclaron con los perseguidores (como buenos ciudadanos que eran.) gritando como los demás.

Al ladrón! Al ladrón!

Oliverio aunque educado por filósofos ignoraba en teoría su máxima sublime de que: el cuidado de sí mismo es la primera ley de la naturaleza.

Si la hubiera conocido aquel percance tal vez le hubiera hallado prevenido; pero como no lo estaba, no hizo mas que aumentar su espanto; así es que corría como el viento llevando al anciano caballero y a los dos muchachos tras sus talones.

—Al ladrón! Al ladrón!

Hay algo de sublime en este grito.

El mercader deja su mostrador y el carretero su carro, el carnicero abandona su trabajo, el panadero su canasto, la lechera sus jarros, el fagin su bulto, el estudiante su carambola, el empedrador su martillo, el muchacho su pelota; todos corren revueltos gritando, ahullando, arrollándose, derribando los transeuntes al revolver las esquinas, excitando a los perros, alborotando las gallinas y haciendo retemblar las calles, los callejones, las plazas y las plazuelas con este grito:

—Al ladrón! Al ladrón!

Este grito es repetido por cien voces y la multitud crece a cada esquina. Ella lo dilata chapoteando en el lodo y haciendo resonar el estrépito de sus pasos sobre las aceras.

Las ventanas se abren, los vecinos salen de las casas, la gente se empuja, todo un auditorio abandona polichinela en el momento mas interesante de la comedia y juntándose al tropel aumenta el ruido prestando nuevo vigor a los gritos repetidos de:

—Al ladrón! Al ladrón!

Existe en el hombre un instinto fuertemente arraigado de correr tras cualquiera cosa.

Un niño infeliz, sofocado y llenó de fatiga, con el terror en los ojos y la agonía en el corazón, llevando el rostro inundado de sudor, redobla sus esfuerzos para conservar el avance sobre sus perseguidores,

mientras estos a medida que se aproximan de su alcance saludan sus fuerzas desfallecidas con hurras y vociferaciones de alegría:

Al ladrón! Al ladrón! Detenedle! por amor de Dios detenedle! aunque no sea mas que por piedad detenedle!

Al fin ya está detenido! Golpe famoso! Helo allí tendido sobre la acera; rodeado por la apiñada multitud y cada recién llegado codeando y empujando para poder verle! —Haceos atrás! Dejadle un poco de aire! Que bestialidad! No lo merece. Donde está el caballero? Allá viene. Abrid paso al caballero! Caballero es este el pilludo?

Si.

Oliverio cubierto de lodo y polvo, con la boca ensangrentada miraba con aire extraviado todas aquellas figuras que le rodeaban, cuando el anciano caballero fue introducido por no decir llevado dentro el círculo por la vanguardia de los perseguidores.

—Si! —dijo con acento bondadoso —Temo que sea él!

—Teme! —murmuró la muchedumbre —Esta si que es buena!

—Pobre diablillo! —dijo el caballero —Se ha hecho daño!

—Yo soy quien le ha arreglado como esta —dijo un solemne paja larga adelantándose —Me he corlado lindamente la mano contra sus dientes. Yo soy señor quien le ha cogido.

Esto diciendo, el individuo llevó la mano a su sombrero sonriendo bestialmente, y esperando sin duda recibir algo por el trabajo que se había tomado; pero el caballero examinándole con aire de desprecio, echó una mirada inquieta a su alrededor sin duda para buscar un medio de evadirse; lo que tal vez hubiera hecho, dando con ello lugar a otra persecución si en este momento un agente de policía (la última persona que llega siempre en semejantes casos) no hubiese atravesado la multitud y cogido a Oliverio por el cuello.

—Yo no he sido señor! Estad seguro! Es la verdad! Fueron otros dos muchachos! —dijo Oliverio plegando las manos en ademan suplicante y mirando a su alrededor —Deben estar aquí o no lejos.

—Oh! que no... que no están aquí! —repuso el agente de policía con acento burlón.

Oliverio decía verdad sin saberlo. El Camastrón y Carlos se habían escabullido en la primera escalera que habían encontrado al paso.

—Ea! levántate!

—No le hagáis daño! —dijo el anciano caballero con compasión.

—Oh! no pretendo hacerle daño alguno. —replicó el otro rasgando el chaleco del niño, al obligarle a levantarse, en prueba de lo dicho. —Vamos... ven... Te conozco... estos colores no me la pegan. Quieres tenerte sobre tus pies pillastrón?

El Camastrón explota el bolsillo del Caballero anciano a la vista de Oliverio estupefacto.

Capítulo undécimo

De la manera que administra la justicia el magistrado míster Fang

El hurto había sido perpetrado dentro la jurisdicción y de hecho en las inmediaciones de un tribunal de policía metropolitana muy celebrado.

Los curiosos tuvieron la única satisfacción de acompañar a Oliverio un corto trecho; es decir hasta un sitio llamado Multon-Hill donde le hicieron pasar bajo una bóveda sombría y baja que conducía a un patio sucio al detrás del que estaba ese dispensador de la pronta justicia.

Allí encontraron un regordete con enormes favoritos en las mejillas y un grueso manojo de llaves en la mano.

—Que hay de nuevo? —preguntó con suma displicencia.

—Un joven pégre —contestó el agente de policía.

—Sois vos el robado? —preguntó el carcelero al anciano caballero que estaba tras Oliverio.

—Si; —dijo este —yo soy; pero no estoy seguro que sea este niño quien ha cogido el pañuelo y por eso quisiera mas que la cosa no pasara adelante.

—Ya es tarde! Es preciso que se presente ante el magistrado. —repuso el carcelero —Pronto vá a ser puesto en libertad. —y dirigiéndose a Oliverio. —Ola in pasto de horca! Al avío!

Esto era para el niño una invitación de entrar en una celdilla cuya puerta había abierto el hombrecillo y donde le encerró después de

haberle registrado y no encontrándole nada sobre él.

El anciano caballero al oir rechinar la llave en la cerradura se puso tan triste como Oliverio y dirigió suspirando sus ojos sobre el libro causa inocente de todo aquel fracaso.

—Hay algo en la fisonomía de ese niño —se dijo a sí mismo dando algunos pasos y golpeándose frente con el libro, completamente absorvido en sus reflecciones —algo que me choca y me interesa. Será tal vez inocente? Paréceme... Por vida de!

—exclamó parándose en seco y mirando fijamente a las nubes— ¿Dónde he visto yo una fisonomía semejante a la suya?

Después de haber reflexionado algunos momentos, se adelantó en ademan pensativo hácia una pequeña sala que daba al patio y allí retirado y a solas pasó revista en su memoria a un gran número de rostros que hacia muchos años había perdido de vista, y sobre los cuales se había extendido un velo sombrío.

El carcelero le dispertó de sus sueños dándole un golpecillo sobre la espalda y haciéndole señal de que le siguiera: cerró inmediatamente su libro y pronto se vio a la presencia imponente del célebre míster Fang.

La sala de audiencia que daba a la calle tenía el techo artesonado. míster Fang estaba sentado mas allá de una pequeña balustrada y en une de los extremos. A un lado de la puerta y en un banquillo colocado al efecto, estaba sentado el pobre Oliverio espantado de la gravedad de esta escena.

El anciano caballero se inclinó profundamente, se adelantó hacia el bufete del magistrado y dijo añadiendo la acción a la palabra:

—Esta es mi dirección caballero —y dando tres pasos atrás se inclinó de nuevo y esperó que se le preguntase.

Cabalmente míster Fang leía en este momento con profunda atención en el Morning Chronicle un artículo concerniente a una sentencia que había dado, el cual artículo le recomendaba por la milésima vez a la atención particular del ministro del interior. Estaba a mas de mal humor y levantando la cabeza con ademan uraño:

—Quien sois? —preguntó.

El anciano caballero algo sorprendido señaló con el dedo su tarjeta.

—Oficial de policía! —dijo míster Fang sacudiendo con desprecio la tarjeta y el periódico. —Quien es ese individuo?

—Mi nombre —dijo el anciano caballero espresándose con cortesía —mi nombre es Brownlow. Que me sea permitido a mi vez preguntar el nombre del magistrado que bajo el escudo de la ley insulta gratuitamente a un hombre respetable sin haber sido provocado.

—Esto diciendo míster Brownlow dirigió una mirada a su alrededor como buscando quien quisiera responder a su pregunta.

—Oficial de policía! —dijo míster Fang tirando el periódico de revés —De que se acusa a ese individuo?

—No es él el acusado señor juez. —respondió el agente de policía — Comparece contra este muchacho.

El magistrado, lo sabía bien; pero era un medio como cualquier otro para vejar impunemente a las gentes.

—Ah! Comparece contra ese muchacho... no es oso? —replicó míster Fang examinando a míster Brownlow de la cabeza a los pies con aire de duda. —Recibid su juramento.

—Antes de prestar juramento —dijo míster Brownlow —me permitiré decir una sola palabra y es que sin una prueba tan convincente jamás hubiera podido crer....

—Silencio caballero! —dijo míster Fang con tono brusco.

—No me callaré señor magistrado! —replicó míster Brownlow.

—Silencio digo o mando poneros a la puerta! Sois un impertinente, un bribón, al atreveros a desafiar un magistrado en el ejercicio de sus funciones!

—Que decís? —exclamó el anciano caballero palideciendo de cólera.

—Haced prestar juramento a ese hombre! —dijo míster Fang al escribano —Nada mas oiré! Hacedle prestar juramento!

La indignación de míster Brownlow estaba a su colmo; pero reflexionando que dándola salida podría hacer daño al muchacho, se contuvo y prestó inmediatamente el juramento.

—Ahora —dijo míster Fang —decid: de que se acusa a esto muchacho? Qué tenéis que deponer contra él?

—Estaba ante la parada de un librero —empezó míster Brownlow.

—Silencio caballero! —interrumpió míster Fang —Agente de policía! Donde está el agente de policía? Acercaos. Escribano hacedle prestar juramento. Ahora hablad. ¿Que tenéis que decir?

El agente de policía relató con tono humilde: que el había preso al muchacho y que habiéndole registrado, nada había encontrado encima de él; añadiendo que esto era todo lo que tenía que decir.

—Hay testigos? —preguntó míster Fang.

—No; señor magistrado. —respondió el agente de policía.

míster Fang guardó silencio por algunos instantes; luego volviéndose a la parte acusadora dijo con tono irritado —Queréis explicar los motivos de vuestra querella contra ese muchacho; si o no? Si rehusais administrar pruebas voy a castigaros por falta de respecto a un magistrado! Oh! Lo haré por.....

Por quien o porque nadie lo sabe; pues que en este mismo momento el escribano y el carcelero tosieron con fuerza muy a propósito sin duda; y el primero dejando caer por descuido un voluminoso libro, privó que el resto pudiera oirse.

Entre las numerosas interrupciones y los insultos reiterados de míster Fang, míster Brownlow procuró relatar el hecho,

observando que en el primer momento de sorpresa corriera tras el niño porque lo había viste huir.

Y —añadió —me atreveré a esperar que en el caso en que el Señor Magistrado considerara a este muchacho sino como ladrón al menos como afiliado con ladrones, se dignara obrar respecto a él tan suavemente como se lo permita la justicia?

Además está herido y temo mucho —prosiguió, con aire de compasión dirigiéndose a la barra —temo realmente que se encuentra malo.

—Oh! sin duda! Esto se comprende. —Observó míster Fang con acento burlón. —Ea tu... pequeño vagabundo! Tus pillerias están cosidas con hilo blanco. A mi no me la pegarás. Como te llamas?

Oliverio procuró responder; pero la lengua se le pegó en el paladar. Estaba horriblemente pálido y todo parecía dar vueltas a su alrededor.

—Como te llamas bribonzuelo? —clamó Fang con voz de trueno — Oficial! Cual es su nombre?

Esta pregunta se dirigía a un inoflelude de chaleco rayado que estaba en pié cerca de la barra.

Se inclinó hacia el niño y repitió la pregunta; pero viendo que realmente se hallaba incapaz de comprenderla y sabiendo que su silencio no haría mas que excitar la cólera del magistrado y de consi-

guiente aumentar la severidad de la sentencia, respondió al acaso: —Se llama Tomás White señor magistrado.

—Ola! no quiere hablar ¿no es esto? —dijo Fang —Muy bien! Donde habita?

—Donde puede señor magistrado. —respondió el digno oficial fingiendo recibir la respuesta de Oliverio.

—Tiene padres? —preguntó míster Fang.

—Dice que se le murieron cuando niño. —replicó el otro del mismo modo.

En este punto del interrogatorio Oliverio levantó la cabeza y lanzando a su alrededor una mirada suplicante, pidió con voz moribunda que se le hiciera el favor de un vaso de agua.

—Todo eso son maulerias. —dijo Fang —No pienses cojerme por tonto.

—Señor magistrado creo que verdaderamente se encuentra malo. —dijo el oficial de policía.

—Se algo mas que vos en esta materia —replicó Fang.

—Cuidado señor oficial de policía! —dijo el anciano caballero, extendiendo instintivamente sus brazos —Cuidado!... vá a caer.

—Retiraos de aquí oficial de policía! —gritó Fang con acento brutal —y que caiga si bien le place.

—Oliverio se aprovechó del asiduo permiso y cayó desmayado en el suelo. Los hombres de servicio en la sala se miraron unos a otros pero ninguno osó menearse.

—Sabía bien que lo hácia adrede. —dijo Fang. (como sí este accidente hubiese sido para el una prueba incontestable de su eserto) pero pronto tendría su galardón.

—Que fallais señor? —preguntó en voz baja el escribano.

—Le condenó sumariamente —dijo Fang —a tres meses de prisión, con mas al treadmill Despojad la sala!

La puerta estaba abierta a este fin y dos hombres se preparaban para llevar al pobre Oliverio todavía sin sentidos a la prisión, cuando un sujeto de alguna edad y de exterior decente aun que pobre a juzgar por sus pantalones negros un tanto deslustrados, se precipitó dentro la sala y acercándose a la barra.

—Deteneos..! —dijo sofocado y sin darse tiempo de respirar —no le lleveis! Suspended la sentencia!

A pesar del mal humor y las groserías del juez Fang, le fue preciso escuchar al testigo. Este era el librero que lo había visto todo. Contó el hecho y Oliverio fue puesto en libertad. míster Brownlow estaba indignado de la conducta de Fang. Quiso protestar, pero fue hechado de la sala.

Una palidez mortal cubría las mejillas de Oliverio, a penas podía tenerse. El compasivo anciano hizo acercar un fiacre y habiéndole colocado sobre las almohadas del mismo, partieron.

Capítulo duodécimo

Oliverio recibe el buen tratamiento que nunca había recibido hasta ahora. Particularidades referentes a un retrato

El fiacre rodó a lo largo de Mont-Plaisir, enfiló la calle de Exmouth, recorriendo a poca diferencia el mismo camino que Oliverio debió seguir la primera vez que entró en Londres en compañía del Camastrón y tomando diferente camino cuando hubo llegado a la taberna del Ángel en Islington, se paró al fin ante una casita de hermosa apariencia en una calle decente y retirada de Pentouville.

Allí sin retardo se preparó un lecho en el que míster Brownlow, hizo colocar al pobre niño, que fue cuidado con una solicitud y una ternura sin igual.

Durante muchos días Oliverio permaneció sin conocimiento pendiente entre la vida y la muerte. Al fin salió de este estado y lanzó una mirada inquieta a su alrededor:

—Que aposento es este? —Donde me han traído? —dijo.

Como estaba muy abatido, pronunció estas palabras con voz débil; pero ellas fueron oídas desde el momento; porque la cortina de su cama fue levantada incontinenti y una buena señora ya de edad vestida decentemente se levantó al mismo tiempo de un sillón en que estaba sentada cerca el lecho y haciendo dalzeta.

—Chiton amigo mio! —dijo la anciana con dulzura —Es preciso estarse quieto, o vendrá una recaida; ya habéis estado malo, muy malo... Vaya! volveos a acostar como un buen muchacho!

—Esto diciendo la buena señora volvió a colocar suavemente la cabeza de Oliverio sobre la almohada, y apartando los mechones de cabellos que caían sobre su frente le miró con un aire tan cariñoso, que él no pudo menos de colocar su manecita descarnada sobre la suya y de atraerla al rededor de su cuello.

—Dios mio! —dijo la anciana con las lágrimas en los ojos —Que buen corazoncito! Que agradecido! Qué diría su madre, si después de haberte vigilado día y noche como yo lo he hecho pudiera verle ahora?

—Pueda que me vé! —balbuceó Oliverio plegando sus manos. —Tal vez ha estado sentada cerca de mi, señora... Oh! si; me parece haberla visto a mi lado.

—Esto es efecto de la fiebre amigo mio! —dijo la buena señora.

—Es posible —repuso Oliverio con aire pensativo —porque hay mucha distancia de aquí al cielo y si es allí demasiado dichoso para bajar cerca el lecho de un pobre niño! Sin embargo si ella ha sabido que yo estaba enfermo, me habrá compadecido desde allá arriba; porque ella ha sufrido también tanto antes de morir!

Con todo no puede saber nada de le que me sucede —añadió después de un momento. de silencio —porque si me hubiera visto padecer, se hubiera puesto triste, y su rostro era tan dulce y risueño cada vez que la he visto en sueños!

La anciana nada respondió; pero enjugando primero sus párpados y luego sus anteojos que estaban sobre la bánova, dio al niño una poción refrescante y pasándole la mano por sobre la mejilla le encargó estuviera tranquilo en su lecho sino volvería a caer malo.

Oliverio se mantuvo quieto, ya porque quería obedecer en todo a la señora; ya también porque estaba completamente fatigado por lo que había dicho.

Pronto se entregó a un sueño reparador del que fue dispertado por la luz de una vela que acercándose a su cama le permitió ver a un señor que le tentaba el pulso consultando al mismo tiempo un grueso reló de oro de tic-tac muy fuerte que tenía en la mano: el cual dijo que lo encontraba mucho mejor.

—No es verdad que os encontráis mucho mejor amiguito? —dijo a Oliverio.

—Si, señor! y os doy gracias! —contestó este.

—Ya se bien que debéis encontraros mejor. —repuso el otro —Tenéis apetito no es cierto?

—No señor. —respondió el niño.

—He! —exclamó el caballero —No! Ya sabía yo bien que no podéis tener apetito. No tiene apetito señora Bedwin. —continuó con aire de importancia volviéndose a la señora.

Esta hizo una señal de cabeza respetuosa, por la que parecía decir que creía al doctor un sujeto muy hábil: este por su parte pareció tenor de si la misma opinión.

—Tenéis sueño no es cierto amiguito? prosiguió el doctor.

—No señor. —respondió Oliverio.

—No. —repuso el otro con ademan de inteligente —no tenéis sueño. Tampoco tenéis sed?

—Si señor; estoy un poco sediento.

—Justamente lo que pensaba Señora Bedwin. A la verdad es muy natural que esté sediento; muy natural. Podréis darle un poco de thé y una tostada de pan sin manteca. Que no sea demasiado caliente Señor Bedwin; pero tened cuidado de que no sea demasiado frío. Ya comprendéis ¿no es cierto?

La buena señora hizo una reverencia y el doctor después de haber probado la poción refrescante, se alejó haciendo crujir sus botas sobre el piso con aire de importancia y dignidad. Oliverio poco después volvió a dormirse y era ya cerca de media noche cuando se dispertó.

La Señora Bedwin le deseó entonces una buena noche y le dejó bajo el cuidado de una vieja gordinflona que acababa de entrar llevando dentro su ridículo un librito de oraciones y una larga gorra de dormir.

La mañana estaba ya bastante adelantada cuando Oliverio se dispertó despejado y risueño. La crisis de la enfermedad había pasado, estaba ya fuera de peligro y pertenecía aun a este mundo.

En menos de tres días se halló capaz para sentarse en un sillón reclinado sobre almohadas y como estaba aun demasiado débil para poder andar, la señora Bedwin lo había bajado a su propio aposento donde se sentaba a su lado frente el hogar y encantada a lo sumo de una mejoría tan notable, derramaba lágrimas de ternura.

—No hagáis caso queridito; esto es a pesar mio —dijo —Caramba! Ahora ya pasó aquello y yo me encuentro del todo aliviada!

—En verdad señora sois muy buena para mi. —dijo Oliverio.

—Está bien amiguito! no hablemos mas de ello.

Nada tiene que ver con vuestro caldo y es ya hora de que lo toméis, porque el doctor dice que míster Brownlow podría venir a visitaros esta mañana y es necesario que nosotros estemos sobre nuestros cuarenta y ocho pues que cuanto mejor aspecto tengamos mas estará él contento.

Esto diciendo la buena señora hizo calentar en una caserola una porción de un caldo bastante fuerte; capaz reducido a la fuerza señalada en las casas de Caridad, para suministrar una opípara comida a trescientos pobres por lo menos.

—Os gustan los cuadros amigo mio? —preguntó la buena señora viendo que Oliverio tenía los ojos fijos con una atención particular sobre un retrato colgado en la pared justamente frente de él.

—No podría decíroslo señora! —respondió éste sin apartar la vista del retrato —He visto tan pocos que a la verdad no sé... Que semblante tan dulce y tan bello tiene esa señora!

—Ah! —dijo la anciana —Los pintores hacen siempre a las mujeres mas hermosas de le que son; de otro modo hijo mio no tendrían parroquianos. El que ha inventado la máquina para reproducir fisonomías por obra de la sola naturaleza, el buen Monsieur Daguerre hubiera debido saber que ella no tendría éxito!

Hay demasiada fidelidad; demasiada! —repuso riéndose de todo corazón por la malicia con que había dicho esto.

—Esa pintura se parece a alguno? —preguntó Oliverio.

—Si. —contestó la buena señora levantando los ojos un instante — Es lo que se llama un retrato.

—De quien? —volvió a preguntar el niño con curiosidad.

—Ah! eso es lo que no podré deciros amiguito! —repuse ella con aire jovial —Probablemente (al menos que yo sepa) será de alguno que ni vos ni yo conocemos. —Parece que es complaceis en mirarlo queridito?

—Es tan hermoso! tan bello!

—Creo que no as dará miedo he? —dijo la buena señora sorprendida del aire de respeto con que el niño miraba el retrato.

—Oh! no seguramente! —respondió este con prontitud —Pero la mirada de esa señora se me presenta tan triste desde este sitio! Parece que se dirige a mi! Esto me hace latir el corazón como si estu-

viera animado —prosiguió con tono mas bajo —y como si quisiera hablarme y no pudiera.

—Bendito seáis de Dios! —exclamó la buena señora estremeciéndose —Niño no hableis así! Después de la enfermedad que acabais de pasar estáis débil y nervioso; dejad que vuelva vuestro sillón del otro lado y entonces no veréis esto. —dijo juntando la acción a la palabra —Ahora al menos ya no podéis verlo!

Oliverio lo veía en su imaginación tan perfectamente como si no se le hubiere movido de sitio; pero pensó que haría mejor en no enfadar a la buena señora y así sonrió graciosamente cuando ella le miró.

La Señora Bedwin por su parte contenta de ver que se encontraba mas a satisfacción, echó sal a su caldo y puso en el pequeñas cortezas de pan tostado con todo el aparato conveniente a un preparativo tan solemne.

El lo despachó con una prontitud extraordinaria y apenas había tragado la última cucharada cuando llamaron suavemente a la puerta.

—Entrad! —dijo la buena señora.

—míster Brownlow (porque era él) entró tan listo como le fue posible; pero no bien hubo levantado sus anteojos sobre su frente y puesto sus manos tras su bata para examinar mejor a Oliverio, cuando su fisonomía cambió varias veces de espresión, haciendo muchas contorciones tan grotescas las unas como las otras.

Oliverio débil por la enfermedad, hacia por respecto a su bienhechor esfuerzos inútiles para ponerse en pié cayendo siempre otra vez en el sillón y míster Brownlow que de toda verdad era mas sensible que media docena de hombres de su calibre, no pudo contener las lágrimas que se escaparon de sus ojos como por medio de un proceder

hidráulico, que nosotros no nos croemos bastante filósofos para poder explicar.

—Pobre niño! pobre niño! —dijo esforzando su voz —Señora Bedwin; esta mañana estoy un poco ronco; temo haber cogido un resfriado.

—No digáis tal cosa señor. —repuse esta. —Toda la ropa blanca que os he entregado estaba muy sucia.

—No sé Bedwin; no se que diga —prosiguió míster Brownlow — pero me parece que la servilleta que me disteis ayer en la comida estaba algo húmeda. Pero no importa! Como os encontráis amigo mio?

—Muy feliz señor —respondió Oliverio —y muy reconocido a vuestras bondades para conmigo.

—Niño encantador! —dijo míster Brownlow repuesto de su emoción. —Señora Bedwin; le habéis dado algún alimento? Algunos caldos he?

—Acaba de tomar una píldora de excelente gelatina —respondió la Señora Bedwin irguiéndose de toda su altura y prenunciando estas últimas palabras con énfasis para dar a entender que entre un caldo y una gelatina no había la menor relación.

—Puha! —hizo míster Brownlow encogiéndose de hombros. —Dos o tres vasos de vino de Oporto le hubieran hecho mas bien ¿no es cierto Tomás White?

—Yo me llamo Oliverio. Señor! —contestó el joven convaleciente con asombro.

—Oliverio! —dijo míster Brownlow —Oliverio que? Oliverio White he?

—No señor. Twist; Oliverio Twist.

—Pícaro de nombre! —dijo el anciano —¿Porque dijisteis al juez que os llamabais White?

—Jamás le dije tal cosa señor! —respondió Oliverio con mayor asombro.

Esto se parecía tanto a una mentira, que el anciano no pudo menos de mirar fijamente a Oliverio. Era imposible no creerle; el sello de la verdad estaba impreso sobre todos los rasgos finos y delicados de su fisonomía.

—Esto será sin duda un error! —dijo míster Brownlow y aunque no tenía motivo para examinar a Oliverio, la idea de semejanza entre sus facciones y algún rostro que le era conocido le preocupaba de tal modo que no podía apartar la vista de él.

—No estáis enfadado conmigo no es cierto señor? —dijo Oliverio con una mirada suplicante.

—No, no! —respondió míster Brownlow. —Por vida de... mirad Bedwin mirad allí.

Mientras esto decía comparaba con el dedo el retrato y el rostro del niño. Había entre ellos una semejanza completa. Los ojos, la boca, la espresión y la forma de la cabeza eran absolutamente las mismas.

Los rasgos de la fisonomía eran tan iguales en este momento que las menores líneas parecían copiadas en él con una exactitud que no tenía nada de terrestre.

Oliverio ignoró la causa de aquella esclamación súbita, porque estaba tan débil que no pudo suportar el estremecimiento que le produjo y se desmayó.

Capítulo trece

Cómo por medio del viejo chistoso el lector instruido va a adquirir relaciones con un nuevo personaje. Particularidades y hechos interesantes pertenecientes a esta historia

como por medio del viejo chistoso el lector instruido va a adquirir relaciones con un nuevo personaje.particularidades y hechos interesantes pertenecientes;a esta historia

Cuando el Camastrón y su digno amigo maese Bates se juntaron a los que persiguían a Oliverio después de su atentado a la propiedad de míster Brownlow, obraban por interés propio porque como la libertad individual es el primer derecho de que se envanece un inglés de raza pura, no tengo necesidad de demostrar al lector que esta acción debía ensalzarles a la vista de todo buen patriota.

Solo después de haber recorrido un laberinto de callejones, nuestros dos muchachos se detuvieron de común acuerdo bajo una bóveda baja y sombría.

Habiendo permanecido en ella y en silencio el tiempo preciso para cobrar aliento, maese Bates dio un grito de satisfacción y de alegría y arrancando una estrepitosa carcajada se dejó caer en el lindar de una puerta para desahogarse a discreción.

—Que... que es esto? —preguntó el Camastrón.

—Ah! ah! ah! —hizo Carlos.

—Te callarás? —prosiguió el Camastrón mirando a su alrededor con precaución. —Tienes ganas de que nos pellizquen animal!

—Ello es mas fuerte que yo. —dijo Carlos —No puedo impedirlo.

Me parece que lo estoy viendo correr y pegar de narices en las esquinas de las calles y luego como si fuera de piedra como ellas volver a picar con los talones las espaldas de un modo tan gracioso y yo con el pingajo en mi faltriquera gritando tras él como los otros:

Ah! ah! ah!.. que chistoso!

La imaginación activa de maese Bates le representaba la escena con colores demasiado vivos, pues al llegar a este punto de su discurso se revolcó sobre el lindar de la puerta y arreció su risa de un modo aturrullador.

—Que vá a decir Fagin? —preguntó el Camastrón aprovechándose de un instante en que su amigo no podiendo mas guardó silencio.

—Que? —reposo Carlos.

—Si; que! —dijo el Camastrón.

—Caramba! —esclamo Carlos, un tanto afectado del modo con que el Camastrón hizo esta observación: —¿y que puede decir?

El Camastrón a guisa de respuesta se divertió silvando, luego quitándose el sombrero se rascó la cabeza haciendo dos o tres muecas.

—No te comprendo. —dijo Carlos.

—Tara ri ra la... la tia Miguela ha perdido su... —moduló el Camastrón con aire truanesco.

Esto era esplicativo; pero no satisfactorio. Maese Bates lo comprendió así y preguntó a su amigo que es lo que quería decir.

El Camastrón no respondió; pero dan lo una rápida cabezada para volver el sombrero a su sitio y pasando por sobre sus codos los largos faldones de su casaca, se hizo un bulto en la meg illa con su lengua, se dio algunos capirotazos en la nariz con un aire familiar el mas expresivo y haciendo una pirueta se precipitó dentro la entrada.

Maese Bates le siguió con ademan pensativo. El ruido de sus pasos en la vieja escalera llamó la atención del judío sentado en este momento ante el hogar con una salsicha y un panecillo en su mano izquierda, un cuchillo en su derecha y un jarro de estaño sobre el taburete.

Era de notar una sonrisa innoble en sus labios descoloridos al volverse para escuchar atentamente dirigiendo el oído hacia la puerta y lanzando una mirada salvaje por debajo sus cejas rojas.

—Que significa? —murmuró cambiando de espresión. —No son mas que des ahora! Donde está el tercero? Les habrá sucedido algo? Escuchemos!

Los pasos se oyeron mas distintamente. Los dos caballeritos llegaron a la maseta, la puerta re abrió suavemente y volvió a cerrarse tras de ellos.

—Dónde está Oliverio? —prorumpió el judío con furia —Qué habéis hecho de él?

Los dos pilluelos se miraron uno a otro perturbados como si temieran la cólera del viejo; pero se callaron.

—Qué ha sido de Oliverio? —dijo el judío cogiendo al Camastrón por la garganta y amenazándole con imprecaciones horribles. —Habla o te estrangulo! Hablarás? —clamó con voz de trueno y sacudiéndole con fuerza.

—Canario! Ha sido pellizcado y nada mas. —dijo al fin el Camastrón con tono áspero —Vaya, dejadme ya!

—continuó y de un solo empujo desprendiéndose de su casaca que quedó entre las manos del judío, cogió la aguja del azador y asestó al chaleco del viejo chistoso tal bote que si lo alcanza le hubiera privado de sus gracias al menos por seis semanas sino por dos meses.

El judío en tai percance retrocedió con mas ligereza de la que era de esperar en un hombre de su edad y apoderándose del jarro de estaño se preparaba para arrojarlo a la cabeza de su adversario, cuando Carlos Bates llamando en este momento su atención por un ahullido espantoso cambió el destino del jarro y Fagin lo arrojó lleno de cerveza a la cabeza de este último.

—Ea! Que diablos pasa ahora aquí? —murmuró una voz gruesa — Quién me ha tirado esto a la cara? Puede darse por muy feliz que haya recibido solo la cerveza y no el jarro, pues de otro modo hubiera hecho mi negocio con alguno.

Jamás me hubiera pasado por el magin que un viejo ladrón de judío pudiera arrojar otra cosa que agua... Que significa todo esto Fagin? El diablo me lleve si mi corbata no está llena de cerveza... Vén acá tu... Que tienes que hacer pegado a esa puerta? Como si debieras avergonzarte de tu amo!

El hombre que refunfuñó estas palabras era un mocetón de treinta y cinco años poco o menos, vestido con un redingote de terciopelo de algodón negro, unos calzones de paño burdo muy estropeados, borcejies y medias de algodón gris que cubrían unas piernas macisas adornadas por gruesas pantorrillas; piernas en fin de aquellas a quienes parece faltar algo sino van guarnecidas de grilletes.

—Ven acá ¿lo entiendes? —dijo con acento nada lisonjero.

Un perro blanco de pelo largo y sucio y con la cabeza llena de cicatrices entró arrastrándose en el aposento.

—Os hacéis rogar mucho! —continuó el hombre —Os costaba acaso reconocerme en medio de tan honrada compañía? Acostaos allí!

Esta orden fue acompañada de un puntapié que envió al animal al otro extremo del aposento.

—De que proviene pues esa batalla? Viejo ladronazo ¿porque maltratais a los muchachos? —dijo el hombre sentándose con mucha prosopopeya. —Me extraño que no os hayan asesinado. Si fuera yo de ellos lo haría.

Si hubiera sido vuestro aprendiz largo tiempo ya que esto estaría hecho y que... pero no, no hubiera podido sacar un sueldo de vuestra piel, porque no sois bueno mas que para meteros en una botella para enseñaros como un fenómeno de fealdad y creo que no se soplan de bastante grandes para conteneros.

—Silencio! Silencio Señor Sikes! —dijo el judío tembloroso —No hableis tan alto.

—Si os place no tantos cocos —prosiguió el bandido —llamándome Señor. Comprendo donde queréis ir a parar cuando tomáis ese tono; a nadie bueno por cierto. Llamadme por mi nombre, le tenéis muy conocido. No creáis que lo deshonre cuando llegue mi hora!

—Está bien; está bien Guillermo! —dijo el judío, con abyecta humildad —Parece que estáis de mal humor?

—Pueda que si. —replicó Sikes —También a mi se me figura que vos no estáis de buen temple cuando os ocupais en arrojar jarros de estaño a la cabeza de las gentes, a menos que vuestra intención no sea hacerles mas daño que cuando los denunciais y cuando...

—Habéis perdido la cabeza? —dijo el judío tomando al otro por la mano y señalándole con el dedo a los muchachos.

Sikes por toda respuesta hizo ademan de pasar un nudo corredizo al rededor del cuello y dejó caer la cabeza sacudiéndola sobre la espalda derecha; pantomina que el judío pareció comprender perfectamente.

Luego en términos de caló de que su conversación estaba llena; pero que es inútil trasladar aquí porque no serían comprendidos, pi-

dió un vaso de licor.

—Espero que no le echaréis veneno! —dijo poniendo su sombrero sobre la mesa.

Esto fue dicho con tono de broma; pero si él hubiera podido ver la sonrisa amarga con que el judío se mordió el labio al dirigirse hacia el armario, hubiera pensado que la precaución no era del todo inútil o que el deseo de practicarse en el arte del destilador no estaba lejos en aquel momento del corazón del chistoso viejo.

Después de haber tragado dos o tres vasos de licores, Sikes se dignó fijar su atención en los dos jóvenes caballeros, condescendencia por su parte que llevó a una conversación en la que la causa del arresto de Oliverio fue relatada con tales detalles y comentarios que el Camastrón juzgó conveniente obrar según las circunstancias.

—Tengo mucho miedo de que nos haga un flaco servicio si llega a bachillerear.

—Es muy posible. —repuso Sikes con una sonrisa maligna. —Fagin vos estáis hecho un ascua.

—También tengo mucho miedo —prosiguió el judío mirando al otro fijamente y sin dar muestra de haber parado la atención en la chufleta que acababa de lanzar —tengo mucho miedo de que si el pastel se descubre para mi, no lo sea también para muchos otros y esto querido Sikes tendría maldita la gracia mas para vos que para mi.

—Es preciso que alguno vaya a saber lo que ha pasado en el tribunal de policía. —dijo Sikes con tono mas bajo del que había usado a su llegada.

El judío hizo una señal de aprobación.

—Sino ha garlado y está en la prisión no hay peligro hasta que salga de ella —repuso Sikes —y entonces será necesario no perderle

de vista. Es preciso poner manos a la obra de un modo a otro.

El judío hizo una nueva señal de cabeza aprobativa.

La prudencia de este plan de conducta era evidente sin duda alguna; pero desgraciadamente obstaba un grande impedimento para ponerlo en ejecución.

Fue el caso que él Camastrón, Carlos, Fagin y el mismo Sikes afirmaron cabalmente a una, que tenían la mas grande antipatía en acercarse a un tribunal de policía por cualquier causa y pretexto que fuera.

Difícil seria calcular cuanto tiempo hubieran podido estarse mirando uno a otro en un estado de incertidumbre nada agradable. Además tampoco es necesario formar ninguna conjetura sobre este punto porque la entrada repentina de dos señoritas que Oliverio había visto ya la primera noche de su llegada al domicilio del judío reanimó la conversación.

—Ya está resuelta la dificultad! —dijo Fagin —Betty irá. ¿No es cierto querida?

—Dónde? —preguntó esta.

—No mas que hasta el tribunal de policía. —contestó el judío con tono dulce.

Es preciso hacer justicia a la joven diciendo que positivamente no rehusó; pero que expuso sencillamente el deseo de darse al diablo antes que ir allá; excusa honesta y delicada que prueba que la señorita estaba dotada de esa cortesía natural que no permite afligir a su semejante con una negativa formal.

El judío un si es o no es desconcertado por la respuesta de esa Señorita que iba graciosamente (por no decir magníficamente) engala-

nada con un vestido colorado, botitas verdes y rizos rubios, se dirigió a la otra.

—Querida Nancy que dices a esto? —preguntó con aire melifluo.

—Que no me va ni me viene —respondió Nancy —y así que no vale la pena de dirigirse a mi.

—Que quieres decir con eso? —dijo Sikes levantando bruscamente la cabeza.

—Lo que digo Guillermo. —replicó la joven con la mayor sangre fría.

—Porqué? —añadió Sikes —Tu eres justamente la persona que nos conviene; nadie te conoce en aquel barrio.

—Per eso no tengo ningunas ganas de que me conozcan. —continuó Nancy en el mismo tono.

—Ella irá Fagin. —dijo Sikes.

—No; ella no irá Fagin! —exclamó Nancy.

—Os digo que ella irá Fagin! —replicó Sikes.

Este tenía razón; a fuerza de amenazas, de promesas y de dádivas alternadas, la Señorita en cuestión se dejó persuadir al fin.

No militaban para ella las mismas consideraciones que retenian a su amable amiga; habiendo poco que había dejado el barrio de Ratcliffe para venir ha habitar el cuartel de Field-Lane que le es del todo opuesto no había miedo de que fuera reconocida por ninguno de sus numerosos conocidos.

De consiguiente habiéndose puesto un delantal blanco y escondido sus rizos dentro un gorro de paja (dos artículos de adorno sacados del almacén inagotable del judío.) Nancy se dispuso para llenar su comisión.

—Espera un momento querida. —dijo el judío trayendo una cesta pequeña con tapadera —Toma esto que infunde un aspecto mas respetable.

—Fagin dadle también una llave gruesa para llevarla en la otra mano. —dijo Sikes —Así se parecerá mas a una cocinera que vá al mercado.

—Es muy cierto por vida mia! —repuso el judío pasando una gruesa llave por el index de la mano derecha de la joven. —Ah! ah! Esto es! —continuó frotándose las manos.

—Oh! hermano! querido hermano! hermanito de mi alma! —exclamó Nancy fingiendo dolor y retorciéndose las manos en señal de desesperación —¿Qué ha sido de él? Donde lo han llevado? Ah! por misericordia, decidme señores ¿que se ha hecho este niño? os lo suplico señores! decídmelo!

Habiendo pronunciado estas palabras en el tono mas lastimoso con gran satisfacción de sus oyentes, Nancy se calló, lanzó una mirada a la compañía, dirigió una sonrisa de inteligencia a cada uno y desapareció.

—Ah! Es una muchacha muy diestra hijos míos! —dijo el judío sacudiendo la cabeza con ademán grave como una muda advertencia de seguir el ilustre ejemplo que acababan de tener ante sus ojos.

—Es la gloria y el honor de su sesco —añadió Sikes llenando su vaso y dando un golpe sobre la mesa con su puño enorme —A su salud! Quiera Dios que todas las mujeres se le parezcan!

Mientras que en su ausencia se hacia de ella tal elogio, la incomparable joven se dirijia ligera hácia el tribunal de policía donde llegó al cabo de poco tiempo con toda seguridad a pesar de la timidez natural en su sexo de andar solo por las calles.

Entrando por la parte trasera del edificio, llamó suavemente con su llave a la puerta de una de las celdillas y puso el oído atento; como no oyó ningún ruido dentro, tosió, escuchó otra vez y viendo que nadie la respondía dijo con tono dulce:

—Oliverio! Oliverio! amigo mio!

—Quien está ahí? —respondió desde el interior una voz débil y desmayada.

—No hay aquí un muchacho? —preguntó Nancy suspirando.

—No! —replicó la misma voz —Que Dios le libre de ello!

Como ninguno de los presos respondió al nombre de Oliverio, ni pudo dar razón de él, Nancy se dirigió en derechura al carcelero (el mismo gordinflón con chaleco rayado de que se ha hablado ya) y con lamentos y gritos que hizo todavía mas dignos de lástima agitando su cesta y su llave, pidió a su hermano adorado.

—No está aquí querida! —dijo aquel.

—Donde se halla? —preguntó con acento extraviado.

—El caballero se lo ha llevado.

—Que caballero? Oh! Dios mio! que caballero?

En contestación a esas preguntas incoherentes el Carcelero relató a la buena hermana afligida, que habiéndose desmayado Oliverio en el despacho del magistrado y presentándose luego un testigo que probó haber sido cometido el hurto por otro niño, había sido absuelto y llevado por el querellante a su domicilio situado en algún sitio allá por el lado de Pentonille según la dirección que el susodicho querellante había dado al cochero en el acto de subir al fiacre.

Poseída por él terror de la duda y de la incertidumbre la bella exploradora se retiró tambaleándose; pero apenas hubo pasado el lindar de la puerta volviendo a tomar su paso firme y seguro se dirigió

muy de prisa a la habitación del judío por el camino mas largo e intrincado.

No bien Guillermo Sikes tuvo conocimiento del resultado de las pesquisas de Nancy, llamó a su perro bruscamente y poniéndose el sombrero se fue sin despedirse de la compañía.

—Hijos míos! Es preciso que averigüemos donde se halla; es preciso que lo encontremos! —dijo el judío sumamente turbado —Carlos! no hagas otra cosa mas que ir en su busca hasta que nos traigas noticias suyas. Nancy, querida mia! De todos modos es necesario que yo le encuentre!

Para ello cuento contigo querida; contigo y con al Camastrón.

—Esperad! esperad! —añadió abriendo los cajones de la cómoda con mano trémula —Tomad este dinero amigos!

—Esto diciendo los empujó fuera del aposento y cerrando cuidadosamente la puerta con los cerrojos y la llave, sacó de su escondrijo la caja que a pesar suyo había puesto a la vista de Oliverio y ocultó todos los relojes y joyas entre sus vestidos.

Capítulo catorce

Detalles referentes a la permanencia de Oliverio en casa míster Brownlow. Predicción notable de un cierto míster Grimwig con motivo de un mensaje confiado al niño

detalles referentes a la permanencia de Oliverio en casa MR. Brownlow.predicción notable de un cierto mr. grimwig con motivo de un mensaje confiado al niño

Oliverio volvió pronto del desmayo que le había causado la exclamación brusca de míster Brownlow, y habiéndose evitado con cuidado todo lo perteneciente al retrato, como también lo que podía tener referencia a la historie o al porvenir del niño la conversación versó sobre cosas capaces de alegrarle sin excitar su sensibilidad.

Estaba aun demasiado débil para poderse levantar a la hora del almuerzo; pero la mañana siguiente cuando bajó al aposento del ama de llaves su primer cuidado fue lanzar una mirada a la pared esperando volver a ver el rostro de la bella señora.

—Ah! —exclamó el ama de llaves siguiendo con su vista la mirada de Oliverio. —Ya lo veis; se afufó.

—Si lo veo señora! —respondió Oliverio suspirando —¿Por qué lo han quitado de allí?

—Lo han bajado al salón hijo mio; porque míster Brownlow, dice que la vista de ese retrato os hace daño sin duda y esto podría retardar vuestro restablecimiento.

—Oh! que no señora! Os aseguro que no me hacia ningún daño; tenía tanto placer en verle!

—Está bien! está; bien! —dijo el ama con acento jovial —Restableceos lo mas pronto que podáis y se le volverá a su sitio; yo os lo aseguro! Ahora hablemos de otra cosa.

Esto es todo lo que Oliverio pudo saber por esta vez del cuadro misterioso y la anciana que se había manifestado tan buena para él durante su enfermedad, procuró trasladar la atención a otro objeto y de consiguiente le espetó algunas noticias respecto a su hija; una buena moza a fe mia casada con un bravo muchacho habitando ambos en provincia, cuales noticias aquel escuchaba con oído atento.

míster Brownlow mandó comprarle un traje nuevo y le dejó en libertad de disponer a su gusto de sus viejos harapos. El los dio a un criado que el mismo día los vendió a un judío ropavejero.

Una tarde después de algunos días después de la aventura del retrato, estando Oliverio hablando con la señora Bedwin M. Brownlow envió recado, que si aquel se sentía bien tuviera la bondad de pasar a su gabinete para hablarle un instante.

—Virgen de Dios madre! —exclamó la Señora Bedwin —Lavaos pronto las manos y venid luego a que os arregle un poco el cabello! Dios mio! Dios mio! Si hubiese podido preveer eso, os hubiera puesto un cuello blanco haciéndoos un ramito de flores.

Oliverio obedeciendo a la buena señora se lavó las manos y aunque esta se plañia mucho de no tener siquiera el tiempo de plegar la pequeña gorguera de su joven protegido, tenía con todo tan buen aspecto que no pudo menos de decir mirándole de la cabeza a los pies que realmente no sabía si le hubiera sido posible operar en el mayor cambio en mejora aun que hubiese estado prevenida desde mucho tiempo antes.

Oliverio animado por estas lisonjas de la buena señora, entró en el gabinete de míster Brownlow después de haber llamado suavemente

a la puerta. Este era una hermosa piezecita llena de libros y mirando a soberbios jardines. El anciano estaba sentado ante una mesa con un tomo en la mano.

Al ver a Oliverio dejó el libro sobre la mesa y le dijo viniera a sentarse cerca de él.

míster Brownlow tomando un tono mas dulce pero sin embargo mas serio dijo: —Amigo mio! En este momento necesito que pongáis atención a lo que voy a deciros. Os hablaré con el corazón abierto persuadido como estoy de que sois mas capaz de comprenderme que muchas personas de mas edad que vos.

—Oh! no hableis de alejarme señor; os lo ruego! —exclamó el niño aterrorizado por el tono con que míster Brownlow pronunció este exordio. —No me expongais a divagar de nuevo por las calles! Guardadme aquí como criado! No me volváis al horrible sitio de que he venido! Caballero!

Os suplico que tengáis piedad de un pobre niño!

—Querido Oliverio! —dijo el anciano afectado por el acento con que aquel hizo ese llamamiento súbito a la sensibilidad —No temáis que os abandone mientras no me dais motivo para ello.

—Jamás caballero! Jamás; os lo aseguro! —replicó Oliverio.

—Tengo razones para creerlo —repuso a su vez el anciano —y así lo espero. Es verdad que antes de ahora he sido engañado por personas a quienes quería hacer bien; pero a pesar de ello estoy dispuesto a dispensaros mi confianza y me intereso por vos mas de lo que yo mismo puedo darme razón.

Los que han poseído mi efecto mas tierno, descansan en paz en la tumba y a pesar de que la alegría y la felicidad de mi vida las han seguido, no he hecho de mi corazón un ataúd, ni lo he cerrado para siempre a las emociones mas dulces.

Una aflicción profunda no ha hecho mas que volverlas mas fuertes y así debe ser porque ella depura nuestro corazón! Vaya, vaya. —prosiguió con aire jovial. —Esto lo digo porque vos tenéis un pecho joven y subiendo que yo he tenido grandes tristezas evitareis con mas cuidado el renovarlas.

Decís que sois huérfano sin un solo amigo en lo tierra; todas las pesquizas que he hecho sobre este punto confirman vuestras palabras; contadme vuestra historia. De donde venís? Quien os ha educado y donde habéis encontrado a los compañeros que he visto con vos.

Decidme la verdad y si veo que no habéis cometido ningún crimen, mientras vivais no os faltará un amigo.

Las sollozos privaron a Oliverio de la palabra por algunos momentos; pero al finita a contar como había sido educado en la granja y de allí llevado por míster Bumble a la Casa de Caridad, cuando retumbaron dos aldabazos dados por una mano impaciente a la puerta de la calle y casi al mismo tiempo una criada vino a anunciar a míster Grimwig.

—Sube? —preguntó míster Brownlow.

—Si señor. —respondió aquella. —Ha preguntado si estabais en casa y como le he respondido que si, ha dicho que venía a tomar el thé con vos.

míster Brownlow se sonrió y volviéndose a Oliverio —míster Grimwig —dijo —es un conocido antiguo. Es necesario no parar la atención en sus maneras algo bruscas; fuera de esto es un sujeto honrado y yo le estimo sinceramente.

—Mandais que me retire Señor? —preguntó Oliverio.

—No. —contestó míster Brownlow —Prefiero que os quedeis.

En este momento apareció un individuo gordo cojeando de una pierna y apoyándose en un enorme bastón. Hablando tenía la costumbre de inclinar la cabeza de un lado y volverla en espiral como hace un papagayo.

En esta postura pues y teniendo en la mano un pedazo de cáscara de naranja que enseñaba con el brazo tendido, exclamó con voz ronca y triste:

—Tened! veis esto? No es la cosa mas extraordinaria y sorprendente que no pueda entrar en ninguna casa sin encontrar en la escalera una cáscara de naranja! Ya una vez he sido estropeado por la cáscara de naranja y no dudo que la cáscara de naranja será mi muerte!

Si; estoy cierto de ello: la cáscara de naranja me causará la muerte! Me comeria la cabeza que la cáscara de naranja será mi muerte!

Este era el ofrecimiento con que míster Grimwig apoyaba todos sus asertos.

Lo mas extraordinario en este caso era que aun admitiendo (en favor del argumento) que les progresos científicos fuesen llevados hasta el punto de dar al hombre el poder de comerse su propia cabeza, por muy resuelto que estuviera a ello la del susodicho caballero era tan grande que por muy afanoso que estuviese de probar esa posibilidad física, jamás podría prometerse el logro de tan temerario empeño en una sola comida, aun haciendo abstracción de una gruesa capa de polvo que la guarnecia.

—Me comeria mi cabeza! —repitió míster Grimwig golpeando con su bastón sobre el pavimento y al ver a Oliverio —Ola! que, es esto? —añadió retrocediendo dos o tres pasos.

—Es el pequeño Oliverio Twist de quien os he hablado. —dijo míster Brownlow.

Oliverio hizo un saludo.

—Acaso queréis hablarme de ese muchacho que ha tenido la fiebre? —preguntó míster Grimwig retrocediendo aun mas —Esperad un poco! Nada digáis! Ah! Ya caigo! —añadió bruscamente perdiendo todo temor a la fiebre y encantado de su descubrimiento —Este es el niño que ha comido una naranja arrojando luego la cáscara a la escalera!

Si no es el quiero comerme mi cabeza y la suya por añadidura.

—No. Os engañáis; no ha comido naranja —dijo sonriendo míster Brownlow. —Vaya dejad allí vuestro sombrero y hablad a mi joven amigo.

—Este es el muchacho de que me habéis hablado no es cierto? —dijo al fin míster Grimwig.

—El mismo. —respondió míster Brownlow, haciendo a Oliverio una señal de cabeza amistosa.

—Y bien? Muchacho, como va de salud? —repuso míster Grimwig.

—Mucho mejor! Os doy gracias caballero! —respondió Oliverio.

míster Brownlow temiendo que su exéntrico amigo no dijera algo desagradable a su joven protegido, suplicó a éste fuera a decir a la Señora Bedwin que esperaban el thé, lo que el muchacho hizo con tanto mas gusto cuanto los modales del recién llegado no le hacían mucha gracia.

—No os parece interesante ese muchacho? —preguntó míster Brownlow.

—No lo sé —contestó Grimwig con sequedad.

—No lo sabéis?

—No en verdad. No encuentro diferencia alguna entre los muchachos, ni conozco de ellos mas que dos especies: los unos pálidos y en-

debles y los otros colorados y gordimflones.

—Y en que categoría colocais a Oliverio?

—En la de los endebles.

Uno de mis amigos tiene un grueso muchacho mofletudo (a eso llaman un niño hermoso!) con una cabeza como un bola, mejillas rojas y ojos chispeantes; un niño horrible a fe mia, cuyo cuerpo y miembros parecen forzar las costuras de sus vestidos y teniendo por añadidura una voz de piloto y un apetito de lobo.

Bien le conozco al monstruo!

—Vaya! —dijo míster Brownlow. —Esta falta no la tiene Oliverio: con que no puede provocar vuestra cólera.

—Es cierto que no tiene esta falta; pero puedo tener de peores.

En este momento míster Brownlow tosió con impaciencia lo que parecía dar mucho gusto a míster Grimwig.

—Si, lo repito: —continuó este último —puede tener de peores. ¿De donde viene? quien es? Ha tenido la fiebre! Ello que prueba? La fiebre no es patrimonio de las gentes honradas, al menos que yo sepa. Acaso no son los malvados los que tienen algunas veces la fiebre?

He conocido en la Jamaica a un hombre que fue ahorcado por haber asesinado a su amo; seis veces tuvo la fiebre. Por eso no se le recomendó a la clemencia de la corona! Puha! Hubiera sido una bestialidad!

El hecho es que míster Grimwig en el fondo de su corazón estaba dispuesto a convenir en que las maneras de Oliverio abogaban en su favor; pero dispuesto mas que nunca a contradecir estando como estaba muy exitado por la cáscara de naranja; y como se había metido en la cabeza que nadie le haría confesar si un niño era bueno o no, había resuelto desde el momento a combatir la opinión de su amigo.

Así pues, cuando este hubo confesado que no podía responder satisfactoriamente a ninguna de sus preguntas y que para interrogar a Oliverio sobre sus antecedentes había esperado a que este estuviera del todo restablecido, míster Grimwig se sonrió maliciosamente y preguntó con acento de mofa, si por ventura el ama de llaves tenía la costumbre de contar la plata cada noche, de lo contrario, si una hermosa mañana no le faltaban tres o cuatro cubiertos se comeria etc. etc.

—Y cuando debéis oir la relación fiel y circunstanciada de la

vida y aventuras de Oliverio Twist? —añadió concluyendo su thé, y mirando al mismo tiempo de reojo a Oliverio que acababa de entrar otra vez.

—Mañana por la mañana. —respondió míster Brownlow —Prefiero que esté solo conmigo para ello. Venid a encontrarme mañana a las diez amigo mio. —continuó dirigiéndose a Oliverio.

—Esta bien señor. —respondió este con alguna vacilación, avergonzado de verse el blanco de las miradas escudriñadoras de míster Grimwig.

—Que apostais que no viene mañana a encontraros? —dijo este último por lo bajo al oído de míster Brownlow. —Le he visto vacilar; os engaña querido.

—Juraria que no. —repuso míster Brownlow con calor.

—Si no os engaña —objetó el otro —quiero... (y el bastón resonó sobre el piso.)

—Respondería con mi vida de que el niño dice la verdad. —insistió aquel golpeando con el puño sobre la mesa.

—Y yo con mi cabeza, que os engaña. —replicó Grimwig golpeando también sobre la mesa.

—Allá lo veremos. —dijo míster Brownlow procurando ocultar su despecho.

—Si; allá lo veremos. —repuso Grimwig con sonrisa burlona —Allá lo veremos!

Como si la suerte lo hubiera dispuesto a propósito, en medio de este altercado entró la señora Bedwin trayendo un paquete de libros que aquella misma mañana míster Brownlow había comprado al mismo vendedor de libros viejos que ha figurado ya en esta historia, el que depositó sobre la mesa y se dispuso a salir del aposento.

—Decid al muchacho que espere Señora Bedwin. —dijo míster Brownlow. —Tiene que volverse algo.

—Se ha marchado.

—Llamadle, que importa. Ese hombre no es rico y sus libros no están pagados: también tiene que volverse otros.

La puerta fue abierta. Oliverio corrió por un lado y la criada por otro mientras desde el lindar la Señora Bedwin llamaba al muchacho; pero este estaba ya muy lejos y Oliverio y la criada volvieron sofocados sin haber podido alcanzarle.

—Lo siento mucho. —exclamó míster Brownlow —hubiera querido que esos libros hubiesen sido devueltos esta misma tarde.

—Devolvedlos por medio de Oliverio. —dijo Grimwig con malicia — Estáis seguro que los devolverá fielmente.

—Oh! si, señor! Permitid que los devuelva: os lo suplico —dijo Oliverio —Correré todo el camino y pronto estaré de vuelta.

míster Brownlow iba a contestar que no debía salir fuera por lo que fuera, cuando una mirada maligna de su viejo amigo le decidió a dejar partir al niño, para que por un pronto regreso probase al mo-

mento a este último la injusticia de sus sospechas, sobre ese punto al menos.

—Pues bien! Si; iréis amigo mio. —dijo míster Brownlow —Los libros están sobre una silla de mi despacho; subid a buscarlos.

Oliverio ufano de poder hacerse útil, volvió con mucha diligencia los libros debajo el brazo y esperó gorra en mano que se le explicase lo que debía hacer.

—Diréis —añadió míster Brownlow mirando fijamente a Monsieur Grimwig —diréis que vais a llevar esos libros y a pagar al mismo tiempo las cuatro libras diez chelines que debo. Ahí tenéis un billete de banco de cinco libras; debéis devolverme diez chelines.

—No estaré diez minutos —dijo Oliverio gozoso.

Al mismo tiempo metió el billete en la faltriquera de su chaleco. abotonó la chaqueta hasta el cuello, puso los libros debajo su brazo y habiendo hecho un saludo respetuoso salió.

La Señora Bedwin le siguió hasta la puerta de la calle dándole las señas del camino mas corto, del nombre y de la habitación del librero, señas que Oliverio dijo tener perfectamente en la memoria, y habiéndole recomendado tuviera cuidado de no resfriarse la buena señora le dejó al fin partir.

—Que Dios le bendiga! —dijo viéndole alejarse —No se porque; pero no apruebo el que se le deje marchar de este modo.

En este momento Oliverio volvió jovialmente la cabeza e hizo un signo gracioso antes de entrar en otra calle. La Señora Bedwin le devolvió el saludo sonriendo, y después de haber cerrado la puerta, se retiró a su aposento.

—Vamos a ver. —dijo míster Brownlow sacando el reló de su faltriquera y poniéndolo sobre la mesa —Dentro veinte minutos lo mas

tarde estará de vuelta! Será ya de noche.

—Estáis seguro de que volverá? —preguntó míster Grimwig.

—Y vos no? —dijo sonriendo míster Brownlow.

míster Grimwig ya propenso a la contradicción, se mantuvo mas firme en sus trece al verse provocado por la sonrisa confiada de su amigo.

—No! —dijo dando un puñetazo sobre la mesa —No lo creo. Ese muchacho lleva sobre su cuerpo un vestido nuevo flamante bajo su brazo un paquete de libros preciosos y en su faltriquera un billete de banco de cinco libras; irá a reunirse con sus antiguos amigos los ladrones y se burlará de vos.

Si jamás vuelve a esta casa quiero comerme la cabeza! —Esto diciendo acercó su silla a la mesa y los dos amigos esperaron en silencio teniendo su vista fija sobre el retó.

Capítulo quince

En el que se demuestra hasta qué punto el viejo judío y la señorita Nancy amaban a Oliverio

Entretanto Fagin, Sikes y Nancy disfrazada de cocinera, se habían reunido en una taberna del barrio mas sucio de Londres y deliberaban allí en compañía del perro de largo pelo blanco y puerco. Sikes siempre huraño, el judío mas obsequioso y Nancy decidida mas que nunca a ponerse de parada para cazar a Oliverio.

—Vaya! ¿No es cierto Nancy que vas a emprender la caza? —dijo Sikes presentándole un vaso.

—Si Guillermo. —respondió la joven después de haber tragado el licor de una sola vez. —Ya le tengo la pista a Dios gracias! El pobre Diablillo ha estado enfermo, obligado a guardar cama, y... alguna importancia es que ella se calló y sonriendo graciosamente a Sikes llevó la conversación a otro objeto.

Poco después el viejo judío fue acometido de una tos tan violenta que Nancy echando su chal sobre las espaldas, declaró que era tiempo de partir.

Sikes que iba por el mismo lado una parte del camino, expuso la intención de acompañarla y salieron juntos seguidos a poca distancia del perro feo que salió de un pequeño establo luego que su amo estuvo fuera de su vista.

Después que Sikes hubo partido, el judío asomó la cabeza por la puerta de la sala y mirándole andar por el callejón obscuro y estrecho le enseñó el puño profiriendo horribles imprecaciones y rechi-

nando los dientes; hecho lo cual volvió a sentarse a la mesa y pronto se engolfó profundamente en las páginas interesantes de la Gaceta de los Tribunales.

—Ah! querida Nancy! —dijo Fagin levantando la cabeza:

Si una ojeada significativa y un fruncimiento de las cejas rojas del judío, advirtió a Nancy de que era demasiado comunicativa, es lo que no nos importa saber; el solo hecho a que damos

Entretanto Oliverio no sospechando siquiera que estaba tan cerca de la habitación del viejo chulo, se dirijia a la tienda del librero.

Cuando estuvo en Clerkerwell, tomó por distracción una calle que si bien paralela, con todo le estraviaba un poco de su camino; pero no reparando en su error hasta que la hubo andado ya mas de dos tercios y sabiendo además que ella le conducía al mismo punto, no juzgó oportuno retroceder y avanzó buen trecho con sus libros bajo el brazo.

Caminando pensaba en sus adentros cuan feliz debía ser y lo que daria para ver únicamente al pequeño Ricardo, quien azotado y falto de pan, tal vez en este momento se hallaba con ansias de llorar, cuando le sacó de su meditación la voz de una mujer que gritaba desaforadamente: —Oh! Querido hermano mio!

—y apenas hubo vuelto la cabeza para ver lo que era cuando se halló estrechamente oprimido por dos brazos vigorosos pasados bruscamente al rededor de su cuello.

—Dejadme estar! —gritó él resistiéndose —Soltadme! Quien sois? Porque me deteneis?

La respuesta a esto fue una multitud de quejas y lamentaciones por parte de una joven, llevaba una cesta pequeña y una llave gruesa en cada mano y que lo abrazaba con transporte.

—Ay! gracias a Dios! Al fin le he encontrado! —dijo ella —Oliverio! Oliverio! Has sido un mal muchacho en haberme hecho tan desgraciada! Ven, ven conmigo a casa! Cielos! Si; es el mismo! O felicidad! Con que lo hé encontrado!

En medio de estas exclamaciones incoherentes, la joven se sintió acometida por un exceso de histérico que hizo temer por sus días hasta tal punto que algunas mujeres atraidas por sus gritos pidieron a un mancebo carnicero de cabellera lustrosa de grasa hallado allí por casualidad, fuera en busca de médico; pero éste que era de un natural lento (por no decir indolente) contestó que no lo creía necesario.

—Oh! no; no hagáis caso! —dijo Nancy cogiendo la mano de Oliverio —Me siento ya mejor!.. Ea tu desgraciado! ven pronto a casa!

—Que... que es esto señorita? —preguntó una de las mujeres.

—Ah señora! —respondió la joven. —Hace un mes que se escapó de la casa de sus padres (personas muy respetables y buenos jornaleros) y se ha juntado con una banda de ladrones y de mala gente; de modo que su pobre madre es cuasi-muerta de tristeza.

—Pilluelo! —dijo una mujer.

—Pequeño salvaje! ¿quieres volverte a tu casa? —añadió otra.

—Esto no es verdad! —exclamó Oliverio sumamente alarmado —Yo no la conozco!.. Yo no tengo ni hermana, ni padre, ni madre! Soy huérfano! Vivo en Pentonville!

—Se ha visto descaro igual! —dijo Nancy.

—Cielos! Nancy! —gritó Oliverio reconociéndola al fin y retrocediendo de espanto.

—Ya lo veis como me conoce! —repuso Nancy recurriendo al testimonio de los presentes. —No puede menos!.. Como honradas gentes

que sois ayudadme a llevarlo a nuestra casa, o sino matará a su padre a su madre y yo me moriré también de tristeza!

—Que Diablos sucede aquí? —dijo un hombre saliendo precipitadamente de una taberna seguido de un perro blanco lleno de cicatrices —Oh!.. mil truenos! Es el pequeño Oliverio! Tunantuelo te volverás pronto a tu casa con tu pobre madre?

—Yo no les pertenezco! No les conozco! Socorro! Socorro! —gritó el niño procurando desprenderse de las manos del hombre.

—Ah! gritas socorro! —repuso éste. Pillastron! Yo voy a dártelo el socorro!.. Que significan esos librotes que traes aquí? Sin duda los habrás robado! Dame esto pronto!

Esto diciendo, le arrancó los tomos de las manos y le dio un gran puñetazo en la cabeza.

—Bien hecho! —dijo un hombre que miraba desde la ventana de una guardilla —Este es el único medio de hacerle entrar en razón.

—Sin duda alguna. —exclamó un carpintero medio dormido, dirigiendo una mirada de aprobación al que acababa de hablar.

—Esto le sentará bien! —dijeron las dos mujeres.

—Por esto cabalmente no quiero que le pase la presente! —repuso el bandido cogiendo a Oliverio por el cuello de la chaqueta y asestándole otro puñetazo —Andarás pillastron? —A mi Cesar! A mi! —prosiguió dirigiéndose a su perro.

Debilitado por la enfermedad que acababa de pasar, aturdido por los golpes y por un ataque tan repentino, espantado por el horrible gruñido del perro y la brutalidad del hombre y anonadado por la convicción de los presentes que le tomaban por lo que no era ¿que podía hacer el pobre niño en tal circunstancia?

La obscuridad de la noche, en semejante barrio hacia todo socorro improbable y toda resistencia inútil.

En menos que nada fue conducido con tal rapidez por un laberinto de callejuelas sombrías y estrechas que los pocos gritos que osó proferir no fueron oídos, y aun que lo hubieran sido nadie había a quien pudieran llamarle la atención...

Los faroles estaban encendidos por todas partes; la Señora Bedwin esperaba con ansiedad a la puerta de la casa; la criada había corrido veinte veces hasta al cabo de la calle para ver si encontraría a Oliverio y los dos amigos estaban en el salón sin luz, teniendo siempre el reló ante su vista.

Capítulo dieciséis

Donde fue a parar Oliverio después de haber sido reclamado por Nancy

Despues de haber recorrido algunas callejuelas, llegaron al fin a una gran plaza que a juzgar por los rediles y cobertizos de que estaba guarnecida debía ser un mercado de animales.

Sikes aflojó entonces el paso, pues del modo que andaban la joven no podía seguirles y volviéndose a Oliverio le intimó bruscamente que diera la mano a Nancy.

—Entiendes lo que te digo? —refunfuñó Sikes, observando que el muchacho se resistía y miraba a su alrededor.

Se encontraban en un sitio sombrío muy lejanos de los transeuntes y Oliverio se convenció completamente de que toda resistencia seria inútil. Alargó pues la mano a Nancy y esta la estrechó fuertemente contra la suya.

—Ahora dame esa! —continuó Sikes apoderándose de la otra mano.

—Aquí Cesar! (El perro levantó la cabeza y se puse a gruñir.) La vés bien he? —prosiguió señalando con el dedo la garganta del niño y echando terribles juramentos —Si tiene la desgracia de remover solamente los labios muerde eso! Comprendes?

El perro gruñó de nuevo y lamiéndose los hocicos miró a Oliverio como si se alegrara de antemano de poderlo saltar al cuello.

—Lo hará como se lo digo! Que un rayo me parta si no lo hace! —repuso Sikes arrojando una mirada feroz al animal en muestra de aprobación. —Ahora mira lo que te conviene: grita cuanto te aco-

mode; el perro te impondrá pronto silencio! Ea! anda ya fiel guardián y ojo avisor.

A estas palabras afectuosas de su amo, Cesar que no estaba acostumbrado a ellas removió la cola y dando un gruñido en señal de advertencia para Oliverio, tomó la delantera y abrió la marcha.

El mercado que atravesaban era el de Smithfield.

La noche estaba sombría y brumosa, las luces de las tiendas apenas podían abrirse paso a través de la niebla cuyo espesor crecía a cada instante aumentando la soledad y la tristeza del sitio, al mismo tiempo que hacia la incertidumbre de Oliverio mas horrible y mas angustiosa.

Cerca una hora recorrieron callejones sucios y poco concurridos y si algunas personas encontraron parecieron a los ojos de Oliverio como pertenecientes a la misma calaña de Sikes.

Por fin, enfilaron una calle aun mas estrecha y mas sucia que las otras, habitada cuasi toda ella por ropavejeros y el perro adelantándose corriendo como si estuviera cierto de que su vigilancia era ya entonces inútil, se paró ante una tienda cerrada al parecer desocupada, pues la casa amenazaba ruina y un rótulo anunciando que estaba para alquilar, permanecía medio clavado sobre la puerta en señal de que estaba en ella desde muchos años.

—Ya llegamos! —dijo Sikes lanzando una mirada a su alrededor.

Nancy pasó la mano por debajo los postigos y Oliverio oyó sonar una campanilla en el interior. Fueron a colocarse debajo de un farol y esperaron algunos momentos. Rechinó el ruido de una llave en la cerradura y poco después la puerta se abrió con la mayor precaución.

Sikes entonces sin mas cumplimientos cogió el niño por el cuello y en un decir Jesús estuvieron los tres dentro de la casa. Entre la obscu-

ridad mas profunda esperaron que la persona que les había abierto hubiera cerrado otra vez la puerta con llave y cerrojos.

—No hay ninguno aquí? —preguntó Sikes.

—No. —respondió una voz que Oliverio creyó reconocer.

—El viejo está? —prosiguió el bandido.

—Si. —replicó la voz —Lindamente enredado entre espinas esperándoos. Con esto quien no tendrá placer de veros! Pues ya!

El estilo de esta respuesta y el tono con que fue pronunciada, eran familiares a los oídos de Oliverio; pero no pudo descubrir la fisonomía del interlocutor.

—Alúmbranos un poco si no quieres que nos rompamos el bautismo, o que pisemos al perro —dijo Sikes. —Os advierto que tengáis cuidado con las piernas si pisais sus patas.

—Aguardad un momento que vaya a buscar la luz! —repuso la voz.

En esto se oyó el ruido de los pasos de una persona que se alejaba y luego apareció Jaime Dawkins vulgo el fino Camastrón llevando en la mano una vela colocada en un palo hendido.

Sé contentó con hacer una mueca a Oliverio para renovar las amistades con él e hizo señal a los visitadores de que le siguieran. Bajaron la escalera, atravesaron una cocina desprovista de utensilios y abriendo la puerta de un chiribitil del que se exhalaba un olor fétido, fueron recibidos entre carcajadas y aclamaciones de alegría.

—Oh! que buena farsa! —exclamó maese Bates desternillándose de risa. —Si, el es! Pero mirad Fagin... miradle... Dios de Dios! Qué buena farsa! Hay para morirse de risa! Que alguno me tenga para que pueda reír a mis anchuras. Ah! ah! ah!

Esto diciendo maese Bates se dejó caer en tierra boca abajo y estuvo en tal postura por mas de cinco minutos dando un libre

desahogo a su loca alegría y sacudiéndose las posaderas con sus talones.

Luego volvió a levantarse, tomó la vela de manos del Camastrón y acercándose a Oliverio dio vuelta entorno suyo para examinarle mientras que el judío quitándose su gorra de algodón saludó respetuosamente varias veces al pobre niño que los miraba con ademan azorado.

Entre tanto el Camastrón que era de un carácter mas maduro y que raras veces comprometía su dignidad cuando se trataba de asuntos serios relativos a su profesión, vaciaba los bolsillos del infortunado con la atención mas escrupulosa.

—Mirad Fagin, mirad su cáscara! —dijo Bates acercando la vela tan cerca del vestido nuevo de Oliverio que poco faltó para que pusiera fuego en ellos —Mirad su cascarita! Tela de pavo real y corte de tijera de plata! Viva la elegancia! Ola! ola! y esos libros?

Eso le dá el aire de todo un caballero ¿no es verdad Fagin?

—Querido! Estoy encantado de veros tan bien puesto! —dijo el judío saludando a Oliverio con humildad afectada —El Camastrón os dará otros vestidos, pues seria una lástima gastaseis estos que son para los domingos! Querido? porque no habéis escrito que veniais? Hubiéramos tenido algo caliente para vuestra cena.

A estas palabras maese Bates soltó una carcajada tan estrepitosa que el mismo judío desarrugó la frente y el Camastrón se sonrió.

Pero como en este mismo momento este sacó el billete de banco de la faltriquera de Oliverio, seria difícil averiguar si fue la bufonada de Carlos o el descubrimiento del billete quien éxito su sonrisa.

—Ola! ¿Que papelucho es este? —dijo Sikes adelantándose hácia el judío, mientras este se apoderaba del billete. —Esto me pertenece Fagin!

—No, no Guillermo; es mio querido! Vos tendréis los libros.

—Si no se entrega eso a mi o a Nancy (que es lo mismo), voy a devolver al niño. —dijo Sikes poniéndose el sombrero con ademan resuelto.

El judío se estremeció: lo mismo hizo Oliverio aun que por motivo muy diferente pues esperaba que su libertad seria el resultado de la disputa.

—Ea! venga acá eso! Lo entendeis? —dijo Sikes.

—No hay razón para ello Guillermo, ninguna razón. ¿No es cierto Nancy? —contestó el judío.

—Haya razón o no —replicó Sikes. —dadme eso! Os lo digo por la última vez! ¿Creéis que Nancy y yo no tengamos nada mas que hacer que pasar un tiempo precioso siguiendo la pista y coger a todos los muchachos que se dejan prender para vuestro provecho?

Venga acá eso viejo avaro! (Esqueleto carcomido!) Trasto de desván!

Pronunciando tales palabras Sikes se apoderó del billete de banco que el judío tenía entre el pulgar y el índice y pasando con la mayor sangre fría su vista por él, lo plegó en cinco o seis vueltas y lo encerró dentro de un nudo que hizo en el pañuelo que llevaba al cuello.

—Esto es por el trabajo que nos hemos tomado. —dijo Sikes ajustando de nuevo su corbatin —Todavía no es la mitad de lo que él vale! Vos podéis quedaros con los libros si sois aficionado a la lectura, o sino los vendereis!

—Qué bien escritos están! —dijo Carlos que ojeó uno de los tomos haciendo mil muecas —Bello estilo por vida mia! Expresiones elegantes! No es verdad Oliverio?

—Y viendo el ceño lastimoso que ponía este mirando a sus perseguidores, maese Bates que estaba dotado de un espíritu cáustico y que además tenía un gusto decidido por el burlesco se puso a reír a carcajadas y ha hacer mas ruido que antes.

—Son del anciano caballero! —dijo Oliverio torciéndose las manos —De ese bueno y respetable caballero que me llevó a su casa y que tuvo cuidado de mi cuando estaba malo y me iba a morir! Ah! Os lo suplico, enviádselos! Devolvedle los libros y el dinero!

Tenedme encerrado aquí toda mi vida; pero por amor de Dios devolvedle lo que le pertenece! Creerá que le he robado! La buena señora y todas las personas de la casa que han sido para mi tan buenas, me tendrán por un ladrón! Oh! tened piedad de mi! Devolved los libros y el dinero!

Pronunciando estas palabras con el acento de la mas violenta desesperación, Oliverio se echó a los pies del judío juntando sus manos con ademan suplicante.

—El niño tiene razón! —dijo Fagin arrojando una mirada a su alrededor y frunciendo sus cejas rojas —Tienes razón Oliverio; mucha razón! Pensarán que has robado los libros y el dinero. Ah! ah! —prosiguió rechinando los dientes y frotándose las manos— Esto no podía venir mejor, aunque lo hubiéramos hecho a propósito!

—Sin duda que no podía venir mejor! —contestó Sikes —He aquí lo que me ha acudido de pronto en el pensamiento cuando le he visto atravesar Clerkenwell con sus libros bajo el brazo. Ellos deben ser unas santas almas de otro modo no le hubieran recogido en su casa.

Luego no le reclamarán por temor de tenerle que perseguir ante los tribunales y hacerle prender. Con que está bien seguro!

Hasta entonces Oliverio había mirado a uno y otro alternativamente con aire inquieto sin comprender del todo lo que querían de-

cir; pero cuando Sikes concluyó de hablar, se levantó de repente, se escapó del aposento sin saber donde dirigirse llamando a su socorro y haciendo resonar la casa con sus gritos.

—Guillermo llama a tu perro! —exclamó Nancy corriendo a la puerta y cerrándola tras el judío y sus dos educandos que se habían lanzado en persecución de Oliverio —Llama a tu perro! Va a devorar a ese muchacho!

—Voto a bríos que lo merece! —gritó Sikes reuniendo todas sus fuerzas para desprenderse de las manos de la joven. —Quítate tú de aquí! Suéltame te digo o voy a romperte el cráneo contra la pared!

—Nada me importa! —continuó Nancy forcejando para conservar su puesto —Este muchacho no será devorado por el perro, sin que antes tu me hayas muerto!

—Dices bien! —dijo Sikes rechinando los dientes. —Esto va a ser pronto si no te retiras!

Esto diciendo el bandido arrojó con toda su fuerza a la joven al otro extremo del aposento, justamente en el instante en que el judío y los dos muchachos volvieron a entrar conduciendo a Oliverio.

—Que sucede ahora? —preguntó Fagin.

—Creo que se ha vuelto loca? —contestó Sikes con acento feroz.

—No, no está loca! —dijo Nancy pálida por la cólera y sofocada por la lucha que acababa de sostener —No, no lo creáis Fagin!

—Entonces quieres callarte! —dijo el judío con tono amenazador.

—No; no me callaré! —replicó Nancy levantando la voz. —Que queráis decirme con ese tono?

El viejo Fagin conocía demasiado al sexo de que formaba parte Nancy y los caprichos a que comúnmente está sujeto para no juzgar

prudente dejar a la joven. Con esta idea, para apartar la atención de esta se dirigió a Oliverio.

—Con qué queriais escaparos he? —dijo tomando una gruesa estaca llena de nudos que estaba en un rincón de la chimenea.

Oliverio no respondió; pero espió los movimientos del judío latiéndole con fuerza el corazón.

—Si; llamabais socorro! Queriais hacer venir la guardia ¿no es esto? —prosiguió, cogiendo con furia el niño por el brazo —Jovencito! Os curaremos de esta manía.

Al decir esto el judío le sacudió un fuerte golpe sobre las espaldas con su estaca y tenía la mano levantada para darle otro cuando la joven avalanzándose a él con la rapidez del rayo le arrancó el palo de las manos y lo arrojó al fuego con tal fuerza que hizó saltar los carbones ardientes en el aposento.

—No lo sufriré mientras yo este presente Fagin! —exclamó —Habéis recobrado otra vez a ese niño ¿que queréis mas? No el maltrateis o os doy mi palabra que me entregaré respecto a uno de vosotros a ecsesos que me conducirán a la horca antes de tiempo!

Al hacer esta amenaza golpeó el suelo con su pié, mientras cerrados los puños y el rostro pálido de cólera miraba alternativamente ya a Sikes ya a Fagin.

—Qué es esto Nancy? —dijo el judío con acento melífluo después de un momento de silencio durante el cual cambió con Sikes una mirada en la que era fácil adivinar la turbación de su alma —Esta noche te muestras mas sentimental que nunca! Ah! ha! querida... Obras noblemente!

—Así me cuadra! —respondió esta —Cuidad de que no me propase! Vos Fagin no haríais con ello muy buen negocio! Con que os lo prevengo por la última vez; dejadme en reposo!

Existe en la mujer irritada (sobre todo cuando ha sido llevada a los extremos) cierto sentimiento que los hombres no tienen ganas de provocar.

El judío comprendió perfectamente que seria inútil fingir poco cuidado de la cólera de Nancy; así pues, retrocediendo con prudencia, miro a Sikes con aire villano y suplicante a la vez como para darle a entender que no se consideraba tan capaz como él para seguir la conversación.

Sikes viéndose interpelado de tal modo y pensando tal vez que su amor propio estaba interesado en probar el ascendiente que tenía sobre Nancy volviéndola a la razón, profirió cinco o seis juramentos y otras tantas amenazas con una facilidad de elocución que hizo honor a su fértil inventiva.

Sin embargo como esto no pareció producir ningún efecto visible en la persona que de ello era objeto, recurrió a argumentos mas sólidos.

—Qué quieres decir con tantos humos? —gritó acompañando la pregunta con un horrible juramento. —Veamos, habla! ¿Qué pretendes con tu amenaza? Voto a mil truenos juntos! Sabes quien eres tu?

—Oh! si; demasiado lo sé! —dijo la joven sacudiendo la cabeza con ademan de indiferencia.

—Entonces, cierra el pico ¿entiendes? —repuso el otro con tanta brutalidad como si hablara a su perro —De lo contrario te ataré yo la lengua por algún tiempo.

Nancy soltó una risa convulsiva y lanzando a Sikes una mirada de reojo, volvió la cabeza y se mordió los labios hasta echar sangre.

—Ah! si! Eres una gentil muchacha a fe mia! —añadió Sikes mirándola con desprecio —Especialmente cuando te das ese aire de buenos

sentimientos. Es un gran negocio para este niño (como tu le llamas.) el haber encontrado en ti una amiga..

—Sin contar que lo soy —exclamó Nancy con cólera —y que quisiera estar en lugar de aquellos al lado de los cuales tan cerca hemos pasado esta noche, mas bien que haberos ayudado a encontrar este desgraciado!

Qué sea de hoy en adelante un mentiroso, un ladrón, un petardista; que sé yo! todo lo que existe de mas abominable! No le basta a ese viejo bandido sino que también ha de destrozarlo a golpes?

—Vamos, vamos! —dijo el judío dirigiéndose a Sikes y haciéndole observar la atención con que sus jóvenes educandos prestaban el oído a todo lo que pasaba —Guillermo es preciso venir a palabras de paz, a palabras de reconciliación.

—Palabras de paz! —exclamó la joven, cuya fisonomía desfigurada por la cólera era en este momento espantosa —Palabras de paz vos viejo infame! Si, las merecéis! He robado por vos cuando no tenía mas que la mitad de la edad de ese niño! —dijo señalando a Oliverio.

—Siempre he hecho el mismo comercio y siempre para la misma persona desde hace doce años! ¿No es cierto? Decid! Podéis negarlo?

—Y bien qué? —replicó el judío procurando calmarla —Si lo has hecho ha sido para vivir.

—Si! —gritó ella con toda la fuerza de sus pulmones —Robar es mi subsistencia, como la escarcha, la niebla y el lodo de las calles son mi habitación! Y vos sois el viejo infame que me ha reducido a ellos desde mi infancia y me reduciréis día y noche hasta que muera!

—Te sucederá una desgracia! —repuso el judío excitado por estos reproches —Algo peor que esto si dices una palabra mas!

La joven calló; pero arrancándose los cabellos y rasgando sus vestidos en un exceso de rabia se precipitó sobre Fagin y probablemente le hubiera dejado señales de su venganza si Sikes no se hubiere interpuesto entre ambos cogiéndola por los puños. Hizo algunos esfuerzos para desacirse y se desmayó.

—Está bien ahora! —dijo Sikes arrastrándola hasta un rincón del aposento —Cuando se irrita hasta tal punto tiene en los brazos una fuerza asombrosa!

El judío se enjugó la frente y sonrió de contento al verse libre de una escena tan trágica; a pesar de que él, Sikes, los muchachos y él mismo la debieron considerar como un percance inseparable de sus asuntos.

—No conozco nada peor que tenérselas que haber con las mujeres. —dijo el judío volviendo la estaca a su sitio. —Sin embargo poseen cualidades recomendables y nos son muy útiles en nuestra profesión. Carlos, lleva Oliverio a la cama.

—Creéis papá Fagin que hará muy bien en no ponerse mañana estos vestidos tan nuevecitos y tan pulcros? —preguntó Carlos guiñando los ojos con malicia.

—No faltaba mas! —contestó aquel haciendo una mueca de inteligencia a su educando.

Maese Bates muy satisfecho en apariencia de la comisión que se le confiaba, tomó el palo hendido que servía de candelero y condujo a Oliverio a una pieza vecina donde había dos o tres camas en una de los cuales había ya dormido el pobre niño.

Allí con carcajadas insolentes enseñóle los mismos harapos que había creído no volver a ponerse jamás, y al mismo tiempo le explicó como por medio del judío que los había comprado, el viejo Fagin descubriera el lugar de su retiro.

—Quítate esto! —dijo —Yo lo entregaré a Fagin para que lo guarde. Dios de Dios! y que buena farza!

El desgraciado huérfano se sometió de mal talante, y maese Bates después que hubo rollado y puesto bajo su brazo el vestido nuevo de aquel, se fue llevándose la vela y cerrando la puerta con llave.

El ruido de sus carcajadas y la voz de Betsy que llegó muy a propósito para aflojar a su amiga y arrojarle agua en las sienes para hacerla volver de su parasismo, hubieran podido tener dispiertas a muchas personas en una posición mas feliz que la que en que se encontraba Oliverio; pero estaba enfermo y destrozado de miembros, y se durmió muy pronto profundamente.

Capítulo diecisiete

La suerte que no se cansa de perseguir a Oliverio lleva a Londres un personaje ilustre que anonada su reputación

Una mañana muy de madrugada míster Bumble salió de la Casa de la Caridad y enfiló la Calle Mayor con paso firme y seguro.

Su semblante demostraba toda la gloria y el orgullo de su dignidad de pertiguero: los galones de su sombrero de tres picos y de su levita brillaban al sol y oprimía su bastón con toda la fuerza de la salud y del poder. míster Bumble llevaba siempre la cabeza erguida, pero en este día la llevaba mas tiesa que de costumbre.

Había tal distracción en sus miradas y tal nobleza en sus ademanes que un observador inteligente no hubiera podido menos de presumir que pensamientos de una naturaleza poco común ocupaban la mente del pertiguero.

No se dignó detenerse para conversar con los tenderos al por menor y las demás personas que le dirigieron la palabra; se contentó con responder a sus saludos por un movimiento de mano y no se detuvo su marcha hasta que hubo llegado a la granja en que la Señora Mann guardaba a los niños de la Casa con un cuidado parroquial.

—Que el diablo se lleve a ese importuno pertiguero, si no es él quien llega tan de mañana! —dijo viéndole sacudir con impaciencia la puerta del jardín —Ola Señor Bumble! Ya me figuré yo bien que no podiais ser otro que vos! Es gran placer y una sorpresa agradable el poderos ver tan de mañana!

Os suplico que os toméis la molestia de entrar!

Las primeras palabras fueron dirigidas a Susana y las últimas a míster Bumble mientras le abría la puerta y le introducia en la casa con las mayores señales de respeto y atención.

—Señora Mann! —dijo míster Bumble dejándose caer gradual y pausadamente en una silla, en vez de sentarse bruscamente como lo haría un palurdo —Señora Mann os doy los buenos días!

—Igualmente Señor Bumble! —contestó esta con muchas muecas graciosas —¿Cómo vá esa preciosa salud?

—Psi! psi! Señora Mann. —replicó el pertiguero —Una vida parroquial no es ningún lecho de rosas!

—Bien seguro que no! —apoyó la Señora. (Todos los niños confiados a su cuidado hubieran podido responder a coro si la hubiesen oído.)

—Una vida parroquial Señora Mann —continuó el pertiguero golpeando la mesa con su bastón —es una vida de trabajo, de vejaciones y de tormentos! Pero todos los personajes públicos, si así puedo espresarme, deben esperarse el sufrimiento de la persecución.

La Señora Mann no comprendiendo del todo lo que el pertiguero quería decir, levantó las manos al cielo con aire místico y suspiró.

—Ah! Bien podéis suspirar Señora Mann! —dijo Bumble.

Aquella viendo que había obrado bien, suspiró de nuevo con gran satisfacción del funcionario público que reprimió una sonrisa graciosa mirando fijamente al sombrero de tres picos.

—Me voy a Londres Señora Mann!

—De veras Señor Bumble? —contestó ésta plegando las manos y retrocediendo tres pasos en señal de asombro.

—Si Señora. —replicó el imperturbable pertiguero —Me voy a Londres en la diligencia... yo y dos pobres de la casa. Tenemos un pleito

por causa de esos pobres.

No pertenecen a nuestra parroquia, de consiguiente por pleno derecho no queremos albergarlos... y yo soy quien el consejo de Administración ha escogido por su representante y el que debe responder en su nombre en las próximas sesiones de Clerkenwell.

Figuraos ahora Señora Mann —continuó empinándose de toda su altura —Figuraos digo cuanto hilo tendrán que torcer las sesiones de Clerkenwell antes que concluyan conmigo.

—Oh! no vayáis a tratarlas con demasiada severidad. —dijo la Señora Mann con tono adulador.

—Ellas me habrán obligado Señora Mann, y si las sesiones de Crekenwell no salen tan bien paradas como creen, a ellas mismas deberán echarse la culpa!

Estas palabras fueron pronunciadas con tal calor y tal acento de amenaza que la Señora Mann se estremeció.

—Os vais pues en la diligencia? —dijo —Creía que la costumbre era enviar a esos pobres en carretas?

—Esto Señora Mann es cuando están enfermos. Entonces les encajamos dentro de carretas descubiertas para impedir que los aires colados les costipen.

—Ah! esto es otra cosa!

—La Administración de diligencias se encarga de esos por una biscoca.

Ambos se hallan en muy triste estado, y calculamos que el cambiarlos nos costará dos libras esterlinas menos que enterrarlos; es decir, si logramos hacerlos recibir en otra parroquia, lo que creo no será difícil en caso de que el despecho no los mato en el camino... ah! ah! ah!

Después que míster Bumble hubo reído a sus anchas, sus ojos se encontraron con el tricuspis y recobró su gravedad.

—Por vida de... hablando nos olvidamos de los asuntos. —dijo —Señora Mann aquí tenéis vuestro salario parroquial del mes.

Esto diciendo sacó de su cartera algunas monedas de plata envueltas en un papel y pidió un recibo que la Señora Mann se apresuró a escribir.

—Hay muchos garabatos —dijo esta —pero ya pasará. Muchas gracias Señor Bumble. Os estoy muy agradecida.

El pertiguero respondió a esta cortesía con una ligera inclinación de cabeza y preguntó por la salud de los niños.

—Pobres angelitos! —contestó la vieja con emoción. —Están lo mejor posible, exceptuando los dos que se murieron la semana pasada y luego el pequeño Ricardo que anda alicaido.

—No mejora? —preguntó el pertiguero.

La Señora Mann sacudió la cabeza.

La mañana siguiente a la seis míster Bumble, después de haber cambiado su sombrero de tres picos por otro redondo y empaquetado su individuo dentro un redingote azul, tomó asiento en la delantera de la diligencia en compañía de los dos criminales de quienes la Administración pretendía deshacerse, y que eran la causa bien inocente del proceso que llamaba al pertiguero a Londres.

Este llegó a la capital sin haber experimentado en el camino otra incomodidad que la producida por la conducta inconveniente de los dos pobres que se obstinaron en quejarse del frío, y en titiritar de tal manera durante todo el viaje que (a lo que dijo míster Bumble.) sus dientes le castañearon en la cabeza y se encontró muy poco a su gusto a pesar de tener un grueso redingote sobre su cuerpo.

Habiéndose desembarazado el pertiguero de tan incómodos individuos por toda la noche, se instaló en la fonda donde había parado la diligencia y se hizo servir una opípara comida compuesta de tajadas de buey con salsa de ostras y una botella de excelente vino de Oporto.

Luego que hubo concluido, llenó un vaso de grog que puso sobre la chimenea, acercó su silla a la lumbre y después de algunas reflexiones morales sobre la incomodidad que resulta de viajar con personas que titiritan y que se quejan, se puso a leer un periódico.

El primer artículo sobre el que se fijaron sus ojos fue el anuncio siguiente:

«Un muchacho de Pentonville llamado Oliverio Twist, ha dejado su habitación el jueves último al anochecer sin haber vuelto a ella.

«La recompensa arriba expresada será concedida al que dará instrucciones que puedan facilitar el descubrimiento del susodicho Oliverio Twist, o que tiendan a arrojar alguna luz sobre los pormenores de su historia, que la persona que hace insertar este anuncio tiene gran interés en saber.»

Venía en seguida la descripción exacta de la edad, del traje y del exterior de la persona de Oliverio; el modo como había desaparecido y finalmente el nombre y la dirección de míster Brownlow.

míster Bumble abrió los ojos, leyó pausadamente y con la mas escrupulosa atención, por dos o tres veces consecutivas el artículo y cinco minutos después estaba en camino para Pentonville habiéndose olvidado con la precipitación el vaso de grog de sobre la chimenea.

—míster Brownlow está en casa? —preguntó a la joven que le abrió la puerta.

A tal pregunta ésta contestó del modo evasivo que tenía por costumbre: —No lo se. ¿De parte de quién venís?

No bien míster Bumble hubo pronunciado el nombre de Oliverio y explicado él motivo de su visita, cuando la Señora Bedwin que escuchaba a la puerta de la sala se precipitó desalentada en el recibidor.

—Entrad! Entrad! —dijo —Estaba segura de que tendríamos noticias suyas! Pobre chico! Me lo decía el corazón! Querido niño! Siempre lo dije!

Esto diciendo la buena anciana volvió a entrar en la sala a toda prisa y sentándose en el sofá prorumpió en lágrimas, mientras que la criada menos sensible subió los escalones de cuatro en cuatro y volvió pronto para decir a míster Bumble que la siguiera.

Le introdujo en el gabinete de estudio donde míster Brownlow y su amigo Grimwig estaban sentados a una mesa con una botella y dos vasos ante si.

—Un pertiguero! Un verdadero pertiguero de parroquia! Me comeria la cabeza que es un pertiguero! —exclamó este último.

—Os ruego querido amigo que no nos interrumpais por algunos momentos. —dijo míster Brownlow. Y dirigiéndose a Bumble añadió —Caballero tened la bondad de sentaros!

míster Bumble se sentó muy preocupado por la originalidad de los modales de míster Grimwig, míster Brownlow colocó la lámpara de modo que pudiera ver mejor al pertiguero y dijo con alguna impaciencia.

—Supongo que el motivo de vuestra venida, ha sido el artículo que he hecho insertar en el periódico?

—Si señor. —respondió Bumble.

—Vos sois pertiguero ¿no es cierto? —preguntó míster Grimwig.

—Soy pertiguero parroquial señores. —replicó aquel con orgullo.

—Lo ois? —repuso míster Grimwig, dirigiéndose a su amigo aparte —Estaba seguro de que era un pertiguero. El corte de su redingote es parroquial, y huele a pertiguero a la legua.

míster Brownlow impuso silencio a su amigo con un movimiento de cabeza y luego continuó:

—Podéis decirnos donde se halla al presente ese niño?

—De ningún modo. —contestó Bumble.

—Entonces ¿que es lo que sabéis de él? —preguntó Monsieur Brownlow. —Hablad amigo mio si tenéis algo que decir. ¿Qué sabéis de él?

—Nada bueno sin duda? —dijo míster Grimwig después de haber examinado atentamente al pertiguero.

Este tomó la pregunta al pié de la letra y meneó la cabeza con aire compungido.

—Ya lo veis! —dijo míster Grimwig dirigiendo a su amigo una mirada de triunfo.

míster Brownlow procuró leer en la fisonomía del pertiguero la respuesta que iba a recibir de él y le instó para que le dijera con la brevedad posible lo que sabía respecto a Oliverio. míster Bumble se quitó el sombrero, desabrochó su redingote, se cruzó de brazos y después de algunos momentos de reflecsión empezó su relato.

Seria fastidioso reproducir aquí las palabras que el pertiguero ensartó por el espacio de veinte minutos.

Bastará saber que en resumen contó que Oliverio era un niño expósito de baja procedencia que desde su nacimiento no había desplegado otras cualidades que la perfidia, la ingratitud y la maldad; habiendo terminado su corta estancia en el lugar de su nacimiento por un acto villano y sanguinario ejercido sobre la persona de un mucha-

cho de la escuela de caridad, después del cual se había escapado en medio de la noche de casa su amo.

Luego para probar que realmente estaba revestido del carácter con que se había manifestado poco antes, extendió sobre la mesa los papeles que se había llevado de la Casa de la Caridad y cruzando de nuevo los brazos esperó las observaciones de míster Brownlow.

—Temo que lo que habéis dicho será demasiado cierto. —dijo éste tristemente después de haber inspeccionado rápidamente los papeles —Esta suma es muy mezquina para las instrucciones que acabais de darme; pero de buena gana os hubiera dado el triple o cuadruple, si ellas hubiesen sido favorables al niño.

Es muy probable que si míster Bumble hubiera sabido esto un momento antes hubiera dado un giro del todo diferente a su relato; pero no era ya tiempo y sacudiendo gravemente la cabeza embolsó las cinco guineas y se retiró.

míster Brownlow se paseó arriba y abajo de la sala tan preocupado por la relación del pertiguero que el mismo míster Grimwig se guardó bien de contrariarle por mas tiempo. Al fin se detuvo y tiró con fuerza el cordón de la campanilla.

—Señora Bedwin! —dijo a la ama de llaves que vino para recibir sus órdenes —Ese muchacho... Oliverio! es un impostor.

—No puede ser señor! Estoy segura de ello! —dijo enérgicamente la buena anciana.

—Os digo que lo es! —repuso secamente míster Brownlow —¿Qué queréis decir con... no puede ser? Acabamos de saber lindas cosas de él. Parece que desde su nacimiento hasta el presente no ha sido mas que un pilluelo.

—Jamás lo creeré señor! —replicó Bedwin con firmeza.

—Vosotras las viejas, no dais fe mas que a los charlatanes y a los cuentos de brujas! —interrumpió bruscamente míster Grimwig —¿Por qué no seguisteis mis consejos desde el principio? Lo hubierais hecho sino hubiese tenido la fiebre he? Ella le hácia interesante no es esto? Interesante! Que bestialidad!

—Esto diciendo atizaba el fuego revolviéndole con el hurgón.

—Ese niño es dulce, amable y reconocido. —repuso la Señora Bedwin con indignación —Tal vez tengo motivos para conocer el carácter de los niños... Hay mas de veinte años que trato con ellos y las personas que no pueden decir otro tanto, debieran tener el pico cerrado. Al menos esta es mi opinión!

Esta era una pulla directa lanzada a míster Grimwig que era celibatario; pero como ella no hizo mas que exitar una sonrisa por parte del viejo muchacho, la buena señora sacudió la cabeza y rollando maquinalmente entre sus dedos el cabo de su delantal, iba sin duda a contestar como correspondía.

—Silencio! —dijo míster Brownlow fingiendo una cólera que estaba lejos de subir —No pronuncieis jamás ante mi el nombre de ese niño! Os había llamado para decíroslo! Jamás! jamás! bajo pretexto alguno... No lo olvidéis! —Es todo lo que tenía que deciros señora Bedwin! Fijad en la memoria que os hablo seriamente...

Capítulo dieciocho

De qué modo Oliverio pasa el tiempo en la sociedad de sus apreciables amigos

La mañana siguiente después de medio día, Fagin aprovechándose de la ausencia del Camastrón y de maese Bates que se habían marchado a sus faenas ordinarias, sopló a Oliverio una larga moraleja Sobre el pecado horrible de ingratitud de que se había hecho reo alejándose voluntariamente de sus amigos, inquietos de su ausencia y lo que es mucho peor, intentando escaparse, después de los trabajos que habían sufrido para volverle a encontrar.

Procuró persuadir al niño de que había sido recibido y cuidado en su casa en un momento en que sin un socorro tan apropósito y extraordinario, el, Oliverio hubiera muerto irremisiblemente de hambre.

Oliverio pasó este día y la mayor parte de los siguientes sin ver alma viviente. Desde la mañana muy temprano hasta la media noche, solo y entregado así mismo pensaba en sus protectores, y el temor de que tuviesen de él una opinión poco favorable le llenaba de mortal angustia.

Pasados ocho días, el judío no consideró ya necesario tenerle encerrado en el aposento y le dejó ir libremente por toda la casa.

Un día que el Camastrón y maese Bates debían pasar la velada fuera, aquel se metió en el caletre ponerse mas pulero que de costumbre. (debilidad que para hacerle justicia, no era habitual en él.) Mandó muy políticamente a Oliverio que le ayudara en esta faena.

Este muy contento de encontrar una ocasión para hacerse útil, muy feliz en tener sociedad por mala que fuera y ansioso además de conciliarse la estimación de todos los que le rodeaban, se prestó de buen talante a lo que se le exijia.

Puso pues una rodilla en tierra de manera que el pié del Camastrón que estaba sentado sobre la mesa pudiera descansar sobre la otra y se puso a cumplir el deber de pulimentar sus coturnos, lo que quiere decir en buen castellano, que limpió sus botas.

Sea que el Camastrón se sintiera agitado por eso sentimiento de libertad e independencia que experimenta necesariamente todo ser racional cuando está sentado perezosamente sobre una mesa, fumando su pipa con plena satisfacción, balanceando suavemente una pierna y mirando limpiar sus botas sin necesidad de quitárselas ni tampoco de volvérselas a calzar; sea que la buena aroma del tabaco dispertase su sensibilidad, o que la calidad de la cerveza dulcificase sus sentimientos; lo cierto es que se sintió llevado de repente a lo romántico y a lo entusiasta. (dos cosas muy contrarias a su razón de ser.) Miró durante algunos momentos a Oliverio con aire pensativo, luego con un suspiro y un balanceamiento de cabeza, dijo mitad para si y mitad a Carlos:

—Lástima que no sea hurraca!

—Ah! No sabe lo que le conviene! —contestó este.

El Camastrón suspiró de nuevo y volvió a chupar su pipa. Carlos hizo otro tanto y ambos fumaron un rato en silencio.

—A qué va que ni siquiera sabes lo que es una hurraca? —dijo el Camastrón, con tono compasivo.

—Creo que si. —respondió Oliverio levantando la cabeza. —Es un la... lo que sois vos no es cierto? —siguió interrumpiéndose.

—Lo soy y con mucho orgullo! —replicó el Camastrón —Es la mejor carrera! (Esto diciendo se metió el sombrero tras las orejas y lanzó un vistazo a maese Bates.) —Si; lo soy.

—prosiguió —y Carlos también y Fagin y Sikes y Nancy y Betsy; todos lo somos, todos hasta el perro quien es el que muestra mas corazón para la faena.

—Y el menos propenso a traición. —añadió Bates.

—No será él quien ladre jamás en el banco de los testigos! Ah! no... no hay peligro! Aunque se le atase en él y se le dejase allí quince días sin comer.

—Tiene mucha mira en eso!

—Oh! es un perro muy picaruelo! Con que fiereza mira a un camarada que se ponga a reír o a cantar estando en sociedad! A pesar de que no gruñe mucho cuando siente tocar el violón ni detesta a los otros perros de su raza... No por cierto!

—Es un famoso cristiano!

—Buen oficio! Buen oficio! —prosiguió el Camastrón volviendo al asunto de que se habían apartado, al recuerdo de su profesión que influía en todas sus acciones —Eso no tiene nada que ver con el leofito (neofito.)

—Es verdad! —repuso Carlos —Oliverio por que no sientas plaza bajo la bandera de Fagin?

—Harías fortuna de un golpe! —replicó el Camastrón guiñando el ojo.

—Vivirias de tus rentas; y te hacias el señor como pienso yo hacerlo por Pascua o por Navidad.

—No, no quiero! —contestó Oliverio —Prefiero que se me deje marchar! Qui... sie... ra mejor marcharme!

—Y Fagin prefiere que te quedes —objetó Carlos.

Oliverio lo sabía demasiado; pero reflexionando que tal vez seria peligroso el expresarse con demasiada franqueza, dio un suspiro y continuó limpiando las botas del Camastrón.

—Vaya! —exclamó éste —¿Dónde está tu valor? Carece tu alma de orgullo? Acaso pretenderás vivir a expensas de tus amigos?

—Puha! —hizo maese Bates sacando dos o tres pañuelos de la india y tirándolos revueltos en un armario —Qué vileza! Qué mezquindad!

—Jamás podría hacer tal cosa! —dijo el Camastrón finguiendo la mayor repugnancia.

—Ello no impide que abandoneis a vuestros amigos y que los dejéis castigar por vuestros hechos propios. —repuso Oliverio sonriendo.

—Oh! Esto es otra cosa. —replicó el Camastrón quitando la pipa de sus labios —Esto es por pura consideración a Fagin; porque los moscardones saben que trabajamos unidos y hubiera podido tener un disgusto si nosotros no hubiésemos jugado las piernas. Este es el porque ¿no es cierto Carlitos?

Maese Bates hizo una señal de cabeza afirmativa e iba a hablar; pero el recuerdo de la fuga de Oliverio presentándose de repente con la mayor viveza en su imaginación le hizo explotar en una carcajada, que chocando con el humo de la pipa, obligó a salir a una parte por la nariz y por los ojos y la otra retrocediendo a la garganta le hizo toser y patear, por mas de cinco minutos.

—Hecha acá tus ojos tontuelo! —dijo el Camastrón mostrando un puñado de chelings y de sueldos —Quieres una vida mas alegre? Llegar y coger! Quedan algunos mas en el cajón de aquel a quien los he soplado! ¿No te acomodan he? Imbécil!

—Es muy pillastron ¿no es cierto Oliverio? —dijo Carlos —Una bonita mañana se hará levantar.

—No sé lo que quiere decir esto. —respondió Oliverio volviendo la cabeza.

—Toma! Algo por este estilo!

—Esto diciendo maese Bates tomó uno de los cabos de su corbata y teniéndolo al aire dejó caer la cabeza sobre su espalda e hizo una especie de ruido con sus dientes, indicando por medio de esta chusca pantomina que levantar y ahorcar no eran mas que una sola y misma cosa.

—He aquí lo que quiere decir esto —prosiguió —Ah! ah! vez Jaime como me mira. Jamás he visto un muchacho como él. Bajo palabra de honor es la inocencia n.° 1! Me haría morir de risa! Te digo que tendré que reprocharle mi muerte!

—y maese Bates después de haber reído de tal gusto que las lágrimas le vinieron a los ojos, se puso otra vez a fumar.

—Has sido mal educado. —dijo el Camastrón examinando sus botas que Oliverio acababa de limpiar —Con todo Fagin hará de ti algo, o bien serás el primero que no hayas aprovechado entre sus manos...

Harías mejor que empezaras al momento, porque sin duda alguna, llegarás a ello y ahora no haces mas que retroceder para saltar mejor.

Maese Bates apoyó este aviso con muchas reflexiones morales de su cosecha, después de lo cual él y Dawkins se extendieron largamente sobre los placeres innumerables que acompañan ordinariamente a la vida que llevaban, insinuando a Oliverio, que lo mejor que tenía que hacer era procurar captarse el buen afecto y la amistad de Fagin, empleando los mismos medios que ellos habían adoptado para merecerlos.

—Y métete bien esto en la mollera —dijo el Camastrón, viendo al judío abrir la puerta —Si no te adhieres a los tictaes y a los pingajos...

—Espresándote así es como si le hablaras en gringo. —observó Carlos —Acaso te entiende?

—Si no te adhieres a los relojes y a los pañuelos —prosiguió el Camastrón reduciendo su lenguaje al alcance de Oliverio —otros lo harán...

De modo que los que se los dejan coger... tanto peor para ellos y para ti también... y nadie se encontrará mejor por eso, excepto aquellos que ponen cinco y levantar seis y tu tienes tanto derecho como los demás a la profesión.

—Sin duda! Sin duda alguna! —exclamó el judío que había entrado sin que Oliverio se apercibiera de ello —Todo esto querido es claro como el día! Ten fe en las palabras del Camastrón. Oh! Ninguno como él sabe el catecismo de su arte.

Continuando en estos términos el argumento del Camastrón, el viejo se frotó las manos en señal de satisfacción y aplaudió con una carcajada el talento de este último.

Por esta vez quedó aquí la conversación, porque el judío había traído con él a la señorita Betsy y a un gallardo mozo que Oliverio no había visto nunca; pero que el Camastrón, dio a conocer el nombre de Tomás Chitling, cuyo mozo después de haberse detenido en la escalera divirtiéndose en retozar con la joven, entró en este momento.

míster Chitling tenía algunos años mas que el Camastrón (había ya cumplido diez y ocho primaveras.) pero con todo había en su modo de obrar cierta deferencia hacia este último que indicaba muy claramente reconocerse inferior a él en cuanto al genio y a los ardides de su profesión.

Tenía unos ojos pequeños que movía vivamente y estaba además acribillado por las viruelas.

Llevaba su traje muy mal parado; pero como dijo: Acababa de concluir sus vacaciones; durante veinte y dos días mortales no había visto alma viviente, ni se había refrescado el engullidero con una gota de algo fuera lo que fuera. Oliverio estaba asombrado de una conversación de la que apenas comprendía algunos retazos.

La reunión se reía a mas no poder de la ignorancia ingenua del niño y la charla se hizo general.

Fagin estaba de excelente humor y contó algunas travesuras de su juventud de un modo tan picaresco que Oliverio a despecho de sus buenos sentimientos reía también de tanto gusto que las lágrimas le venían a los ojos.

Al fin el viejo infame lo tenía entre sus redes. Por medio de la soledad y la tristeza le había inducido a preferir la sociedad de alguien a la de sus dolorosos sentimientos en un chiribitil y destilaba en su corazón tierno el veneno que debía ennegrecerlo y horrar en él para siempre la bondad.

Capítulo diecinueve

Se discute un gran proyecto y se determina su ejecución

En una noche negra y fría el judío despidió a todos sus educandos y después de haberse envuelto en un largo redingote y tomado todas las precauciones necesarias, se enredó en el laberinto de callejuelas sucias, que tanto abundan en el barrio populoso de Bethnal-Green.

Al cabo de una hora de marcha entre la niebla sobre un suelo cubierto de un barro espeso, llamó a una puerta y después de haber cambiado algunas expresiones en voz baja con el que había venido a abrirle subió la escalera.

Un perro se puso a ladrar, cuando colocó la mano en el pestillo de la puerta y una voz de hombre preguntó: —¿Quién va ahí?

—Soy yo Guillermo; soy yo. —dijo el judío lanzando una mirada por todo el aposento.

—Descubrid vuestro esqueleto. —dijo Sikes —Échate ahi vil animal! ¿Acaso no conoces al diablo cuando lleva su largo redingote?

No cabe duda de que el perro había sido engañado por el traje de Fagin, porque en cuanto este se hubo desabrochado y puesto su redingote en el respaldo de una silla, se volvió a su rincón meneando la cola, para demostrar que estaba tan contento como podía estarlo.

—Y bien? —dijo Sikes.

—Y bien querido? —respondió el judío —Ah! Nancy!

Estas palabras fueron pronunciadas con alguna vacilación porque era la primera vez que Fagin y Nancy volvían a encontrarse desde el

día en que esta había tomado la defensa de Oliverio con tanto calor.

Sin embargo todas sus dudas sobre este punto (dado caso que las hubiera) quedaron pronto desvanecidas por la conducta de la joven respecto a él. Apartó sus pies del guarda cenizas, retiró la silla e invitó al judío para que acercara la suya, pues hacia un frío excesivo. Luego guardó silencio profundo.

—Caramba que frío hace, Nancy! —dijo el judío acercando al fuego sus manos descarnadas —Penetra hasta los huesos. —añadió llevando la mano al costado izquierdo.

—Acaso se necesita un famoso frío para que se os arrime basta los huesos? dijo Sikes —Dale algo para beber Nancy. ¡Mil truenos! Despacha! Solo con oir como cruje su esqueleto al igual de un espectro feo que saliera de la tumba, hay para caer enfermo!

Nancy trajo al momento una botella que tomó de una alacena en la que había muchas otras que parecían contener diferentes licores y Sikes habiendo llenado un vaso de aguardiente dijo al judío que lo bebiera de una vez.

—No: gracias Sikes, tengo bastante! —dijo Fagin, volviendo el vaso sobre la mesa después de haber pasado solamente los labios por el borde.

—Tenéis miedo de que esto os vuelva mejor de lo que sois? —preguntó Sikes fijando en el judío una mirada de desprecio.

Habiendo arrojado al mismo tiempo en las cenizas el licor que quedaba en el vaso, volvió a llenarlo para si propio.

Mientras que tragaba su aguardiente, el judío lanzó una mirada al rededor del aposento (no por curiosidad por que lo conocía; pero por un sentimiento de temor que le era natural.) El mueblaje era grosero y los solos objetos amontonados en el armario eran suficientes para

persuadir de que el amo de la habitación distaba mucho de ser un artesano.

Dos o tres alza primas colocadas en un rincón y un par de pistolas colgadas a la cabecera del lecho, eran al cabo los únicos objetos que podían infundir alguna sospecha.

—Vaya! —dijo Sikes haciendo castañear sus labios —Ya estoy pronto.

—Para la tarea he? —preguntó el judío.

—Para la tarea. —respondió Sikes —Con que... hablad!

—Sobre esa casa de Chertsey Guillermo? —dijo el otro arrimando su silla y hablando muy bajo.

—Si. Adelante!

—Ah querido! Bastante sabéis lo que quiero decir! No es verdad Nancy que lo sabe?

—No a fe mia; no lo sabe! —contestó Sikes sonriéndose —O mejor no quiere saberlo que poco mas o menos es lo mismo. Qué diablos! Hablad francamente! Llamad las cosas por su nombre!

Cuando dejaréis de guiñar el ojo y de andaros con rodeos como si no fuerais vos el primero que ha ideado ese robo? Trueno de Dios, esplicaos!

—Chit, Guillermo! Hablad mas bajo! —dije el judío procurando inútilmente calmar a su amigo. —Van a oirnos!

Y bien que nos oigan! —repuso Sikes —Me importa un comino!

Con todo es probable que después de un momento de reflecsión le importó algo mas, porque se puso blando y habló un poco menos alto.

—La, la... —dijo Fagin con aire de gazmoñeria —Os lo advertía solo por prudencia querido! Ahora volviendo al asunto de esa casa de

Chertsey ¿cuando será ocasión de emprender la tarea? Cuando Guillermo? Tanta plata hijos míos! Tanta plata!

—prosiguió frotándose las manos y levantando los ojos al techo transportado de antemano de alegría a la idea del botín.

—No hay que pensar ya mas en ello. —replicó fríamente Sikes.

—No hay que pensar en ello? —repitió el judío dejándose caer en el respaldo de la silla.

—No hay que pensar mas en ello. Al menos no es cosa tan fácil como creíamos.

—Esto será por causa de la torpeza en el obrar! —replicó el judío pálido de cólera —No me digáis....

—A mi me dá la gana de decíroslo! —exclamó el otro —Quién sois vos para que no se os pueda hablar? Os digo que hace quince días que Toby Crachit tiene sus emboscadas al rededor de la plaza y ni siquiera ha podido engatusar un criado.

—Queréis decir Guillermo —repuso el judío calmándose a medida que el otro sé enardecia —que ninguno de los dos criados podrá ser persuadido.

—Eso mismo, pues no habla en gringo. Hace veinte años que están al servicio de la vieja y aun que les dieran quinientas libras rehusarian entrar en el complot.

—Si; pero queréis decir también Guillermo que no habrá un medio para que las mujeres sean de los nuestros?

—Ninguno.

—Ni el del flamante Tobias Crachit? —preguntó el judío con tono de duda —Guillermo! No ignorais lo que son las mujeres!

—Voto va! Ni el del flamante Tobias Crachit. Ha dicho que mientras ha estado allí, ha llevado favoritos postizos y se ha puesto un chaleco

y guantes color de canario; pero que de nada le han servido.

—Hubiera debido probar el uniforme militar y los bigotes querido! —replicó el judío después de un momento de reflecsión.

—También los ha ensayado; —pero parece que este medio no ha tenido mejor fortuna que el otro.

El judío pareció quedar desconcertado con esta respuesta y habiendo reflexionado algunos minutos con la cabeza caída Sobre el pecho dijo suspirando: que si el flamante Tobias Crachit decía verdad, seria preciso renunciar a la empresa —Y sin embargo-añadió dejando caer las manos sobre sus rodillas —es muy duro querido tener que perder un negocio sobre el que habíamos fundado nuestras mas hermosas esperanzas y que considerábamos ya como nuestro!

—Es verdad. Esto es lo peor.

Siguió un largo silencio durante el cual el judío con el rostro lívido y la mirada hosca, estuvo profundamente sumido en sus pensamientos.

Sikes le miraba por intervalos y Nancy temiendo sin duda irritar al bandido, permaneció sentada ante la chimenea, los ojos fijos en el fuego y con la indiferencia del sordo respecto a lo que se hablaba en su presencia.

—Fagin! —dijo Sikes rompiendo de pronto el silencio —Me tocarán cincuenta guineas mas en el reparto, si logramos buen éxito en el exterior?

—Si! —contestó el judío súbitamente, como si dispertara de un sueño.

—Queda convenido el pacto?

—Si querido, si! Queda convenido! —respondió el judío cogiéndole la mano.

Esto diciendo sus ojos chispeaban y los rasgos de su fisonomía revelaban el efecto que había producido en él la proposición de Sikes.
—Entonces —repuso éste rechazando la mano del judío con desdén — esto se hará cuando queráis. La ante penúltima noche estábamos con Tobias Crachit sobre la pared del jardín inspeccionando la puerta.

Ella queda cerrada como una prisión; pero hay un sitio que podemos franquear seguramente sin meter ruido.

—Cual? —preguntó el judío con ansia.

—¿No recordais lo que viene después que se ha atravesado el prado? —dijo el otro en voz baja.

—Si, si! —contestó el judío ladeando la cabeza para poder oir mejor y abriendo tanto los ojos que parecían quererse salir de sus órbitas.

—Basta! —dijo Sikes, parándose en seco a una señal de cabeza de Nancy que le hacia notar la expresión del rostro del judío —No importa el sitio. Se bien que nada podéis hacer sin mi; pero vale mas ponerse en guardia cuando se trata con vos.

—Cómo queráis querido, como queráis! —repuso el judío mordiéndose los labios —¿Creéis que Tobias Crachit y vos podáis lograr el fin sin el concurso de nadie?

—Ciertamente. No necesitamos mas que un berbiqui y un niño. El primero ya le tenemos; en cuanto al otro será preciso encontrarlo.

—Un niño! —exclamó el judío —Oh! entonces será para un postigo alto he?

—Nada os importa. Necesito un niño que no sea demasiado gordo. Ah! Si tuviera solamente el muchacho de Ned el limpia chimeneas me saldría con la mia! Le impedía el engordar expresamente para esto y cuando era ocasión lo alquilaba.

Pero el padre se ha dejado pinchar y he aquí que metiéndose por medio la Sociedad de jóvenes delincuentes le dá la humorada de retirar al niño de un oficio en que ganaba tanto dinero, le hace aprender de leer y escribir y por añadidura lo pone de aprendiz! Así obra el mundo!

—continuó con indignación —Así obra el mundo! Y si tuvieran el dinero que les hace falta (a Dios gracias,) el año que viene, no quedarían en el comercio seis muchachos a nuestra disposición.

—Esta es demasiada verdad! —replicó el judío que absorvido en sus profundas meditaciones no había cogido mas que las últimas palabras de Sikes. —Guillermo!

—Qué queréis? —preguntó éste.

El judío señaló con su vista a la joven que la tenía siempre fija en el fuego, para insinuar a Sikes cuan prudente seria que ella se marchara del aposento.

Este se encogió de hombros con ademan impaciente, pensando que la precaución era inútil y acabó por mandar a Nancy que fuera a buscarle una botella de cerveza.

—Tú no quieres cerveza! —exclamó esta cruzando los brazos y no moviéndose de su silla.

—Te digo que quiero! —replicó Sikes.

—Farza! —contestó Nancy fríamente —Vaya soltad el pico Fagin! Se lo que vais a decir a Guillermo y yo no estorbo.

El judío insistió de nuevo y Sikes los miró a ambos con asombro.

—Acaso Nancy os dá miedo? —dijo al fin —La conocéis de bastante tiempo para que tengáis confianza en ella, o el Diablo se ha metido de por medio! No creo sea muchacha capaz de bachillerear. ¿No es cierto Nancy?

—Así me lo parece. —contestó la joven acercándose a la mesa y poniendo sus dos codos sobre de ella.

—No, no querida mia! Estoy bien persuadido de que eres incapaz! —dijo el judío —pero... —y el viejo insistió de nuevo.

—Cómo quedamos? —preguntó Sikes.

—Es que ignoro si está en tan mala disposición cómo la noche aquella que ya sabéis, Guillermo? —respondió el judío.

Nancy soltó una carcajada y tragándose un vaso de aguardiente meneó la cabeza como mofándose de Fagin. Luego se puso a talarear a toda voz: Seguid siempre vuestro camino buen hombrecillo! No hableis jamás de volveros! —y otras cosas semejantes que parecieron tranquilizar del todo a los dos hombres.

—Vaya Fagin! —dijo Nancy riendo —Dadnos cuenta de vuestras intenciones respecto a Oliverio.

—Ah querida! Eres una mosca muy fina! Eres la joven mas ladina que conozco! —dijo el judío dándole golpecitos sobre la espalda. —En efecto de Oliverio es de quien quiero hablar! ah! ah! ah!

—Qué queréis decir? —preguntó Sikes.

—Es el muchacho que os conviene, querido! —contestó el judío con aire de misterio poniendo el dedo sobre su nariz y haciendo un visage horrible.

—El! —exclamó Sikes.

—Tómalo Guillermo. —dijo Nancy —Yo si fuera que tú lo tomaría. Pueda que no sea tan listo como los otros; pero que le importa si no hay mas que abrirte una puerta? Es un niño con el que puedes contar, te lo aseguro Guillermo.

—Tiene razón. —repuso Fagin —Desde hace algunas semanas está en muy buen camino; ya es hora de que empiece a hacerse útil, aun

que no sea mas que para ganarse el pan que come. Además los otros son demasiado gordos.

—A la verdad, tiene justamente la talla que me conviene. —dijo Sikes después de un momento de reflecsión.

—Y hará todo lo que vos queráis amigo mio. —replicó el judío —No podrá menos... es decir si la amedrentais un tan lo.

—Amedrentarle! —exclamó Sikes —No, no será un miedo falso, podéis creerlo. Si tiene la desgracia de hacerme jugarretas una vez estará en la tarea, no volvereis a verle vivo Fagin. Pensadlo seriamente antes de enviármelo! —añadió el bandido levantando una enorme alza-prima que sacó de debajo su lecho.

—He pensado en todo esto. —dijo el otro con fuerza —Le he velado de cerca amigos míos de muy cerca! Qué comprenda en una buena ocasión que es uno de los nuestros! Que tenga la certeza de haber sido ladrón y nos pertenece por toda la vida! Ah! ah! no podía ofrecerse mejor ocasión!

—Esto diciendo el viejo cruzó sus brazos sobre su pecho, hundió su cabeza dentro sus espaldas y dio un grito de alegría.

—Para nosotros? —dijo Sikes —Para vos queréis decir!

—Pueda que si, querido! —repuso el judío con una espantosa mueca —Para mi; si bien os place Guillermo.

—Y porque ese mal polluelo os ocupa tanto por si solo —dijo el otro, con tono huraño —cuando no ignorais, que hay una infinidad que picotean cada noche por los alrededores de Covent Garden y entre los cuales podríais escoger?

—Porque me son del todo inútiles. —replicó Fagin con algún embarazo —No merecen que se ocupe uno de ellos. Cuando se han hecho pinchar su fisonomía les acusa y yo los pierdo todos. Con ese niño si

fuera bien dirigido, haría lo que no podría hacer nunca con veinte de los otros.

Además —continuó reponiéndose de su turbación —nos conviene que sea absolutamente de los nuestros sin mirar el modo de lograrlo. Lo que deseo es llevarle a picotear con las hurracas.

Y vale mas que sea esto así que no vernos obligados a deshacernos de él, lo que no dejaría de ser peligroso para nosotros, sin contar la pérdida que podría reportarnos.

—Cuándo será el negocio? —preguntó Nancy conteniendo una esclamación, que iba a escapársele a Sikes fuertemente disgustado de las pretensiones humanitarias de Fagin.

—En efecto cuando se llevará a cabo Guillermo? —añadió el judío.

—Estoy convenido con Tobias para pasado mañana, si de aquí a entonces no le doy contra orden. —contestó Sikes con ademan sombrío.

—Bueno. —dijo el judío —No habrá luna.

—No —repuso Sikes.

—Y habéis tomado vuestras medidas para llevaros la hucha. ¿no es cierto?

Sikes hizo una señal de cabeza afirmativa.

—Con el objeto de...?

—Si, si; todo está arreglado. —interrumpió Sikes sin darle tiempo de concluir la frase —No os inquieteis por los detalles. Cuidad solo de traerme el niño mañana por la noche. Yo dejaré a Londres una hora antes de amanecer. A vos os toca guardar silencio, tener el crisol listo, y nada mas.

Después de una breve discusión quedó convenido que Nancy que antes había tomado el partido de Oliverio, se encargaria de traerle al lado de Sikes y que éste luego de empezada la obra, tendría pleno po-

der sobre él. Salvo la reserva a Tobias Crachit de apoyar las resoluciones del susodicho Sikes.

Arreglados de este modo los preliminares, éste se coló algunos vasos de aguardiente, se puso a blandir la alza-prima de un modo espantoso y cantó o mas bien berreó algunas estrofas, acompañadas de horribles imprecaciones.

Luego, en un exceso de entusiasmo por su carrera fue a buscar la caja de sus chismes que colocó sobre la mesa y abrió para explicar la naturaleza y uso de cada uno de los objetos que estaban encerrados en ella.

Apenas había abierto la cobertera cuando cayó pesadamente con ella al suelo y en seguida se durmió.

—Buenas noches! —dijo el judío metiéndose el redingote.

—Buenas noches! —contestó Nancy.

El viejo al pasar dio un puntapié al borracho en tanto que Nancy estaba vuelta de espaldas y bajó la escalera a tientas.

—Siempre lo mismo. —murmuró entre dientes cuando estuvo solo en la calle —Lo malo en las mujeres es, que un nada basta para resucitar en ellas los recuerdos del pasado y lo bueno que no duran. Ha! ha! El hombre contra el niño por un talego de oro!

Embebido en estas lisongeras reflexiones, Fagin regresó a su morada sombría, en la que el Camastrón velaba esperando con impaciencia su vuelta.

—Oliverio está acostado? Tengo que hablarle. —dijo bajando la escalera.

—Hace ya rato. —respondió el Camastrón abriendo la puerta de un aposento —Miradle allí.

El niño estaba acostado sobre un mal jergón tendido en el suelo y dormía con un sueño profundo. El abatimiento, la inquietud y la tristeza de su prisión le habían vuelto tan pálido que parecía muerto.

—Ahora no! —dijo el judío alejándose de puntillas. —Hasta mañana, hasta mañana!

Capítulo veinte

Oliverio es entregado a Guillermo Sikes

El día siguiente al dispertar, Oliverio quedó agradablemente sorprendido viendo al pié de su lecho un par de zapatos nuevos de suelas reforzadas, en lugar de los suyos del todo estropeados.

De pronto se quedó maravillado de este descubrimiento, pensando que podía ser muy bien el preludio de su libertad; pero luego tuvo la certeza de lo contrario.

En el almuerzo, hallándose frente por frente del judío este le anunció de un modo capaz de redoblar sus alarmas que aquella noche debía ser conducido a la casa de Guillermo Sikes.

—Para... que... dar... me en ella? —preguntó el niño con inquietud.

—No; no para quedarte en ella amigo mio. —contestó el judío —No temas que queramos perderte. Oliverio! Volverás a nosotros... ah! ah! ah! No somos tan crueles para despedirte amiguito... o no seguramente...

Esto diciendo el viejo chulo, que estaba acurrucado ante la lumbre y ocupado en tostar una rebanada de pan, se puso a reír a carcajada llena como para indicar que no ignoraba lo contento que estaría Oliverio de poder escaparse si pudiera.

—No dudo tendrás curiosidad de saber lo que vas a hacer en casa Guillermo... he amiguito? —dijo fijando en él su mirada.

Oliverio se ruborizó involuntariamente, a la idea de que el viejo encubridor había adivinado su pensamiento. Con todo respondió con bastante seguridad que si.

—Qué piensas que vas a hacer? —preguntó el otro previniendo la cuestión.

—Señor! En verdad no lo se. —respondió Oliverio.

—Ba! —hizo el otro volviéndose para ocultar su contrariedad —Espera entonces que Guillermo te lo diga.

El judío pareció muy embarazado de que el niño no demostrase mayor deseo de saber mas. El hecho es que este hubiera querido saber a que se le destinaba; pero turbado como estaba por la mirada escuadriñadora del judío y por sus propios pensamientos, le fue imposible hacer ninguna pregunta tocante a este punto.

Por lo demás ya no se ofreció otra ocasión, porque el judío permaneció sombrío y silencioso hasta la noche en que se dispuso para salir.

—Podrás encender esta vela. —dijo Fagin poniendo una sobre la mesa. —Y aquí tienes un libro para divertirte leyendo, hasta que vengan a buscarte. Vaya, buenas noches!

—Buenas noches señor! —contestó dulcemente Oliverio.

Mientras se dirijia a la puerta, el judío se volvió varias veces para mirar al joven Twist y parándose de improviso lo llamó por su nombre.

Oliverio alzó la cabeza y a una señal de aquel encendió la vela. Al poner el candelera sobre la mesa reparó que desde el extremo obscuro del aposento el viejo le miraba fijamente y frunciendo las cejas.

—Cuidado, Oliverio! Cuidado! —dijo agitando la mano con ademan doctoral. —Es un mal vicho que a nada atiende cuando se le ha pisado la cola! Suceda lo que suceda nada digas y haz todo lo que te mande! Piénsalo bien!

Habiendo acentuado estas últimas palabras con mucho énfasis, sonrió de una manera horrible, hizo un movimiento de cabeza y salió.

Oliverio al quedar solo repasó, en su imaginación lo que acababa de oir. Después de haber reflexionado largo rato, pensó que el bandido le mandaba a buscar para utilizarle en su casa hasta haber encontrado otro muchacho mas conveniente a sus miras.

A pesar de ello, estaba tan acostumbrado a los sufrimientos que cualquiera cambio lo era indiferente. Permaneció sumergido en sus meditaciones; luego tomando el libro se puso a leerlo. Este libro llevaba por título: Vida, juicio, condena y ejecución de los grandes criminales. Sus páginas estaban manchadas a fuerza de leidas.

Todo eran crímenes, asesinatos horribles, cadáveres ocultos desde largo tiempo y que aparecían a sus asesinos y estos poseídos de espanto corriendo ellos mismos a reclamar el cadalso que debía acabar sus tormentos.

Había tanta verdad en la descripción de esos crímenes y el cuadro de ellos era tan fascinador que Oliverio creyó ver las páginas grasicntas del libro convertirse en sangre cuajada y a las palabras que leía, desprenderse en sordos gemidos de la boca propia de las víctimas inmoladas.

En un exceso de terror cerró el libro, lo arrojó lejos de sí y cayendo de rodillas pidió a Dios que le evitara tales pensamientos, o le llamará a él antes de permitir que se manchara jamás con un crimen tan horrible.

Había concluido su oración; pero estaba aun arrodillado con la cabeza apoyada entre sus manos cuando un ruido interrumpió su meditación.

—Qué es esto! —exclamó levantándose y apercibiendo una forma humana en pié cerca la puerta —Quién está ahí? —prosiguió.

—Soy yo! Soy yo! —respondió una voz trémula.

—Oliverio levantó la vela, sobre su cabeza para ver mejor: era Nancy.

—Aparta esa vela! —dijo la joven volviendo la cabeza —Me hace mal en los ojos.

Vió que estaba sumamente pálida y le preguntó cariñosamente si estaba enferma. Por toda respuesta ella le volvió la espalda y se desplomó sobre una silla retorciéndose las manos.

—Dios! Dios! —exclamó al fin —No pensé en todo esto!

—No os sentís bien? —preguntó Oliverio. —Puedo ser útil para socorreros? Hablad... Todo lo que pueda, lo haré con la mayor satisfacción.

Nancy se agitó en su silla, llevó sus manos al cuello, exhaló un grito medio ahogado por el exterior y abrió toda la boca para respirar.

—Nancy! —exclamó el niño horrorizado —Que tenéis; decidlo!

Esta golpeó con las manos sus rodillas y con los pies el suelo, luego deteniéndose de repente volvió a ajustar el chal sobre sus espaldas titiritando.

Oliverio atizó el fuego. La joven acercó su silla al hogar y quedó inmóvil algún tiempo sin pronunciar una palabra. Luego levantando la cabeza echó una mirada vaga a su alrededor.

—No se lo que me coje algunas veces. —dijo procurando reparar el desorden, de su traje. —Creo es causa, este aposento sucio y húmedo. ¿Estás pronto Oliverio?

—Acaso voy con vos? —preguntó el niño.

—Si; vengo a buscarte de parte de Guillermo!

—Para qué? —dijo el retrocediendo dos o tres pasos.

—Para qué? —repuso Nancy levantando sus ojos al techo y bajándolos al suelo al encontrarse su mirada con la del niño —Oh! Para nada malo.

—No lo creo así. —replicó Oliverio, después de haberla examinado con atención.

—Pues bien, creelo, como te acomode! —dijo ella con risa afectada —Sea para nada bueno.

Oliverio pudo comprender muy bien que tenía algún poder sobre la sensibilidad de la joven, y la destreza le hizo concebir la idea de apelar a su compasión; pero reflexionando de pronto que aun no eran las once y que de consiguiente debían transitar por las calles algunas personas que darían fe a sus palabras, se apresuró a decir que estaba pronto y se dispuso a salir con alguna viveza.

Ni la reflecsión, ni el deseo que la acompañaba escaparon a Nancy. Le observó atentamente mientras hablaba y le lanzó una mirada que le convenció de que había adivinado su pensamiento.

—Chit! —dijo señalándole con el dedo la puerta, mientras que miraba con precaución a su alrededor —No hay medio! He hecho todo lo que he podido por ti; pero inútilmente. Estás rodeado por todas partes y por mas que lo intentes no lograrás escaparte.

Oliverio conmovido por el tono con que decía esto, la miró asombrado. No cabía duda hablaba seriamente: estaba pálida hasta dar miedo, tenía contraidos los músculos de su rostro y un temblor convulsivo agitaba todo su cuerpo.

—Te he evitado ya muchos malos tratamientos y continuaré evitándotelos! —continuó elevando la voz —Los que hubieran venido a buscarte no siendo yo, se hubieran portado con mucha mas dureza.

He prometido que estarías tranquilo y si no lo estuvieras, te harías mal tu mismo y a mi, siendo tal vez la causa de mi muerte. Mira! Tan cierto como Dios nos vé, ya he sufrido todo esto por ti!

Al mismo tiempo enseñó a Oliverio los cardenales de que estaban llenos sus brazos y su cuello.

—Acuérdate bien de esto —continuó con gran volubilidad —y haz de modo ahora que no sufra otros por tu causa! Si pudiera servirte lo haría de todo corazón; pero no tengo poder para ello! Ellos además no tienen intención de hacerle daño alguno... Y qué importa lo que te manden hacer?

Tú no eres responsable ante Dios! Cállate! Cada una de tus palabras es un golpe para mi! Dame tu mano! Vamos despacha;... tu mano!

Cogió la mano que Oliverio le tendió maquinalmente y habiendo apagado la vela, subió con el niño la escalera. La puerta fue abierta al momento por alguien oculto en la obscuridad y fue cerrada del mismo modo luego que pasaron el lindar.

Nancy subió ligeramente con su joven protegido a un coche de alquiler que les aguardaba. Tiró cuidadosamente las cortinas y el cochero sin esperar que se le diera dirección alguna, acestó un latigazo al caballo, que le hizo correr al trote largo.

La joven tenía las manos de Oliverio estrechadas entre las suyas y le repetía al oído las mismas seguridades y los mismos avisos que le diera antes.

Todo eso fue cosa de tan poco tiempo, que apenas tuvo la satisfacción de pensar donde estaba y como había venido cuando el coche se paró ante la misma casa hácia la que el judío había dirigido sus pasos la noche anterior.

Durante un segundo lo mas, Oliverio lanzó una mirada rápida a lo largo de la calle desierta, e iba a gritar socorro; pero la trémula voz

de la joven vibraba en su oído suplicándole con tanto ahinco tuviera piedad de ella que retuvo el grito que iba a escapársele.

Mientras luchaba pasó la ocasión y se encontró dentro la casa después de haberse cerrado la puerta tras él.

—Por aquí! —dijo al fin la joven soltando la mano de Oliverio — Guillermo!

—Adelante! —contestó Sikes apareciendo en lo alto de la escalera —Bien venidos! Ea subid!

En un hombre del carácter de Sikes este recibimiento era muy lisonjero para los dos jóvenes. Nancy se lo agradeció sin duda, pues le saludó cordialmente.

—El perro ha salido con Tomás. —dijo Sikes adelantando la luz para alumbrarles —Nada importaba su presencia aquí para lo que tenemos que hablar.

—Está bien! —contestó Nancy.

—Con qué traes decididamente al lindo cabrito?

—Ya lo ves!

—Ha sido obediente?

—Como un cordero.

—Ha hecho bien! —dijo Sikes arrojando a Oliverio una mirada maligna —De lo contrario su esqueleto no lo hubiera pasado muy bien. Adelántate vicho para que te dé la lección... Mejor ahora que mas tarde.

Esto diciendo quitó la gorra a su joven protegido la arrojó a un rincón del aposento y sentándose a una mesa lo cogió por la espalda y lo colocó cara a cara.

—En primer lugar, ¿conoces esto? —dijo tomando una pistola de faltriquera que estaba sobre la mesa.

El niño contestó afirmativamente.

—Bien! Atiende ahora! Esto es pólvora... esto una bala y esto un pedazo de sombrero viejo para taco.

Oliverio hizo señal de que conocía el uso de cada una de esas cosas y Sikes se puso a cargar la pistola con una destreza admirable.

—Ya está cargada. —dijo cuando hubo concluido.

—Lo veo señor. —dijo el niño temblando de la cabeza a los pies

—Lo ves? —continuó el bandido apretando fuertemente el brazo de Oliverio y poniéndole la boca del cañón de la pistola tan cerca de la cien, que éste no pudo contener un grito agudo.

—Si tienes la desgracia de pronunciar una sola espresión cuando estemos fuera a menos que yo no te dirija la palabra, te levanto la tapa de lo sesos sin prevenirte. Con que, dado caso que tengas la tentación de hablar sin mi permiso, puedes antes rezar tu última plegaria.

Habiendo acompañado esta amenaza con un juramento horrible (sin duda para aumentar el efecto) añadió:

—Como según tengo entendido nadie se inquietará por ti después de tu muerte, no creo necesario romperme la cabeza esplicándote un montón de cosas,... que por otra parte nada importan para tu bien. Entiendes?

—Poco mas o menos lo que tu quieres indicar (dijo Nancy con énfasis para llamar la atención de Oliverio.) es, que si en el asunto que te ocupa actualmente, tuvieras un retardo o contrariedad por causa de ese niño, le sabrás impedir que bachillerée en el porvenir, rom-

piéndole la cabeza y exponiendo de este modo la tuya como lo haces en cada día de tu vida.

—Esto es. —dijo Sikes en señal de aprobación —Las mujeres tienen un tacto magnífico para explicar las cosas excepto cuando tienen la cabeza caliente... Entonces no acaban nunca...

Ahora que ya sabe lo que quiere decir hablar; no seria malo que nos dieras algo con que cenar, para que tengamos tiempo de echar un sueño antes de partir.

En consecuencia de esta observación, Nancy puso los manteles y habiéndose ausentado algunos momentos volvió a entrar con una botella de cerveza y un plato de cabeza de carnero, el cual dio pié a una serie de reflexiones lisonjeras por parte de Sikes que estimulado sin duda por la seductora perspectiva de una nueva espedición, se coló toda la cerveza de un solo trago y no juró mas que un centenar de veces mientras estuvieron en la mesa.

Concluida la cena (se comprenderá fácilmente que Oliverio no tenía gran apetito) Sikes después de haberse bebido dos vasos de grog se tendió en su cama recomendando a Nancy que le dispertara a las cinco en punto, dado caso de que todavía durmiera.

Oliverio en cumplimiento de una orden emanada del mismo jefe, se echó vestido sobre un jergón tendido en el suelo y la joven, habiendo atizado el fuego se sentó ante la chimenea hasta que llegara la hora de dispertarles.

El niño permaneció largo tiempo con los ojos abiertos pensando no seria imposible que esta buscase ocasión para hablarle al oído; pero permaneció inmóvil en su silla y solo se volvió alguna vez para despavilar la vela. Al fin rendido de fatiga se durmió profundamente.

Al dispertar, la tetera y las tazas estaban sobre la mesa y Sikes se hallaba ocupado en meter diversos objetos en los bolsillos de su re-

dingote colgado en el respaldo de una silla, mientras que Nancy preparaba el desayuno. No era día, porque la vela aun estaba ardiendo.

Una lluvia penetrante chocaba contra los vidrios y el cielo estaba cubierto de nubes negras y espesas.

—Vaya! —refunfuñó Sikes mientras Oliverio se levantaba —Ya son las cinco y media! Despacha pronto si quieres desayunarte! Aunque no lo parezca, nos hemos retardado!

Oliverio no estuvo mucho tiempo para arreglar su tocado y habiéndose desayunado un poco, dijo que estaba listo. Nancy sin mirarle apenas, le puso un pañuelo al rededor de su cuello y Sikes le dio una esclavina vieja para que tuviera las espaldas calientes.

El niño, al llegar al lindar de la puerta se volvió con la esperanza de encontrar la mirada de la joven; pero esta había vuelto a tomar su silla ante el fuego y estaba sentada en ella en un estado de inmovilidad completa.

Capítulo veintiuno

Expedición

Salieron en una mañana sombría y glacial. La lluvia caía a torrentes y había grandes charcos de agua en medio del camino. Nadie se había levantado aun, las ventanas estaban cerradas y las calles continuaban tristes y silenciosas. De tanto en tanto se oía el ruido de algunas carretas que se dirijian a la ciudad.

A medida que se acercaron a los arrabales el ruido aumentó y cuando llegaron a Smithfield, el era ya un tumulto aturrullador. Hacia entonces día claro y la mitad de Londres estaba en pié.

La plaza cubierta de barro por ser día de mercado, estaba llena de animales, de cuyes cuerpos se elevaba un humo espeso que mezclándose con la niebla, permanecía suspendido pesadamente en la atmósfera. Menestrales, carniceros, vaqueros, niños, ladrones y vagos, confundidos en tropel presentaban una escena capaz de hacer perder la razón.

Sikes arrastraba Oliverio a su lado y se abría paso al través de la multitud sin parar casi la atención a todo lo que asombraba tanto al niño.

Solo respondía con un movimiento de cabeza amistoso a los que le dirijian la palabra, rehusó hacer trago cada vez que se le ofrecía y ando con celeridad hasta que estuvieron fuera del barullo y hubieron llegado a Holborn.

—Ea tu nene; son ya cerca las siete! —dijo con acento regañón, mirando el cuadrante de la iglesia de San Andrés —Es preciso alargar

mas ese trote! No empieces por quedarte atrás mal potrillo!

Esto diciendo sacudía el brazo del niño que doblando el paso, arregló su marcha todo lo que pudo con las largas zancadas del bandido.

Así andaron hasta que hubieron pasado Hyde-Park en la carretera de Kensington. Entonces Sikes aflojó el paso para dar tiempo que los alcanzara una carreta vacía que venía detrás de ellos y habiendo visto sobre la plancha Hownslow, pidió al carretero con toda la cortesía de que era capaz, que les dejara subir hasta Isleworth.

—Subid! —dijo el hombre —Este mozuelo es hijo vuestro?

—Si... es mi hijo! —respondió Sikes lanzando una mirada amenazadora al niño y metiendo la mano como por distracción en la faltriquera que contenía la pistola.

—Tu padre anda demasiado aprisa para ti; no es verdad chicuelo? —dijo el carretero observando que Oliverio estaba sofocado.

—Os engañáis! —replicó Sikes —Esta ya acostumbrado a ello! Vaya, dame la mano Eduardo... sube pronto!

Mientras decía esto ayudó al niño a subir y el carretero enseñandole un montón de sacos, le dijo se hechara encima de ellos para descansar.

Cada vez que pasaban por frente un mojón, Oliverio experimentaba nuevo asombro, calculando donde se proponía llevarle su compañero. Kensington, Hammersmith, Chiswich Kewbridge, Brentfort, habían quedado ya muy lejos tras de ellos y marchaban siempre como si acabaran de ponerse en camino.

Al fin llegaron a una posada en cuya muestra se leía: «La diligencia y los caballos.» Mas allá de ella empezaba el empalme de otra carretera.

Aquí la carreta se detuvo, Sikes bajó de ella precipitadamente teniendo a Oliverio cogido de la maño y habiéndole hecho bajar también a él, le lanzó una mirada furiosa, llevando la mano a su faltriquera de un modo muy expresivo.

—Hasta mas ver muchacho! —dijo el hombre.

—Está de mal humor! —contestó Sikes maltratando al niño. —Está de muy mal humor ese pequeño topo! No hagáis caso... partid!

—Y porque, pobrecito! —dijo el otro subiendo a su carreta —El tiempo parece que se pone bueno. —añadió alejándose —Feliz viaje!

Sikes esperó que estuviera algo lejos y luego torcieron a la izquierda. Andaron largo tiempo pasando por delante un gran número de jardines, llegaron a Hampton y habiendo atravesado este pueblo, entraron en una taberna de ruin apariencia, donde se hicieron servir la comida en el hogar de la cocina.

Había ante este hogar algunos bancos de respaldo, en los que estaban sentados hombres vestidos de blusa, pasando el tiempo en beber y fumar. Hicieron poco caso de Sikes y aun menos de Oliverio que a su vez se sentaron en un rincón a parte, sin cuidarse de la compañía.

Se les sirvió un plato de fiambre después del cual Oliverio creyendo por la calma con que Sikes iba apurando pipa sobre pipa, que la detención seria larga y que probablemente no irían mas lejos, abrumado de fatiga y aturdido por el humo del tabaco se reclinó en el banco y se durmió profundamente.

Era noche completa cuando fue dispertado por un codazo de Sikes. Frotándose los ojos y mirando en torno suyo vio a ese digno personaje, en conferencia íntima con un menestral en compañía de quien bebía una pinta de cerveza.

—Con qué vais a Hallifort? —preguntó Sikes.

—Si. —contestó el hombre —Y que no estaré veinte años en el camino, porque mi caballo no lleva la carga que llevaba esta mañana... y pronto se habrá comido la distancia... y no se le indigestará no voto a bríos! Qué buena bestia!

—Podéis tomarnos a mi y al niño en vuestra carreta? —preguntó Sikes pasando el jarro de cerveza a su nuevo convidado.

—Si; cuando partais al momento! —contestó el otro quitándose de los labios la pinta de cerveza, que puso sobre la mesa —Acaso vais a Hallifort?

—Voy hasta Shepperton. —dijo Sikes.

—Soy vuestro hasta el mismo punto. —Todo está pagado Rebeca?

—Si —respondió la criada de la posada —El señor ha pagado!

—Vaya! eso no puede ir ¿entendeis? —prosiguió el menestral con una gravedad ridícula.

—Por qué? —repuso Sikes —Vos nos hacéis un obsequio y no veo lo que pueda impedirme que os pague dos pintas de cerveza.

Aquel pareció reflexionar profundamente y luego tomándole de la mano le declaró que era un buen muchacho, a lo que contestó Sikes, que sin duda se burlaba. (lo que cualquiera hubiera estado tentado de creer, por poco que el hombre hubiese conservado su sangre fría.)

Después de algunas palabras corteses entre ambos, se despidieron de la compañía y la criada habiendo quitado los jarros y los vasos que estaban sobre la mesa, se vino con las manos llenas al lindar de la puerta para verlos partir.

El caballo, a la salud del cual se había bebido poco antes esperaba con la mayor paciencia ante la dicha puerta.

Oliverio y Sikes sin mas ceremonias subieron a la carreta en que estaba enganchado, y el hombre después de haber arreglado los

guiones y desafiado a los espectadores, a que encontraran en el mundo otra bestia semejante subió a su vez.

Habiendo conducido el mozo de la posada el caballo al medio de la carretera y soltando la brida, este empezó a hacer un pésimo uso de la libertad que se le había dado, corriendo al través de la calle y danzando de lo lindo con los pies traseros...

Al fin y al cabo partió al galope.

La noche estaba obscura; una niebla húmeda se elevaba de los pantanos que rodean el rio; hacia un frío glacial; todo estaba sombrío y silencioso. Oliverio acurrucado en un rincón, era taladrado por el miedo.

Al fin dejaron la carreta y habiendo emprendido de nuevo la marcha al través de los campos se encontraron en la ribera del rio.

—El rio! (pensó Oliverio enfermo de espanto.) Sin duda me ha llevado a este lugar desierto para asesinarme!

Iba a echarse en tierra y hacer el último esfuerzo para defender su vida, cuando notó que estaban delante de una casa arruinada. A cada lado de la puerta había una ventana y el edificio no tenía mas que un piso. Según toda apariencia estaba inhabitada, porque no se veía luz.

Sikes teniendo siempre a Oliverio por la mano se adelantó con cautela hácia la casucha y puso la mano al pestillo que cedió con la presión. La puerta se abrió y ambos entraron.

Capítulo veintidós

Robo de noche con fractura

Quien va ahi? —exclamó una voz ronca, luego que hubieron puesto el pié en el pasadizo.

—No muevas tanto ruido! —dijo Sikes cerrando la puerta con los cerrojos —Alumbra Tobias!

—Ah! Eres tu compadre? —repuso la misma voz —Barney enciende la vela! Oyes Barney? Despavilate y acompaña al caballero! No puedes?

El individuo que hablaba arrojó sin duda un calzador a la cabeza de aquel a quien se dirigía, porque se oyó el ruido de algo de madera que cayó pesadamente sobre el piso: a cual ruido se siguió un gruñido como de hombre medio dormido.

—Me oyes? —gritó la misma voz —Guillermo Sikes está en el pasadizo y no hay nadie para recibirle, mientras que tu te estás ahí durmiendo como si hubieras tomado láudano en la cena! Te encuentras ya mas ágil, o será preciso que te tire el candelero a las orejas para dispertarle del todo?

Apenas fueron pronunciadas estas palabras cuando se oyó un roce de zapatos en el suelo y se vio de pronto un débil resplandor que salía por la puerta de la derecha, luego al mismo individuo que tenemos descrito como hablando con la nariz y llenando las funciones de mozo en la taberna de Saffron-Hille.

—Señor Sikes! —exclamó Barney con una alegría real o fingida — Tomaos la pena de entrar.

—Ea pasa tu el primero! —dijo Sikes a Oliverio —Mas vivo o te piso los talones!

Lanzando una imprecación contra la lentitud del niño, lo empujó bruscamente y entraron en una salita obscura y llena de humo, cuyo mueblaje consistía en dos o tres sillas rotas, una mala mesa y un sofá, sobre el cual estaba un hombre tendido con los pies mas altos que la cabeza y teniendo una pipa de barro en la boca.

Vestía una casaca color de tabaco de rapé cortada a la última moda con gruesos botones de cobre, un chaleco de flores de un color vivo, un pantalón de paño moreno y una corbata amarillo-naranja.

El señor Crachit (porque era él.) no tenía gran cantidad de cabellos; pero los que poseía, eran de un tinte rojo y le caían en largos tirabuzones, entre los que pasaba de vez en cuando sus dedos huesosos adornados con gruesos anillos falsos.

Era de un poco mas de mediana talla y tenía las piernas algo flacas; pero esta circunstancia no disminuía en lo mas mínimo su admiración por sus botas que contemplaba con la mayor satisfacción.

—Ola compadre! —dijo volviendo la cabeza hácia la puerta —Me alegro de verte... Empezaba ya a temer que no hubieras renunciado a la empresa y en tal caso me hubiera aventurado a llevarla a cabo yo solo. Ola! —exclamó con sorpresa viendo a Oliverio —Quién es este?

—Es el pequeñuelo! —contestó Sikes acercando su silla al fuego.

—De Fagin he? —repitió Tobias mirando a Oliverio —Lindo cráneo... promete para las faltriqueras de las viejas ladis en las iglesias... Tiene una pelota que augura gran fortuna!

—Basta, basta ya! —prorumpió Sikes con impaciencia, e inclinándose al oído de su amigo le dijo en voz baja algunas palabras que excitaron su hilaridad y le hicieron mirar a Oliverio con una atención mezclada de curiosidad.

—Ahora —dijo Sikes volviéndose a sentar —si tuvierais algo que darnos para comer y beber mientras esperamos, nos daria algún ánimo, a mi al menos. Siéntate aquí cerca el fuego mocito y descansa, porque aun tienes que salir con nosotros esta noche, si bien no para ir muy lejos!

Oliverio lanzó una mirada temerosa y acercando al fuego un taburete se sentó en él, apoyando su cabeza ardiente sobre sus manos y no pudiéndose dar razón de donde estaba y lo que iba a ser de él.

Después de una cena bastante modesta; pero en la que se bebió mucho al buen éxito de la empresa, lo bandidos se durmieron.

Oliverio amodorrado en el rincón de la chimenea creía estar aun rodando al través de las callejuelas, cuando fue desvelado por Tobias Crachit que se levantó gritando que eran ya la una y media.

En un instante los otros dos estuvieron en pié y cada uno se ocupó en los preparativos de la marcha. Sikes y su compañero, abrocharon sus redingotes mientras que Barney abriendo un armario, sacó de él muchos objetos que metió de prisa en sus bolsillos.

—miss parlanchinas? —dijo Tobias Crachit.

—Ahí las tenéis. —contestó Barney mostrando un par de pistolas —Las habéis cargado vos mismo.

—Está bien! —repuso el otro poniéndolas sobre la mesa —Los persuasivos?

—Yo los tengo. —contestó Sikes.

—Lan ganzúas, escoplos, linternas sordas, máscaras... no se han olvidado? —preguntó Tobias sujetando por medio de un cinturón una pequeña alza-prima de hierro debajo los faldones de su casaca.

—Tenemos todo lo necesario. —contestó su compañero —Barney trae esos palillos que están ahí! Al avío!

Esto diciendo tomó un enorme garrote de manos de este, quien habiendo entregado el otro a Tobias, se puso a abrochar la chaqueta de Oliverio.

—Ahora dame la mano. —dijo Sikes.

Oliverio aturdido a la vez por una marcha desacostumbrada, por el frío de la noche y por el licor que le habían obligado a beber, dio maquinalmente su mano a Sikes.

—Cójele la otra Tobias. —dijo Sikes —Tu Barney pon un momento el ojo alerta!

Este fue a entreabrir la puerta y volvió diciendo que por afuera todo estaba tranquilo. Los dos bandidos salieron con Oliverio entre ellos y Barney habiendo cerrado otra vez la puerta con los cerrojos, se arropó y volvió pronto a dormirse.

La obscuridad era completa; la niebla mucho mas espesa que al empezar la noche. La atmósfera estaba tan húmeda, que si bien no llovía los cabellos y las cejas de Oliverio quedaron mojados en menos de un instante. Pasaron el puente y parecieron dirigirse hácia las luces que antes había visto.

No estaban ya lejos de ellas y como marchaban muy aprisa pronto llegaron a Chertsey.

—Atravesarémos la población! —dijo Sikes en voz baja —A esta hora no hay nadie en las calles.

Tobias accedió en ello y enfilaron la calle mayor, que en hora tan adelantada de la noche estaba del todo desierta. Una luz débil aparecía acá y acullá en algunas ventanas y el ladrido de los perros interrumpió de vez en cuando el silencio de la noche.

Cuando hubieron pasado las últimas casas sonaron las dos en el reló de la Iglesia.

Entonces doblando el paso tomaron un camino a la derecha y después de cerca cinco minutos de marcha se pararon frente de una casa aislada, rodeada de un muro, al que en un abrir y cerrar de ojos se encaramó Tobias.

—Pronto; el niño! —dijo —Hízamelo.. yo lo recibiré!

Antes que Oliverio tuviera el placer de dar un suspiro de desahogo, Sikes lo había cogido por debajo el brazo y en el propio momento Tobias y él estaban sobre el prado del otro lado. Sikes no tardó en seguirles y se dirigieron hácia la casa.

Esta fue la primera vez que Oliverio casi loco de tristeza y de angustia, comprendió que el robo y la fractura (sino el asesinato) eran el objeto de su espedición.

Plegó las manos involuntariamente y lanzó un grito de terror; sus ojos se nublaron, un sudor frío corrió por todo su cuerpo, las piernas le flaquearon y cayó de rodillas.

—Levántate! —refunfuñó Sikes trémulo de cólera y sacando la pistola de su faltriquera —Levántate o te hago saltar la tapa de los sesos!

—Oh! por el amor de Dios dejadme ir! —exclamó Oliverio —Dejadme marchar y morir en medio de los campos! Jamás me acercaré a Londres! jamás, jamás! Oh! os lo suplico! tened piedad de mi y no me obligueis a robar!

Por el amor de todos los santos que están en el cielo; tened piedad de mi!

El hombre a quien fue dirigida esta súplica arrojó un juramento horrible, había amartillado su pistola... cuando Tobias arrancándosela, puso su mano sobre la boca del niño y lo arrastró hácia la casa.

—Cállate —le dijo —porque de nada te servirán los gritos! Si pronuncias una sola palabra mas, yo mismo te despacho por un garro-

tazo en la cabeza! Esto tiene la ventaja de no meter ruido y es mas seguro y mas gentil... Ea Guillermo! Hunde el postigo... Yo respondo del vicho...

A otros mas audaces que él les he visto a su edad hacer lo mismo durante un minuto o dos y en medio de un frío como este.

Sikes maldiciendo a Fagin por haber enviado Oliverio en semejante comisión, hizo uso de la alza prima con toda su fuerza, sin por ello hacer mucho ruido. Algunos segundos y un poco de ayuda por parte de Tobias bastaron para que el postigo rodara sobre sus goznes.

Este postigo era de una ventanilla a cinco o seis pies del suelo, que daba luz a una especie de bodega situada al detrás de la casa y haciendo frente a la entrada.

La abertura era tan pequeña, que los habitantes de la casa no habían juzgado necesario asegurarla mas, y sin embargo podía muy bien pasar por ella el cuerpo de un niño.

Un poco de destreza y de práctica en la profesión por parte de Sikes, le facilitaron el forzar el postigo que fue abierto en un santiamen.

—Ahora escucha bien lo que voy a decirte! —murmuró Sikes sacando de su faltriquera una linterna sorda y dirigiendo la luz al rostro de Oliverio —Voy a pasarte al otro lado. Toma esta linterna, sube los escalones que estarán ante ti, luego atravesarás el vestíbulo y nos abrirás la puerta de la calle.

—Hay unos cerrojos muy altos que no podrías alcanzar. —añadió Tobias —Subirás sobre una de las sillas del vestíbulo. Hay tres Guillermo, con los blasones de la vieja en el respaldo de cada una. (un soberbio unicornio azul con un cuerno de oro.)

—Quieres callar tu lengua! —repuso Sikes con tono amenazador — La puerta del aposento está abierta, no es cierto?

—De par en par. —contestó Tobias después de haber mirado por la ventanilla para asegurarse de ello. Lo mejor de todo esto es que se deja siempre entreabierta por medio de un gancho, para que el perro que tiene su perrera en algún rincón de por aquí pueda ir y venir cuando no duerme...

Ah! ah! Barney esta noche, os lo ha engaitado de lo lindo!

Aun que Crachit hizo esto observación en voz baja, Sikes le mandó imperiosamente que se callara y se pusiera al avío.

Aquel empezó por poner la linterna en el suelo, apoyó la cabeza contra la pared debajo de la ventanilla, puso sus manos sobre sus rodillas y Sikes subiendo luego sobre sus espaldas pasó a Oliverio por la ventanilla los pies delante y le dejó suavemente en el suelo sin dejar por esto el cuello de su chaqueta.

—Toma esta linterna! —dijo metiendo la cabeza en la ventana — ¿Ves ante ti esa escalera?

Oliverio mas muerto que vivo hizo una señal afirmativa, y Sikes indicándole la puerta de la calle con el cañón de su pistola, le advirtió fríamente que siempre estaría a tiro y que si tenía la desgracia de dar un tras pié era muerto.

—Es negocio de un segundo. —prosiguió el bandido en voz baja — Al momento que te deje cumple tu deber. Escuchad!

—Qué hay? —preguntó Tobias.

Prestaron oído con la mayor atención.

—No es nada. —dijo Sikes soltando a Oliverio —Ea! Marcha!

En el breve instante que tuvo para reponerse, el niño había tomado la firme resolución (aun que le costara la vida) de correr a lo alto de la escalera y dando el grito de alarma despertar a los habitantes de la casa. Lleno de esta idea avanzó al momento; pero con precaución.

—Ven acá! —gritó de repente Sikes —Pronto! pronto!

Espantado por esta esclamación súbita de Sikes en medio del silencio de la noche y por un grito penetrante salido del interior de la casa, Oliverio dejó caer su linterna y no supo si avanzar o retroceder.

El grito fue repetido. Una luz brilló en la meseta del vestíbulo. La aparición de dos hombres medio vestidos y pálidos de terror flotó ante sus ojos en la escalera. Una llamarada, una esplosión, una humareda espesa, un crujido en alguna parte de que no pudo darse cuenta y vaciló hácia atrás.

Sikes que había desaparecido un momento, metió otra vez la cabeza en la ventanilla y asió a Oliverio por el cuello antes que el humo se hubiera disipado. Tiró un pistoletazo a los dos hombres que empezaban ya a tocar retirada y tomó al niño.

—Coje esto! —dijo tirándole de la ventana al suelo —Dame un pañuelo, Tobias! Condenación! Lo han tocado! Cuanta sangre echa este niño!

El repique de una campanilla se mezcló con el ruido de las armas de fuego y los gritos de la gente de la casa. Oliverio se sintió llevar rápidamente al través de los campos. Entonces las voces se perdieron a lo lejos. Un frío mortal se apoderó de sus sentidos y se desmayó.

Y cogiendo al chico por el cuello de la casaca le introdujo por los pies dentro la habitación.

Capítulo veintitrés

Siguen las aventuras de Oliverio

Que quinientos millones de lobos os desgarren la gola! —murmuró Sikes rechinando los dientes —Si tuviera alguno de vosotros entre mis manos aullariais con mejor razón!

Y lanzando esta imprecación con todo el furor de que era susceptible, se detuvo un momento para colocar al pobre herido sobre su rodilla y al propio tiempo volvió la cabeza para ver a que distancia estaba de los que le perseguían.

Esto era muy difícil en medio de la noche y de una espesa niebla; pero los gritos confusos de los hombres, el ladrido de los perros y el toque de rebato que retumbaban de todos lados le sirvieron de

auxilio para ello.

—Detente vil mandria! —gritó el bandido a Tobias Crachit que haciendo el mejor uso posible de sus piernas se le había adelantado ya mucho —Detente!

Tobias no se lo hizo repetir por la tercera vez. Poco cierto de estar fuera de tiro de la pistola de Sikes y muy seguro de que este no se hallaba de humor para bromear, se paró en seco.

—Ven a dar la mano al chico! —añadió Sikes con acento rabioso — De prisa!

Tobias hizo ademan de retroceder, no sin manifestar al propio tiempo con voz baja y ahogada por el miedo, la repugnancia extrema con que se sometia a la exigencia de su compinche.

—Mas aprisa voto a los infiernos! —murmuró este dejando el niño a la orilla de una acequía en la que no había agua —Guárdate de divertirte haciéndote el bobo conmigo!

En este momento el ruido creció y Sikes mirando de nuevo, vio entre la oscuridad que los hombres que le perseguían saltaban la cerca del campo en que estaba y que una trailla de perros se les adelantaba.

—Guillermo nos van a chamuscar! —exclamó Tobias —Deja al nene y enseñémosles los talones!

Dicho esto Crachit prefiriendo correr el albur de ser muerto por su camarada a la certeza de ser cogido por los enemigos, partió como el relámpago y corrió a toda pierna.

Sikes pateó de coraje, arrojó una rápida ojeada en torno suyo, extendió sobre Oliverio la esclavina que le había embozado al azar y corriendo a lo largo de la acequía, para desorientar a los que le perseguían estraviando su atención del sitio en que estaba Oliverio, se paró a la esquina del zeto, descargó su pistola al aire y echó a correr.

—Ohé! Ohé! —gritó una voz trémula a lo lejos —Turco! Neptuno! Aquí! Aquí!

Los perros que iban acordes con sus amos pareciendo no tener maldito el gusto por la clase de diversión a que se entregaban, obedecieron de buena gana a la voz que los llamaba y tres hombres que durante este tiempo se habían adelantado algunos pasos en el prado, se detuvieron para tener consejo en común.

—Mi dictamen, o mejor dicho mi orden es, (dijo el mas gordo de los tres) que nos volvamos al momento a casa.

—Me conformo voluntariamente a todo lo que pueda dar gusto a míster Giles. —dijo otro mas pequeño y aun mas mofletudo que el pri-

mero, y que a un tiempo era muy pálido y muy cortés (como lo son ordinariamente las personas que tienen miedo.)

—No quisiera llevar la nota de impolítico señores dijo el tercero. (el mismo que había llamado a los perros.) míster Giles debe saber que...

—Ciertamente! —interrumpió el gordo mofletudo. —Y diga lo que diga míster Giles, no nos toca a nosotros contradecirle! No a fe mia; conozco mi posición a Dios gracias, conozco mi posición.

A decir verdad el pequeño mofletudo, parecía comprender su posición y sabía muy bien, que de ningún modo era digna de envidia, pues que los dientes le castañeaban hablando.

—Tenéis miedo Brittles? —dijo míster Giles.

—De seguro que no! —contestó el otro.

—Os digo que tenéis miedo! replicó Giles.

—Esto no es verdad Señor Giles! —repuso Brittles.

—Mentís Brittles! —dijo a su vez míster Giles,

Los compañeros se detuvieron y se pusieron a deliberar. Sentían que el miedo les dominaba y se acusaban mutuamente de poltroneria; pero ninguno quería confesar lo que experimentaba.

Se miraron y de un común acuerdo, sin decir palabra, corrieron a escape hácia la casa, hasta que míster Giles que era el mas pesado y que se había armado con una horquilla, hubo insistido en la necesidad de pararse.

—Es asombroso —dijo cuando se hubo justificado a sus ojos —todo lo que un hombre es capaz de hacer cuando tiene la cabeza caliente! Estoy seguro que hubiera cometido un asesinato si hubiese cogido a uno de esos ladrones!

Como los otros dos pensaban lo mismo y a su instancia se habían calmado de improviso, hicieron reflexiones filosóficas sobre la causa de este cambio súbito en su carácter.

—Se bien la causa de esto! —dijo míster Giles —La cerca!

—No andais fuera de razón! —exclamó Brittles cogiendo la idea.

—Podéis estar seguros de que la cerca ha producido ese cambio en nosotros. —repuso Giles —He sentido marcharse todo mi valor mientras que trepaba en ella.

Por una de esas coincidencias extraordinarias, se encontró que los otros habían experimentado la misma sensación en el propio momento; de modo que no cupo duda de que era la cerca, sobre todo cuando hubieron recordado que fue en el acto de treparla cuando distinguieron a los ladrones.

El coloquio tenía lugar entre los dos hombres que habían sorprendido a los bandidos y un calderero ambulante que se había acostado bajo un cobertizo y que dispertado por el ruido se había juntado de concierto con sus dos perros al número de los perseguidores. míster Giles desempeñaba en la casa el doble empleo de despensero y mayordomo, y Brittles era un hombre de fatiga que entrado de muy joven al servicio de la vieja señora se le trataba como un muchacho que promete mucho, a pesar de haber atravesado los treinta.

Animándose de este modo recíprocamente por sus palabras, si bien apretándose lo posible uno a otro, temblando de pies a cabeza y arrojando una mirada de espanto a su alrededor cada vez que un soplo de aire agitaba el follaje; nuestros tres hombres corrieron a buscar el farol que habían dejado al pié de un árbol temerosos de que su luz señalase a los ladrones la dirección que debían seguir y regresaron a la casa al galope.

Estaban ya muy lejos, cuando todavía podían distinguirse sus sombras vacilantes proyectándose en la distancia y balancearse ligeramente como un vapor que se exhala de un terreno húmedo.

Un largo silencio reinó en el sitio en que los bandidos se separaron; pero al fin lo rompió un débil quejido de dolor. Este quejido era de Oliverio que en el propio instante volvió en sí. Su brazo izquierdo pendía con lasitud a su lado y el pañuelo que le envolvía estaba teñido de sangre.

Era tanta su debilidad que solo con gran pena pudo incorporarse y después que lo hubo logrado lanzó en torno suyo una mirada lánguida como para implorar socorro y sollozó amargamente. Transido de frío y agobiado de fatiga procuró levantarse; pero volvió a caer sobre el césped.

Vuelto del estado de amodorramiento en el que por tan largo tiempo había estado sumido, Oliverio sintió que un desfallecimiento mortal le llegaba hasta el corazón y comprendió que moriría irremisiblemente sino procuraba dominarlo; en consecuencia hizo un nuevo esfuerzo para ponerse en pié y procuró andar.

De pronto vaciló como un hombre beodo, luego reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, avanzó maquinalmente, la cabeza caída sobre el pecho y las piernas doblándose bajo el peso de su cuerpo.

Entonces una multitud de ideas confusas y extravagantes vinieron a sitiar su espíritu. Le parecía estar aun entre Sikes y Crachit que se le disputaban; sus propias palabras resonaban en sus oídos y los esfuerzos que hizo para no caer habiendo aguzado su atención, les dirijia la palabra como si estuvieran presentes.

En tal estado marchó cayendo y levantando, agarrándose como pudo y por instinto a los barrotes de las cercas y a través de los agujeros de los vallados, hasta que hubo alcanzado la carretera y enton-

ces la lluvia empezó a caer con tanta violencia que le hizo salir de su delirio.

Miró a su alrededor y vio que a poca distancia había una casa a la que podría llegar. El estado lastimoso en que se encontraba escitaria sin duda la compasión. Y aun cuando así no fuera (pensaba en su interior) mas vale morir cerca de seres humanos que en medio de los campos!

Se revistió de todo su valor y dirigió sus pasos vacilantes hácia la casa.

A medida que se acercaba a ella tuvo un presentimiento de que ya la había visto antes; con todo no recordaba de ningún modo los detalles; pero la forma y el conjunto no le eran desconocidos.

Esa pared de cercado! Sobre el césped, al otro lado en el jardín se había postrado de rodillas para implorar la piedad de los dos bandidos! Ciertamente era la misma casa que habían intentado robar!

Oliverio tuvo tal espanto al reconocer el sitio, que olvidando un momento el dolor que le causaba su herida no pensó mas que en huir. Huir! A penas podía sostenerse sobre sus piernas y a demás aunque hubiera podido gozar de todo el vigor y la ligereza que se tiene ordinariamente a su edad.

¿a dónde huir? Empujó la puerta del jardín que volvió sobre sus goznes, se arrastró sobre el césped, subió las gradas del peristilo... llamó débilmente a la puerta y abandonándole de pronto sus fuerzas, cayó contra una de las columnas del pórtico.

Fue el caso que en el propio momento míster Giles, Brittles y el calderero, después de todas las fatigas y sustos de la noche, se restauraban en la cocina con una taza de thé y algunas golosinas.

No porque entrara en las costumbres de míster Giles el sufrir una demasiado grande familiaridad de sus inferiores respecto a los cua-

les al contrario se portaba regularmente con una fiereza benévola que no podía menos de recordarles su superioridad sobre ellos en el mundo; pero los ladrones, los pistoletazos y el temor a la muerte, acortan las distancias y hacen a todos los hombres iguales.

Así pues míster Giles sentado ante el hogar los pies colocados sobre el guarda cenizas y el brazo izquierdo apoyado sobre la mesa, relataba minuciosamente todas las circunstancias del atentado, mientras que sus oyentes (y principalmente la camarera y la cocinera) escuchaban con el mas vivo interés.

—Decía pues que creí oir ruido. —prosiguió Giles —De pronto me dije a mi mismo: es una ilusión y me disponía a dormirme otra vez cuando oí de nuevo el mismo ruido; pero mas distintamente.

—Qué especie de ruido? —preguntó la cocinera.

—Como si dijéramos un ruido sordo —dijo míster Giles mirando a su alredor con aire espantado —como algo que cruje.

—O mas bien como una barra de hierro que se limara con una escofina de nuez moscada. —dijo Brittles.

—No digo que no. Así pudo ser cuando vos lo habéis oído; pero en el momento que yo quiero decir era un ruido como de algo que cruje —replicó míster Giles —Levanto mi cobertor (continuó repeliendo los manteles) me incorporo y aguzo el oído.

—Dios! —exclamaron simultáneamente la cocinera y la camarera arrimándose la una a la otra.

—Oigo el mismo ruido con mas claredad que nunca —prosigue míster Giles —y me digo en mis adentros: de seguro fuerzan una puerta o una ventana. Qué hacer?

Voy a llamar a Brittles e impedir que ese pobre muchacho sea asesinado en su cama; pues de seguro se deja cortar el gaznate de una a

otra oreja sin apercibirse siquiera de ello.

Todas las miradas se volvieron hácia Brittles que, con la boca abierta fijó la suya sobre Giles con una espresión de terror.

—Vuelvo a bajar mi cobertor. —dijo este último fijando su vista en la cocinera y camarera —Salgo cautelosamente de mi lecho y ensarto...

—Señor Giles que hay aquí señoras! —dijo a media voz el calderero.

—miss chinelas.

—continuó Giles volviéndose hácia este apoyándose en esta palabra con énfasis (contento como estaba de haberla suplido a la palabra calzones que un hombre bien nacido, no pronuncia jamás ante personas del bello sexo.) Me apodero de la pistola cargada que todas las noches coloco bajo la almohada y me dirijo de puntillas al aposento de ese pobre Brittles.

Brittles! —le digo dispertándole —No tengáis miedo!

míster Giles juntando la acción a la palabra se había levantado de su silla y había ya dado dos o tres pasos con los ojos cerrados, cuando estremeciéndose de repente, como también toda la compañía, volvió pronto a su sitio. La cocinera y la camarera arrojaron un grito penetrante.

—Han llamado! —dijo Giles tomando un aspecto del todo tranquilo. —Qué vaya a abrir alguno de vosotros!

Nadie se meneó.

—Paréceme muy extraño que llamen a esta hora. —dijo Monsieur Giles notando la palidez extrema que reinaba en todos los semblantes y viéndose él mismo presa de un terror poco común. —Pero es necesario que alguno de vosotros vaya a abrir! Me ois?

Así hablando míster Giles miraba a Brittles; pero este joven naturalmente modesto, no considerándose como alguno pensó con razón que la íntima de su superior no se dirijia en él y guardó silencio. míster Giles quiso hacer una llamada al calderero; pero éste se había dormido instantáneamente.

En cuanto a las mujeres era inútil pensarlo siquiera.

—Si Brittles quisiera solo entreabrir la puerta ante testigos. —dijo míster Giles después de un momento de silencio —Por mi parte yo seria uno.

—Y yo también. —dijo el calderero dispertándose con la misma rapidez que se había dormido.

Brittles se rindió a estas condiciones, y nuestros tres amigos después de abiertos los postigos, algo tranquilizados al ver que era día claro se dirigieron a la puerta de entrada precedidos de los perros y seguidos de las dos mujeres que no atreviéndose a quedarse solas en la cocina formaban la reta-guardia.

Una vez tomadas estas precauciones, míster Giles se apoderó del brazo del calderero a fin de impedirle que se escapara (según dijo chanceándose) y dio la orden de abrir la puerta.

Brittles obedeció, y nuestros individuos apretándose unos contra otros y mirando con ávida curiosidad cada uno por encima la espalda de su vecino no vieron otro objeto mas formidable que el pobre Oliverio que agobiado de fatiga y sobrecogido a la vista de tantas personas levantó los ojos con languidez e imploró con la vista su compasión.

—Un chicuelo! —exclamó míster Giles arrojando con brío al calderero hasta el fondo del vestíbulo —Qué es lo que tu quieres he? — Mira, mira Brittles! No ves?

Brittles que al abrir había procurado quedarse detrás de la puerta, no bien hubo visto a Oliverio cuando dio un gran grito. míster Giles cogiendo al niño por una pierna y por un brazo (afortunadamente aquel que no estaba roto) lo arrastró en el vestíbulo y le tendió todo lo largo en el suelo.

—El es! —gritó Giles con toda sus fuerzas e inclinándose en el tramo de la escalera —Aquí tenemos a uno de los ladrones señora!

Las dos sirvientas subieron los escalones de cuatro en cuatro para llevar esta feliz noticia a sus amas y el calderero hizo todos los esfuerzos para volver Oliverio a la vida de miedo que no se muriera antes de ser ahorcado.

En medio de todo este barullo se oyó la voz dulce de una mujer que apaciguó el ruido en un instante.

—Giles! —murmuró la voz de lo alto de la escalera.

—Aquí estoy señorita! —contestó éste —Nada temáis señorita! Estoy ileso.

—Silencio! —repuso la joven —Espantais a mi tia mucho mas que los mismos ladrones. El pobre hombre está gravemente herido?

—Furiosamente señorita! —contestó Giles con un aire de complacencia y satisfacción interior.

—Parece que se está muriendo señorita! —gritó Brittles de la misma manera que antes —No queréis verle señorita antes que...?

—Silencio amigo mio! No movais ruido! —dijo la señorita —Esperad un momento que yo hable a mi tia.

Con paso tan dulce como su voz, la joven se alejó ligeramente y pronto volvió a dar la orden de trasportar el herido en el aposento de míster Giles con todo el cuidado posible.

Al propio tiempo dijo a Brittles que ensillara el jaco y se dirigiera a Chertsey para llevar de allí a toda prisa un constable y un médico.

—No queréis verle antes señorita? —preguntó Giles con tanto orgullo como si Oliverio hubiese sido un pájaro de raro plumaje que hubiera cogido con la mayor destreza —No deseáis únicamente entreverle?

—No, ahora por todo lo del mundo! —respondió la joven —Pobre desgraciado! Oh Giles! Tratadle con bondad aunque no sea mas que por amor a mi!

La joven se retiró después de dichas estas palabras y el viejo criado levantó los ojos hácia ella con tanto orgullo y admiración como si hubiera sido su propia hija: luego inclinándose sobre Oliverio le ayudó a levantarse y lo llevó a su aposento con todo el cuidado y solicitud de una mujer.

Capítulo veinticuatro

En el que se da cuenta de una conversación agradable entre Monsieur Bumble y una señora, para probar que un pertiguero (por más que se diga) alguna vez es susceptible de algún sentimiento

Reinaba un frío agudo.

Una espesa capa de nieve cubría el suelo y resistía al viento que soplaba con violencia, quien como para desquitarse del obstáculo opuesto barría los montones que se habían formado a lo largo de las paredes y en los rincones y esparciéndolos en el aire los volvía a dejar caer en millares de copos.

Tal era el aspecto de los asuntos al exterior de la Casa de la Caridad que tantas veces tenemos nombrada en esta verídica historia, cuando la Señora Corney sentada cerca del fuego en su pequeño aposento, echó la vista con cierto aire de complacencia sobre una pequeña mesa redonda, que sostenía una pequeña hortera adornada de todos los pequeños utensilios necesarios para la colación mas agradable que pueda hacer una matrona: en resumen iba a regalarse con una taza de thé.

Entre tanto que desde el rincón de su hogar (en el que el mas pequeño posible de los pucheros cantaba con una pequeña voz aflautada una muy pequeña canción) la buena Señora contemplaba la mesa, su satisfacción interior debió crecer súbitamente, porque se sonrió.

Acababa de tomar su primera taza, cuando fue interrumpida por alguien que llamó suavemente a la puerta del aposento.

—Entrad! —gritó —Sin duda algún vejestorio que se muere! Siempre escogen para morirse el momento en que estoy a la mesa! Entrad si os place y no os estáis plantados ahí con la puerta abierta para hacerme helar de frío. Vaya! Qué hay de nuevo ahora?

—Nada; nada absolutamente. —contestó una voz de hombre.

—Cielos! —exclamó la matrona con tono mas dulce —Sois vos míster Bumble?

—Servidor vuestro señora. —repuso el pertiguero que se había detenido a la puerta para enjugar sus zapatos y sacudir la nieve de encima su redingote —Cerraré la puerta? —añadió entrando con el sombrero en una mano y un paquete en la otra.

Aquella vaciló en responder, temerosa sin duda de la inconveniencia que habría en estarse mano a mano con un hombre. Entre tanto Bumble aprovechándose de la incertitud de la señora, cerró la puerta sin mas ceremonia.

—Hace mucho frío Señor Bumble! —dijo la matrona.

—Es verdad señora; es tiempo al que yo llamo antiparroquial. Señora Corney hoy hemos distribuido cerca de veinte panes de a cuatro libras y un queso y medio, y con todo esos golosos de pobres no están todavía contentos!

—Oh! sin duda. —repuso la señora sorbiendo su thé. —Qué es pues lo que se debería hacer para contentarlos?

—A la verdad bajo palabra de honor no sé lo que debería hacerse! Figuraos por ejemplo un hombre a quien por consideración a su numerosa familia, se le concede un pan y una libra de queso. ¿Creéis que esté satisfecho por ello señora? Qué os tributará el menor agradecimiento? Ya escampa!

Qué es lo que hace? Pide un poco de carbón! Aun que no sea sino el que pueda caber en su pañuelo, dice. Carbón! ¿Y para qué hacer de él? Para hacer tostar su queso y luego volver a la carga con nueva demanda. Así son todos señora!

Llenadles hoy un delantal de carbón y volverán mañana atrevidos como lacayos a pediros otro tanto!

—Esto pasa la raya de lo verosímil! —observó la matrona con énfasis —Pero no sois como yo Señor Bumble de opinión, que es muy mal sistema este de socorrer fuera del establecimiento? Vos que tenéis experiencia de ello, qué decís?

—Señora Corney! —dijo el pertiguero sonriendo como hombre que está convencido de sus conocimientos superiores. —Los socorros fuera del establecimiento, convenientemente administrados... comprendéis señora? convenientemente administrados, son la salvaguardia de las parroquias.

El gran principio de este sistema que parecéis condenar, es justamente conceder a los pobres aquello que no necesitan, a fin de quitarles las ganas de volver a la carga.

—A fe mia esto es incontestable! —exclamó la Señora Corney —Sabéis que la farsa no es maleja?

—Es como os lo aseguro señora! Acá entre nosotros, he aquí el gran principio! Y esa es la razón porque veis algunas veces en esos charlatanes de periódicos que muchos enfermos han recibido por todo socorro algunas tajadas de queso. Esta es una regla adoptada hoy por hoy en toda la Inglaterra.

Sin embargo (continuó desenvolviendo su paquete.) esos son secretos del oficio, solo conocidos por nosotros los funcionarios parroquiales. Ved señora dos botellas de Oporto que la Administración remite para la enfermeria.

Es vino de superior calidad, natural, puro y sin mezcla, que solo de hoy está en botella, limpido como el sonido de una campana y que os aseguro no hará depósito.

Esto diciendo tomó una botella, la presentó ante la luz y la sacudió al mismo tiempo para probar su bondad y habiendo colocado las dos sobre la cómoda plegó el pañuelo que las había envuelto, lo metió cuidadosamente dentro su faltriquera y tomó su bastón en ademan de marcharse.

—Señor Bumble, no os sobrará calor para volveros?

—Es cierto señora. —replicó éste levantando el cuello de su redingote —Hace un aire que corta las orejas!

—La señora Corney echando un vistaso al pucherito, lo reprodujo luego sobre el pertiguero que se dirijia hácia la puerta, y oyendo a este toser como para prepararse para darle las buenas noches, le preguntó con aire tímido si tenía a bien aceptar una taza de thé.

míster Bumble al instante volvió a bajar el cuello de su redingote, puso su bastón y su sombrero sobre una silla y acercó otra a la mesa. Al sentarse su mirada topó con la de la señora que al momento bajó los ojos. El tosió de nuevo y sonrió graciosamente.

La Señora Corney se levantó para tomar otra taza y otra copa en la alacena, volvió a su sitio y sus ojos habiéndose encontrado por segunda vez con los del galante pertiguero un vivo encarnado de pudor cubrió sus mejillas y no sin alguna emoción escanció una taza de thé a su convidado. míster Bumble tosió de nuevo pero en esta ocasión mas fuerte de lo que lo había hecho hasta entonces.

—Os gusta muy azucarado Señor Bumble? —preguntó la matrona tomando la azucarera.

—Muy azucarado señora! —respondió míster Bumble fijando su vista en la Señora Corney. (Ciertamente si jamás pertiguero alguno se

manifestó tierno, sin duda fue míster Bumble en este momento.)

—A lo que veo señora tenéis una gata. —dijo viendo a uno de estos animales que se holgaba ante el fuego. —Y sino me engaño también gatitos?

—Los quiero tanto míster Bumble! No podéis imaginároslo! Son tan cucos, tan picaruelos, tan juguetones, que constituyen mi mejor sociedad.

—Oh Señora! Son animales muy dulces y muy caseros.

—Es muy cierto! —prosiguió la señora con entusiasmo —Son tan amantes de la casa, que es una gloria el tenerlos.

—Señora Corney! —dijo míster Bumble con tono doctoral marcando el compás con su cuchara —Tened bien entendido que un animal cualquiera que el sea que viviera con vos y no fuera amante de la casa, seria necesariamente un asno.

—Oh! Señor Bumble! —hizo la matrona.

—Es imposible disfrazar la verdad! —continuó míster Bumble agitando su cuchara con una amorosa dignidad que daba mayor fuerza a sus palabras —Si pudiera, yo mismo la negaria con satisfacción!

—Entonces sois un cruel! —repuso vivamente la matrona alargando el brazo para tomar la taza del pertiguero —Es necesario que tengáis el corazón muy duro!

—El corazón duro! —replicó Bumble —El corazón duro! —Diciendo esto alargó su taza a la Señora Corney, oprimió su dedo meñique en el acto de tomarla y llevando su mano al chaleco galonado exhaló un profundo suspiro y retrocedió su silla.

Como la mesa era redonda y la matrona y el pertiguero estaban sentados ante la chimenea frente por frente, será fácil comprender que alejándose del fuego sin apartarse de la mesa, míster Bumble au-

mentaba la distancia entre la Señora Corney y él; comportamiento que no dejará de admirar el lector considerándolo como un acto de heroísmo por parte de míster Bumble que hasta cierto punto era tentado por la hora, el sitio y la ocasión de recitar esas dulces insustancialidades, que aun que convenientes en los labios de un atolondrado, están muy lejos de la dignidad de un magistrado, de un miembro del parlamento, de un ministro de Estado de un Lord-corregidor, o cualquiera otro funcionario público y con mayoría de razón, de un pertiguero, que como nadie ignora de todos los hombres constituidos en dignidad es el mas severo y el mas inflexible.

Con todo fuera cual fuera la intención del pertiguero (y no debe dudarse, que era de las mejores.) la desgracia hizo que siendo la mesa redonda cuanto mas se apartaba míster Bumble de la chimenea mas disminuía poco a poco la distancia que le separaba de la matrona de modo que a fuerza de viajar por este estilo al rededor de aquella, acabó por encontrarse pegado al lado de la Señora Corney.

En efecto las dos sillas se tocaron y entonces míster Bumble se paró.

Si la Señora Corney se hubiese escurrido hácia la derecha, indudablemente hubiera caído en el fuego; por poco movimiento que hubiera hecho hácia la izquierda, se encontraba en los brazos del pertiguero: he aquí porque como mujer sábia y prudente, que, prevé de ante mano los resultados, se mantuvo quieta en su sitio y ofreció una segunda taza de thé a míster Bumble.

—El corazón doro señora Corney! —prosiguió este sorbiendo su thé y mirando fijamente a la matrona. —¿Tenéis vos el corazón duro señora Corney?

—Cielos! —exclamó esta. —Vaya una pícara pregunta por parte de un celibatario! ¿Qué me preguntáis Señor Bumble?

El pertiguero bebió su thé hasta la última gota, concluyó su tostada, sacudió las migas que tenía sobre sus rodillas, enjugó sus labios y sin mas ceremonia abrazó a la matrona.

—Señor Bumble! —balbuceó esta en voz baja; pues fue tan grande su espanto que perdió enteramente el uso del habla. —Señor Bumble! voy... a... gri... tar!

El pertiguero, la dejó decir y sin pronunciar una sola palabra, pasó amorosamente su brazo al rededor de la cintura de la señora.

Después de la amenaza que ésta hiciera de gritar, este nuevo acto de audacia del pertiguero, debía escitarla mas y probablemente, iba a efectuarlo cuando llamaron réciamente a la puerta del aposento.

míster Bumble, abalanzándose entonces hácia la cómoda con la rapidez del rayo se puso a arreglar las botellas con gran seriedad mientras que la matrona gritó vivamente.

—Quién va ahí?

Fue cosa digna de atención, come prueba del poder físico de la sorepresa sobre el miedo que la voz de la Señora Corney recobró instantáneamente su aspereza ordinaria.

—Mil perdones Señora nuestra! —dijo una anciana pobre, entreabriendo la puerta y enseñando su fea cabeza. —La vieja Sally se muere.

—Y qué me importa a mi? —exclamó bruscamente la matrona. —Puedo yo algo en ello?

—Oh! no señora nuestra! Bien seguro que no! —replicó la pobre —Nadie puede nada... A mas que no queda esperanza! He visto morir tantas (grandes y pequeñas.) que conozco cuando no hay ya remedio!

Pero tiene algo que la atormenta y en sus momentos lucidos que son muy raros (porque acaba como una vela.) dice que tiene alguna

cosa que comunicaros y que es necesario sepáis. Señora nuestra no morirá tranquila hasta que vengáis...

A esta noticia la digna matrona murmuró una multitud de invectivas contra las viejas pobres que ni siquiera podían morir sin incomodar a propósito sus superiores y envolviéndose en un chal tupido que se echó de prisa sobre sus espaldas, suplicó a Monsieur Bumble que se esperara hasta su vuelta para el caso que sucediera algo extraordinario.

En esto habiendo mandado a la vieja que fuera adelante y no le hiciera pasar la noche en la escalera, la siguió de mal talante; refunfuñando todo el trecho del camino.

míster Bumble solo y entregado a si mismo, emprendió una tarea extraña.

Abrió la alacena, contó las cucharitas para el thé, probó el peso de las pinzas del azucarero, examinó un jarro pequeño para leche con el fin de asegurarse de que realmente eran de plata y cuando hubo satisfecho su curiosidad sobre este punto se puso el sombrero bastante ladeado por la parte derecha y dio cuatro veces la vuelta a la mesa bailando gravemente de puntillas.

Después de haberse entregado a tan ridículo ejercicio, volvió el tricornio sobre la silla y pavoneándose ante la chimenea, la espalda vuelta al fuego pareció ocupado mentalmente en hacer el inventario de los muebles.

Capítulo veinticinco

Detalles oscuros en apariencia; pero que no dejan de ser de alguna importancia en esta historia

La que había venido a turbar la calma y la paz que reinaban en el aposento de la matrona, era realmente una mensajera de muerte; su cuerpo estaba encorvado por la edad, sus miembros paralíticos temblaban continuamente, su marcha era lenta y la fijeza de sus ojos, la espresión horrible de su fisonomía y el movimiento convulsivo de sus labios, le daban mas bien la apariencia de un retrato grotesco que la de una obra de la creación.

La vieja subió la escalera vacilando y frotó lo mejor que pudo por lo largo de los corredores barbullando algunas palabras ininteligibles en respuesta a las reprimendas de su compañera.

Al fin obligada a detenerse para respirar entregó su luz a ésta y siguió aun cojeando mientras que la matrona, mas ágil se fue en derechura al aposento de la moribunda.

Era este una miserable guardilla iluminada por la pálida luz de una lámpara. Una vieja de la casa estaba sentada a la cabecera de la enferma y el aprendiz del farmacéutico de la parroquia en pié ante la chimenea, se entretenía en hacer un mondadientes de un cañón de pluma.

—No hace calor señora Corney! —dijo viendo entrar a la matrona.

—Es muy cierto que no hace aquí calor! —contestó esta, con el tono mas gracioso y haciendo una cortesía.

—Vuestros proveedores deberían llevar mejor carbón! —dijo el aprendiz farmacéutico atizando el fuego con el hurgón. —Este no sirve para un frío tan riguroso.

En este momento la conversación fue interrumpida por un gemido de la enferma.

Oh! —hizo el estudiante volviéndose incontinenti hácia el lecho como si hubiese olvidado del todo a la parienta: —B. O. bó. Se acabó Señora Corney!

—Se acabó no es cierto? —preguntó la matrona.

—Me sorprendería infinito, si viviera dos horas mas —dijo el joven, ocupado en concluir la punta de su monda-dientes —En ella el sistema moral como el físico, están gastados... ¿Permanece —aun amodorrada buena mujer?

La enfermera a quien se dirijia esta pregunto se inclinó sobre el lecho para cerciorarse y respondió afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—Entonces es muy posible que se vaya en esta disposición, si no hacéis demasiado ruido. —dijo el joven —Colocad la luz en el suelo. Así no podrá verla.

La enfermera hizo lo que se le insinuaba, balanceando la cabeza sin duda para dar a entender que la enferma no moriría con tanta holgura como se pensaba y fue a sentarse al lado de la otra vieja que había entrado en este intermedio.

La matrona se arrojó con su chal con aire de impaciencia y se sentó también al pié del lecho.

El estudiante que al fin había concluido su monda-dientes, lo paseó por su boca durante un buen cuarto de hora que estuvo plantado

delante del fuego; después de lo cual, pareciendo fastidiarse, deseó a la Señora Corney mucho placer y se fue de puntillas.

Después de haber permanecido un cuarto de hora en esta posición la señora Corney pareció fastidiarse también y viendo que la vieja se obstinaba en permanecer amodorrada iba a salir de prisa, cuando las dos mujeres dieron un grito que la hizo retroceder.

La enferma se había incorporado sobre el lecho y las tendía los brazos.

—Quien está ahí? —prorrumpió con voz sorda.

—Silencio! silencio! —dijo una de las dos viejas acarcándose a la cama —Acostaos! Acostaos!

—Me volveré a acostarme viva! —gritó la enferma forcejando. —Quiero que ella sepa... Venid acá! mas cerca... que os lo diga muy bajo al oído.

Cogió a la matrona por el brazo y atrayéndola hácia una silla que estaba a su cabecera la hizo sentar en ella.

Iba a hablar, cuando al arrojar una mirada a su alrededor, vio a las dos viejas que con el cuello tendido y el cuerpo adelantado, prestaban atento oído a lo que iba a decir.

—Mandad que salgan! continuó con vos letárgica —Pronto! pronto!

Las dos viejas gritando a duo se quejaron amargamente de verse desconocidas por su antigua camarada y protestaron contra la injusticia que habría en separarlas de ella en sus últimos momentos; pero la matrona las empujó fuera del aposento, les echó la puerta encima y volvió a sentarse a la cabecera de la enferma.

—Ahora escuchad con atención! —dijo la moribunda con voz mas fuerte como para exitar en ella una última chispa de energía. —Eneste

aposento en este lecho, asistí en otro tiempo a una joven y hermosa criatura que habían llevado a esta casa.

Sus pies magullados y rasgados por la marcha estaban cubiertos de sangre y polvo. Dio a luz un niño y murió! Esperad... esperad! En que año fue?

—Poco importa el año! —dijo la impaciente matrona —Y bien que... qué hay respecto a esa mujer?

—Ah! —murmuró la enferma, recayendo a su primer amodorramiento —Respecto a la joven no es esto? Respecto a... a... ella? Ah! si! (rompió en llanto, arrojó un grito penetrante y saltó sobre el lecho con ademan furioso; su rostro se volvió purpúreo y sus ojos le salían de la cabeza.) —La robé! Si!

De toda verdad... La robé! Aun no estaba fría! Si... lo repito... estaba aun tibia cuando la robé!

—Qué le robaste? Por el amor de Dios hablad! —exclamó la matrona con un movimiento como para pedir socorro.

—Voy a decirlo! —replicó la moribunda, poniendo la mano en la boca de la otra. La única prenda que poseía... Carecía de todo... de vestidos para cubrirse y de pan para subsistir... pero había conservado preciosamente sobre su seno... Era oro... yo lo digo... oro magnífico que hubiera podido salvarle la vida!

—Oro! —repitió la matrona abalanzando su cuerpo sobre el lecho de la moribunda, a medida que esta volvía a caer sobre la almohada —Continuad! y después? Quién era la madre? En qué tiempo? En qué época? Hablad! hablad!

—Me había suplicado que la guardara —prosigió la otra dando un suspiro profundo —Me la había confiado, por ser la única persona que estaba a su lado en la hora de la agonía...

Yo la codicié, en el fondo de mi corazón... la robé de pensamiento cuando se la ví por primera vez al rededor de su cuello! —Y lo peor, es que sin duda tengo que reprocharme la muerte del niño! Ciertamente lo hubieran tratado mejor si hubieran sabido todo esto!

—Sabido qué? —preguntó la matrona —Hablad!

—El pequeñuelo se parecía tanto a su madre, a medida que se hacia grande (continuó la otra, sin hacer caso de la pregunta.) que cada vez que la veía, no podía librarme de pensar en ella... Pobre joven! Pobre muchacha! Era también tan tierna... Un hermoso corderito! Esperad!

Es verdad que no os lo he dicho todo? Me parece que aun me queda algo que deciros!

—Sí! sí! —replicó la comadre pegando su oreja a los labios de la moribunda para coger las palabras que salían ya lentamente de su boca —Decid pronto... o ya no habrá tiempo!

La madre.

—dijo aquella haciendo un último esfuerzo para elevar la voz —La madre sintiendo acercarse el momento de su muerte me dijo al oído que: si su hijo venía al mundo vivo y llegaba a poder recibir educación, vendría un día en que podría pronunciar el nombre de su pobre madre sin ruborizarse —Y vos oh Dios mio! añadió juntando sus manos flacas y delicadas —Sea un niño o una niña proporcionadle amigos en esta tierra de dolor y de destierro y apiadaos de un pobre huerfanito abandonado a la merced de extraños!

—El nombre del niño? —preguntó la comadre.

—Le llamaban Oliverio —respondió la moribunda con voz débil — El oro que he robado era...

—Oh! sí, sí... que era? —exclamó vivamente la matrona.

En el momento en que se encorvaba con ansiedad para recibir la respuesta de la agonizante, esta volvió lentamente y con tirantez a su primera posición y empuñando con ambas manos el cobertor de la cama barbulló con voz gutural, algunas palabras ininteligibles y cayó sin vida sobre la almohada.

—Muerta ya! —dijo una de las dos viejas entrando precipitadamente luego que la puerta fue abierla...

—Y sin haberle sacado una palabra! —añadió la comadre yéndose.

Capítulo veintiséis

Aun Fagin y compañía

Mientras estos acontecimientos tenían lugar en la casa de Caridad, en cuestión. míster Fagin se hallaba en su vieja guarida (la misma que Oliverio había dejado en compañía de Nancy.) sentado ante la chimenea y teniendo sobre sus rodillas un fuelle con el que sin duda había procurado avivar el fuego, cuyo humo se esparcía por todo el aposento, con tufo sofocante.

Sus codos sobre el fuelle y su cara apoyada sobre sus muñecas, miraba el hogar con aire distraído y parecía sumergido en profunda reflecsión.

En una mesa detrás de él, Carlos Bates, Monsieur Chitling y el Camastrón hacían una partida de wist, el último solo contra los otros dos.

Su fisonomía expresiva siempre, se hizo todavía mas chocante por la seriedad con que estudiaba la partida y los vistazos que lanzaba de cuando en cuando, según se presentaba la ocasión sobre las cartas de Monsieur Chitling, arreglando sabiamente su juego al tenor de las observaciones que había hecho sobre el de este último.

Como hacia frío, (según su costumbre) tenía puesto su sombrero. Apretaba entre los dientes una pipa de barro que no dejaba sino cuando juzgaba necesario recurrir a una medida de cobre colocada sobre la mesa y que de ante mano había sido llenada de grog para el bien de la compañía.

Maese Bates prestaba también mucha atención a su juego; pero siendo de un carácter mucho mas jocoso que su incomparable amigo, recurrió mas a menudo a la medida de cobre y de consiguiente se permitió ciertas graciosidades y ciertas observaciones, del todo intempestivas, que de ningún modo convienen a un buen jugador, especialmente en el juego, de wist, que ecsije silencio y atención.

En vano el Camastrón usando del derecho que le daba su intimidad para con él, le reprochó mas de una vez la inconveniencia de su conducta;

Maese Bates se rió de él (y para servirme de su espresión) lo envió a paseo y por sus reincidencias tan vivas como espirituales, éxito en el mas alto grado la admiración de míster Chitling.

Lo mas asombroso es que este último y su pareja perdían siempre y que esta circunstancia lejos de enfadar a maese Bates parecía divertirle infinito pues que reía a carcajadas al fin de cada partida asegurando que en su vida ni en sus días, se había divertido tanto.

Al diablo las cartas! —dijo Chitling, con acento irritado sacando del bolsillo de su chaleco una media corona —Vaya una suerte insolente la que tienes Jac. Nos ganarias hasta el último sueldo... Por bueno que tengamos el juego Carlos y yo, siempre perdemos!

A tal observación hecha con tono lamentable, Bates soltó una carcajada que sacó al judío de sus reflexiones y preguntó que sucedía.

—Señor Fagin! —exclamó Carlos —Quisiera, que hubiereis podido ver el juego... Tomás Chitling no ha hecho un solo punto y yo era su pareja contra el Camastrón.

—Ah! ah! —dijo el judío sonriendo de un modo que daba a comprender que no ignoraba la causa —Toma tu revancha Tom.. toma tu revancha!

—No Fagin; gracias. No quiero mas juego... El Camastrón tiene una ventaja que no se puede resistir.

—Ah! ah! querido! —repuso el judío... Es preciso levantarse muy de mañana para poder ganar al Camastrón.

—Levantarse muy de mañana? —exclamó Carlos Bates. —No basta el levantarse de mañana! Es preciso que os pongáis las botas en la víspera, tener un doble telescopio y unos anteojos entre vuestras dos espaldas si queréis lograr tal cosa.

míster Dawkins recibió este elogio lisonjero con la mayor modestia y prometió decir al primer venido por la sencilla retribución de un Sheling cada vez, la carta que éste hubiere pensado.

Como nadie aceptó el desafío y su pipa estaba ya apagada, se divirtió en trazar el plano de la prisión de Newgate con el lápiz que le había servido para apuntar el juego silvando entre tanto de una manera muy particular.

—Parece que no tienes humor de divertirte Tom! —dijo el Camastrón, rompiendo el silencio que duraba desde mas de cinco minutos —Apuesto Fagin que no adivinais lo que le preocupa.

—Cómo quieres que lo adivine querido mio? —contestó el judío levantando la cabeza y volviendo el fuelle a su puesto. —Tal vez piensa en su dinero o mejor en el asueto que acaba de hacer en la granja del tio negro. Ah! ah! ¿no es esto Tom?

—No dais en el quid. —replicó el Camastrón en el momento que Chitling iba a responder —Qué dices tu de ello Carlos?

—Yo! —respondió este —Yo pienso que se muere por Betsy —No lo dije! Mirad como le suben los colores! He ahí un mortal dichoso! Oh! Dios! Es posible! Tomás Chitling enamorado! Oh! Fagin, Fagin! que bella farsa!

—No hagas caso de ello Tom! —dijo el judío haciendo una señal de inteligencia a Dawkins y dando a Carlos un golpecillo con el tubo del fuelle —Va... no les escuches! Betsy os amable.. es una muy buena muchacha! Tom adhiérate a ella! Sigue tus dulces impulsos!

—Y aun qué así fuera! —replicó Chitling todavía mas colorado —Y aun que así fuera... es cosa que a nadie le imperta...

El judío viendo que le picaba la mosca a Chitling se apresuró a asegurarte de que nadie se burlaba y para prueba de lo que decía llamó a maese Bates el principal ofensor.

Desgraciadamente al ir a decir este que en su vida había estado mas serio, se le escapó tal carcajada que Chitling viéndose mistificada, se abalanzó de improviso sobre el zumbón y le descargó un puñetazo, que éste evitó felizmente, el cual cayendo pesadamente sobre el pecho del viejo chulo, lo envió al otro extremo del aposento contra la pared en donde abría toda su boca para respirar mientras que le miraba cas aire consternado.

—Escuchad! —exclamó el Camastrón en este momento —dijo la bachillera.

Esto diciendo tomó la luz y subió cautelosamente la escalera.

Mientras que la compañía estaba a obscuras, sonó otra vez la campanilla con violencia. Un instante después, volvió el Camastrón y habió misteriosamente a Fagin al oído.

—Viene solo? —exclamó éste.

El Camastrón hizo un movimiento de cabeza afirmativo y poniendo su mano ante la luz indicó a Carlos que haría muy bien en detener su loca alegría por un cuarto de hora; luego fijó la vista en el judío como para esperar sus órdenes.

El viejo llevó sus dedos violados a la boca y reflexionó un momento. Los músculos de su rostro parecían rudamente contraidos todo este tiempo como si sospechara alguna desgracia y temiera saberla. Al fin levantó la cabeza.

—Dónde se halla? —preguntó al Camastrón.

—Este señaló con el dedo el piso superior y se disponía a dejar el aposento.

—Sí! —dijo el judío adivinando la pregunta —Dile que baje. Silencio! Cállete tu Carlos! Poco a poco Tom! Amigos míos pasad a vuestro cuarto! Dejadnos solos!

Carlos y Chitling se retiraron sin hacer el menor ruido.

Un profundo silencio reinaba en el aposento cuando el Camastrón bajó la escalera llevando la luz y seguido de un hombre vestido de blusa, quien después de haber lanzado una rápida ojeada a su alrededor desató una red de lana que le envolvía toda la parte inferior del rostro y dejó ver la fisonomía del flamante Tobias Crachit pálido hosco y horriblemente fatigado.

—¿Cómo vamos Fagin? —dijo el joven elegante, haciendo una señal de cabeza al judío. —Tu Camastrón mete esta red dentro mi castor para que lo encuentre cuando me iré... Aquí... esto es! Serás algún día un famoso hurraca y valdrás algo mas que los antiguos.

Esto diciendo levantó su blusa y la arrolló en su cintura; luego acercó una silla al fuego y puso sus pies sobre el guarda cenizas.

—Mirad Fagin! —dijo con tono lastimero, señalando con el dedo sus botas llenas de barro. Ni una sola gota de lustre desde que sabéis! Vaya no me mireis así! Cada cosa a su tiempo. Me es imposible hablar de negocios antes de comer un bocado. Con que poned el rancho sobre la mesa.

—Van ya tres días que no me ha pasado nada por el gaznate.

El judío hizo señal al Camastrón de que llevara lo que hubiera de comestibles y sentándose frente del bandido esperó que le diera la gana de hablar.

A juzgar por las apariencias Tobias no llevaba ninguna prisa de entablar conversación. Por de pronto el judío se contentó con observar su fisonomía, para procurar adivinar en ella, la noticia que traía; pero fue trabajo inútil.

—Fagin pues espiaba con una ansiedad indefinible cada tajada que Tobias llevaba a la boca, paseando arriba y abajo del aposento para matar el tiempo que le parecía tan largo; nada adelantó por eso.

Este continuó engullendo hasta que no pudo mas y entonces después de haber dicho al Camastrón que se largara al objeto de quedar solo con el judío y después de haberle cerrado él mismo la puerta, se llenó un vaso de grog y se dispuso a hablar.

—En primer lugar Fagin... dijo.

—Ah! sí, sí! —replicó el otro acercando su silla a la mesa.

El Señor Crachit se paró para tragar su vaso de grog y para declarar que la ginebra era excelente; luego estirando sus piernas sobre el suelo del hogar, para contemplar con mas satisfacción sus botas continuó tranquilamente.

—En primer lugar Fagin ¿cómo vá Guillermo?

—Qué! —exclamó el judío levantándose bruscamente de la silla.

—Cómo? —dijo Tobias palideciendo... ¿No queréis decir?

—No quiero decir! —gritó el judío pateando el suelo con furor —¿Dónde están Sikes y el niño? Dónde están? Dónde han estado? Dónde se ocultan? Por qué no han venido aquí?

—El golpe ha fracasado! —dijo Tobias con acento triste.

—Lo sé! —contestó el judío sacando un periódico de su faltriquera y señalándole con el dedo al artículo que hablaba de ello —¿Y luego?

—Han disparado y herido al nene. Hemos jugado las piernas por entre las Layas y las zanjas llevándole entre los dos. Corriamos mas que el viento. Nos han dado la caza. Condenación! todo el país estaba en pié y los perros nos tenían la pista!

—El niño? —dijo el judío con tono azorado.

—Guillermo lo había puesto sobre sus espaldas y brincaba con él; nos hemos detenido para llevarlo entre los dos; su cabeza pendía sobre su pecho y estaba frío como el mármol. Ya nos pisaban los talones... entonces cada uno para si y sálvese quien pueda!

Cada uno ha tirado por su lado después de haber dejado al chiquillo dentro una zanja muerto o vivo. Esto es todo lo que sé.

—Sin dar tiempo a Tobias para reponerse el judío lanzó un grito agudo arrancándose los cabellos y se precipitó del aposento a la escalera y de la escalera a la calle.

Capítulo veintisiete

Se presenta en la escena un nuevo personaje. Particularidades inseparables de esta historia

El viejo había doblado la esquina de la calle y aun no se había repuesto de la impresión que le causara el relato de Crachit.

Contra su costumbre andaba a prisa sin apariencia de saber donde iba, cuando el roce, violento de un coche que por poco lo derriba y el grito de las personas que vieron el peligro que acababa de correr, le volvieron a la acera.

Evitando todo lo posible las calles concurridas y no buscando al contrario mas que los callejones y los pasadizos, llegó al fin a Snow-Hill.

Allí aceleró todavía mas el paso y no lo aflojó hasta que hubo entrado en una callejuela, donde como si estuviera convencido de que se hallaba en su propio elemento, emprendió su andar ordinario y pareció respirar mas libremente.

Cerca del punto en que Snow-Hill y Holborn-Hill se unen, se vé a la derecha viniendo de la Cité, una calle sombría y estrecha que conduce a Saffron-Hill y en las tiendas sucias de la misma están expuestas para la venta enormes paquetes de pañuelos de todos tamaños y colores; porque allí residen los mercaderes que los compran a los rateros.

En este sitio acababa de entrar el judío. Era muy conocido de los pálidos habitantes del pasaje; pues algunos de entre ellos que estaban en el lindar de la puerta para atisbar a los chalanes le hicieron

una señal de cabeza amistoso a la cual respondía del mismo modo sin pararse.

Siguió hasta el extremo del pasaje y allí dirigió la palabra a un tripero, hombre de baja talle, sentado en una silla de niño y fumando su pipa a la puerta de su tienda.

—Ola Señor Fagin! Os hacéis tan raro, que vuestra presencia bastaría para curar de la ophthalmia! —dijo el respetable negociante respondiendo a la pregunta del judío sobre su salud.

—Hacia demasiado calor en vuestro barrio Sively. —contestó el judío levantando los ojos y cruzando sus manos sobre sus espaldas.

—Eso es lo que me he cansado de decir, pero ello se aplacará! No sois de mi opinión?

Fagin hizo un movimiento de cabeza afirmativo y señalando con el dedo a Saffron-Hill, se informó de si había alquien allí en esta noche.

—A la muestra de Los tres cojos? —preguntó el negociante.

El judío hizo señal de sí.

—Esperad! —prosiguió el mercader procurando recordar en su memoria —Si; si mal no recuerdo hay algunos. Vuestro amigo si que creo no está.

—Sikes no ha ido hé?

—Non es ventús, como dicen los hombres de la ley! —contestó el hombre pequeño con ademan jactancioso —Tenéis algo que pueda convenirme?

—No; hoy no traigo nada. —dijo el judío marchándose.

—Decid Fagin; os vais a la muestra de los tres cojos? —gritó el hombrecillo —No me dejaría tirar de la oreja para venir si estuvierais dispuesto a pagar algo.

Pero como el judío volviéndose le hizo con la mano señal de que quería estar solo en la posada de los tres cojos, se vio esta vez privada del honor de poseer a míster Sively.

La posada de los tres cojos, o simplemente llamada de Los cojos, por sus parroquianos era cabalmente la misma en que Sikes y su perro han figurado ya.

Fagin subió la escalera haciendo únicamente una seña al hombre que estaba sentado en el mostrador, abrió la puerta de un aposento se introdujo en él con cautela y miró con ademan inquieto a su alrededor, poniendo la mano frente sus ojos como si buscara a alguien.

Este aposento estaba alumbrado por dos mecheros de gas cuya luz resplandeciente era interceptada al exterior, por postigos, sujetos con una barra de hierro y por espesos cortinajes de un encarnado deslucido. El sitio estaba tan lleno de un humo espeso de tabaco, que casi nada se distinguía.

Sin embargo habiéndose disipado poco a poco, al través de la puerta que había quedado entreabierta, permitió ver una reunión de cabezas tan confusa como el ruido de las voces, y a medida que el ojo se acostumbraba a la escena, el espectador hubiera podido también descubrir una sociedad numerosa de hombres y mujeres sentados al rededor de una mesa larga, al extremo de la cual estaba el presidente, con su martillo de orden en la mano, mientras que un artista de nariz azulada y llevando el rostro envuelto en un pañuelo, por causa de un dolor de muelas, permanecía ante un mal piano colocado en el rincón mas retirado del aposento.

Fagin poco susceptible a las emociones fuertes, pasó revista uno después de otro a todos aquellos rostros sin encontrar al que buscaba.

Habiendo al fin logrado atraerse la mirada del hombre que ocupaba el extremo de la mesa le hizo una ligera señal de cabeza y se retiró con la misma cautela con que había entrado.

—Señor Fagin en que podemos serviros? —preguntó el hombre que lo había seguido hasta la meseta —No queréis ser de los nuestros? Estarán muy gozosos de veros.

El judío sacudió la cabeza con ademan de impaciencia y preguntó en voz baja: —Está aquí?

—No. —respondió el hombre.

—Y no tenéis noticias de Barney.

—Ningunas —replicó el amo de la taberna de los tres cojos porque el era. —No se meneará que todo no esté tranquilo. Estad seguro de que la policía, sigue su pista allá abajo y que si tuviera la desgracia de menearse se haría pinchar al primer golpe.

Barney está sin duda seguro donde se halla pues de otro modo hubiera oído hablar de él. Apostaría cualquier cosa, que, se hará una buena retirada. oh! podéis contar con ello yo salgo garante!

—Vendrá aquí esta noche? —preguntó el judío, cargando la pronunciación en el pronombre, con el mismo énfasis que antes.

—Monks, queréis decir?

—Chito! —hizo el judío —Si!

—Ciertamente! —contestó, el amo de la taberna, sacando de su bolsillo un reló de oro. Debería ya haber llegado. Si queréis esperar solo diez minutos, vais a verle.

—No; no! —dijo el judío de un modo que si bien dejaba pensar que deseaba ver la persona en cuestión, no le sabía mal con todo de no encontrarla.

—Decidle que he venido para verle y que lo espero en casa esta noche —No; mejor mañana. Puesto que no está aquí, siempre será tiempo mañana.

—Está bien! —dijo el hombre —Nada mas hay que decirle?

—No —contestó el otro bajando la escalera.

—Escuchad! —hizo el tabernero inclinándose sobre la baranda! —No os parece este magnífico momento para una venta! Si queréis tenemos ahí a Felipe Barker... Está tan borracho que un niño podría prenderle.

—Ah! ah! —hizo el judío levantando la cabeza! —Pero no es aun la hora de Felipe Barker; tiene aun algo que hacer antes que nos separamos de él. Volved a reuniros con vuestros amigos querido mio y decidles que se diviertan mucho mientras son de este mundo... ah! ah! ah!

El patrón de la taberna, rió grandemente al oir la reflecsión del viejo y fue a reunirse con sus convidados. No bien el judío estuvo en el lindar de la puerta cuando su fisonomía volvió a tomar la expresión de la inquietud y del temor.

Después de haber reflexionado un momento, subió en un coche de alquiler y dijo al cochero que se dirigiera hácia Bethnal-Green. Se apeó a un cuarto de milla de la habitación de Sikes y andó el resto del camino a pié.

—Ahora, —balbuceó entre dientes mientras llamaba a la puerta —si hay alguna anguila, bajo la roca, lo sabré muy pronto de vos jovencita mia a pesar de ser muy maligna!

—Habiéndole dicho la mujer que le abrió que Nancy estaba en su habitación, subió cautelosamente la escalera y abrió la puerta del aposento sin ninguna ceremonia.

La joven estaba sola con la cabeza, apoyada, encima de la mesa y los cabellos esparcidos sobre la espalda.

—O ha bebido, o está triste. —dijo el judío para sí.

En esto retrocedió para cerrar la puerta y dispertando Nancy al ruido fijó su mirada en el viejo mientras este le contaba la relación de Tobias Crachit. Luego que hubo concluido, volvió a tomar su actitud primera sin hablar una palabra mas.

Nancy la quitaba el candelero con impaciencia, rozaba sus pies sobre el piso cada vez que cambiaba de posición... pero no pasaba de aquí.

Durante todo este tiempo el judío miraba en torno suyo, con ademan inquieto como si hubiese querido asegurarse de que Sikes no había regresado.

Después de satisfecha su curiosidad sobre este punto, tosió dos o tres veces e hizo todo lo posible para entablar la conversación; pera la joven no hizo mayor caso de él ni se movió mas que una estatua de piedra.

Al fin hizo el último esfuerzo y frotándose las manos dijo con el tono mas afable:

—Y dónde crees tu que puede estar ahora Sikes he?

Nancy respondió de un modo inteligible y como si llorase que no lo sabía.

—Y el niño? —replicó el judío mirando a la joven de reojo para ver la espresión de su fisonomía. —Pobrecito! Abandonado en una zanja! No atiendes Nancy?

—El niño! —dijo esta levantando la cabeza —Está mejor donde se halla que no con nosotros! Y con tal que Sikes salga bien librado, anhelo que esté muerto en la zanja y que sus huesos se pudran en ella.

—Cómo? —exclamó el judío con asombro.

—Es la verdad. —repuso la joven mirándole a su vez fijamente —Estaría muy contenta de no verle ya mas ante mis ojos y saber que se halla libre de todo lo que le podía suceder de peor...

El verle a mi alrededor era un peso insoportable; su solo aspecto era una reconvención contra mi y contra vosotros todos.

—Ba! —hizo el judío con acento de desprecio. —Hija tu estás beoda.

—Ah! sin duda! y no seria culpa vuestra sino lo estuviera... No os sabe mal que esté así, con tal que obre a vuestro gusto... acepto cuando no os conviene —no es así?

—No! Ahora no me conviene! —replicó el judío furioso.

—Pues es preciso que os convenga! —repuso ella soltando una carcajada.

—Qué me convenga? —exclamó el judío sumamente irritado por la tenacidad de la joven y por las contrariedades del día —Qué me convenga! Atiende tu bien, necia; atiéndeme bien a mi que con seis palabras puedo estrangular a Sikes tan de seguro como si tuviera ahora su cabeza de toro entre mis manos.

Si vuelve sin ese niño... si tiene la audacia de no traérmelo vivo o muerto, asesínale tu misma sino quieres que Jacobo Ketch (el verdugo) haga con él su negocio... dale pasaporte al momento que ponga los pies en este aposento, de lo contrario tal vez seria tarde.

—Qué significa todo esto? —exclamó la joven involuntariamente.

—Qué significa todo esto? —prosiguió el judío ciego de cólera. Escucha! cuando ese niño forma para mi el valor de muchas centenas de libras, debo perderlo acaso por culpa de un acto de borrachos de quienes podría deshacerme a satisfacción?

Deberé yo someterme a un pillo a quien no le falta mas que la voluntad y que tiene el poder de...

El viejo, sumamente sofocado no pudo concluir su pensamiento y reprimiendo de pronto su coraje se manifestó otro hombre.

Después de un silencio de algunos minutos aventuró una mirada sobre su compañera y se tranquilizó en seguida viendo que estaba en el mismo estado de insensibilidad de que la había sacado poco antes.

—Nancy! Querida mia! —dijo con su voz de cuervo. —Has parado la atención en lo que te he dicho?

—No me atormenteis Fagin! —respondió la joven levantando perezosamente la cabeza —Lo que Guillermo no ha hecho esta vez, lo hará otra. Ya sabéis que ha hecho muchas cosas por vos y que hará muchas otras cuando podrá... Y cuando no lo hace es porque no puede... con que no hablemos mas de ello.

—Si; pero y respecto a ese niño? —dijo el judío frotándose las manos fuertemente.

—El niño debe correr los mismos percances que los otros. —Repuso Nancy con tono brusco —Y lo repito confío que está muerto y de consiguiente a salvo de todo peligro, sobre todo de aquel a que estaba expuesto a vuestro lado.

—Queridita y respecto a lo que dije hace un instante? —dijo el judío, fijando en ella su ojo de lince.

—No tenéis mas que repetirlo. Y si es algo que deseáis haga por vos, mejor haríais en esperar a mañana. Os escucho con atención cuando me habláis; pero un instante después ya no se lo que me habéis dicho.

El judío la hizo aun algunas preguntas, para asegurarse de que no había retenido sus palabras indiscretas; pero ella respondió con tanto

aplomo y sostuvo tan bien la mirada escuadriñadora del viejo que éste volvió a su idea primitiva de que la joven estaba en las viñas del Señor.

Efectivamente Nancy no estaba exenta de una falta demasiado común por desgracia entre los pupilos (hembras) del judío y a la que desde sus mas tiernos años habían sido escitadas mas bien que contenidas.

Tranquilizado por este descubrimiento y satisfecho su doble objeto, de comunicar a Nancy, lo que aquella misma noche había oído de Tobias y de asegurarse por sus propios ojos de que Sikes no había vuelto, se fue, dejando a su joven amiga dormida sobre la mesa.

Era cerca la una de la madrugada y como hacia obscuridad y mucho frío no tuvo ninguna intención de recrearse paseando.

Había doblado la esquina de su calle y buscaba en la faltriquera la llave, cuando un personaje salió de un vestíbulo, a la sombra del cual estaba oculto y atravesando el arroyo, se deslizó a su lado sin haberlo reparado.

—Fagin! —dijo una voz muy cerca de su oído.

—Ah! —hizo el judío volviéndose vivamente —Sois vos?

—Si; —respondió el desconocido con tono acre. —Van ya dos horas que me tenéis allí de plantón! ¿En dónde diablos habéis estado?

—A asuntos vuestros querido. —dijo el judío moderando el paso y mirando al desconocido con aire de embarazo. —He galopado por vos toda la noche!

—Oh! No lo dudo! —repuso el desconocido con tono burlón. Y bien! ¿Qué hay de nuevo?

—Nada bueno!

—Nada malo queréis decir! —exclamó el otro parándose en seco y mirando a su compañero con sorpresa.

Fagin que deseaba dispensarse de recibir visita en hora tan intempestiva, se excusó diciendo que no había fuego en su casa; pero habiendo su compañero reiterando su pregunta con tono de autoridad abrió la puerta y le suplicó que la cerrara suavemente mientras que él iba por luz.

Esto está negro como boca de lobo. —dijo el desconocido dando algunos pasos a tientas. —Despachad pronto! No hay nada que deteste tanto como el estar a obscuras.

—Cerrad la puerta! —murmuró Fagin desde el extremo del pasadizo.

Al mismo tiempo ella se cerró con grande estrépito.

—No he sido yo quien ha hecho esto! —dijo el hombre buscando el camino. El viento la ha empujado o se ha cerrado por si misma... Despachad en llevar la luz antes que me rompa el bautismo contra alguna cosa de este maldito barracón!

Fagin bajó a hurtadillas a la cocina y volvió luego con una vela encendida, después de haberse asegurado de que Tobias Crachit dormía en la pieza subterránea de detrás y sus dignos discípulos hacían otro tanto en la de delante. Hecha señal a su compañero de que le siguiera subió la escalera marchando delante.

—Querido mio, podemos decir aquí las pocas palabras que tenemos que comunicarnos. —dijo el judío abriendo una puerta en el primer piso —y como hay agujeros en los postigos y nosotros no mostramos jamás la luz a nuestros vecinos dejaremos la vela en la escalera... Aquí!

Esto diciendo el judío dejó la vela sobre la meseta frente por frente del aposento en que entraron y en el que había por todo mue-

blaje un sillón roto y un viejo sofá sin forro colocado detrás de la puerta.

Veían un poco porque la puerta estaba entreabierta y la vela derramaba un resplandor débil en la pared de enfrente de ellos.

Duranté algunos minutos hablaron en voz baja y a pesar de que exceptuando algunas palabras inconexas, fuese imposible oir su conversación, un tercero que los hubiese escuchado fácilmente hubiera podido adivinar que Fagin se defendía contra las inculpaciones del incógnito y que este estaba sumamente irritado.

Había un cuarto de hora o cerca veinte minutos que hablaban en esta forma, cuando Monks (bajo cuyo nombre Fagin designó muchas veces al extranjero durante su coloquio) dijo elevando un poco la voz:

—Os repito de nuevo que esto ha sido mal combinado! ¿Por qué no lo habéis guardado aquí con los otros procurando que fuera pronto un Ladrón?

—No hay que incomodarse por ello! —exclamó el judío encogiéndose de hombros.

—Acaso queréis hacerme creer que no hubierais logrado el intento por mucha que fuera vuestra voluntad? —preguntó Monks irritado — No lo habéis hecho muchas centenas de veces con otros niños?

Si hubieseis tenido la paciencia de esperar aun un año lo mas, acaso os hubieran faltado medios para hacerlo juzgar y condenar a la deportación por toda la vida?

—Querido mio! ¿y a quién esto hubiera aprovechado? —preguntó el judío humildemente.

—Vaya! A mi! —replicó Monks.

—Pero no a mi. —dijo el judío con aire sumiso... Cuando hay en un negocio dos partes interesadas, es muy justo que el interés común sea

consultado. No es cierto querido?

—Qué queréis decir con esto? preguntó Monks con tono huraño.

—He visto que no era fácil formarle para nuestro género de comercio... No poseía las mismas circunstancias que los demás muchachos.

—No por desgracia! —murmuró el otro entre dientes —De otro modo largo tiempo ha que seria ladrón.

—No había camino de hacerle peor —repuso el judío observando la fisonomía de su compañero. —De ningún modo se prestaba a ello... No pude aterrorizarle con ninguno de esos medios de que usamos al principio y sin los cuales nuestros esfuerzos serían inútiles... Qué podía hacer? Enviarle con el Camastrón y Carlos?

Querido mio hemos tenido bastante en la primera vez que tal hicimos. He temblado por todos nosotros!

—Yo nada podía en ello! —observó Monks.

—No, sin duda. —replicó el judío —Por esto no os hago cargo alguno, porque si esto no hubiera sucedido, jamás hubierais podido encontrarle y de consiguiente hubierais perdido la esperanza de descubrir que era él el que buscabais.

Como sabéis; yo lo he recobrado para vos con la ayuda de Nancy: pero he aquí que ella ahora le protege!

—Estrangulad a esa joven! —dijo Monks con impaciencia.

—Querido por ahora no podemos hacer tal cosa! —repuso el judío sonriendo —Además estos asuntos no son de nuestra incumbencia, de otro modo días ha que lo hubiera hecho con gran placer... Caramba! Sé demasiado lo que son estas chicas mi querido Monks.

No bien el muchacho habrá empezado ha endurecerse, cuando ella hará tanto caso de él como lo haría de un pedazo de madera.

¿Vos queréis que sea ladrón? Si es vivo, puedo hacerle tal a contar desde el día de hoy. Y si... si... lo que no es probable —dijo el judío acercándose al otro.

—pero pensando lo peor... si estuviera muerto?

—Para nada estoy en ello si es así! Entendeis? Para nada! —repuso Monks herido de terror y apretando tembloroso el brazo del judío — Tenedlo bien en cuenta Fagin! Yo me lavo de ello las manos. Ya os lo previne desde el principio: Todo lo que queráis excepto su muerte. No quiero verter sangre!

Esto se descubre siempre! Además vuestro crimen os persigue por todas partes... Si lo han muerto no soy yo de ello la causa lo entendeis Fagin? Que el diablo se lleve esta infernal casucha! Quién anda ahí?

—Qué? —exclamó el judío cogiendo con toda su fuerza el sillón, en el momento que aquel se levantó bruscamente del sofá —Dónde?

—Allí! —dijo Monks señalando la pared con el dedo —Una sombra! una sombra! He visto la sombra de una mujer, con chal y sombrero. pasar a lo largo de la pared con la rapidez del rayo!

El judío se soltó de su compañero y ambos se lanzaron fuera del aposento.

La vela, casi del todo consumida por la corriente del aire, estaba en el mismo sitio y les mostró la soledad profunda de la escalera así como también la horrible palidez de sus semblantes. Pusieron el oído atento; pero reinaba en toda la casa el mayor silencio.

—Ha sido una ilusión querido! Os habéis engañado sin duda alguna! —dijo el judío tomando la vela y volviéndose a su compañero.

—Juraria que la he visto! —contestó Monks temblando de pies a cabeza —Estaba inclinada cuando la he visto y luego que he tablado ha desaparecido.

El judío lanzó una mirada de desprecio sobre el rostro lívido de su compañero y habiéndole dicho que podía seguirle si era de su gusto, subieron hasta el cabo de la escalera. Registraron todos los aposentos: ellos estaban helados y vacíos.

Bajaron al pasadizo y de allí a los subterráneos: pero todo permanecía tranquilo como la muerte.

—Estáis ya convencido? —dijo el judío cuando volvieron al pasadizo. Excepto nosotros, no hay alma viviente en la casa a no ser Tobias y los muchachos... y estos están en seguridad... como veis!

Y para prueba de lo que decía el judío sacó de su faltriquera, las llaves y explicó como al bajar por la primera vez a la cocina, había encerrado a sus jóvenes pupilos para impedir que no perturbasen su conversación.

Esta nueva prueba destruyó enteramente la convicción en el alma de Monks; sus protestas habían ido perdiendo insensiblemente su energía a medida que sus pesquisas, se iban haciendo del todo infructuosas y acabó por reírse de sí mismo y por convenir en que ello no podía haber sido otra cosa que un delirio de su imaginación.

Capítulo veintiocho

Enmienda honrosa de una descortesía hecha a una señora, que hemos dejado de la manera más impolítica en el capítulo 25

Como no seria muy conveniente a un humilde autor, el hacer esperar, de espaldas al fuego y con las manos metidas bajo los faldones de su levitón, a un personaje tan distinguido como lo es un pertiguero y que seria además muy poca galantería de su parte el comprender en este olvido de las atenciones debidas, a una señora sobre quien el dicho pertiguero había echado una mirada de ternura y cariño y a la que había dirigido, dulces palabras que procediendo de tal personaje, hubieran podido conmover el corazón de toda joven o de toda mujer cualquiera que fuera su rango, el historiador fiel cuya pluma traza esta historia, sabiendo a lo que su deber la obliga y poseído de la mayor veneración por las personas elevadas a altas dignidades, se apresura a tributarles los honores que les son debidos y a tratarles con todas las consideraciones que su rango en el mundo y como consecuencia de sus sublimes virtudes reclaman de él.

míster Bumble había recontado las cucharas para thé, pesado de nuevo las tenazillas para lomar el azúcar, examinado con mas atención el jarro de la leche y hecho el inventario exacto del moviliario hasta asegurarse de la calidad de la crin, que formaba el asiento de las sillas y había repetido esta tarea hasta cinco o seis veces, antes de pensar que era ya tiempo de que la Señora Corney volviese.

Un pensamiento lleva otro y como no se oía el menor ruido que anunciase el regreso de la Señora Corney, vino a las mientes de míster Bumble, que bien podría sin escrúpulo y solo para pasar el tiempo

satisfacer plenamente su curiosidad echando una ojeada rápida en la cómoda de la matrona.

Después de haber aplicado el oído al ojo de la llave para escuchar si alguien se acercaba, míster Bumble empezando por la parte inferior se enteró de los objetos contenidos en tres grandes cajones llenos de ropa blanca y de vestidos a la última moda envueltos entre dos cubiertas de periódicos sembrados de flor de espliego seco, los que parecieron causarle una viva satisfacción.

Llegado al cajoncito a la derecha de arriba, en el que estaba la llave y habiendo visto una caja pequeña cerrada con cadenillas, la sacudió y sintiendo salir de su interior un sonido grato, como de plata acuñada míster Bumble volvió gravemente cerca el fuego y habiendo tomado su primera posición se dijo a sí mismo con tono resuelto:

—Vamos! está hecho! Me declararé.

En este momento la Señora Corney entró precipitadamente en el aposento, se dejó caer en una silla cerca el fuego y manifestó respirar con pena.

—Ah! Me siento ya mejor ahora —dijo ésta reclinándose en el respaldo de su silla después de haber vaciado la taza en una mitad.

—Es menta! —añadió —con voz lánguida y sonriendo afectuosamente al pertiguero —Gustadla! No hay solo menta, sino también otra cosa muy buena.

míster Bumble gustó el brebaje con aire indeciso hizo castañear sus labios, lo llevó otra vez a la boca y vació enteramente la taza.

—Esto es muy confortante. —dijo la señora Corney.

—A fe mia es muy bueno! (Esto diciendo el pertiguero se sentó al lado de la matrona y le preguntó con acento de interés que era lo que le había sucedido.)

—Menos que nada —respondió la Señora Corney —Soy una simple y débil criatura!

—No sois débil señora. —repusó el pertiguero acercando su silla a la de la matrona. —Por ventura seriais vos una débil criatura señora Corney?

—Según nuestra naturaleza todos somos débiles criaturas! dijo la Señora Corney aventurando una máxima general.

—Es verdad. —contestó el pertiguero.

A esta respuesta siguió un silencio de algunos minutos durante los cuales míster Bumble había dado una prueba de la debilidad humana retirando su brazo izquierdo que descansaba sobre el respaldo de la silla de la señora Corney.

—Señora Corney! —dijo Bumble, inclinándose sobre la espalda de la matrona. —Qué tenéis Señora? Os ha sucedido algo Señora? respondedme os lo suplico! Estoy sobre... sobre... —y como en su turbación no pudo encontrar al momento la palabra espinas... sobre botellas rotas. —añadió.

—Oh! Señor Bumble! exclamó la dama; —he sido horriblemente desconcertada!

—Desconcertada Señora! exclamó a su vez míster Bumble. —Y... quién ha sido tan audaz para? No me cabe duda —dijo interrumpiéndose con dignidad... Habrán sido esas atrevidas! pordioseras!

—Da horror solo el pensarlo —continuó la dama temblando... de todo su cuerpo.

—Entonces no lo penséis! repuso míster Bumble.

—Me es imposible! replicó esta con voz entrecortada por los sollozos.

—Tomad algo! —dijo el pertiguero habiendo arrumacos... un poco de vino!

—Por todo el oro del mundo no tomaría una gota! O Dios! Dios! — en el estante de arriba... en el rincón de la derecha —O Dios! (Al mismo tiempo la buena señora señalando con el dedo el armario, parecía presa de convulsiones internas.)

míster Bumble corrió al armario; cogiendo de sobre el estante en cuestión la botella que se le había señalado llenó una taza del thé del licor que ella contenía y la llevó a los labios de la matrona.

—Este aposento señora es muy confortante. —dijo míster Bumble lanzando una mirada a su alrededor. —Una sola pieza añadida a esta constituiria una pequeña y hermosa habitación!

—Seria demasiado grande para una sola persona.

—Si; pero para dos —repuso tiernamente míster Bumble —he? Señora Corney?

A estas palabras del pertiguero, la Señora Corney inclinó la cabeza y míster Bumble hizo otro tanto para ver su rostro. Esta volviendo con rubor, alargó su mano para coger su pañuelo y la colocó insensiblemente en la del pertiguero.

—La administración os abona el carbón no es esto Señora Corney? —preguntó míster Bumble apretando afectuosamente aquella mano.

—Como la luz. —contestó la Señora Corney, volviendo ligeramente el apretón.

—El carbón, la luz y el alquiler además? —añadió míster Bumble — Oh! señora Corney sois un ángel!

Esta no pudo resistir un transporte tan dulce; se dejó caer en los brazos del pertiguero, quien en su agitación imprimió un casto beso en la nariz de la matrona.

—Una perfección tan parroquial! exclamó míster Bumble con arrobamiento. Sabéis bella encantadora, que míster Lloret, está mas malo esta noche?

—Lo sé. —respondió la señora con aire tímido.

—El médico asegura que no pasará esta semana —prosiguió míster Bumble... Es el director de este establecimiento... Su muerte vá a dejar su plaza vacante... Esta plaza debe ser llenada! Oh! Señora Corney! Qué perspectiva tan brillante! Qué favorable ocasión para unir dos corazones que se aman y desean fundar una familia.

La señora Corney sollozó.

—Vaya la palabrita! —dijo míster Bumble inclinando su cabeza sobre la de la púdica beldad... La dulce palabrita mi divina Corney!

—S... s... si. —dijo la matrona suspirando.

—Aun otra palabra! —prosiguió el pertiguero —Reponeos de vuestras cándidas emociones por una sola palabra mas ¿Cuándo será el matrimonio?

La Señora Corney intentó por dos veces hablar y por dos veces la palabra espiró en sus labios. Al fin armándose de valor arrojó sus brazos al rededor del cuello de míster Bumble y dijo que eso seria cuando él quisiera y que era un ser irresistible.

Así arregladas las cosas amistosamente y con satisfacción de ambas partes, el convento fue rectificado solemnemente, con otra taza de menta que la agitación de la señora había hecho necesaria. Durante este tiempo ésta participó a míster Bumble la muerte de la vieja.

—Muy bien! —dijo el pertiguero saboreando su licor. —Voy a pasar a mi regreso por casa Lowerberry y le diré que mañana por la mañana se llegue acá —Es esto lo que os ha espantado hermosa mia?

—Querido mio, en ello no ha habido nada de extraordinario! —dijo la señora con tono evasivo.

—Sin embargo es indispensable que haya habido algo —replicó el pertiguero. —No queréis decirlo a vuestro Bumble?

—Ahora no; —repuso la señora. —uno de estos días... cuando estaremos casados.

—Cuando estaremos casados! —exclamó míster Bumble —Acaso seria una imprudencia de esos audaces pobres?

—No, no, querido mio! —contestó súbitamente la matrona.

—Si creyera tal! —prosiguió míster Bumble —si creyera que uno de esos atrevidos hubiese osado levantar sus ojos vulgares sobre este noble rostro.

—No se hubieran atrevido perrillo mio! —replicó la Señora.

—Obrarán santamente —dijo míster Bumble cerrando los puños. —Que vea yo a un hombre, cualquiera que el sea parroquial o extra-parroquial, ser presuntuoso para ello y puedo muy bien asegurarle que no lo intentara por segunda vez.

Sin gesticulación ni sin vehemencia, esta amenaza tal vez hubiera producido pésimo efecto en el ánimo de la señora Corney; pero, como las palabras del pertiguero fueron acompañadas de gestos guerreros esta Señora quedó profundamente afectada de tal prueba de afección y altamente admirada exclamó que era un verdadero tortolillo.

Entonces el tortolillo levantó el cuello de su levitón y habiendo enviado con su futura mitad, un robusto beso desafió de nuevo el viento y el frío, no sin, detenerse antes algunos instantes en el patio de los pobres (el de los hombres bien entendido.) para brutalizarles un poco con el solo fin, de ensayar si podría llenar con toda la severidad debida la plaza de director de la casa de la Caridad.

Adquirida la certidumbre de que poseía para ello todas las cualidades requeridas dejó el establecimiento con el corazón alegre y lleno de esperanza y la brillante perspectiva de su futuro ascenso ocupó su alma hasta que hubo llegado ante la tienda del empresario de los entierros.

Como el Señor y la Señora Sowerberry habían ido a pasar la velada en alguna parte, Noé Claypole que jamás se hallaba dispuesto para hacer mas ejercicio que el que se necesita para beber y comer, no había aun cerrado la tienda a pesar de que la hora de cerrarla ordinariamente, hacia largo tiempo que había sonado. míster Bumble golpeó con su bastón sobre el mostrador repetidas veces; pero no obteniendo respuesta y viendo luz a través de la ventana de la trastienda, se tomó la libertad de mirar, para ver lo que aeontecia y cuando hubo visto lo que acontecía, no quedó poco sorprendido.

Los manteles estaban puestos para cenar y la mesa se hallaba cubierta de pan, manteca, platos, vasos, un jarro lleno de porten y una botella de vino. Al cabo de la mesa Noé Claypole se pavoneaba en un sillón.

A su lado estaba Carlota tomando de un pequeño tonel, ostras que abría y que el susodicho joven tragaba con una avidez notable.

Un encarnado, algo mas subido que de lo ordinario en la punta de su nariz y cierto pestañeo en su ojo derecho anunciaban bastante claro, que estaba un si es o no es calamucano.

—Hé ahí una de bien gorda y que parece muy deliciosa —dijo Carlota —Gustadla Noé! Vamos no mas que esta!

—Qué cosa tan deliciosa es una ostra! dijo maese Claypole después de haberla engullido. —Lástima, que el comer demasiado de esto, pueda hacer daño! ¿no es cierto Carlota?

—Es una cosa inaudita! dijo esta.

—Sin duda; es una verdadera crueldad —repuso Claypole— No os gustan a vos las ostras Carlota?

—No las tengo demasiada afición que digamos. —Me gusta mas véroslas comer Noé, que comerlas yo misma.

—Qué barbaridad! —exclamó Noé con aire pensativo.

—Vaya; otra continuó Carlota —Esta tiene una hermosa barba!

—No comeré ni una mas! Aun que quisiera seria imposible... dijo Noé. —Estoy ya harto de ellas —Venid Carlota, venid que os abrace!

—Muy bien! —exclamó míster Bumble entrando bruscamente en la sala —Repetid esto caballero!

Carlota lanzó un chillido y se ocultó el rostro con el delantal en tanto que maese Claypole, contentándose solo con retirar sus piernas de sobre el brazo del sillón, miró al pertiguero con un terror báquico.

—Repetid esto, joven audaz! —dijo míster Bumble —Cómo tenéis valor para decir tales cosas! Y vos desenvuelta pillastrona! como osais sufrirlo y aun anunciarle. Abrazar! —gritó Monsieur Bumble, sumamente indignado —puahá!

—No tenía de ello intención! —balbuceó Noé —Ella es la que me abraza siempre quiera o no quiera.

—Oh! Noé! —exclamó Carlota con acento de reproche.

—Si, es cierto! demasiado lo sabéis! —respondió Noé. Ella es la que me abraza siempre señor Bumble! Me toma por la cara y me hace toda clase de arrumacos.

—Silencio! —gritó el pertiguero con ademan severo —Señorita bajad a vuestra cocina! Vos Noé cerrad la tienda y no desplegueis el labio hasta que regrese vuestro amo y cuando esté de vuelta le diréis que mañana por la mañana envie un ataúd para una vieja de la Casa de Caridad! Lo entendeis caballero! Abrazar!

Qué horror! —exclamó levantando sus manos al cielo.

Esto diciendo el pertiguero salió gravemente de la tienda del empresario.

Capítulo veintinueve

Carácter de los comensales de la casa en que se encuentra Oliverio. Lo que piensan de él

En una sala bonita, cuyo mueblaje anunciaba mas la moda y el bienestar de los buenos tiempos de antaño que el lujo y la elegancia de nuestros días, dos señoras sentadas a una mesa estaban almorzando. míster Giles en traje completamente negro, las servía y se había colocado a una distancia cuasi igual de la mesa y del aparador; el cuerpo tieso, la cabeza alta y algo inclinada sobre una espalda con la pierna izquierda adelantada y la mano derecha en la faltriquera de su chaleco mientras que la izquierda sosteniendo un plato, pendía a su lado, tenía el talante de un hombre confiado en su propio mérito y convenido por el sentimiento interior de su importancia.

La una de las señoras era de edad y bastante adelantada, y con todo se mantenía tan erguida como el elevado respaldo de su sillón de encina. Reinaba en toda su persona un aspecto de benévola dignidad.

Teniendo las manos plegadas y puestas sobre el borde de la mesa fijó en su joven compañera unos ojos que conservaban aun toda la viveza de la juventud.

La otra (la mas joven) estaba en la flor de la primavera de la vida; en esa edad dichosa en que si alguna vez para nuestro bien place a Dios enviar a la tierra ángeles bajo la figura de mortales sin duda los reviste de una forma como la suya.

No tenía mas que diez y siete años.

Levantando casualmente la vista en el momento en que la Señora la contemplaba en silencio, arrojó a la espalda, sus cabellos que tenía sencillamente trenzados sobre su frente y había en su mirada tanta dulzura y tanto candor que al verla era imposible no amarla.

La Señora sonrió; pero su corazón estaba lleno de amargura, y al propio tiempo enjugó una lágrima.

—Hace mas de una hora que Brittles ha partido ¿no es cierto? —preguntó después de un momento de silencio.

—Una hora y doce minutos mi Señora! —contestó Giles sacando de su bolsillo un reló de plata sujeto por una cinta negra pasada alrededor del cuello.

—Anda siempre tan despacio! —observó la anciana.

—Brittles ha sido siempre un muchacho muy pesado mi señora —replicó el criado, como queriendo hacer comprender que poseyendo por espacio de treinta años esta cualidad no había razón para que se volviera mas activo.

—Creo que va de mal en peor. —dijo la señora.

—No tiene excusa alguna especialmente si se para a jugar con otros muchachos —dijo riendo la joven.

míster Giles calculaba si podía permitirse una sonrisa de aprobación, cuando un gig se paró ante la puerta del jardín y bajó de él un caballero gordo que entrando sin hacerse anunciar, en su precipitación por poco tumba a míster Giles y a la mesa del desayuno.

—Se ha visto jamás cosa semejante! —exclamó el caballero gordo —Querida Señora Maylie! Es posible! Y en medio de la noche por añadidura! Es inaudito!

Esto diciendo alargó afectuosamente su mano a las dos señoras y sentándose a su lado preguntó por su salud.

—Me admiro de que no hayáis muerto de espanto! —prosiguió —Porqué no me habéis avisado antes? Mi criado hubiera venido al momento... y yo mismo, con él o con cualquiera otro, hubiéramos tenido la satisfacción en semejante circunstancia... Dios de Dios! Cuando pienso en ello! Cosa imprevista! Y lo peor en medio de la noche!

Lo que mas sorprendía al recién llegado era que el atentado hubiese sido imprevisto y que los ladrones hubiesen escogido la noche para llevarlo a cabo; como si esos caballeros tuviesen la costumbre de trabajar en plena luz y de escribir por el correo tres días antes para dar aviso de su llegada.

—Y vos señorita Rosa? —continuó dirigiéndose a la joven —Yo...

—Oh! ciertamente! —contestó esta interrumpiéndole —Pero hay arriba un pobre desgraciado, que mi tia desea mucho veáis.

—De muy buena gana Giles; según me han dicho es uno de vuestros buenos golpes de mano?

míster Giles que en este momento arreglaba las tazas de thé, se ruborizó hasta el blanco de los ojos y respondió que había tenido este honor.

—A esto llamáis honor! repuso el caballero gordo —A fe mia! no lo comprendo del todo! Pueda que es mas honroso tirar a quema ropa sobre un ladrón, en una bodega que herir a vuestro hombre a doce pasos de distancia... Lindo duelo!

míster Giles poco satisfecho de ver que tratando tan a la ligera esta materia se disminuía en mucho el mérito de su acción, respondió respetuosamente que no se creía con derecho de juzgar sobre este asunto; pero que podía tener la convicción de que este no era una adulación para su adversario.

—Es verdad como hay Dios! dijo el otro —Dónde se halla? Enseñadme el camino! Volveré a veros al bajar señora Maylie. Es esa la

ventana por la que se ha introducido hé? A la verdad jamás hubiera podido creerlo. Y así hablando subió tras míster Giles la escalera.

míster Losberne cirujano de la vecindad, conocido bajo el nombre de doctor, en diez lugares a la redonda, era el mas alegre y el mas franco de los celibatarios de la comarca.

Estuvo mucho tiempo al lado del herido, sacaron del cofre de su carruaje una gran caja plana, los criados estuvieron en un contínuo movimiento; lo que hizo presumir que pasaba algo de extraordinario.

—Con todo al fin bajó; y por toda respuesta a las preguntas solicitas de la señora Maylie, cerró la puerta con aire de misterio y se arrimó de espaldas a ella cómo para impedir que nadie entrará.

—Señora Maylie, esto es muy sorprendente! —dijo el doctor.

—Confío que no estará en peligro! —dijo la anciana señora.

—A fe mia! —En el punto en que se hallan las cosas nada tendría de extraño. Con todo creo que el caso no es tan apurado. —Habéis visto a ese ladrón?

No. —respondió la anciana.

—Y nada sabéis de él?

—Nada absolutamente.

—Perdonad señora. —dijo míster Giles —Iba a deciros algo cuando el doctor Losberne ha entrado.

Es lo cierto que míster Giles no pudo decidirse en el primer momento a confesar que había disparado contra un niño. Se había glorificado tanto su bravura que quería gozar el mayor tiempo posible de la reputación colosal que últimamente se había adquirido.

—Rosa deseaba ver a ese hombre dijo la Señora Maylie —pero yo no lo he permitido.

—Su aspecto no tiene nada de aterrador, os lo aseguro. —replicó el doctor —Consentiriais verlo en presencia mia?

—Si; si creéis que sea necesario.

—Porque creo que es necesario, os he hecho esta pregunta. De todos modos, estoy cierto que os arrepentiriais mucho de no haberle visto si esperaseis mas. Es mejor ahora... Señorita Rosa accedeis a mi petición? Os juro, que no hay temor alguno en verle.

Mientras aseguraba a las señoras, que quedarían agradablemente sorprendidas a la vista del criminal, míster Losberne tomó del brazo a la joven y presentando la mano a la Señora Maylie las condujo con mucha cortesía al aposento del enfermo.

—Ahora —dijo en voz baja y abriendo suavemente la puerta —veamos un poco lo que vais a pensar! A pesar del mucho tiempo que no se ha afeitado su barba, no por eso tiene el aspecto mas feroz! Con todo esperad! Que sepa antes si esti visible.

El doctor entró el primero y después de haber echado una ojeada en el aposento, hizo señal a las dos señoras de que podían acercarse. Luego cerró la puerta tras de ellas y habiendo dado algunos pasos hácia el lecho apartó el cortinaje con cautela.

En lugar del bandido de aspecto feroz que temían ver, solo contemplaron a un pobre niño rendido de dolor y de fatiga que dormía profundamente con un brazo en cabestrillo y colocado sobre su pecho, mientras que el otro sostenía su cabeza media oculta por sus cabellos desordenados.

En tanto que el doctor observaba al enfermo, la joven se deslizó ligeramente hasta su lado, sentóse a la cabecera del lecho, separó sus cabellos y algunas lágrimas escapándose de sus ojos cayeron sobre la frente del niño.

Este se removió un poco y sonrió en su sueño, como si estas muestras de compasión hubieran producido en él un encanto agradable de amor y ternura que jamás había gozado.

—Qué significa esto? —exclamó la anciana —Este niño jamás ha podido ser cómplice de ladrones!

—El vicio! —dijo el cirujano, con un suspiro y dejando caer el cortinaje —El vicio mora en muchos templos! Eh! ¿Quién puede decir que un bello exterior no lo encierra?

—Pero a una edad tan tierna! —observó Rosa.

—Querida señorita! —replicó gravemente el cirujano —El crimen, lo mismo que la muerte, no se pega solo a las personas maduras y diformes; los mas jóvenes y los mas hermosos, son demasiado amenudo sus víctimas de predilección.

—Pero podéis creer míster Losberne —dijo Rosa —podéis creer realmente que este niño tan delicado, haya sido el cómplice voluntario de aquellos bandidos?

El cirujano meneó la cabeza como para demostrar sus temores de que esto fuera posible; y observando que podían turbar el reposo del enfermo pasaron los tres a un aposento inmediato.

—Pero aun que fuera lo que pensáis —prosiguió Rosa —considerad que es tan joven! Qué tal vez nunca ha conocido lo que es el amor o los cuidados de una madre!

Qué los golpes, los malos tratos y la falta de pan lo habrán reducido a asociarse con los hombres que lo han arrastrado el crimen! Tia mia! Mi buena tia!

Por el amor de Dios reflexionadlo bien antes de dejar llevar este pobre niño a una prisión, donde de seguro perderá la esperanza de volverse mejor! Oh!

Por el afecto maternal que me profesais y sin el cual yo misma privada de padres, hubiera tal vez sido abandonada como ese pobre niño, tened piedad de él antes que sea demasiado tarde!

—Querida niña! —dijo la anciana apretando a Rosa contra su corazón —Crees tú pues, que quisiera quitarle un solo cabello de su cabeza?

—Oh no! —repuso vivamente Rosa —No buena tia, sois incapaz!

—Sin duda. —replicó la Señora Maylie —miss días tocan a su fin! Ojalá el cielo tenga piedad de mí como yo la tengo de los otros! Señor Losberne que puedo hacer para salvarle?

—Esperad un poco. —dijo este —Dejad que calcule si hay un medio.

Entonces el doctor metiendo las manos en sus faltriqueras se paseó de arriba abajo en el aposento, ya parándose y balanceándose sobre la punta de los pies exclamando: Esto es! ya frunciendo el ceño de una manera espantosa y diciendo: ¿no es esto!

Al fin después de muchas idas y venidas se paró en seco y habló así:

—Creo que si me otorgais plenos poderes para asaltar a Giles y a ese imbécil de Brittles podré lograr el intento... Convengo en que son un bravo muchacho y un fiel servidor; pero tenéis mil medios para remunerar al uno y premiar al otro, su destreza en la pistola. —No tenéis objeción alguna que hacer?

—A menos que no haya otro medio de salvar a este niño. —respondió la Señora Maylie.

—No veo otro. —contestó el doctor —Y podéis estar segura de que realmente no hay otro.

—Pues bien; mi tia os dá plena y entera libertad para obrar como queráis. —dijo Rosa sonriendo y llorando a la vez de ternura. —Con

tal que no useis con esos pobres diablos mas que de la severidad absolutamente necesaria.

—Paréceme —dijo el doctor —que pensáis que excepto vos hoy todo el mundo debe tener el corazón duro.

Deseo, únicamente por el interés de la generación creciente de los de mi sexo, que tengáis el corazón tan tierno para el primer muchacho bonito que hará un llamamiento a vuestra compasión y yo mismo siento no poder ser joven para poder aprovecharme al momento de las disposiciones favorables en que estáis actualmente.

—Sois tan niño como ese pobre Brittles. —contestó Rosa ruborizándose.

—No es una cosa tan difícil ante vos! —replicó el cirujano riendo de todo corazón. —Pero volviendo a nuestro enfermo, me resta manifestaros el punto principal de nuestro convenio.

Creo que se dispertará dentro de una hora y aun que haya dicho a ese avestruz de constable que está abajo en la cocina, que el niño no puede menearse ni hablar sin peligro de su vida, estoy en la convicción de que sin temor podemos conversar un rato con él.

En ello pongo una condición y es que si luego de haberle interrogado en vuestra presencia juzgamos que es realmente un bribón (lo que es muy probable) lo abandonarémos a su mala suerte, sin que en todo caso me mezcle yo mas en el asunto.

—Oh! No mi buena tia! —dijo Rosa con tono suplicante.

—Oh! si, mi buena tia! —dijo el doctor. —Quedamos, convenidos?

—No puede estar endurecido por el vicio. —insistió Rosa —Es imposible!

—Tanto mejor! —replicó el doctor —Razón de mas para acceder a mi proposición.

Finalmente el tratado quedó concluido y nuestros amigos se sentaron esperando que Oliverio se dispertara.

La paciencia de las dos señoras, tuvo que soportar una prueba mas larga de la que esperaban después de lo que míster Losberne les había dicho. Muchas horas transcurrieron una tras otra y Oliverio dormía siempre.

Era ya cuasi de noche cuando el buen doctor anunció que el niño estaba bastante despierto para que se le pudiera hablar.

—No se halla bien que digamos y la sangre que ha perdido ha agotado enteramente sus fuerzas; pero parece manifestar tal deseo de revelar alguna cosa, que vale mas facilitarle la ocasión mas bien que obligarle a permanecer quieto hasta mañana.

La conversación fue larga porque Oliverio relató toda su historia y el sufrimiento y la debilidad le obligaron muchas veces a detenerse. Había algo de solemne, al escuchar, en este aposento sombrío la voz dulce y lánguida de un pobre niño que hacia la numeración de las desgracias que los malos habían atraído sobre él.

Después que Oliverio hubo concluido de hablar y cuando se disponía para volverse a dormir, el doctor profundamente conmovido por lo que acababa de oir se retiró enjugándose los ojos y buscó a míster Giles para empezar las hostilidades con él.

No encontrando nadie abajo, ni en el recibidor, ni en las salas, dirigió sus pesquizas hasta la cocina con la esperanza de mayor éxito.

Vió en efecto en ese salón de recibo de la gente doméstica una sociedad numerosa compuesta de las dos criadas, de míster Brittles de míster Giles, del calderero, quien (en consideración a sus servicios) había sido invitado a pasar el día en la casa, y del constable.

Este último tenía un grueso bastón, una gruesa cabeza, gruesa fisonomía y parecía haber bebido toda la cerveza que su grueso vientre

podía contener.

—No os desordeneis. —dijo el doctor, con una señal de mano.

—Sois muy bueno señor! —contestó Giles —La señora me ha encargado que distribuyera cerveza; y como no me sentía del todo dispuesto a permanecer solo en mi aposento queriendo además gozar de la ventaja de la sociedad, bebo mi porción en compañía de esos caballeros y de esas señoras que veis.

Brittles balbuceó algunas palabras aduladoras y un murmullo de aprobación se elevó en la asamblea para expresar todo el placer que experimentaba de una tal prueba de condescendencia por parte de míster Giles.

—Cómo va el enfermo esta noche señor Losberne? —preguntó éste.

—Así, así. —respondió el doctor —Temo mucho que no os hayas metido en un atolladero Señor Giles!

—No es posible! —exclamó éste todo tembloroso. —¿Queréis decir que morirá de esta? Si lo creyera no seria ya mas feliz en toda mi vida. Por todo el oro del mundo no quisiera ser la causa de la muerte de un niño.

—No es esto lo que yo quiero decir, —repuso el doctor con tono misterioso. —Sois protestante Señor Giles?

—Si lo soy caballero? —tartamudeó este último, que estaba pálido hasta dar miedo —Nadie puede dudarlo!

—Y vos joven? —preguntó bruscamente el doctor volviéndose a Brittles.

—Dios mio caballero! —respondió éste estremeciéndose —Soy absolutamente como míster Giles.

—Dígame pues ahora cada uno de vosotros! —replicó el doctor con tono furioso. Podríais afirmar con juramento que el niño que está

arriba es el mismo que han introducido por la ventana la noche pasada? Vaya responded! Estamos prontos a oiros.

—El doctor que generalmente era conocido por el hombre mas bonachón que jamás haya existido, hizo esa pregunta con un tono tan conciso que Giles y Brittles aturdidos por la cerveza y por la agitación en que les ponía este examen se miraron fijamente uno a otro en un estado de completa estupefacción.

—Parad bien la atención a lo que van a responder constable! —prosiguió el doctor agitando el índice de su mano derecha con mucha gravedad y dándose golpecillos sobre la nariz para exitar el interés de este funcionario —Antes de poco vamos a saber de que se trata.

—Este dándose humos de hombre capaz tomó su bastón de servicio que había colocado en un rincón de la chimenea.

—Tened en cuenta que esta es sencillamente una cuestión de identidad! —dijo el doctor.

—Estoy, estoy en ello caballero! —contestó el constable, llevando la mano a su boca para toser. (pues vaciando su vaso distraído había tragado de través.)

—Figuraos una casa que se fuerza. En la obscuridad mas profunda... en medio del tumulto y la confusión... entre el humo espeso de la pólvora... dos hombres creen haber vislumbrado a un niño.

Sucede por casualidad que a la mañana siguiente muy de mañana un niño viene a llamar a la puerta de esta misma casa, y porque lleva el brazo envuelto en un pañuelo, esos dos hombres se apoderan de él, lo arrastran al vestíbulo y no contentos con poner de este modo su vida en el mayor peligro, llegan hasta a afirmar con juramento que es el ladrón!

Ahora se trata de saber si no han tenido razón de obrar como lo han hecho y si sus sospechas son falsas en que situación se encuen-

tran colocados.

El constable hizo una señal de cabeza respetuoso, y dijo que si no estaba allí la ley seria muy curioso saber quien estaría.

—Os lo demando por última vez! —dijo el doctor con voz de trueno —Podéis jurar que ese sea el mismo niño?

Brittles miraba a Giles con aire de duda y Giles miraba a Brittles del propio modo; el constable había puesto la mano a su oreja para coger mejor su respuesta; las dos mujeres y el calderero se inclinaban adelante para escuchar, y el doctor arrojaba una mirada penetrante en torno suyo, cuando se oyó un ruido de ruedas y al mismo tiempo llamaron a la puerta del jardín.

—Son los agentes de policía! —exclamó Brittles con inquietud.

—Quiénes? —preguntó el doctor estupefacto a su vez.

—Los agentes de policía de Bow-Street —replicó Brittles tomando una vela. Yo y míster Giles los hemos mandado llamar esa mañana.

—Cómo! —exclamó el doctor.

—Es la verdad! —repuso Brittles —He enviado recado por el conductor de la diligencia y extraño que no hayan llegado mas pronto.

—Ah! Habéis mandado un expreso no es esto? Qué el diablo se lleve a vuestros conductores por mar! —exclamó el doctor marchándose.

Enlugar de un bandido de aspecto feroz vieron a un pobre muchacho rendido de dolor y de fatiga.

Capítulo treinta

Posición crítica

Quien vá? —preguntó Brittles entreabriendo la puerta y poniendo su mano ante la vela para ver mejor.

—Abrid —respondió un hombre —Somos los agentes de policía que se han mandado llamar esa mañana.

Tranquilizado por estas palabras Brittles abrió la puerta de par en par y se encontró cara a cara con un hombre vestido de redingote largo quien entró majestuosamente sin decir palabra y restragó sus pies sobre la estera con tanta sangre fría como si entrara en su casa.

—Enviad a alguien para que dé un golpe de mano a mi camarada! Lo entendeis joven —dijo el agente de policía. —Está en el gig para guardar el caballo. Tenéis una cochera donde se pudiera meter a este último bajo cubierto por algunos minutos?

Brittles respondió afirmativamente señalando una pequeña cuadra destinada para este objeto.

—Queréis anunciar a vuestro amo que los Señores Blathers y Duff están aquí? —dijo el primero pasando la mano por sus cabellos y colocando un par de manillas sobre la mesa —Ah! Buenas noches caballero! Me permitireis dos palabras en particular?

Estas expresiones se dirijian a míster Losberne, que apareció en este momento y que habiendo hecho señal a Brittles de retirarse, hizo entrar a los dos señores y cerró la puerta.

—Ahí tenéis a la señora de la casa. —dijo volviéndose hácia la señora Maylie.

míster Blathers se inclinó respetuosamente e invitado para que se sentara, dejó su sombrero en el suelo, tomó una silla e hizo señal a Duff de que hiciera lo mismo. Luego pidieron los informes mas minuciosos sobre el suceso. El doctor que deseaba ganar tiempo, les contó los detalles con toda la latitud posible.

Ellos escuchaban con ademan de interés el mas vivo como gentes que lo entienden.

—Pero qué significa ese muchacho de que hablan los criados? —preguntó Blathers.

—Es verdad que uno de los criados se ha metido en la cabeza la idea de que ese muchacho estaba para algo en el asunto; ¡pero esta idea es un absurdo! No hay nada de todo esto.

—Es muy fácil de decir! —observó Duff.

—Tiene razón! —dijo Blathers haciendo con la cabeza una señal de aprobación y jugando instintivamente con las manillas como se haría con unas castañuelas. —Quién es ese niño? Qué dice de sí mismo? De dónde viene? Qué diablo! No puede haber caído de las nubes! No es cierto caballero!

—Sin duda. —contestó el doctor haciendo un guiño significativo a las dos señoras. —Estoy enterado de toda su historia; pero hablaremos luego de esto... Tal vez no os vendrá mal ver antes la ventana que han roto los ladrones hé?

—Ciertamente! —respondió Blathers —Mejor será que primero inspeccionemos los lugares... Luego interrogarémos a los criados... Esta es nuestra costumbre de proceder.

Trajeron luces y los Señores Blathers y Duff acompañados del constable del distrito, de Brittles, de Giles y en fin de todos los comensales de la casa, se dirigieron a la pequeña bodega situada al extremo de la entrada.

Después de haber examinado su ventana, dieron la vuelta por el prado, examinaron de nuevo la ventana y luego el postigo y con la ayuda de un farol siguieron la huella de las pisadas y batieron los zarsales con una orquilla.

Hecho esto en presencia de todos los concurrentes que observaron durante este tiempo el silencio mas riguroso se entró otra vez en la sala y allí Giles y Brittles fueron requeridos a dar la representación dramática del papel que habían desempeñado la noche anterior, y se vino en conocimiento el que después de haber repetido esta escena cinco o seis veces, no se contradijeron mas que sobre un solo hecho importante en la primera y sobre una docena a lo mas en las últimas.

Agotada la volubilidad de nuestros dos actores, Blathers y Duff se retiraron a la habitación vecina y tuvieron consejo entre ambos.

La naturaleza y la importancia de su coloquio fueron tales, que una consulta de los mas hábiles doctores sobre el caso mas espinoso en materia de medicina, comparada con él no hubiera sido mas que un juego de niños.

Entre tanto el doctor que había quedado solo con las dos señoras se paseaba arriba y abajo de la sala, sumamente agitado mientras que Rosa y la Señora Maylie se miraban con aire de inquietud.

—Por vida mia! —dijo parándose en seco —Verdaderamente no sé que hacer!

—Estoy segura que la historia de este niño contada francamente a esos hombres bastaría para disculparle a sus ojos. —dijo Rosa.

—Yo lo dudo mucho querida! —contestó el doctor meneando la cabeza —No creo que ella pueda producir buen efecto en el ánimo de esas gentes.. ni mas ni menos que en el de los de un grado superior. En resumen quién es? (objetarán) Un vagamundo y no mas.

Si juzgamos por las apariencias y las consideraciones del mundo, su historia es bastante dudosa.

—Pero vos, la tenéis por verdadera, no es cierto? —repuso vivamente la joven.

—Sí; sin duda.

Creo en ella por extraña que sea y por eso puedo ser muy bien un solemne papanatas replicó el doctor —Pero no creo (como os lo he dicho poco hace), que sea este el género de historia que pueda interesar a un agente de policía algo versado en la gramática de su profesión.

—Por qué no? —preguntó Rosa.

—Por qué bella niña? —contestó el doctor. —Porque considerada bajo cierto aspecto y sobre todo por esas gentes, hay en ella bastante de obscuro.

Ese niño no puede probar mas que las circunstancias que están en contra suya y ni una de las que podrían militar en su favor —El diablo se lleve a los agentes de policía! Querrán tener los si y los porqué y de pronto no nos harán concesión alguna!

Según nos ha dicho él mismo ya veis que por espacio de algún tiempo ha estado con ladrones!

Ha sido llevado a un tribunal de policía como autor del hurto de un pañuelo a un caballero, luego evacuando una comisión de este mismo caballero que lo ha tratado con todas las consideraciones posibles, es arrastrado en un sitio que no puede describir y del que no tiene la menor idea...

Es el caso, que les dá el capricho a unos hombres de conducirlo a Chertsey a su pesar; se le hace pasar por una ventana con el intento de pillar la casa y justamente en el instante en que quiere dar el grito

de alarma (el único hecho que hubiera podido probar en su favor si se hubiese ejecutado), llega el mayordomo y le tira un pistoletazo, como para impedirle el obrar en su propio interés!

Se ha visto nunca cosa semejante?

—No digo que no; —respondió Rosa sonriéndose de la vivacidad del doctor —Pero no veo en todo esto nada que demuestre la culpabilidad de ese pobre niño.

—No; sin duda. —contestó el doctor —Gracias a la belleza de vuestro sexo no veréis nunca mas que un lado de la cuestión; sea bueno o malo, siempre es el que primero se presenta.

Esto diciendo, el doctor metió las manos en sus faltriqueras y se paseó de nuevo arriba y abajo con mayor agitación que antes.

—Cuanto mas lo reflecsiono —dijo mas entreveo el sin número de dificultades que tendremos que vencer.

Si contamos a esos hombres la cosa tal como ella es, estoy cierto que no nos creerán y aun suponiendo que mas tarde acaben por disculpar a ese niño, la publicidad que darán a este asunto y la duda que lo envolverá, destruirán todo el afecto de la buena acción que os proponeis, sacándole de este mal paso.

—Entonces qué hacer? —exclamó Rosa —Dios mio! Dios mio! ¿Por qué se ha dicho a esos hombres que vinieran?

—Es verdad! —dijo la Señora Maylie —Lo daria todo en el mundo, porque no hubieran venido!

—Lo mejor que hay que hacer, según mi opinión —dijo míster Losberne dejándose caer en una silla, como hombre que ha perdido toda esperanza —es revestirnos de una buena dosis de audacia... No veo otro medio... Nuestra intención es laudable y en ello hay excusa...

Ese niño tiene fuertes síntomas de fiebre y no se encuentra en situación de poder hablar. Este es ya un buen recurso... Haremos todo lo posible y sino salimos con la nuestra a fe mia no tendremos de ello la culpa! Entrad!

—Y bien paisano —dijo Blathers seguido de su compañero y cerrando la puerta —No era esto un golpe premeditado?

—Eh! a qué diablos llamáis un golpe premeditado? preguntó el doctor con impaciencia.

—Nosotros llamamos un golpe premeditado —respondió Blathers, (dirigiéndose con preferencia a las señoras como si tuviera compasión de su ignorancia a la vez que despreciaba la del doctor.) —cuando los criados de la casa están para algo en el asunto.

—Nadie ha tenido la menor sospecha de ellos en esta circunstancia. —dijo la Señora Maylie.

—No digo lo contrario. —replicó Blathers —Con todo no es menos cierto, que podrían muy bien estar en él.

—Con mayor razón sabiendo que tienen la confianza de sus amos —repuso Duff.

—Tenemos motivos para creer que el golpe ha sido dado por pegres de la alta banda prosiguió Blathers —Nosotros reconocemos al momento esto por la clase de trabajo que es de mano maestra.

—Y algo pulido que digamos! —añadió Duff a media voz.

—Eran dos. —continuó Blathers —Y no cabe duda que con ellos iba un niño. Ello es muy fácil de adivinar viendo la ventana... Esto es lo que podemos decir por el presente. Nos falta ver al muchacho que tenéis arriba. Si gustais guiarnos.

—No tomarán antes un vaso de cualquier cosa? —dijo el doctor ufano de haber encontrado este medio para entretenerles un poco.

—Ciertamente! —dijo Rosa adivinando la atención de este último. —Al instante si os place?

—Con mucho gusto señorita. —dijo Blathers pasando la mano por sus labios. Esta clase de faena no deja de ser fatigosa. No os incomodeis por nosotros señorita. Dadnos lo primero que tengáis a mano.

—Qué queréis tomar? —preguntó él doctor dirigiéndose con Rosa a la alacena. Decid vuestro gusto señores!

—Una gotita de licor si os es igual paisano —dijo Blathers. —Señora no hacia calor que digamos cuando hemos salido esta mañana de Londres y paréceme que no hay nada mejor para reanimarse que un vasito de licor.

El doctor aprovechándose del momento en que la señora Maylie decía algo lisonjero, en respuesta a la reflexión de este último se escaballó con destreza.

Los Señores Duff y Blathers se pusieron a contar hazañas de ladrones y a encarecer su utilidad para realzarse a los ojos de las señoras que los escuchaban con complacencia a fin de dar tiempo al doctor, para prepararlo todo. Al cabo míster Losberne apareció.

—Ahora, señores, si gustais venir conmigo?

—Allá vamos! —dijo Blathers y los dos agentes de policía siguieron a míster Losberne que los condujo al aposento de Oliverio, precedidos de Giles que los alumbraba.

Oliverio había dormido; pero tenía un recargo de fiebre y parecía estar sumamente malo. Cuando el doctor le ayudó a incorporarse, miró a los dos forasteros sin dar muestras de saber donde estaba ni lo que sucedía a su alrededor.

—Mirad! —dijo míster Losberne hablando con dulzura; pero sin embargo con firmeza. Mirad al niño que habiendo sido herido casual-

mente por un fusil de viento al pasar por la propiedad del señor... (cómo le llamáis vosotros?

Quién habita detrás de aquí? ha venido esa mañana para pedir socorro y ha sido indignamente maltratado por ese individuo que veis con la vela en la mano y que es causa de que la vida de ese muchacho está en el mayor peligro, como puedo afirmarlo en mi cualidad de médico.

—MM. Blathers y Duff flecharon su vista sobre míster Giles quien a su vez miró alternativamente a los dos agentes de policía, al joven enfermo y al doctor con la espresión mas cómica de inquietud y de temor.

—Creo que no podéis decir lo contrario? —prosiguió el doctor acostando otra vez a Oliverio con precaución.

—Todo lo que he hecho, ha sido con... con buen fin. —respondió Giles —Os aseguro que no tengo mal carácter. Si no hubiese creído que ese era... el niño de... del... de los... me habría guardado muy bien...

—El niño de quiénes decís? —preguntó míster Duff.

—El niño de uno de los ladrones. —contestó Giles —Es la pura verdad que llevaban... con ellos... un... un niño.

—Y estáis aun en la convicción de que ese sea el mismo? —preguntó Blathers.

—Qué sea el mismo quién? —contestó Giles mirando a Blathers con aire despavorido.

—El mismo niño imbécil! —dijo Blathers perdiendo la paciencia.

—No podría deciros... A la verdad no sé. —respondió Giles completamente desconcertado... —No podría afirmarlo... Pienso...

—Qué pensáis? —preguntó Blathers.

—No sé que pensar. —replicó el pobre Giles —No pienso, en verdad que ese sea el mismo niño. Estoy cuasi seguro de que no es él... Vos mismo sabéis bien que no puede ser él.

—Acaso ese hombre ha bebido? —dijo Blathers dirigiéndose al doctor.

—Sois un famoso avestruz! Largaos. —añadió Duff dirigiéndose a Giles con el tono del mas profundo desdén.

—míster Losberne que durante este diálogo había tomado el pulso del enfermo, se levantó de su silla y dijo a los señores de la policía, que si abrigaban la menor duda sobre este asunto, no tenían mas que pasar al aposento inmediato para interrogar a su vez a Brittles.

Habiendo gustado la proposición, se mandó subir a Brittles quien, con sus contradicciones innumerables, no hizo mas que embrollar el hecho en vez de esclarecerlo.

Dijo entre otras cosas que le seria imposible reconocer al niño, aun cuando en aquel momento estuviera, ante su vista: y que había pensado que era Oliverio porque el mismo míster Giles, lo había creído; pero que este último acababa de confesar en la cocina aun no hacia cinco minutos, que empezaba a temer no hubiera sido demasiado vivo de genio.

Conforme esta deposición, se trató de saber si míster Giles había realmente herido a alguno y verificado el examen de la segunda pistola, se vio que no estaba cargada mas que con pólvora y un poco de taco cosa que sorprendió considerablemente a todos; excepto al doctor, que diez minutos antes había sacado de ella la bala.

Pero, sobre el ánimo de quien ese descubrimiento hizo mas impresión fue sobre el de míster Giles quien después de haber sido atormentado durante algunas horas por el temor de haber herido mortal-

mente a uno de sus semejantes se tragó el anzuelo con la mayor satisfacción del mundo.

Al fin, sin ocuparse ya mas de Oliverio, los agentes de policía, dejaron en la casa al constable de Chertsey y se fueron a dormir a la ciudad, después de haber prometido volver a la mañana siguiente muy de mañana.

En dicha mañana muy de mañana corrió la voz de que en la prisión de Kingston había dos hombres y un niño que habían sido presos la noche precedente como sospechosos. En consecuencia MM. Blathers y Duff hicieron rumbo hácia Kingston.

El crimen de aquellos hombres consistía en haberlos encontrado dormidos en un rimero de heno, crimen que aun que sea enorme que digamos, no es castigado mas que con pena de prisión: porque a los ojos de la ley inglesa (esta ley tan dulce y tan buena para todos los vasallos del rey.) no hay en esta acción de dormir bajo el bello fulgor de las estrellas prueba suficiente de que los que se han hecho culpables de ella hayan por esto cometido un robo con escalamiento y fractura e incurrido de consiguiente en la pena de muerte.

MM. Blathers y Duff volvieron pues a casa la señora Maylie tan sabios como habían partido de ella.

En fin, después de una conferencia bastante larga, respecto a Oliverio fue convenido que la señora Maylie y míster Losberne, serían sus fiadores; en el caso de que la justicia volviera a este asunto y un escribano de los alrededores fue llamado a este efecto para otorgar la caución.

Nuestros dos agentes de policía después de haber recibido un par de guineas por la pena que se habían dado, regresaron a Londres cada uno con opiniones del todo diversas respecto a su espedición:

El uno (Duff.) después de maduras reflexiones, sosteniendo que la banda de Pett estaba para algo en la tentativa de robo; y el otro (Blathers.) atribuyendo todo el mérito de ella al famoso Conney Chickweed.

Gracias a los cuidados de la Señora Maylie, de Rosa y del benévolo míster Losberne, Oliverio se restableció poco a poco.

Capítulo treinta y uno

De la vida feliz que Oliverio lleva con sus amigos

Como la enfermedad de Oliverio, había sido de un carácter serio, su convalecencia fue larga. Los dolores que le causaba su herida, unidos a una fiebre ardiente, que duró mas de un mes le habían aniquilado del todo.

Penetrado de los cuidados que sus dos huéspedas le prodigaban, les manifestaba su gratitud con las lágrimas en los ojos y a menudo las decía, cuanto sentía la tardanza en restablecerse para hacer algo por ellos aunque no fuera sino para probarlas que sus bondades no eran estériles y que el pobre niño a quien ellas habían libertado de la miseria y tal vez de la muerte, estaba del todo entregado a su servicio.

Y sin embargo apesar de las bondades de la Señora Maylie y de Rosa, Oliverio estaba a menudo inquieto. Parecía experimentar un remordimiento y era que pensaba en míster Brownlow y en aquella anciana señora que le habían tratado tan bien durante su enfermedad.

Temía pasar por un ingrato a los ojos de sus generosos protectores y así no estuvo tranquilo hasta que míster Losberne le hubo prometido formalmente llevarlo a verlos luego que se hallaría en estado de soportar el viaje.

Oliverio se restableció al fin. En consecuencia una hermosa mañana partió con míster Losberne en la calesa de la Señora Maylie. Llegados al puente de Chertsey, se puso pálido y lanzó un grito penetrante.

—Vaya! ¿qué le da ahora a este muchacho? —exclamó el doctor con tono brusco como de ordinario —¿Qué ves? ¿Qué sientes? ¿Qué oyes? Ea! habla!

—Esa casa caballero! —dijo Oliverio.

—Y bien! ¿Qué? Parad cochero! Qué es lo que tiene de particular esa casa muchacho?

—Los ladrones! La casa en que me han conducido! —dijo en voz baja Oliverio.

Sin dar tiempo al cochero para bajar de su asiento el doctor logró (no sé como) salir de la calesa y corrió en derechura a la casucha, a cuya puerta llamó con golpes redoblados, como un rabioso.

—Voto a mil legiones de demonios! —prorrumpió un feo y raquítico jorobado, abriendo la puerta tan bruscamente que el doctor que acababa de dar su último punta-pié perdió el equilibrio y faltó poco, para que no cayera de todo lo largo en el pasadizo —¿Qué es lo que sucede?

—Lo que sucede? —exclamó el otro cogiéndole por el pescuezo, sin darle tiempo para decir Jesús —Lo que sucede! Se trata de un robo con escalamiento y fractura: He aquí lo que sucede!

—Entonces sucederá además un homicidio si no me soltais! —contestó el jorobado con frialdad —Lo entendeis?

—Sí; os entiendo! —replicó el doctor apretando a éste fuertemente —Dónde está... (Por vida... ahora se me escapa el nombre.) Dónde está ese ladrón ese pillo de Sikes?

El raquítico jorobado miró al doctor con asombro e indignación a la vez; y desprendiéndose con sagacidad de las manos de este último, se retiró al fondo de la casa profiriendo un Kirie... le... de juramentos

horribles. míster Losberne le siguió hasta una salita obscura sin decir palabra.

Miró en torno suyo con alguna inquietud; ningún mueble; ningún objeto animado o inanimado, ni aun el sitio de los armarios: nada en fin respondía a la descripción, que de ella había hecho Oliverio.

—Ea! —dijo el jorobadillo que había estudiado todos sus movimientos —Cuál es vuestra intención al entrar de este modo en mi casa? Venís para robarme o para asesinarme? Cuál de las dos cosas?

—Habéis visto alguna vez vos viejo vampiro a un ladrón o asesino bajar de un coche, para dar su golpe de mano? —preguntó el irracible doctor.

—Entonces que queréis? —exclamó el jorobado con acento furioso —Os invito a que salgais incontinenti si no queréis que os suceda una desgracia.

—Me iré cuando me dará la gana! —dijo míster Losberne echando una ojeada rápida a otra salita que lo mismo que la primera no tenía nada de semejante con la descripción que Oliverio había hecho de ella —Amigo mio! Sabré volveros a encontrar uno de esos días.

—Si hé! —dijo rechinando los dientes el horrendo jorobado. —Si alguna vez necesitáis de mí, aquí me encontraréis. Hace veinte y cinco años que no he vivido solo en este sitio en tal estado para que vinierais vos a asustarme de este modo. Me la pagaréis! Estad seguro de ello.

Dichas estas palabras el feo y diminuto monstruo dio un grito acre y se puso a bailar con un furor frenético.

—Esto es demasiado ridículo, —dijo el doctor para sí —Es necesario que el muchacho se haya engañado. Tomad esto!

Al mismo tiempo sacó de su faltriquera una moneda que arrojó al jorobado y volvió a la calesa.

Este le siguió hasta la portezuela lanzando imprecaciones todo el camino y mientras míster Losberne hablaba al cochero lanzó sobre Oliverio una mirada tan furiosa que de noche como de día el niño pensó en ella durante un mes entero.

El jorobado continuó sus juramentos y sus imprecaciones hasta que el cochero hubo subido otra vez a su asiento; y cuando el coche estuvo ya lejos se le hubiera podido ver aun de cierta distancia patear de rabia y arrancarse los cabellos en un exceso de furor.

—Soy un asno! —dijo el doctor después de un silencio dilatado — ¿Lo sabias tu Oliverio?

—No Señor.

—Pues bien otra vez no lo olvides! Sí; soy un borrico! —continuó el doctor después de un momento de reflecsión... Dado caso que aquella hubiera sido la misma casa y los mismos individuos ¿qué podía hacer solo?

Y aun cuando hubiera dado recio no habría hecho mas que venderme a mí mismo divulgando la estratagema que he debido emplear para ahogar este asunto. Y con todo esto hubiera sido bien hecho! Me hundo siempre en algún pantano, obrando así, según mi primer impulso y nunca saco de ello ningún bien.

El hecho es que este hombre excelente jamás en su vida había obrado de otro modo; y que lejos de hundirse en un pantano como decía, la naturaleza del impulso que seguía era tal que se había adquirido el respeto y la estimación de todos los que le conocían.

Como Oliverio sabía el nombre de la calle en que habitaba míster Brownlow se dirigieron a ella en derechura, sin buscar y cuando la

calesa dobló la esquina de esa calle, el corazón del niño palpitó con tanta fuerza que apenas podía respirar.

—Hijo mio! Dinos ahora que casa es esa? —preguntó míster Losberne al doblar una esquina.

—Allí! allí! Aquella! La casa blanca! —exclamó vivamente Oliverio sacando la cabeza por la portezuela del coche —Oh! pronto... pronto... os lo suplico! Siento que me moriré de alegría... Estoy todo tembloroso.

—Paciencia! Paciencia! —dijo el bueno del doctor dándole un golpecillo sobre la espalda... Los verás al momento y ellos estarán gozosos de verte sano y salvo.

—Oh! No lo dudo! —replicó Oliverio —Han sido tan buenos para conmigo! Si lo supierais caballero!

—El coche se paró: no era esta la casa. Avanzó algunos pasos y se paró otra vez. Lágrimas de contento se escaparon de los ojos del niño cuando miró a las ventanas... Ah! La casa blanca estaba desierta y un letrero con estas palabras «Para alquilar.» colgaba encima de la puerta.

—Llamad a la otra puerta cochero! —dijo el doctor pasando su brazo bajo el de Oliverio.

—Sabéis que se ha hecho de míster Bronwlow que habitaba la casa vecina? —preguntó a la criada que vino a abrir.

—No lo sé; —contestó ésta —pero voy a informarme.

Volvió al cabo de un momento y dijo que hacia cerca seis semanas que míster Brownlow había vendido su moviliario y que en seguida había partido para las Indias occidentales.

—Se ha llevado con él la ama de llaves? —preguntó míster Losberne después de un momento de reflecsión.

—Sí caballero. —respondió la criada —Se ha llevado a su ama de llaves y a uno de sus amigos... Los tres han partido en el mismo día.

—Ea! derecho a casa cochero! —dijo míster Losberne —y picad de recio a vuestros caballos hasta que estemos fuera de este maldito Londres.

—Y el librero señor? —dijo Oliverio —Sé donde habita... Vamos allá; os lo ruego...

—Pobre muchacho! —contestó el doctor. —Basta ya de desorientamiento por hoy. Si vamos a la habitación del librero, no dudo que habrá muerto, o que su casa ha sido incendiada, o bien que se ha fugado.... No; derecho al domicilio. —Y conforme al primer impulso del doctor, se volvieron a casa.

Esta circunstancia con todo no produjo cambio alguno en la conducta, de las bienhechoras de Oliverio para con él. Pasó luego una quincena, y habiendo llegado la hermosa primavera se prepararon para dejar por algunos meses la casa de Chertsey.

En consecuencia enviaron a casa su banquero la platería que había excitado tanto la codicia del judío y después de haber dejado a Giles y otro criado en la casa para que cuidaran de ella durante su ausencia, las dos señoras partieron a su casa de campo situada a algunas leguas distante de allí llevándose con ellas a Oliverio.

La campiña en que se habían retirado era a la verdad encantadora y Oliverio poco acostumbrado a una mansión tan deliciosa, parecía empezar una nueva vida.

Cada mañana iba cerca la iglesia en casa un anciano de blancos cabellos quien le enseñaba a leer y a escribir, el cual lo hacia con tanto ahinco que Oliverio jamás podía hacer bastante para contentarlo.

En seguida daba un paseo con sus bienhechoras; y si se sentaban para recrearse con la lectura, escuchaba con tanta atención que la noche hubiera llegado sin notarlo.

Luego era necesario prepararse para la lección del día siguiente encerrándose en un pequeño gabinete, que daba al jardín y estudiando hasta la tarde en que se daba un segundo paseo.

Todos los días a las seis de la mañana estaba en pié recorriendo los campos y cogiendo flores de las que hacia ramilletes que ponía sobre la mesa a la hora del almuerzo. Traía también yerba murages para los pájaros de la Señorita Maylie y decoraba con ella las jaulas con un cuidado exquisito.

Concluida esta faena siempre había alguna pequeña comisión que desempeñar en el pueblo, algún acto de caridad que ejecutar de parte de las señoras.

O bien se divertía cultivando en el jardín las plantas que el clérigo del villorrio, que era jardinero, le había enseñado a conocer y en medio de esa ocupación llegaba la Señorita Rosa, quien jamás dejaba de elogiarle por todo lo que había hecho recompensándole siempre con una sonrisa graciosa.

Así transcurrieron tres meses: tres meses de felicidad para Oliverio, cuya vida hasta entonces no fuera mas que una cadena contínua de tristezas y de tormentos.

Capítulo treinta y dos

Un acontecimiento imprevisto viene a turbar la dicha de nuestros tres amigos

El estío sucedió pronto a la primavera y la campiña que Oliverio había encontrado tan hermosa al llegar a la aldea, desplegaba entonces sus riquezas y se mostraba en todo el esplendor de su belleza. La tierra se había revestido de un manto de verdor y exhalaba sus mas dulces perfumes.

Una tarde que regresaban de un paseo mas largo que de costumbre, Rosa que había estado sumamente jovial durante todo el camino, se sentó al piano. Después de haber recorrido maquinalmente durante algún tiempo sus dedos sobre el teclado, tocó un aire lánguido y la señora Maylie creyó oirla sollozar.

—Rosa! Mi buena amiga! —dijo.

La joven guardó silencio; pero tocó con un poco mas de viveza como si la voz de la buena señora la hubiese arrancado de su sueño penoso.

—Rosa! Querida mia! —exclamó ésta levantándose precipitadamente de su silla y acercándose a la joven. —Qué tienes?... Tu semblante está lleno de lágrimas! Dime qué ha podido causarte disgusto?

—Nada tia, os lo aseguro! —dijo Rosa —En verdad no sé lo que tengo; pero me encuentro esta noche tan abatida!

—Ángel mio! ¿Si estarás enferma? —preguntó la Señora Maylie.

—Ah! No; no estoy enferma? —respondió Rosa estremeciéndose como si un frío mortal la hubiese cogido súbitamente... —Ello no será

nada! Pronto me encontraré mejor! Cerrad la ventana, os lo ruego!

—Oliverio la cerró bien y la joven haciendo todos los esfuerzos posibles para dominar el sentimiento que la agitaba, procuró tocar un aire mas festivo.

Pero apenas sus dedos rozaron las teclas, cuando no pudo contenerse y cubriéndose el rostro con ambas manos, fue a sentarse en un sofá y dio libre curso a sus lágrimas.

—Mi querida niña! —exclamó la Señora Maylie —Jamás le he visto en tal estado!

—He hecho todo lo que he podido para no alarmaros! —dijo Rosa —Pero creo que realmente estoy enferma.

Lo estaba en efecto, pues cuando trajeron luz notaron que estaba pálida como la muerte. La espresión de su fisonomía nada había perdido de su belleza; pero con todo estaba cambiada y había en sus facciones tan dulces y tan regulares algo de extraviado que no se había visto antes de entonces.

En un momento, su rostro se volvió purpúreo y sus hermosos ojos azules se cubrieron de una nube. Al cabo de pocos minutos estaba lívida hasta dar miedo.

Oliverio que durante todo este tiempo había observado a la señora Maylie con la atención mas asídua, notó que estos síntomas extraños la habían alarmado y él mismo quedó aterrorizado.

Pero viendo que ella procuraba ocultar su turbación afectando un aspecto tranquilo; hizo otro tanto la misma Rosa al ir a acostarse a instancia de su tia, se mostró mas alegre y pareció encontrarse mucho mejor. Les aseguró su certitud de levantarse a la mañana siguiente en perfecta salud.

—Creo que no hay nada de serio ¿no es cierto Señora? —dijo Oliverio cuando la Señora Maylie volvió a entrar en el salón. —Parece que la Señorita no se encuentra muy bien esta tarde; pero...

La buena señora le hizo señal de que no hablara y sentándose en un rincón permaneció silenciosa durante algún tiempo. Al fin dijo con voz trémula.

—Espero que no será nada, Oliverio. He sido muy feliz con ella por espacio de algunos años! Demasiado feliz tal vez; y podría ser que me sucediese alguna desgracia! No, que quiera decir que este sea el caso.

—Qué desgracia señora? —preguntó Oliverio.

—La de perder esa niña querida que por tanto tiempo ha sido mí alegría... mi dicha! —dijo aquella con voz entrecortada.

—Dios no lo permita! —exclamó vivamente Oliverio.

—Hágase su santa voluntad? —repuso la señora torciéndose las manos.

—Oh! Seguramente no nos amenaza una desgracia tan grande! —dijo Oliverio —Aun no hace dos horas que estaba tan buena!

Los temores de la Señora Maylie eran por cierto demasiado fundados y lo que había predicho sucedió. A la mañana siguiente se declararon en Rosa los síntomas de una enfermedad peligrosa.

Es necesario darnos prisa y no perder el tiempo en aflicciones inútiles —dijo la Señora Maylie, apretando la frente con sus manos. — míster Losberne debe recibir esta carta lo mas pronto posible.

Es preciso llevarla al pueblo vecino, que está a cuatro millas de distancia lo mas, andando por el atajo y de allí remitirla a Chertsey por un expreso a quien encargareis que ande a toda prisa. La gente de la posada se encargarán de ello y a vos os recomiendo que la veáis marchar.

Oliverio no pudo responder tal era su afán de alejarse inmediatamente.

—Tomad esta otra! —continuó la señora Maylie con ademan pensativo —Pero no sé si será mejor esperar que el doctor me haya dicho lo que piensa de Rosa... En el caso de haber peligro no quisiera remitirla.

—Es también para Chertsey Señora? —preguntó Oliverio alargando su mano trémula para recibir la carta, impaciente como estaba de cumplir su comisión.

—No, —contestó la señora entregándosela maquinalmente.

Oliverio echó una ojeada al sobre y vio que era para Enrique Maylie, en casa de un caballero, del cual no pudo descifrar ni el hombre ni el domicilio.

—Queréis que ella parta señora? —preguntó Oliverio mas impaciente que nunca.

—Creo que será mejor esperar a mañana! —dijo la Señora Maylie volviéndola a tomar.

Dicho esto, dio su bolsillo a Oliverio; que se lanzó fuera del salón sin despedirse de su bienhechora.

Corriendo a través de los campos todo lo que sus fuerzas le permitieron, ya oculto por el trigo de alto talle que se elevaba en ambos lados del camino, ya en medio de un llano, en el que había hombres ocupados en segar y hacer gavillas y no deteniéndose mas que para tomar aliento, llegó al fin cubierto de sudor y de polvo a la plaza del mercado del villorrio.

Su primer cuidado fue buscar la posada de que le había hablado la Señora Maylie. Miró a todos lados. De pronto se presentó a sus miradas una cerveceria pintada de rojo, luego la casa de la villa pintada

de amarillo y luego al fin una posada, que tenía por muestra. Al rey Jorge.

Inmediatamente entró en ella.

Se dirigió a un postillón que fumaba su pipa en el lindar de la puerta cochera, quien después de haberse hecho explicar la clase del mensaje que llevaba Oliverio, lo envió al muchacho de cuadra quien después de la misma esplicación lo endosó al maestro de postas que apoyado contra la bomba cerca la puerta de la cuadra se divertía paseando en su boca un monda-dientes de plata.

Este tomó la carta de las manos del niño y se dirigió con displicencia hácia el bufete para enterarse de la dirección, (lo que ecsijió aun bastante tiempo.) Luego que se hubo enterado y exigido la paga adelantada, hizo ensillar un caballo y dio orden a un postillón de que se preparara, lo que fue tarea de un cuarto de hora, durante cuyo tiempo Oliverio que estaba como entre espinas tuvo veinte veces la tentación de saltar sobre el caballo y correr a brida suelta hasta la próxima parada.

Sin embargo al fin todo quedó listo y Oliverio después que hubo encargado encarecidamente al postillón de marchar lo mas aprisa que le fuera posible, éste partió como el rayo y en menos de nada estuvo al extremo opuesto del villorrio.

No era poco para Oliverio tener la certeza de que la joven enferma iba a recibir prontos auxilios y que no había habido tiempo perdido.

Acababa de dejar el patio de la posada, con el corazón menos oprimido y pasaba el lindar de la puerta cochera corriendo, cuando se enredó entre las piernas de un hombre envuelto en una capa que entraba en el parador.

—Qué diablos es esto? —dijo el hombre retrocediendo de golpe al ver el niño.

—Perdonad caballero! —contestó éste —Estaba ansioso de volver a casa y no os veía.

—Maldición! —murmuró el hombre entre dientes lanzando a Oliverio una mirada furiosa —Es posible! Qué un rayo te parta! Creo que si estuviera muerto, saldría expresamente de su tumba para encontrarse en mi camino!

—En verdad lo siento mucho caballero! —balbuceó Oliverio espantado del modo como le miraba el estrangero. —Os he hecho daño?

—Maldición! —murmuró de nuevo. —Si hubiese tenido solo el valor de pronunciar una palabra, largo tiempo hace estaría desembarazado de él! Qué el infierno te confunda! ¿Qué haces tu ahí pequeño demonio?

—Esto diciendo rechinó los dientes, cerró los puños y abalanzándose sobre Oliverio como para cogerlo, cayó de espaldas espumeante de rabia y debatiéndose como un furioso.

Oliverio con todo no pudo hacer caso de este hecho extraño porque luego que hubo llegado a la casa, cuidados mas serios ocuparon su alma y desviaron su atención de lo que le era personal.

Rosa estaba mucho mas mala; la fiebre había redoblado y al anochecer entró en delirio. El cirujano del país no la dejó un solo instante.

Apenas la hubo visto llamó a parte a la Señora Maylie y le declaró que la enfermedad era de las mas graves y que solo un milagro podía salvar a su sobrina.

A la mañana siguiente todo fue silencio en el interior de la casa. Se hablaba en voz muy baja; algunas mujeres y niños se presentaban de tiempo en tiempo a la verja y se volvían con las lágrimas en los ojos.

Todo el día y aun hasta mucho después de puesto el sol, Oliverio se paseó en el jardín levantando la vista a cada momento hácia la ventana del aposento de la enferma. Le parecía por la tristeza del lugar que la muerte debía estar allí y se estremecía de horror.

Era ya muy entrada la noche cuando míster Losberne llegó —Es una gran desgracia! —dijo al ver a Rosa —Tan joven, tan amable! Pero poca esperanza queda!

Durante muchos días la muerte parecía habitar en esta casa, tanta era su tristeza y melancolía, el silencio mas profundo reinaba en ella; el dolor estaba impreso en todos los semblantes.

Una tarde la Señora Maylie y Oliverio estaban sentados en el salón, cuando fueron arrancados de sus meditaciones por el ruido de una persona que se acercaba. Ambos se precipitaron involuntariamente hácia la puerta, en el momento en que entró míster Losberne.

—Y Rosa? —exclamó la Señora Maylie —Hablad, os lo suplico! Estoy preparada del todo! No puedo vivir mas tiempo en tan horrible incertidumbre! Hablad en nombre del cielo; hablad!

—Calmaos señora! —dijo el doctor, tomándola por el brazo. —Calmaos os lo ruego!

—Por amor de Dios dejadme —continuó la Señora Maylie con voz ahogada —Rosa, mi querida niña! Ha muerto! Se muere!

—No, —exclamó el doctor con fuerza —Dios que es la misma bondad, permite que ella viva aun largos años para la felicidad de todos nosotros.

La buena Señora cayó de rodillas y procuró plegar las manos en señal de acción de gracias; pero el valor que la había sostenido por tanto tiempo la abandonó de improviso y se desmayó en los brazos de su antiguo amigo.

Capítulo treinta y tres

Entra en la escena un nuevo personaje. Sucede a Oliverio otra nueva aventura

En verdad esta era mayor dicha de la que Oliverio podía soportar. Aturdido y estupefacto, a una noticia tan inesperada, le era imposible llorar ni hablar ni aun estarse quieto. Apenas podía darse cuenta a sí mismo de lo sucedido.

Solo después de haber dado una larga carrera por los campos y cuando el aire fresco del anochecer le volvió los sentidos, pudo derramar un torrente de lágrimas.

La noche estaba ya muy adelantada y regresaba a casa cargado de flores que había cogido con particular esmero para adornar el aposento de la enferma, cuando vio a su espalda un carruaje que avazanba rápidamente. Se volvió y vio una silla de posta tirada por dos caballos que corrían al galope.

Como el camino era muy estrecho en este sitio se apartó a un lado para dejar pasar el coche.

Al pasar este por frente de él divisó a un hombre con un casquete de algodón cuya fisonomía no le era desconocida a pesar de no haber tenido tiempo para reconocerle.

En menos de un segundo el hombre del gorro de algodón sacó la cabeza por la portezuela y con voz estentórea gritó al postillón que parase (lo que no era muy fácil atendida la rapidez con que marchaban los caballos.) Sin embargo al fin éste último habiéndolo logrado

no sin trabajo, el hombre del gorro de algodón, sacó de nuevo la cabeza por la portezuela y llamó a Oliverio por su nombre.

—Oe! Señor Oliverio! Señor Oliverio! Cómo se encuentra la Señorita Rosa?

—Sois vos Señor Giles? —exclamó Oliverio corriendo hácia al carruaje.

Giles se preparaba para responder, porque la borla del gorro de algodón, se ostentó perpendicular fuera de la portezuela; pero se lo impidió un joven, que le hizo sentar otra vez bruscamente, dirigiendo él la palabra a Oliverio.

—Sin rodeos! —le dijo —Mejor o peor?

—Mejor; mucho mejor! —respondió vivamente Oliverio.

—Bendito sea el Señor! —Estáis bien seguro de ello?

—Si señor —El cambio se ha verificado hace algunas horas. míster Losberne afirma que ella está ya fuera de peligro.

Sin decir mas el joven abrió la portezuela, se lanzó fuera del carruaje y cogiendo bruscamente a Oliverio por el brazo, lo tomó a parte.

—Vos estáis seguro de lo que decís, no es verdad amigo mio? —preguntó con voz temblorosa —Creo que no queréis engañarme dándome una esperanza que no pueda realizarse, ¿no es cierto?

—Oh! no seguramente, señor! —contestó Oliverio —No lo haría por todo lo del mundo; podéis creerme! Hé aquí las propias palabras de míster Losberne: Ella vivirá aun largos años para la felicidad de todos nosotros! Estaba yo presente cuando ha dicho esto a la Señora Maylie.

Al recuerdo de una escena tan sensible se escaparon de los ojos del niño lágrimas de ternura y el mismo joven, volviéndose de lado

para ocultar su emoción guardó silencio largo rato.

Entre tanto Giles sentado en el estribo del carruaje con los codos apoyados sobre sus rodillas enjugaba sus lágrimas con un pañuelo de algodón azul salpicado de puntos blancos. A juzgar por los ojos encarnados de este fiel criado, su emoción no era de ningún modo fingida.

—Giles, subid otra vez a la silla de posta e id en derechura a casa mi madre. —dijo el joven. —Yo prefiero andar un poco a pié para prepararme a verla. Le diréis que vengo despacio.

—Señor Enrique os agradeceria mucho —dijo Giles, dando la última recomposición a su rostro con el pañuelo —Os agradeceria en el alma que os dignaseis encargar este mensaje al postillón... Creo que no es conveniente que comparezca de este modo ante las criadas. Si me viesen en tal estado perdería toda mi autoridad sobre ellas.

—Pues bien! —repuso Enrique Maylie sonriendo —Obrad a vuestro gusto. Que se adelante el postillón con las maletas... y vos seguidnos si queréis. Solamente os encargo que cambieis de tocado si os place, sino preferís que nos tomen por locos.

Giles acordándose que llevaba en la cabeza su gorro de algodón, lo embuchó aceleradamente en su faltriquera y tomando su sombrero que estaba dentro el carruaje, se lo puso sin dilación. El postillón emprendió la marcha y míster Maylie, Oliverio y Giles siguieron al paso.

Mientras andaban, Oliverio echaba de tanto en tanto una ojeada al recién venido. Podía tener de veinte y cuatro a veinte y cinco años; era de estatura mediana, su noble figura descubría un aire de franqueza y de bondad, sus maneras eran distinguidas y modestas a la vez.

A pesar de la diferencia que existe entre la juventud y la vejez, se parecía tanto a la Señora Maylie que Oliverio pudo adivinar sin difi-

cultad que era el hijo de esa señora aun cuando él no hubiese hablado de ella en tal cualidad.

La Señora Maylie estaba impaciente por ver a su hijo en el momento en que éste abrió la puerta del salón y la entrevista fue de las mas tiernas.

—Buena madre! —dijo el joven —Por qué no haberme escrito mas pronto?

—Había escrito. —contestó la Señora Maylie —pero después de reflecsionarlo creí que era mas prudente no enviar la carta hasta después de haber visto a míster Losberne.

—Pero por qué? —Por qué esperar el último momento? Si Rosa hubiese... (no me atrevo a pronunciar la palabra.) Si esta enfermedad hubiese tenido un fin diverso, no os hubierais reprochado toda la vida vuestro silencio? Y yo hubiera podido ser jamás feliz en el porvenir?

—Si así hubiese sucedido vuestras esperanzas hubieran quedado completamente destruidas y no se que vuestra llegada aquí un día mas pronto o mas tarde hubiese sido de grande importancia.

—Quién puede dudarlo madre mia? —Vos sabéis cuanto la amo... Vos debéis saberlo.

—Así es. —Se muy bien que ella merece el amor mas puro y mas constante; un amor duradero cimentado por la mas sólida amistad.

Si no estuviera convencida de que un cambio de conducta por parte de aquel que ella amara destrozaria su corazón, no encontraría mi tarea, tan difícil de cumplir y no esperimentaria este combate interior cuando me esfuerzo en obrar lo mas concienzudamente posible en esta circunstancia.

—Esto no está bien madre mia! Me suponeis pues tan niño que no conozca mi propio corazón o que pueda equivocarme sobre la natu-

raleza de mis sentimientos?

—Pienso querido Enrique. —dijo la buena señora poniendo la mano sobre la espalda de su hijo —pienso que la juventud está sujeta a impulsos generosos del corazón que no son duraderos y que existen ciertos sentimientos que por ser divisibles resultan a veces mas pasajeros.

Se además —prosiguió mirando fijamente al joven —que una mujer que puede sonrojarse de su nacimiento (bien que sin culpa suya) está expuesta, como sus hijos a los sarcasmos de los necios; que su marido por generoso que sea, puede un día arrepentirse de haberle dado su mano en un momento de entusiasmo y ella notar su indiferencia y morirse de dolor.

—El que así se portara seria indigno de llevar el nombre de hombre! exclamó Enrique. —Este seria un sér brutal.

—Es así como pensáis al presente Enrique?

—Y como pensaré siempre! —Todo lo que he sufrido desde hace algunos días me arranca la confesión sincera de una pasión que no data de ayer y que no he concebido ligeramente; vos misma lo sabéis. miss pensamientos, mis esperanzas, mi porvenir todo está en ella... No veo nada mas allá de Rosa.

Si poneis un obstáculo a mis deseos me quitais la paz y la felicidad. Pensadlo seriamente madre mia y conoced mejor mis sentimientos.

—Enrique —Justamente porque los conozco, es porque quisiera que no fueran destrozados. Pero hemos dicho ya bastante sobre este asunto.

Qué Rosa decida por sí misma! No es cierto que no intentais oponeros a mis votos?

—No sin duda. —Pero reflecsionadlo bien vos mismo.

—Lo he reflexionado hace años —miss anhelos serán siempre los mismos! —replicó Enrique impaciente —Y por qué tardase en declararme? Qué ventaja sacaré de ello? No veo ninguna. No; antes que deje esta casa es preciso que Rosa me escuche!

—Ella os escuchará. —dijo la señora Maylie preparándose para marcharse del salón.

—Dónde vais madre mia?

—Voy a reunime con Rosa. Hasta la vista!

—Os volveré a ver esta noche? —preguntó vivamente Enrique.

—Sin duda! —contestó la buena señora.

—Decidla también cuán inquieto he estado! Cuanto he sufrido al saber que estaba enferma y cuanto me tarda el verla... No es verdad madre mia que haréis esto por amor a mí?

—Sí; —La diré todo esto. —Después de estas palabras apretó tiernamente la mano de su hijo y desapareció.

Durante este diálogo entre la madre y el hijo, míster Losberne y Oliverio se habían mantenido apartados al extremo del salón.

El primero se adelantó entonces hácia Enrique, tendiéndole la mano y después de algunos saludos por una y otra parte el doctor en contestación a las preguntas multiplicadas del joven, le hizo un detalle exacto de los progresos de la enfermedad de Rosa y del cambio feliz que se había operado por la tarde; el que estuvo perfectamente acorde con lo que Oliverio había dicho en el camino.

—No os ha acontecido algo de extraordinario desde aquel hecho de marras carísimo Giles? —preguntó el doctor volviéndose a éste que mientras se ocupaba en desocupar las maletas prestaba un oído atento a lo que se decía de su joven ama.

—No señor. —respondió Giles ruborizándose hasta el blanco de los ojos.

—Y no habéis puesto la mano sobre ningún ladrón? —añadió el doctor con malicia.

—Sobre ninguno señor. —repuso Giles con suma gravedad.

—Lo siento a fe mia! —continuó el doctor. —Os lucís tanto en esta especie de cosas! Y Brilles que tal anda?

—El joven, se porta bien a Dios gracias! —replicó Giles volviendo a recobrar su aire de importancia —Me ha encargado para vos muchas expresiones.

—Muy bien! —dijo míster Losberne —A propósito Giles! Vuestra presencia me recuerda que la víspera de mi llegada aquí desempeñé con vuestra ama una pequeña comisión a favor vuestro. Queréis tomaros la molestia de acercaros para que os diga una palabra aparte?

Giles se adelantó hácia el alfeizar de la ventana, con ademan de importancia y de asombro a la vez, y luego que hubo tenido con el doctor una pequeña conferencia en voz baja, que terminó por un gran número de cortesías, se retiró con una satisfacción poco común.

El motivo de esta conferencia no fue conocido en el salón pero se supo a la cocina porque míster Giles se dirigió a ella en derechura y habiéndose hecho llevar un jarro de cerveza y vasos, anunció con aire de complaciente dignidad que produjo grande efecto, que en consideración a su conducta brillante cuando la tentativa del robo había placido a su ama depositar en la caja de ahorros la suma de veinte y cinco libras esterlinas en su nombre y por su propia cuenta.

El resto de la velada se pasó alegramente en el salón; porque míster Losberne tenía buen humor; y bien que Enrique Maylie estuviese pensativo y al mismo tiempo muy fatigado, no pudo sostenerse contra las salidas y la gracia del doctor, al relatar algunas anécdotas refe-

rentes a su profesión llenas de mucha sal y mucha chispa; de modo que Oliverio que jamás había oído nada semejante no pudo menos de reír a carcajadas, con gran satisfacción del doctor que se reía a su vez a garganta desplegada de las farzas que divulgaba y cuya alegría loca arrastrando pronto a Enrique Maylie no pudo menos de seguir su ejemplo.

A la mañana siguiente Oliverio se levantó mas ufano y mas dispuesto y se entregó a sus ocupaciones ordinarias con mas placer del que le había hecho en los días anteriores.

Una cosa digna de observación y que no escapó a Oliverio fue que no era solo en sus excursiones matutinales.

Desde la vez primera que Enrique Maylie le vió regresar a casa cargado de ramilletes, de repente cobró tal pasión por las flores y las reunía con tanto gusto que muy pronto sobrepujó en este arte a su joven compañero.

Pero si Oliverio estaba mas atrasado en cuanto a esto, sabía mejor donde encontrar las mas hermosas y cada mañana nuestros dos amigos recorrían la llanura y nunca volvían a casa con las manos vacías.

Cuando alguna vez Rosa para respirar un aire mas puro dejaba su ventana entreabierta se hubiera podido observar al interior en un jarro lleno de agua, un bonito ramillete cuyas flores estaban artísticamente mezcladas.

Un ramillete nuevo reemplazaba cada día al de la víspera, que se guardaba preciosamente aun que estuviera marchito, y Oliverio notó que cada vez que míster Losberne se paseaba en el jardín nunca dejaba de levantar su vista hácia la ventana sobre la que estaba el pequeño jarro y que entonces balanceaba la cabeza del modo mas expresivo.

Entre tanto Rosa se restablecia y recobraba de día en día sus fuerzas.

A pesar de que la joven convaleciente no se hallase aun en estado de dejar el aposento y que los paseos acostumbrados de la tarde no tuviesen lugar mas que raras veces, Oliverio no encontraba por eso el tiempo largo.

Redobló de asiduidad al lado del buen anciano que le daba lecciones y trabajaba con tal ardor, que él mismo quedó sorprendido de los progresos rápidos que hizo. Mientras seguía el curso de sus estudios fue cuando se alarmó muchísimo por un accidente imprevisto.

La salita que le servía de gabinete de estudio estaba situada en el piso bajo tras de la casa. Recibía la luz por una ventana enrejada al rededor de la cual se entrelazaban la madreselva y el jazmín, que derramaban en el interior un perfume delicioso.

Esta ventana caía en un jardín cerrado por una cerca tras la cual se veían verdes florestas y prados esmaltados de flores. Como no había habitación cercana en esta dirección su perspectiva era dilatadísima.

Una tarde cuando las primeras sombras de la noche empezaban a cubrir la tierra, Oliverio estaba sentado frente a una mesa cerca la ventana de su gabinete con los ojos fijos sobre sus libros. Como el día había sido excesivamente caloroso y él había trabajado mucho, se amodorró por grados y se durmió insensiblemente.

Oliverio sabía muy bien que estaba en su salita de estudio, con sus libros colocados ante él sobre una mesa y que un céfiro blando agitaba las hojas al exterior; con todo dormía.

De repente la escena cambió, el aire se hizo mas espeso y se creyó de nuevo en la casa del judío, donde el horrible viejo desde el rincón de la chimenea su sitio acostumbrado le señalaba con el dedo, ha-

blando al oído de otro individuo sentado a su lado que daba la espalda al niño.

—Chito! dijo Fagin —El es! vámonos!

—El! —respondió el otro —pensáis que no le reconozca? Si se encontrara en medio de una multitud de demonios, revestidos de su misma forma y fisonomía, algo habría que me lo haría reconocer entre ellos.

Si estuviera a cincuenta pies bajo la tierra y la casualidad me condujera sobre su tumba sabría bien que está enterrado allí aunque nada hubiera que me lo indicase. Qué un rayo le confunda!

Había tanto odio en las palabras de ese hombre que Oliverio se despertó sobresaltado y se estremeció de espanto.

—Gran Dios! —allí, allí... ante su ventana, muy cerca de él... tan cerca que hubieran podido tocarle, antes de tener tiempo para huir... vio al judío que le miraba!

Su vista penetrante encontró la suya... y al lado del horrible viejo... ante esta misma ventana pálido de rabia o de terror o tal vez de ambas cosas estaba ese mismo hombre que le había hablado tan bruscamente a la puerta de la posada.

En menos de nada desaparecieron con la celeridad del relámpago pero le habían reconocido como él a ellos y sus miradas habían quedado grabadas en su memoria tan profundamente como sobre la piedra.

Por de pronto quedó hecho un mármol; pero luego abriendo la reja y saltando por la ventana al jardín dio la alarma dando grandes gritos.

Capítulo treinta y cuatro

Resultado poco satisfactorio de la aventura de Oliverio, entrevista de alguna importancia entre Enrique Maylie y la señorita Rosa

Cuando los comensales de la casa atraídos por los gritos de Oliverio llegaron apresuradamente al jardín, encontraron, a ese pobre niño pálido y azorado señalando con el dedo el prado, al detrás de la cerca y pudiendo apenas articular estas palabras.

—El judío! el judío!

Giles no podía comprender lo que esto significaba, pero Enrique Maylie a quien su madre había contado la historia de Oliverio estuvo pronto al caso.

—¿Qué camino ha tomado? —preguntó armándose de un buen garrote que estaba en un rincón.

—Por allí! —contestó Oliverio señalando con el dedo la dirección que habían tomado los dos hombres. Los he perdido de vista en un momento.

—Entonces están en el barranco. Seguidme tan de cerca como podáis. Dicho esto, saltó la cerca y corrió con tal prisa que los demás tuvieron trabajo en seguir sus pasos.

Giles andó cuanto pudo.

Oliverio hizo lo mismo; y míster Losberne, que había ido a dar un paseo por los campos, habiendo regresado en esta circunstancia, saltó la cerca como los otros tres y enderezándose con mas ligereza de la que podía creerse en él, les siguió muy de cerca llamándoles todo el camino para saber la causa de su escursión.

Así corrieron, sin tomar aliento hasta el ángulo de un campo indicado por Oliverio. Entonces Enrique Maylie que había llegado el primero, se puso a inspeccionar el barranco y la cerca. En este tiempo se le reunieron los demás y Oliverio pudo explicar a míster Losberne el motivo de esta persecución.

Sus pesquisas fueron inútiles; no descubrieron mas que las huellas de los pasos de los dos fugitivos. En este momento se hallaban en la cima de una colina que dominaba la llanura, en un radio de tres o cuatro millas.

La aldea estaba en el fondo a la derecha; pero suponiendo que los dos hombres hubiesen tratado de refugiarse en ella, tenían necesidad de hacer en rasa campiña un circuito que no les era posible recorrer en tan poco tiempo.

Es verdad que un bosquecillo rodeaba la pradera en otra dirección pero no habían podido llegar a él por la misma razón.

—Oliverio de seguro habéis soñado! dijo Enrique Maylie tomando a parte a Oliverio.

—Oh! no seguramente Caballero! —replicó Oliverio a quien el recuerdo del asqueroso viejo hizo estremecer involuntariamente —Los he visto demasiado bien... Los he visto a ambos como os veo a vos ahora.

—¿Quién era el otro? —preguntaron a un tiempo el joven y míster Losberne.

—Aquel de quien os he dicho me trató tan bruscamente a la puerta de la posada —dijo Oliverio —Nos hemos mirado uno a otro con harta fijeza paraque pueda engañarme... Juraria que es él.

—Estáis seguro de que se han escapado por este lado? preguntó Enrique.

—Estoy tan seguro como es la verdad que estaban frente mi ventana —replicó Oliverio señalando con el dedo la cerca que separaba el jardín y la pradera. El mas alto ha saltado en ese mismo sitio y el judío ha pasado por ese agujero que veis a la derecha.

Enrique Maylie y míster Losberne se miraron y parecieron satisfechos de las respuestas de Oliverio.

Sin embargo ningún indicio de personas que huyen precipitadamente, se ofreció a su vista: la yerba alta no... estaba pisoteada en ninguna parte excepto en los sitios que ellos mismos habían recorrido, los bordes del barranco eran todo barro, pero en ningún punto ese barro llevaba la marca de zapatos de hombre.

—Cosa extraña! —dijo Enrique.

—Extraña! —repitió el doctor —y tanto que los mismos Blathers y Duff perderian la brújula.

Apesar del resultado nulo de sus pesquisas, no renunciaron a ellas hasta que la noche que se le venía encima las hizo del todo infructuosas; y esto aun con sentimiento.

Giles provisto de las señas de los dos hombres, fue enviado a las tabernas del pueblo en que pudieran estar con el objeto de beber o divertirse; pero no trajo ninguna nueva capaz de aclarar o disipar este misterio.

A la mañana siguiente, se practicaron nuevas indagaciones sin obtener mejor resultado. Al otro día míster Maylie y Oliverio se dirigieron al villorrio vecino con la esperanza de saber algo relativo a los dos hombres, pero no regresaron mas sabios que cuando partieron.

Pronto se acabó por olvidar este asunto, a ejemplo de tantos otros que mueren por sí mismos cuando se ha extinguido su sabor de maravilla.

Entre tanto Rosa se restablecia rápidamente. A los pocos días se halló en estado de salir y mezclándose de nuevo con la familia volvió la alegría en todos los corazones.

Pero aun que este cambio feliz produjo un efecto visible sobre el pequeño círculo de amigos y aun que la felicidad y el contento reinasen aun otra vez en la casa, existía de cuando en cuando entre algunos de ellos (y Rosa era el del número) un embarazo desusado, que Oliverio se vio obligado a notar.

La Señora Maylie se encerraba a menudo con su hijo durante horas enteras y la joven compareció mas de una vez en el salón con los ojos húmedos de lágrimas.

Después que míster Losberne hubo fijado el día de su partida para Chertsey este embarazo redobló: era pues evidente que pasaba algo que afectaba vivamente a la joven señorita y a otra persona además.

Una mañana que Rosa estaba sola en el comedor, Enrique Maylie entró y le pidió con mucha instancia hablarle un momento.

—Algunos minutos, Rosa! Solo algunos minutos! —dijo Enrique acercando su silla a la de la joven. —Lo que tengo que deciros, debe haberse presentado por sí mismo en vuestra alma. No ignorais mis mas queridas esperanzas; mis sentimientos os son conocidos aun que no os los haya revelado yo mismo.

Rosa que se había puesto pálida desde la entrada de Enrique Maylie, hizo solo una señal de cabeza y entreteniéndose en desojar algunas flores que tenía en la mano esperó en silencio que continuara.

—Hace tiempo que debiera haber partido —dijo Enrique.

—Es verdad —contestó Rosa —Perdonadme si os hablo así; pero siento que no lo hayáis efectuado.

—He venido aquí impulsado por el mas terrible de los temores —repuso el joven; el de perder al objeto de todas mis afecciones... el sér que me es mas querido a la vida... aquella en fin sobre quien fundo mis deseos y mi esperanza.

En este momento se escaparon de los ojos de la joven algunas lágrimas que aumentaron aun mas su belleza.

—Un ángel! —continuó Enrique con pasión —una criatura tan hermosa y tan pura como los ángeles del cielo, flotaba entre la vida y la muerte. Oh! quien podía pensar, que cuando iba a abrírsele la mansión de los bienaventurados de que es tan digna, debiere aun conocer las miserias y los sinsabores de este mundo!

Rosa! Rosa! Os restableceis de día en día, diré casi de hora en hora y yo espío ese cambio de la muerte a la vida con la ansiedad mas viva...

Y si el afecto que os profeso me ha hecho derramar lágrimas de ternura y de contento; no me reprocheis por ello, porque ellas han dulcificado mis penas y vuelto la calma a mis sentidos.

—No era esta mi intención —dijo Rosa visiblemente conmovida — Por interés vuestro hubiera deseado veros proseguir únicamente ocupaciones mas serias y mas dignas de vos.

—Y qué ocupación mas digna de mi que el esforzarme en conquistar un corazón como el vuestro? —contestó Enrique tomando la mano de la joven —Rosa! Yo os amo desde largo tiempo! Si procuro crearme un nombre, es solo para ofrecéroslo. Aunque ese tiempo no haya llegado todavía, aceptad este corazón que os pertenece...

De vuestra respuesta depende mi porvenir!

—Vuestra conducta ha sido siempre noble y generosa! —dijo Rosa procurando dominar su emoción.

—Debo acumular todos los esfuerzos para mereceros? Hablad Rosa!

—Al contrario —repuso Rosa —debéis procurar olvidarme, no como la amiga y la compañera de vuestra infancia, esto me seria demasiado doloroso; pero si como el objeto de vuestro amor.

Se siguió a esto un instante de silencio durante el cual Rosa llevando la mano a sus ojos dio libre curso a sus lágrimas.

—Y cuáles son vuestras razones para obrar así? —dijo en fin Enrique con aire desazonado —¿Puedo saberlas?

—Sin duda —contestó Rosa —tenéis derecho de conocerlas! —Todo lo que podáis decirme no me hará cambiar de resolución...

—Ella es pues irrevocable?

—Si Enrique! Me debo a mi misma, pobre joven, sin padres, sin fortuna y sin nombre, el no dar que pensar al mundo, que por un motivo de interés he alentado la primera pasión de un joven y que he sido un obstáculo a sus proyectos futuros.

—Ah! vuestra inclinación concuerda con eso que creéis vuestro deber! dijo Enrique.

—No; repuso Rosa. —ruborizándose hasta el extremo —No lo creáis!

—Entonces participais de mi amor? —replicó Enrique —Ah! decid Rosa, decid solamente esto y dulcificareis la amargura de esta cruel contrariedad!

—Si hubiese podido hacerlo sin causar daño al que amo —dijo Rosa —tal vez hubiera...

—Recibido esta declaración de modo muy diferente? repuso vivamente Enrique —Hablad Rosa. Merezca al menos de vos esta confesión!

—Es verdad —replicó la joven desprendiendo su mano de la de Enrique. —Pero por qué prolongar una entrevista que me es tan dolorosa, aun que me procure la dicha de saber que un día he podido ocupar el sitio mejor de vuestro corazón? A Dios Enrique! Jamás semejante entrevista se renovará entre nosotros.

Que una franca y pura amistad nos una como en el pasado.

—Una palabra aun! —dijo Enrique —Que yo oiga vuestras razones de vuestro propio labio. Dadme a conocer el motivo de vuestra denegación.

—El porvenir que se os ofrece es brillante! —dijo Rosa con firmeza —todos los honores que acompañan a los grandes talentos, os están preparados...

Tenéis amigos poderosos que os ayudarán con todo su poder... pero esos amigos son orgullosos y yo no me mezclaré jamás con personas que podrían despreciar a mi madre... mucho menos quisiera envolver en mi desgracia al hijo de aquella que me ha hecho sus veces.

En una palabra —prosiguió la joven volviendo la cabeza —mi nombre lleva una mancha que el mundo haría recaer sobre inocentes; la guardaré para mí y la vergüenza será para mi sola.

—Una última palabra Rosa! no mas que una palabra! exclamó Enrique poniéndose ante ella cuando iba a retirarse —Si yo hubiese sido menos feliz —(según el mundo considera la felicidad.) si mi vida hubiese sido sencilla y obscura... Si hubiese sido pobre, enfermo y abandonado de todo el mundo, hubierais rechazado mis ofrecimientos?

—No me obligueis a responder —dijo Rosa —Esto no es así ni será nunca. No es conveniente para vos apurarme de este modo.

—Si vuestra respuesta debe ser tal como me atrevo cuasi a esperarla —repuso Enrique —ella arrojará un rayo de felicidad sobre mi triste destino. Rosa!

En nombre del afecto que os profeso; en nombre de todo lo que he sufrido y de lo que estoy condenado a sufrir por causa vuestra responded a esta sola pregunta!

—Si vuestro destino hubiese sido otro —contestó la joven —si no hubiese habido una diferencia tan grande entre vuestra suerte y la mia, si hubiese podido haceros la existencia mas dulce y no ser un obstáculo a vuestro adelantamiento en el mundo, esta entrevista hubiera sido menos dolorosa.

Tengo motivos para ser feliz... muy feliz ahora; pero entonces Enrique lo hubiera sido mucho mas. No puedo impedirme esta flaqueza; pero mi resolución no será por eso menos firme —dijo tendiendo la mano a Enrique. —Es preciso que os deje!

—No os pido mas que una cosa —dijo Enrique... permitidme (que dentro un año o quizá mas pronto) os hable por la última vez sobre este objeto.

—No para apremiarme a que cambie de resolución —contestó Rosa con una sonrisa melancólica —esto seria inútil.

—No —replicó Enrique —pero para oíroslo repetir si queréis. Entonces pondré a vuestros pies mi posición y mi fortuna y si persistís en vuestra resolución os prometo no hacer nada para cambiarla.

—Pues bien sea! repuso Rosa —estos no son mas que nuevos dolores que me preparo, pero en esa época tal vez esté en estado de soportarlos.

Tendió de nuevo su mano a Enrique y se separaron.

Miss Rosa.

Capítulo treinta y cinco

El que aunque corto no por eso deja de ser de cierta importancia para esta historia, pues que es continuación del capítulo precedente y conduce necesariamente al que sigue

Con qué esta mañana estáis resuelto a acompañarme? —dijo el doctor a Enrique Maylie viéndole entrar en el comedor, donde con Oliverio le esperaba para almorzar. No estabais en la misma disposición una hora seguida.

—Doctor me diréis todo lo contrario uno de estos días —respondió Enrique ruborizándose.

—Deseo tener motivo para ello —replicó el doctor —aunque hablándoos con franqueza no tengo de ello esperanza. Ayer por la mañana, habíais resuelto súbitamente quedaros aquí y a fuer de buen hijo acompañar a la Señora Maylie en su escursión a las orillas del mar;

—después del medio día anunciais que me dispensaréis el honor de venir conmigo, hasta el punto en que dejaré el camino de Londres; y a la víspera me instais con mucho misterio para que parta antes que esas señoras estén levantadas, lo que es causa de que Oliverio se esté ahí enclavado en su silla, esperándoos en vez de recorrer los campos y ocuparse de botánica como acostumbro todas las mañanas...

¡Esto es muy malo! ¿No es cierto Oliverio?

—Oh! creedlo caballero, me hubiera desesperado, de no encontrarme en casa en el momento de vuestra partida —respondió Oliverio.

—Eh ahí lo que se llama un muchacho encantador! replicó míster Losberne —pero hablando formalmente Enrique, acaso habéis recibido alguna carta de los miembros de la cámara alta que ya estáis tan impaciente de partir?

—Los miembros de la cámara alta no me han escrito ni una sola vez desde que estoy aquí y ni aun es probable que en esta estación del año suceda nada que necesite mi presencia entro ellos.

—Entonces —replicó el doctor, —sois muy admirable! pero ellos sin duda alguna os tendrán en el parlamento.

Enrique Maylie estuvo en este instante a punto de hacer algunas manifestaciones que no hubieran asombrado poco al doctor; pero se contentó con decir: —Veremos mas tarde —y aquí concluyó la conversación.

Poco después la silla de posta llegó frente la casa, Giles entró para tomar el equipaje y míster Losberne le siguió hasta la puerta de la calle para verlo cargar.

—Oliverio! dijo Enrique en voz baja. —Tengo algo que deciros.

Oliverio siguió a míster Maylie hácia el alfeizar de una ventana, muy sorprendido del contraste chocante que ofrecía la conducta del joven, triste y alegre a la vez.

—Ahora, empezais ya a escribir algo correctamente no es cierto?

—Si... bastante bien caballero —respondió éste.

—Pueda que tarde algún tiempo en volver a esta casa; descaria que me escribieseis... algo amenudo... por ejemplo una vez cada quince días: cada lunes mejor.

—Con mucho gusto caballero! —exclamó Oliverio encantado de esta muestra de confianza por parte del hijo de su bienhechora.

—Tendría un placer de saber por vos como... lo pasan mi madre... y... la Señorita Maylie, respecto a salud —prosiguió el joven —Escribidme largo y habladme de los paseos que dais por la tarde; del objeto de vuestras conversaciones; y decidme sobre todo si ella.

—Quiero decir si esas dos señoras se muestran felices —Comprendéis bien, no es cierto?

—Oh! si caballero! —replicó Oliverio.

—No es necesario que las hableis de ello —añadió Enrique afectando un tono de indiferencia. Esto obligaria sin duda a mi madre a escribirme mas amenudo; y yo quisiera, todo lo posible evitarla esta molestia.

Oliverio prometió escribir largas cartas y guardar fielmente el secreto y míster Maylie se despidió de él después de haberle dado seguridades de su afecto y de su protección.

El doctor estaba ya en la silla de posta. Enrique lanzó una mirada furtiva hácia la ventana de Rosa y se avalanzó dentro del carruaje.

—En marcha! gritó —A escape postillón!

—Eh! no tan aprisa... no tan aprisa —gritó a su vez el doctor bajando el vidrio delantero.

La silla de posta se alejó pronto y las ruedas girahan con tal velocidad, que era imposible a la vista el seguirlas.

Ella se hallaba ya a tres o cuatro millas de la habitación de nuestros amigos, cuando cierta persona permanecía aun en pié, con los ojos fijos en el punto donde había desaparecido: porque en esa misma ventana hácia la cual Enrique había lanzado una mirada furtiva antes de subir al coche, tras el blanco cortinaje que la había ocultado a los ojos del joven, estaba Rosa muda e inmóvil.

—Parece que es feliz! —dijo al fin. —Por un momento he temido lo contrario... Me engañaba... Estoy contenta! muy contenta!

Capítulo treinta y seis

En el que transportándose al capítulo 33 de esta obra, se notará un contraste por desgracia demasiado común en el matrimonio

monsieur Bumble estaba sentado en el locutorio de la casa de caridad con los ojos tristemente fijos en el hogar que por razón de la bella primavera se hallaba sin fuego.

La tristeza de míster Bumble no era la sola cosa capaz de exitar la compasión. Todo en su persona anunciaba que había tenido lugar un gran cambio en su posición social. ¿Qué se habían hecho el sombrero de tres picos y el frac galoneado?

Es cierto que llevaba como antes unos calzones cortos y medias de algodón negras, pero ellos no eran ya los calzones de paño felpudo. La casaca tenía largos faldones, como la otra; pero cuán diferente de ella.

El elegante sombrero de tres picos había sido reemplazado por un modesto sombrero redondo... míster Bumble en fin no era ya Pertiguero.

míster Bumble se había casado con la Señora Corney y había llegado al grado de director de la casa de caridad.

—Pensar que mañana hará dos meses que estamos casados!

Se hubiera podido creer, por lo que acababa de decir míster Bumble, que este corto espacio de tiempo había comprendido toda una existencia de felicidad; pero un fuerte suspiro probaba demasiado lo contrario.

—Me he vendido por seis cucharas de café, un par de tenacillas para el azúcar, un jarro de leche, algunos malos muebles y veinte libras esterlinas —Puedo alabarme de haber sido muy mentecato! Preciso es confesar que la compra ha sido buena!

—Buena compra! Buena compra! —gritó una voz acre al oído de míster Bumble. —Menos que ello, hubiera sido aun demasiado por lo que vos valeis.

míster Bumble se volvió y se encontró cara a cara con su interesante mitad que había cogido imperfectamente el sentido de sus medias palabras.

—Señora Bumble! —dijo éste con aire severo y sentimental.

—Y qué? —contestó la señora.

—Tened la bondad de mirarme un poco si os place! Si sostiene mi mirada —se dijo míster Bumble para sí mismo, —puede desafiarlo todo. Jamás (al menos que yo sepa) he dejado de producir el mayor efecto sobre los pobres... Si ella puede suportarla, mi autoridad está perdida para siempre.

El caso es que la matrona de ningún modo se desconcertó por la que le lanzó míster Bumble. Muy lejos de ello afectó la mayor indiferencia y llevó el desprecio hasta reírse en las propias barbas de su marido de tan buena gana en apariencia y con tanto estrépito como si fuera lo mas natural.

Asombrado de un hecho que de seguro no esparaba, míster Bumble no supo si debía dar crédito a sus ojos y a sus orejas. Se puso pensativo y solo la voz de su dulce mitad pudo sacarle de sus reflexiones.

—Vais a quedaros aquí todo el día roncando? —preguntó ésta.

—Me quedaré aquí todo el tiempo que me dará la gana, lo entendeis —señora —contestó míster Bumble... Y aun que no ronco roncaré,

bostezaré, estornudaré, reiré, cantaré, gritaré, según sea mi capricho, a tenor de mis prerrogativas.

—Vuestras prerrogativas? —exclamó la Señora Bumble.

—He dicho la palabra señora! observó el ex-pertiguero. —Las prerrogativas del hombre... son el mandar.

—Y cuáles son las prerrogativas de la mujer... si os place?

—El obedecer señora! —respondió míster Bumble con voz de trueno. —Vuestro difunto primer marido (el desdichado Corney) hubiera debido enseñároslo y pueda que si lo hubiese hecho fuera aun de este mundo... Pobre hombre! yo me alegraría de ello de todo corazón!

La Señora Bumble vio de una sola ojeada que era llegado el momento decisivo y que era preciso dar un gran golpe para asegurar la soberanía en favor del uno o del otro.

Así pues, luego que hubo oído la alusión hecha a la memoria del difunto, dejándose caer en una silla, gritó que míster Bumble no era mas que un irracional y derramó un torrente de lágrimas.

Pero las lágrimas no eran cosa capaz de hallar cabida en el corazón de míster Bumble el cual estaba construido a prueba de agua.

—Esto descarga los pulmones, lava la cara, ejercita los ojos y dulcifica el carácter —añadió —con que llorad, llorad querida!

Al propio tiempo míster Bumble tomó su sombrero que estaba colgado de un clavo y ladeándolo un tanto sobre su cabeza (a guisa de matón) y como corresponde al hombre que ha establecido su superioridad de una manera conveniente, metió ambas manos en sus faltriqueras y se dirigió, andando a saltitos hácia la puerta dándose humos de consumado espadachin.

La ante dicha Señora Corney había ensayado el expediente del lloriqueo, por creerlo menos fatigoso que venir a las manos; pero con todo estaba completamente decidida a emplear este último medio como tuvo ocasión, de saberlo incontinenti míster Bumble.

Un ruido sordo sorprendió a su oreja y al mismo tiempo su sombrero fue volando al otro extremo de la sala.

Esta acción preliminar dejaba la cabeza de su dueño desnuda y la buena señora con una mano le cogió por el cogote y con la otra le asestó una lluvia de puñetazos sobre la desdichada cabeza con un vigor y una destreza poco comunes.

En esto la Señora Bumble dio algunos pasos atrás para arreglar la alfombra, que había sido desordenada con los pies durante la lucha y míster Bumble se escapó sin dilación de la sala.

míster Bumble quedó sumamente estupefacto y lindamente apaleado. Tenía una propensión decidida en hacerse el fanfarrón y esta propensión le infundía cierto placer en ejercer una pequeña tiranía sobre los que le estaban subordinados: no necesitamos decir que era poltron.

Pero la medida de su degradación no estaba llena aun y otra afrenta le estaba reservada.

Después de haber recorrido el establecimiento en todas direcciones pensando por la vez primera que la ley concerniente a los pobres —era demasiado severa y que aquellos que abandonaban sus mujeres y las dejaban, al cuidado de la parroquia eran mas dignos de compasión que de reproche atendido a lo mucho que debían haber sufrido, míster Bumble se encontró cerca el lavadero donde las mujeres de la casa lavaban ordinariamente la ropa de la parroquia y la conversación le pareció en un diapasón mas alto de lo regular.

—Hem! —hizo el digno director recobrando ese aire de orgullo que le era natural —al menos esas pordioseras —continuarán respetando mis prerrogativas —Ola! ¿qué significa este barullo? Os callaréis viejas brujas!

Esto diciendo míster Bumble abrió la puerta y se adelantó con ademan irritado; pero apenas hubo dado algunos pasos, se calmó viendo a su esposa que no esperaba encontrar allí.

—Mi querida amiga —dijo —no os hacia en este sitio.

—No eh? —contestó la amable señora —y vos mismo que venís a hacer en él?

—Mi querida amiga se me figuraba que hablaban demasiado para poder dedicarse a su trabajo! —repuso míster Bumble mirando con aire despavorido a dos viejas ocupadas en javonear en una cubeta y que se comunicaban su asombro respecto a la humildad del director de la casa.

—Se os figuró que hablaban demasiado no es cierto? —dijo la matrona —Y quién os hace meter a vos en camisa de once varas?

—Pero mi querida amiga! —replicó míster Bumble humildemente.

—Sí, lo repito; quién os hace meter en camisa de once varas? preguntó la matrona.

—Es cierto que vos sois aquí la señora. —respondió aquel con el mismo tono —pero creía que vos no podiais estar presente en este momento.

—Queréis que os hable claro míster Bumble —repuso la Señora — pues sabed que estáis aquí de mas y que sois demasiado propenso a meter el hocico donde no os incumbe.

No hay nadie de esta casa que no se ría de vos luego que habéis vuelto la espalda y vuestras boberías os hacen tan ridículo, que a

cada hora del día sois el bú de todo el mundo! Ea! salid de aquí!

Al aspecto de las dos viejas pordioseras que, se guiñaban grotescamente el ojo, míster Bumble experimentó, un cerramiento de corazón y vaciló un instante, pero su consorte, cuya impaciencia no sufría retardo, cogió un cacillo, lo sumergió en el agua de jabón y señalándole la puerta con el dedo, le mandó salir bajo pena de recibir el líquido sobre su noble persona.

Qué podía hacer míster Bumble? Miró en torno suyo con triante contrito y desfiló a paso redoblado. Apenas había pasado el lindar de la puerta, cuando las carcajadas de las dos viejas redoblaron con mayor brío que antes. El las vio y le atravesaron hasta el centro del corazón. Esto solo faltaba.

Estaba degradado a sus ojos; había perdido su aplomo y su autoridad sobre los pobres del establecimiento, había caído de la cumbre, de la grandeza y del esplendor del pertiguerismo al estado mas vil de marido con faldas.

—Y todo esto en el espacio de dos meses! —dijo míster Bumble con el alma agoviada de tan tristes pensamientos. —Dos meses!

Esto pasaba de la raya: míster Bumble descargó un bofetón al muchacho que le abrió la puerta principal, porque en medio de sus delirios había llegado bajo el portal y se lanzó a la calle.

Marchó como un loco, tomando ya a la derecha y a la izquierda hasta que el aire y el ejercicio le hubieron calmado un tanto: entonces se sintió sediento: pasó por delante muchas tabernas, sin que llamasen su atención y observando una entre otras situada al extremo de un callejón sin salida, entró en ella.

Un hombre estaba sentado a una mesa; era moreno y de buena talla; una larga capa cubría sus espaldas y le ocultaba una parte de las facciones. Parecía forastero en aquellos sitios y al mirar, el estravio

de sus ojos y el polvo de su calzado, era fácil adivinar que venía de lejos.

Lanzó una mirada oblícua a Monsieur Bumble; pero apenas se dignó contestar al saludo que éste le hizo.

Sin embargo sucedió (lo que sucede a menudo cuando los hombres se encuentran en tales circunstancias,) que míster Bumble, no pudo menos de lanzar de tanto en tanto una mirada furtiva al desconocido; y cada vez que este le sucedía, volvía pronto la vista sobre el periódico, confuso de ver que en el propio instante aquel le miraba de igual modo.

Después que sus ojos se hubieron encontrado, así varias veces el desconocido rompió al fin el silencio.

Era a mí a quién buscabais cuando habéis metido la cabeza en la ventana? —dijo con voz sombría.

—No que sepa; a menos que no seáis el Señor...

Aquí míster Bumble se paró en seco, porque deseaba saber el nombre del desconocido y pensó que en su impaciencia éste acabaría la frase nombrándose.

—Veo ahora que no es a mi a quien buscáis —continuó el otro con acento de desdén —de lo contrario sabriais mi nombre.

—No ha sido mi ánimo ofenderos joven! —observó míster Bumble con dignidad.

—Ni yo me ofendo. —contestó el otro.

Siguió a esto un corto silencio, que el forastero rompió de nuevo.

—Paréceme que os he visto otra vez —dijo —vestiais entonces otro traje. No he hecho mas que pasar por vuestro lado en la calle; pero creo reconoceros... ¿No habéis sido en otro tiempo pertiguero de esta parroquia?

—Sí —respondió míster Bumble algo sorprendido —pertiguero parroquial.

—Justamente. —repuso el otro balanceando la cabeza —Bajo ese traje os ví aquella vez... Qué sois al presente?

—Director de la casa de Caridad, joven! —replicó míster Bumble cargando con énfasis cada una de estas palabras.

—A no dudarlo, tendréis la misma mira que en otro tiempo respecto a vuestros intereses? No es cierto? —preguntó el desconocido fijando sus ojos sobre míster Bumble. —No temáis responderme francamente. Ya veis que os conozco algo bien.

Paréceme que un hombre casado, puede como cualquiera celibatario ahorrar algunos sueldos máxime cuando esto se hace por medios honrados —respondió míster Bumble mirando al otro de la cabeza a los pies con marcada perplejidad.

Los agentes parroquiales no tienen que digamos gran cifra de salarios para rehusar algunas ganguillas cuando ellas se les presentan de una manera conveniente.

El desconocido se sonrió balanceando de nuevo la cabeza como para decir que había adivinado muy bien a su hombre y tiró el cordón de la campanilla.

—Llenad esto! —dijo dando al mozo el vaso de míster Bumble — Fuerte y caliente! Creo que es así como os gusta?

—No demasiado. —contestó míster Bumble fingiendo toser con fatiga.

—Muchacho, comprendéis lo que quiere decir esto? —repuso secamente el desconocido.

Aquel salió sonriendo y pronto volvió a aparecer con un vaso de grog del que se elevaba un vapor espeso que hizo venir las lágrimas a

los ojos de míster Bumble luego que lo hubo acercado a sus labios.

—Ahora escuchadme —dijo el desconocido después de haber cerrado con cuidado la puerta y la ventana de la sala —He venido hoy a este país con el ánimo de encontraros; y por uno de esos percances que el diablo arroja algunas veces en el camino de sus amigos, entrais precisamente en la sala en que estoy y en el mismo instante en que mas pensaba en vos...

Tengo necesidad de algunas noticias y aun que sean de poca importancia, no por eso os las pido de valde.

Al mismo tiempo colocó sobre la mesa dos soberanos; y cuando míster Bumble después de haber examinado cada pieza para asegurarse que eran de buena ley, los hubo metido en el bolsillo de su chaleco con notable satisfacción, continuó así:

—Procurad refrescar vuestra memoria. Esperad un momento... el invierno pasado cumplieron doce años; el lugar de la escena la Casa de Caridad, el instante... la noche; y el sitio el tabuco hediondo, cualquiera parte que sea donde miserables prostitutas, dan la vida y la salud, de que ellas no gozan, a pequeños vocingleros...

—Creo queréis decir la sala de partos, he? preguntó Monsieur Bumble que seguía con dificultad la descripción del desconocido.

—Sí; —dijo el otro —¿ha nacido en él un muchacho?

—Muchos muchachos —observó míster Bumble sacudiendo la cabeza con ademan grave.

—Que el diablo cargue con todos! exclamó el forastero colérico. Yo hablo de un pequeño monigote, pálido y raquítico... que tenía el aire de un santo de alfeñique... al que se había colocado de aprendiz aquí en casa un fabricante de ataudes y que a lo que se cree se ha fugado a Londres.

—Ah! queréis hablar de Oliverio... del joven Twist?

—No es de él de quien quiero hablar, sé demasiado, por lo que a él corresponde —repuso el desconocido deteniendo a Monsieur Bumble al comienzo de una peroración en la que iba a relatar todos los vicios de Oliverio —sino de una mujer... ya sabéis la vieja bruja que ha sepultado a la madre de ese niño y la ha asistido en sus últimos momentos...

Donde está?

—Me seria muy difícil deciros donde ella se halla ahora! —respondió míster Bumble a quien el grog había vuelto gracioso. En cualquiera sitio que haya ido, de seguro no hay casa de partos. Con que de una manera o de otra... se puede hacer una buena apuesta de que está sin empleo.

—¿Qué queréis decir? preguntó el otro con tono severo.

—Que murió el invierno pasado. —contestó míster Bumble.

A esta noticia el desconocido le miró de hito en hito. Durante algún tiempo parecía dudar entre si debía alegrarse o afligirse de lo que acababa de saber.

míster Bumble que era muy ladino vio de un golpe que se trataba de un secreto del que la mejor mitad de sí mismo es decir su consorte, era depositaria y que se presentaba para ella una ocasión de ganar dinero revelándolo.

Se acordó muy bien de la noche en que la vieja Sally había muerto y tenía una buena razón para acordarse de ella pues era esa misma noche cuando se había declarado a la Señora Corney; y a pesar de que esa señora no le hubiese nunca confiado ese secreto de que ella solo tenía conocimiento, sabía él lo bastante para adivinar que dicho secreto tenía relación a algo que habría pasado entre la madre del jo-

ven Oliverio y la vieja, que en su calidad de enfermera de la casa la había asistido a sus últimos momentos.

Habiéndole acudido súbitamente esta circunstancia en el caletre, informó al desconocido con aire de misterio de que una mujer había tenido una conversación con la vieja enfermera, un cuarto de hora antes de que esta se muriese; y que ella podría, (como tenía razones para creerlo), satisfacer su curiosidad respecto a sus pesquisas.

—¿Y cómo la encontraré? preguntó aquel haciéndose traición así mismo al descubrir claramente su inquietud.

—Solamente con mi ayuda —respondió este último.

—Y cuándo será esto? exclamó vivamente el desconocido.

—Mañana. —replicó míster Bumble.

—A las nueve de la noche —repuso el otro sacando de su faltriquera un pequeño pedazo de papel sobre el cual escribió su dirección.

Esto diciendo, se dirigió hácia la puerta, después de haberse detenido un instante en el mostrador para pagar lo que debían.

Al arrojar una ojeada sobre la dirección —el funcionario parroquial notó que no estaba en ella el nombre del desconocido. Corres tras él para pedírselo.

—Y bien! ¿Qué significa esto? exclamó éste volviéndose bruscamente en el momento en que míster Bumble le tocó el brazo —Creo que me seguís!

—Es solo para haceros una pregunta —repuso el otro señalando con el dedo el pequeño pedazo de papel... ¿Qué nombre debo pedir?

—Monks! replicó el desconocido y se alejó precipitadamente.

míster Bumble, Pertiguero de la Parroquía.

Capítulo treinta y siete

De lo que pasó entre Monks y los consortes Bumble, la noche de su entrevista

El cielo estaba cubierto de nubes de las que se desprendian gruesas gotas de agua y hacia un calor sofocante; cuando el Soñor y la Señora Bumble dirigieron sus pasos hácia la casa de la orilla del rio distante cerca una media legua de la ciudad.

Ambos iban embozados en viejas capas. Avanzaron así en silencio; de tanto en tanto míster Bumble conteniendo su paso y volviendo la cabeza para asegurarse de que su compañera le seguía al ver que esta le picaba los talones, redoblaba su ligereza para llegar lo mas pronto al lugar de la cita.

Este no era mas que un conjunto de miserables chozas, situadas su mayor parte a algunos pasos de la orilla del agua: las unas edificadas de ladrillos mal unidos, las otras de tablas de buque podridas o carcomidas.

Algunas barcas agujereadas, enclavadas en el fango y amarradas al pequeño muro que rodeaba el malecón, un remo y cuerdas extendidas acá y acullá sobre la ribera, parecían indicar de pronto que los habitantes de estas pobres habitaciones tenían alguna ocupación en el rio; pero un solo golpe de vista bastaba al transeunte para adivinar que estos objetos inútiles y fuera de servicio estaban allí puestos mas para salvar las apariencias, que con el fin de alguna utilidad cualquiera.

Al centro de este montón de casuchas y tan cerca del ribazo que los pisos superiores dominaban el rio, estaba un gran edificio que sirviera en otro tiempo de taller y el cual proporcionaria entonces ocupación a los habitantes de las casas circunvecinas; pero desde larga fecha se había convertido en ruinas.

Los ratones, los gusanos, así como la humedad habían flaqueado y podrido los pilares de madera que lo sostenían y una gran parte se había derrumbado dentro del agua, mientras que la otra apretada bajo su propio peso, parecía espiar una ocasión favorable para hacer otro tanto.

Ante esta casa fue donde se paró la digna pareja, cuando los primeros retumbos del trueno se hacían oir a lo lejos y la lluvia empezaba a caer a torrentes.

—Este será el sitio! —dijo míster Bumble consultando un pedacito de papel que tenía en la mano.

—Oe! —gritó una voz encima de él.

míster Bumble levantó la cabeza y descubrió en el segundo piso un hombre mirando por una ventana.

—Esperad un momento —gritó de nuevo la voz —soy con vosotros dentro un minuto. —Dicho esto desapareció y la ventana se cerró en seguida.

—¿Es él? —preguntó la mujer.

míster Bumble hizo una señal de cabeza afirmativa.

—Entonces tened en cuenta lo que os he dicho y cuidad de hablar lo menos posible, si no queréis hacernos traición de buenas a primeras.

—míster Bumble que había inspeccionado la casa con ojo inquieto iba sin duda a exponer alguna razón sobre el temor de pasar mas

adelante, cuando le cerró el labio la presencia de Monks, que abrió una pequeña puerta cerca de la que se hallaban y les hizo señal de entrar.

—Despachad! —gritó con tono impaciente y dando una patada en el suelo, vais a hacerme esperar aquí una hora?

—La mujer que había vacilado un momento, entró con resolución sin hacerse mas de rogar; y míster Bumble que hubiera considerado mengua, o tal vez pasar por miedoso quedándose al detrás siguió a su cara mitad, con paso indeciso que probaba no hallarse del todo a su gusto, habiendo perdido en un cuarto de hora este aplomo y esa dignidad que tanto le distinguían en cualquiera otra circunstancia.

—Qué diablo os movía a permanecer estáticos bajo la lluvia? —Dijo Monks —después de haber cerrado tras él la puerta y pasado los cerrojos.

—Nos... nos... estábamos refrescando! —balbuceó Bumble echando una mirada inquieta a su alrededor.

—Os refrescabais! —replicó Monks —Jamás todas las lluvias que han caído desde la creación del mundo (aun cuando añadais a ellas las que deban caer hasta la consumación de los siglos,) jamás dijo serían capaces, de apagar un átomo del fuego que os consumirá en el infierno.

—Gastada esta broma —Monks se volvió bruscamente a la matrona y la miró fijamente, de modo que esta, apesar de no ser muy propensa a la timidez, se vio obligada a bajar los ojos.

—Es esta la mujer de quién me habéis hablado? —preguntó Monks.

—Hem! —hizo míster Bumble acordándose de las recomendaciones de su esposa. —Es la misma.

—Creéis acaso que las mujeres no puedan guardar un secreto? —dijo la matrona a Monks mirándole a su vez fijamente.

—Se que existe uno el cual ellas sabrán guardar hasta que se descubra —dijo Monks con acento de desprecio.

—Y qué secreto es este si os place? preguntó la matrona.

—La pérdida de su reputación —contestó Monks —comprendéis...

—No; —replicó la matrona, un si es no es ruborizada.

—Ello está fuera de toda duda —replicó Monks con tono burlón —como pues podríais comprender.

Y después de haberles hecho nuevamente señal de que le siguieran atravesó aceleradamente varias piezas grandes cuyo techo estaba muy hundido, e iba a subir una escalera rápida o mejor de mano que conducía al piso superior cuando un rayo surcó la entrada y tras él siguió un trueno, que conmovió la vieja casucha hasta sus cimientos.

—Escuchad! —exclamó retrocediendo horrorizado —Ese estruendo me hace mal!

Guardó silencio durante algunos minutos y quitando de improviso sus manos delante los ojos, míster Bumble vio con una sorpresa y un espanto indecibles que su rostro estaba descompuesto y cuasi negro.

—Estos accidentes me toman de cuando en cuando —dijo Monks notando el terror de Bumble —y muy amenudo el trueno es causa de ellos.

Dicho esto, subió el primero la escalera de mano y cuando estuvo en el aposento donde ella conducía, cerró inmediatamente los postigos y bajó una linterna colgada al cabo de una cuerda por medio de una garrucha sujeta a una de las enormes vigas del techo.

—Ahora dijo Monks después que los tres se hubieron sentado —cuanto mas pronto tratemos de asuntos, mejor será para todos. ¿Esta

mujer sabe lo que la conduce a este sitio, no es cierto?

La pregunta se dirijia a Bumble, pero la mujer se apresuró a responder que estaba de ello perfectamente instruida.

—Estabais vos con la vieja bruja en cuestión, la noche de su muerte y... ella os ha dicho algo?

—Concerniente a la madre de ese niño que vos conocéis? —interrumpió la matrona. —Si, es la verdad.

—La primera cuestión es saber de que naturaleza fue su confidencia —dijo Monks.

—No a fe! —observó la matrona con tono magistral —Esta es la segunda. La primera cuestión es saber, lo que daréis para tener de ella conocimiento.

La señora Bumble no era mujer que se dejara desarmar fácilmente. Le gustaba mas un toma cualquiera que todos los te daré del mundo.

Por esto luchó a brazo partido con su adversario; en vano recorrió este al regateo, a la indiferencia, al poco interés de saber el secreto, la matrona, no quiso sejar de las veinte y cinco libras esterlinas en oro que pedía.

Al fin no hubo mas remedio que rendirse y hacer contra fortuna alma de hierro.

—Y qué ventaja tendré si pago, por nada? —dijo Monks vacilando.

—Podréis recobrar vuestro dinero —respondió la matrona —En mi estáis viendo una mujer débil, sola, sin apoyo...

—míster Bumble quiso aquí tomar la palabra para una alusión personal —Silencio, dijo Monks con acento de autoridad.

Esto diciendo, sacó de su faltriquera, un saquito de tela y contó sobre la mesa veinte y cinco soberanos, que entregó en seguida a la

matrona.

—Ahora —dijo —embolsad esto! —y cuando ese trueno maldito que siento acercarse habrá explotado sobre el execrable barracón contadnos lo que sabéis.

El trueno que se hacia oir con mas estruendo que antes y que perecia querer estallar sobre la casa y reducirla a polvo, cesó al fin y Monks que durante este intervalo se había cubierto el rostro con ambas manos y tenía la cabeza apoyada sobre la mesa, luego que el peligro hubo pasado, se incorporó y se inclinó hacia adelante para escuchar lo que la mujer iba a decir.

—Cuando murió la vieja Sally —así se llamaba aquella mujer —dijo la matrona —estaba yo sola con ella.

—No había alguien allí cerca —preguntó Monks en voz baja —alguna otra enferma o alguna idiota acostada en el mismo aposento, la cual hubiera podido oir y de consiguiente comprender?

—No había nadie mas —replicó la matrona —Estábamos completamente solas. Cuando exhaló el último suspiro me hallaba a la cabecera de su lecho.

—Bien —dijo Monks mirando fijamente a la matrona.

—Me habló de una joven —prosiguió la matrona —que parió algunos años antes no solo en el mismo aposento sino también en el propio lecho.

—Como a pesar de todo, las cosas se descubren al fin! dijo Monks visiblemente agitado. —¿No es asombroso?

—El niño a quien esa joven dio a luz, es el muchacho de que le hablasteis ayer —prosiguió la matrona volviendo la cabeza hácia su marido. —La madre de ese niño (la joven en cuestión), fue robada por la vieja Sally su enfermera.

—Cuándo vivía? —preguntó Monks.

—No; después de su muerte! —contestó la otra estremeciéndose involuntariamente. La joven estaba todavía caliente cuando la enfermera desprendió de su cadáver lo que ésta, hasta su último momento, la había suplicado guardara para el bien de su hijito.

—Sin duda lo habrá vendido! exclamó Monks fuera de sí —Lo ha vendido..? Dónde..? Cuándo..? A quién..? Hace mucho tiempo..?

Como apenas, podía articular la voz cuando me ha confiado lo que acabais de oir, ha muerto sin decirme nada mas.

—Sin deciros nada mas! exclamó Monks con tono furioso —Esto es mentira! No sufriré que me engañeis! Ella ha dicho mas! Os arrancaré a ambos la vida sino me decís lo que esto era!

—Os aseguro otra vez que no me ha dicho una sola palabra de mas —replicó esta con una sangre fría que míster Bumble estaba lejos de compartir;

—pero con una mano crispada, me cogió por el vestido y me atrajo a su lado y cuando ví que estaba muerta, noté al desprender mi vestido de entre sus dedos que oprimía un pedazo de papel todo grasiento.

—Qué contenía? interrumpió Monks bruscamente.

—Nada —replicó la matrona —era un reconocimiento de empeño en el Monte-pio.

—¿Por qué objeto? preguntó Monks.

—Lo sabréis al momento.

Tengo motivos para creer, que por el pronto ella guardó el objeto durante algún tiempo, con la esperanza sin duda, de sacar de él mayor provecho y lo empeñó luego, teniendo cuidado, sobre el dinero

que recibiera de él, ahorrar con que paga cada año los intereses, a fin de poderlo retirar en caso de necesidad.

Con que ha muerto, como acabo de decirlo, teniendo fuertemente cerrado dentro su mano ese pedazo de papel, todo sucio y todo rasgado. Como faltaban solo tres días para concluir el año, pensé que yo misma un día podría sacar de dicho objeto alguna ventaja y lo desempeñé.

—Dónde está ahora? —preguntó Monks con impaciencia.

—Aquí lo tenéis contestó la matrona. Y como si le hubiese tardado el desembarazarse de él, arrojó vivamente sobre la mesa una holsita de cuero, apenas suficiente para contener un reló de mujer.

Monks se apoderó al instante de él y abriéndolo con mano temblorosa, sacó un pequeño medallón de oro conteniendo dos bucles de cabello y un anillo sencillísimo.

—La palabra Inés está grabada al interior del anillo —dijo la matrona —El nombre de familia (el apellido), se ha dejado en blanco: pero hay la fecha que es según creo de un año anterior a la época del nacimiento del niño.

—Y es esto todo? —dijo Monks después de haber examinado escrupulosamente los objetos.

—Todo —respondió la mujer. —Nada sé de tal historia; mas allá de lo que puedo adivinar —dijo la señora dirigiéndose a Monks después de un rato de silencio... No deseo saber mas; porque tal vez no seria prudente; y temo además que nada habría que ganar... pero no es cierto que me permitiréis dos preguntas?

—Sin duda —contestó Monks algo sorprendido. —pero que responda o no a ellas esta es otra cuestión.

—Lo que forma tres cuestiones —observó míster Bumble queriendo hacerse el chistoso.

—Es esto todo lo que deseabais de mí? —preguntó la matrona.

—Todo —respondió Monks. ¿Qué mas?

—Lo que os propongais, con esos objetos puede pararme perjuicio?

—Jamás —contestó Monks lo mismo que a mí... Mirad! pero no deis un solo paso adelante o todo ha concluido para vosotros eternamente!

Al decir tales palabras apartó a un lado la mesa y pasando su mano en un anillo de hierro, fijado en el suelo, levantó una trampa que se abrió justamente a los pies de míster Bumble, lo que le espantó de tal modo que retrocedió precipitadamente.

—Echad una mirada al fondo —dijo Monks bajando la linterna en el abismo —No tengáis miedo de mí! Hubiera podido haceros bajar a mansalva cuando estabais sentados encima si tal hubiese sido mi intención.

Tranquilizada por estas palabras la matrona se acercó hasta el borde del precipicio, imitándola míster Bumble movido por la curiosidad. El agua cenagosa aumentada con la lluvia corría rápidamente en el fondo, produciendo tal ruido al romperse contra los pilares verdosos que sostenían el edificio, que era imposible entenderse.

—Si se arrojase a un hombre al fondo de este abismo, dónde pensáis que debería encontrarse mañana su cadáver? —dijo Monks sacudiendo la cuerda al cabo de la cual estaba suspendida la linterna.

—A doce millas de aquí —y por añadidura hecho pedazos —replicó Bumble horrorizado de solo pensarlo.

Monks sacó de su faltriquera el saquito que se había embolsado al descuido y atándolo fuertemente con bramante a un pedazo de plomo que estaba en el suelo en un rincón del aposento lo arrojó al rio.

—Ya está! —dijo cerrando la trampa —Si el mar arroja sus cadáveres en la ribera como pretenden algunos escritores, guarda al menos el oro y la plata y no dudo que esa baratija quedará sumergida en él para siempre. Nada mas tenemos que decirnos, con que podemos ya separarnos.

—Es muy justo! —se apresuró a decir míster Bumble.

—Espero que sabréis comprimir vuestra lengua! —dijo Monks lanzando a éste una mirada amenazadora —no creo necesario hacer esta recomendación a vuestra mujer; pues estoy seguro que guardará el secreto.

—Podéis fiar en mi joven! replicó míster Bumble.

Fue fortuna para éste que la conversación terminará aquí porque en este momento se encontraba tan cerca de la escalera, que faltó poco para que cayera de cabeza en el piso de debajo.

Encendió su linterna con la que Monks desató de la cuerda; y no deseando prolongar la entrevista bajó en silencio seguido de su mujer. Monks bajó el último.

Apenas estuvieron fuera, Monks que sin duda no le hacia gracia el estar solo llamó a un muchacho que se había ocultado en algún sitio en el plan terreno de la casa y habiéndole dicho que tomara la luz y marchara adelante, se volvió al aposento que acababa de dejar.

Capítulo treinta y ocho

El lector vuelve a encontrarse con conocidos antiguos. Monks y Fagin se confabulan entre ellos

Podian ser cerca las siete horas de la noche, del día siguiente al en que los tres dignos personajes de que se ha hablado en el capítulo precedente arreglaron juntos sus negocios, cuando Guillermo Sikes, dispertándose de improviso, preguntó con tono áspero que hora era.

Cubierta la cabeza con un gorro sucio de algodón y envuelto en su gran redingote blanco a guisa de bata, el bandido descansaba tranquilamente sobre su lecho. Una barba recia y espesa que no había sido afeitada desde ocho días, unida al tinte cadáverico de su rostro aumentaba la ferocidad de su fisonomía.

El perro estaba echado a la cabecera de la cama y mirando a su amo con ojo inquieto, ya enderezando sus orejas o gruñendo sordamente, según el ruido que llamaba su atención. Cerca la ventana permanecía una joven ocupada en remendar un chaleco viejo que formaba parte del traje del ladrón.

Estaba pálida y descompuesta a fuerza de velas y privaciones que a no ser el timbre de su voz, en el momento en que respondió a la pregunta de Sikes, hubiera sido muy difícil reconocer en ella a aquella Nancy que ha figurado ya en el curso de esta historia.

—En este momento acaban de dar la siete —dijo —¿Cómo te encuentras esta noche Guillermo?

—Tan débil como el agua —contestó Sikes con un juramento horrible —Ea, dame la mano y ayúdame a salir de una manera o de otra de

este lecho infernal!

La enfermedad de Sikes no había ablandado su carácter; porque en el momento en que Nancy ayudándole a levantarse, lo acompañaba hácia una silla, arrojó imprecaciones contra su impericia y la pegó.

—Déjate de lloriqueos! —dijo —quítate de aquí sino quieres sorberte los mocos! Si no puedes hacer nada mejor, lárgate pronto! Oyes?

—Por qué Guillermo? —preguntó ésta poniendo su mano sobre la espalda de Sikes —Oh! tú no tienes intención de maltratarme esta noche?

—No! y por qué, sepamos? —exclamó Sikes.

—Tantas noches —replicó la joven con un acento de ternura, que prestaba la mayor dulzura a su voz. —Tantas noches como he pasado a tu lado cuidándote como si fueras un niño!

Y hoy que por primera vez te veo un poco repuesto, estoy segura que no me hubieras tratado como acabas de hacerlo, si tu lo hubieses recordado, no es cierto? Vamos Guillermo había francamente!

—Por vida de... no digo no! —contestó Sikes —ciertamente no lo hubiera hecho... Voto al diablo con la muchacha todavía lloriquea!

—No es nada —dijo ésta dejándose caer en una silla —no hagas caso de mi, es cosa de un momento... esto pronto se pasará.

—Qué es lo que pronto se pasará? —preguntó Sikes con tono furioso; —que te dá ahora? Ea levántate! paséate por el aposento y no vengas a embaucarme con tus beberías de mujer!

En cualquiera otra circunstancia esta amonestación hecha con ademan rígido sin duda hubiera producido su efecto; pero la joven debilitada por los insomnios y abatida por la fatiga, dejó caer su ca-

beza sobre el respaldo de la silla, antes que Sikes tuviera tiempo de pasar el rosario de juramentos, que tenía todo preparado en casos semejantes.

No sabiendo que hacer en tal circunstancia, porque las convulsiones de la Señorita Nancy eran de naturaleza contraria a todo auxilio, ensayó una blasfemia, y viendo que esta clase de tratamiento era completamente ineficaz, gritó socorro!

—Qué sucede querido? —dijo el judío Fagin abriendo la puerta del aposento.

—Mas valiera que socorrieseis a esta muchacha —dijo Sikes con tono impaciente, en vez de estaros allí plantado y mirándome como a un animal curioso!

Fagin se acercó al momento a Nancy soltando una esclamación de sorpresa, mientras que Jaime Dawkins, por otro nombre el fino Camastrón, que había seguido a su venerable amigo, colocó sin demora en el suelo un bulto de que iba cargado, y tomando una botella de manos de maese Bates, que entró tras de él, la destapó en un decir Jesús con sus dientes, y derramó una parte del licor contenido en ella en el gaznate de la joven; no sin haberla gustado antes por temor de equivocación.

—Carlos, dadle un soplo de aire con el fuelle! dijo Dawkins, y vos Fagin pellizcadle en la mano, en tanto que Guillermo la afloja!

Estos socorros administrados a tiempo y con celo, sobre todo los que estaban confiados a Maese Bates, quien parecía tener un placer del todo particular, en desempeñar concienzudamente su deber, no tardaron mucho tiempo en producir el efecto que de ellos esperaban:

Nancy recobró poco a poco los sentidos y dejándose caer en una silla situada a la cabecera de la cama, ocultó su rostro bajo la al-

mohada, dejando enteramente el cuidado de presentar los recién venidos a Sikes, algo asombrado de su visita inesperada.

—Por qué motivo habéis venido? —preguntó a Fagin —Qué mal viento os he soplado aquí?

—Querido, no es un mal viento —respondió el judío —porque un mal viento jamás sopla nada bueno, sea para quien sea y yo os traigo algo de bueno, que os alegrará la vista. Camastrón, amigo mio, deslia ese paquete y dá a Guillermo esas fiambres por las cuales hemos gastado esa mañana todo nuestro caudal.

A la invitación de Fagin, el Camastrón deslió el paquete, que formaba un volumen algo grueso y que estaba envuelto en un viejo mantel; pasó los objetos que contenía uno por uno a Carlos Bates, quien hacia el panejírico de cada uno de ellos al colocarlo sobre la mesa.

—Ah! ah! —hizo el judío frotándose las manos con ademan de satisfacción —he aquí algo con que confortaros! Guillermo esto vá a restableceros!

—Todo esto es bello y bueno —dijo éste —pero yo necesito dinero esta misma noche.

—No llevo sobre mí una sola moneda —contestó el judío.

—Tenéis en vuestra casa las suficientes para hacer chirriar la sartén —replicó Sikes —y de allí es de donde me convienen.

—Para hacer chirriar la sartén! ¿Lo creéis así? —exclamó el judío elevando las manos al cielo. —Las pocas que tengo no bastarían para...

—No se las que tenéis y no dudo que os costaría trabajo a vos mismo de saberlo; por el mucho tiempo que os exijiria el contarlas. —dijo Sikes —Lo que sé positivamente, es que esta misma noche necesito algunas de ellas.

—Está bien, esto basta —replicó el judío con un suspiro —voy a enviar incontinenti al Camastrón...

—No me conviene; el Camastrón es demasiado Camastrón y puede que se olvidase de volver. Además podría suceder también, que perdiese el camino o que cayera en una trampa, o se valiera de cualquiera otra excusa de esta clase, si vos le inspirais la idea...

Será mejor que Nancy vaya con vos a buscar el plus: esto es mas seguro. Yo entre tanto me acostaré y echaré un sueño.

Después de muchas contestaciones y regateos de una parte y otra, el judío redujo la suma de cinco libras exijida por Sikes a tres libras cuatro chelines seis peniques, protestando con juramento que no le quedarían mas que un chelín y seis peniques para subvenir a la manutención de la casa.

A lo que habiendo contestado Sikes con tono brusco que si no había medio de procurarse mas, era preciso conformarse. Nancy se preparó para salir con Fagin, en tanto que el Camastrón y maese Bates arreglaban los comestibles en la alacena.

Entonces el judío se despidió de su amigo y regresó a su casa acompañado de sus educandos y de Nancy. Sikes al verse solo se echó sobre la cama y se dispuso a dormir para matar el tiempo hasta la vuelta de la joven.

Aquellos llegaron a dicha casa en la que encontraron a Tobias Crachit y al señor Chattiling con ánimo de emprender su quincuagésima partida de los cientos.

—Ha venido alguien, Tobias? preguntó el judío.

—No he visto a alma viviente —respondió Crachit tirando el cuello de su camisa.

En esto el judío manifestó que era ya mas que tiempo de andar a caza, pues que habían dado las diez y todavía no se había hecho nada y los alanos partieron para distribuirse a los barrios respectivos.

—Ahora Nancy —dijo aquel cuando hubieron dejado el aposento — voy a buscar ese dinero. Esta es la llave del armario pequeño donde cierro todo lo que me llevan mis jóvenes educandos. Querida, jamás cierro mi dinero con llave; porque no tengo para ello lo bastante... ah! ah! ah!

No ciertamente; no tengo mas que una miseria... Nancy, pobre es nuestro comercio! no dá para el calzado que cuesta... y si no fuera por lo que quiero a los muchachos tiempo hace que hubiera renunciado... Pero los ayudo querida; los sostengo Nancy... toda la carga es para mi, hija mia... Chiton!

—dijo escondiendo precipitadamente la llave en su pecho —Quién puede ser? escucha!

La joven que estaba sentada con los brazos cruzados y los codos apoyados sobre el borde de la mesa, afectó la mayor indiferencia, a la llegada de un tercero y pareció darse poco cuidado en saber cual era la persona que venía a tal hora, cuando el cuchicheo de una voz de hombre hirió su oído.

Entonces se quitó el sombrero y el chal con la rapidez del rayo, los arrojó sobre la mesa, lamentándose del calor con un tono lánguido que contrastaba singularmente con la viveza de sus movimientos; lo que no advirtió el judío por haberse vuelto en este momento de espaldas.

—Ah! ah! —dijo como contrariado por la visita del importuno —es el hombre que esperaba... Va a bajar aquí Nancy. No tienes necesidad de hablar de ese dinero en su presencia... lo oyes? No estará mucho tiempo querida... diez minutos lo mas.

El judío tomó la vela y fue a abrir la puerta al visitador.

—Es una de mis muchachas. —dijo el judío viendo a Monks (porque era el mismo) retroceder a la vista de la joven. —No te muevas de aquí, hija mia!

Esta aproximándose a la mesa miró a Monks con aire indiferente y bajó al momento los ojos; pero habiéndose este vuelto hácia el judío para dirigirle la palabra, le lanzó al soslayo una nueva mirada tan diferente de la primera, tan viva y penetrante que si alguno hubiese estado allí para notar la diferencia, le hubiera costado mucho convencerse de que proviniesen de la misma persona.

—Tenéis alguna nueva noticia que comunicarme? —preguntó el judío.

—Si, una muy grande! —respondió Monks.

—Y buena... sin duda? —volvió a preguntar el judío vacilando como si temiese disgustar al otro por exceso de curiosidad.

—No mala... tanto se vale! —replicó Monks sonriendo. —Esta vez he sido bastante afortunado. Quisiera deciros dos palabras a solas.

Nancy se reclinó sobre la mesa y no hizo el menor ademan de marcharse a pesar de ver que Monks la señalaba con el dedo, dirigiéndose al judío. Este temiendo sin duda que hablara del dinero si intentaba despedirla hizo un movimiento de cabeza para indicar el piso superior y salió con su amigo.

Aun no había cesado el ruido de sus pasos, cuando la joven se descalzó, arremangó su vestido sobre la cabeza y escuchó atentamente a la puerta. Después que nada vio, salió de puntillas y subiendo la escalera en el mayor silencio; pronto desapareció en la obscuridad.

Al cabo de un cuarto de hora o veinte minutos lo mas, bajó con la misma ligereza que había subido y fue pronto seguida de los dos

hombres. Monks no tardó en salir, y el judío volvió a subir la escalera para ir a buscar el dinero.

En el momento que entró, la joven se ponía el sombrero y el chal para prepararse a marchar.

—Qué es lo que tienes Nancy? —exclamó el judío asombrado, después de colocar la vela sobre la mesa —Que pálida estás!

—Pálida! —exclamó a su vez la joven poniendo la mano ante sus ojos para sostener con mas firmeza la mirada del judío.

—Sí, estás pálida como la muerte —replicó éste —Qué ha sucedido?

—Oh! nada... A menos que esto no sea por haber estado encerrada todo este tiempo en este aposento, donde hace un calor sofocante —repuso la muchacha con frialdad... Ea concluyamos y que me vaya!

Fagin entregó a Nancy la suma convenida exhalando un suspiro a cada moneda que le ponía en la mano y después de haberse dado recíprocamente las buenas noches, se separaron.

Apenas la joven estuvo en la calle, se vio obligada a sentarse en el lindar de una puerta, por sentirse imposibilitada de continuar su camino.

De repente se levantó y se puso a correr en dirección enteramente opuesta al domicilio de Sikes, hasta que estenuada de fatiga y bañada en sudor se paró al fin para tomar aliento.

Entonces como vuelta en sí, y como desesperada de ejecutar un proyecto que tenía a la cabeza se torció los brazos y lloró amargamente.

Capítulo treinta y nueve

Singular entrevista a consecuencia de lo acaecido en el capítulo anterior

Por fortuna de Nancy, Sikes una vez en posesión del dinero pasó todo el día siguiente en beber y comer. Esto le ablandó de tal modo el carácter, que no tuvo tiempo ni el antojo de encontrar que decir en la conducta de la joven.

A medida que el día avanzaba, la inquietud de ésta aumentó; y cuando al caer la tarde se sentó a la cabecera del bandido esperando con impaciencia que el sueño y la bebida hubiesen amodorrado sus párpados, su rostro estaba tan lívido y sus ojos tan brillantes que el mismo Sikes lo observó con extrañeza.

Este a quien la fiebre había debilitado, estaba acostado en su cama bebiendo mucho grog para aplacarla y alargaba su vaso a Nancy para que se lo llenara por la tercera o cuarta vez, cuando esos síntomas le chocaron.

—Mil truenos! qué significa esto? exclamó incorporándose para observarla de mas cerca —Tienes la cara de un aparecido! ¿Qué ocurre de nuevo?

—Qué ocurre? —contestó la joven... Oh! nada... Por qué me miras así, de reojo?

—A dónde se dirigen todas estas bestialidades! —preguntó Sikes cogiéndole el brazo y sacudiéndola bruscamente. —Qué sucede? qué quiere decir esto? En qué piensas? Ea! habla!

—En muchas cosas Guillermo! —contestó pasando la mano por sus ojos para ocultar su turbación y estremeciéndose involuntariamente...

—Pero Dios mio! Qué hay de extraordinario en ello?

El tono jovial que afectó pronunciando estas últimas palabras, pareció producir en Sikes, una impresión mas fuerte que no lo había hecho su extremada palidez.

Tranquilizado por el pensamiento de que Nancy podía muy bien tener fiebre, Sikes vació su vaso hasta la última gota; y luego continuando en regañar y jurar, pidió su poción.

La joven no se lo hizo decir dos veces; se levantó al momento de su silla, derramó el brebaje en una taza (habiendo para ello tenido cuidado de volverse, un poco de espalda) y por si misma le llevó la tasa a los labios hasta que lo hubo bebido todo.

—Ahora —dijo el bandido —ven a sentarte cerca de mi y recobra tu fisonomía acostumbrada, si no quieres que yo mismo le la cambie, de modo que no la reconozcas cuando se te antoje mirarte en el espejo.

Esta obedeció y Sikes cogiéndola la mano la tuvo estrechamente cerrada en la suya no dejando de contemplarla atentamente. Luego volvió a recostarse en la almohada. Sus ojos se cerraron, y después volvieron a abrirse; tornaron a cerrarse y a abrirse de nuevo.

Se removió en su lecho y cambió muchas veces de posición, como si hubiese estado incómodo y en seguida se amodorró por intervalos repetidos en el espacio de algunos minutos, estremeciéndose de tanto en tanto y mirando con aire extraviado a su alrededor.

De pronto quedó inmóvil en la postura de una persona que vá a levantarse y luego se durmió con un sueño soporífico. Su mano soltó la de Nancy y cayó con flojedad sobre el lecho.

—El láudano ha producido al fin su efecto! —murmuró Nancy separándose inmediatamente del lecho. —Tal vez será ya tarde!

Diciendo estas palabras se puso con presteza el sombrero y el chal y mirando con espanto a su alrededor, como si a pesar del brebaje que había administrado al ladrón esperase a cada momento sentir sobre su espalda la presión de su mano ruda, después inclinándose, cautelosamente sobre el lecho, imprimió un beso en los labios de Sikes y desapareció con la celeridad del rayo.

Al extremo de un pasaje que debía atravesar para llegar a una de las calles principales de Londres, un watchman, cantó las diez y media.

—Hay mucho tiempo que ha sonado la media? —preguntó Nancy.

—Dentro un cuarto de hora darán las once! —respondió el sereno levantando su farol para ver el rostro de la joven.

—Las diez y tres cuartos ya! y necesito aun mas de una hora para llegar allí! dijo a sí misma Nancy continuando su camino con una celeridad sin igual.

—Esta mujer está loca! —decía la gente mirándola correr de tal modo a lo largo del malecón.

En una calle elegante y tranquila de los alrededores de Hyde-Park estaba situado un palacio magnífico. En el momento que Nancy descubrió la brillante luz del reverbero colocado ante la puerta dieron las doce en el reló de una iglesia vecina.

Había contenido su marcha incierta de si debía avanzar o retroceder, pero habiéndola decidido el sonido de la campana, entró en el vestíbulo. Al ver vacante el asiento del portero, miró con ademan inquieto en torno suyo y se dirigió hácia la escalera.

—Qué se os ofrece joven? —preguntó una camarera vestida con elegancia, entreabriendo una puerta tras de Nancy. A quién buscáis aquí?

—Una señorita que está en esta casa —respondió la joven.

—Una señorita! —replicó la otra con desdén. —Qué señorita, si os place?

—La señorita Maylie. —dijo Nancy.

La joven camarera que durante este corto diálogo había notado el talante de aquella, se contentó con mirarla de los pies a la cabeza e hizo señal a un lacayo para que se encargara de continuarlo. Nancy manifestó a este último el motivo de su visita.

—De parte de quién? —preguntó el criado —que nombre debo decir?

—El no es necesario. —replicó Nancy.

—Ni tampoco el motivo que os trae aquí? —preguntó el hombre.

—Tampoco; no vale la pena —respondió la joven —es preciso que yo vea a esa señorita.

—Largo de ahí! —replicó el hombre empujándola hácia la puerta — conocemos estos colores! afuera!

—Si salgo de aquí, será porque me llevaréis vos. —dijo vivamente Nancy y os juro que sois poco dos para ello. No hay pues aquí nadie —prosiguió paseando sus miradas alrededor de la sala —nadie que quiera encargarse de una comisión para una pobre joven como yo?

Nancy tuvo que vencer muchas dificultades para llegar hasta Rosa; porque los criados del palacio creían deshonrarse accediendo a sus súplicas. Las criadas la insultaban y los lacayos la miraban con aire de compasión creyéndola una mendiga.

Al fin una buena alma de cocinero vino a su socorro y acabó por determinar al ayuda de cámara, a que se dignase ir a avisar a la señorita Maylie; y aun que el orgullo de este se considerase manullado quiso ser condescendiente a la recomendación de un cofrade.

Al cabo de pocos instantes Nancy oyó un ligero ruido.

Levantó los ojos lo suficiente para notar que la persona que se presentaba, era joven y hermosa.

Trabajo cuesta el llegar hasta vos señorita! —dijo sacudiendo la cabeza con ademan de indiferencia. —Si ofendida, me hubiese marchado, (como lo hiciera cualquiera otra en mi lugar), algún día lo hubierais deplorado mucho; pues no faltará motivo.

—Siento en el alma que se os haya recibido mal —contestó Rosa — olvidadlo y decidme que causa os ha incitado el deseo de verme; yo soy la persona que pedís.

El tono amable de esta respuesta, la voz dulce de Rosa y sus maneras afables, exentas de orgullo, llenaron de asombro a la joven, que prorrumpió en llanto.

—Oh! Señorita —dijo juntando sus manos en ademan suplicante — si hubiera mas personas cual vos, habría menos cual yo; esto es muy cierto!

—Sentaos. —dijo Rosa conmovida —me oprimís el corazón. Si estáis en la miseria o en la aflicción, tendré un gran placer en aliviaros, si está en mi mano. Sentaos...

—Permitid que permanezca en pié señorita —dijo la joven —y no me hableis con tanta bondad hasta que me conozcais mejor. Empieza a hacerse tarde... Esa puerta está cerrada?

—Sí; —contestó Rosa retrocediendo algunos pasos a fin de encontrarse, en mejor posición para pedir socorro en caso de necesidad — ¿Por qué me hacéis esta pregunta?

—Por qué? —dijo la joven —porque estoy a punto de poner mi vida y la de muchos otros entre vuestras manos. Yo soy la que llevó al pe-

queño Oliverio a la casa de Fagin el judío, la misma noche que este desapareció de Pontowille.

—Vos! exclamó Rosa.

—Yo misma.

Yo soy la criatura infame de que habéis oído hablar; que vivo entre los ladrones y que hasta donde alcanza mi memoria (es decir desde mi mas tierna infancia); no he conocido otra existencia preferible a la que ellos me han procurado ni palabras mas dulces que las que ellos me han dirigido: así pues, que Dios tenga piedad de mí!

No tenéis que disimular el horror que os inspiro... Soy mas joven de lo que se cree al verme; pero sé bien el efecto que produce mi presencia: las mujeres mas miserables se alejan de mi cuando paso cerca de ellas en la calle.

—De que cosas horribles venís a ocuparme! —exclamó Rosa retrocediendo involuntariamente.

—Dad gracias al cielo, mi buena señorita. —continuó Nancy

—de que os haya proporcionado amigos que han tenido cuidado de vos en vuestra infancia y que no ha permitido fuerais expuesta al frío, al hambre, a la crápula, a la borrachera y algo peor que todo esto, como lo he sido yo, como quien dice, desde mi cuna: porque los callejones y los arroyos han sido mi patrimonio, moriré en ellos como en ellos he vivido.

—Os compadezco! —dijo Rosa con voz conmovida. —Vuestras palabras, me desgarran el corazón.

—Que Dios os bendiga por vuestra bondad! —repuso la joven —Si supierais lo que he experimentado alguna vez, me compadeceríais con mayor razón. Pero, he escapado a la vigilancia de los que me ase-

sinarian indudablemente, si supieran que he venido aquí para deciros lo que he oído. ¿Conocéis a un individuo llamado Monks?

—No; —dijo Rosa.

—El os conoce mucho a vos —replicó la joven —y sabe que viviais aquí pues por él he descubierto yo vuestra dirección.

—No conozco a nadie de ese nombre —dijo Rosa.

—Entonces probablemente es un nombre fingido —como lo he sospechado alguna vez —prosiguió la joven.

—Hace algún tiempo (pocos días después que Oliverio fue introducido por aquella ventanilla en la casa que habitabais en Chertsey, la noche en que debían robaros), como tenía sospechas sobre ese hombre, escuché una conversación que tuvo con Fagin en la obscuridad.

Por lo que oí, supe pues que Monks el hombre que creía que vos conociais, ya sabéis?...

—Sí, sí; —dijo Rosa, comprendo.

—Supe pues que Monks, había visto por casualidad a Oliverio, con dos de nuestros muchachos el día mismo que lo perdimos por primera vez, y que al momento lo había reconocido por ser el niño que buscaba, (aunque no pueda darme cuenta del porque).

Fue concluido entre ellos un tratado por el que, si Fagin volvía a apoderarse de Oliverio, recibiría cierta cantidad de dinero y que recibiría otra mayor si lograba hacer de ese niño un ladrón lo que (por razones que ignoro) Monks pareció desear vivamente.

—Con qué fin? —preguntó Rosa.

—Esto es lo que yo no sé. —contestó la joven —Cuando me inclinaba para oir mejor apercibió mi sombra en la pared, (otras muchas en mi lugar no hubieran podido escaparse tan diestramente sin ser

vistas), pero afortunadamente, me retiré inapercibida, y desde entonces no volví a verle hasta ayer noche.

—Y qué pasó entonces?

—Voy a decíroslo, señorita. La noche pasada volvió y Fagin lo llevó al piso superior como la vez primera. Como la vez primera escuché también a la puerta y oí a Monks que decía:

—Ya veis, las únicas cosas que hubieran podido servir para probar la identidad de este niño, están en el fondo del rio; y la vieja sibila que las recibió de la madre, hace largo tiempo que ha muerto y sus huesos están podridos dentro de su ataúd.

—Entonces, se pusieron a reír ocupándose, del buen éxito del asunto; y cada vez que Monks hablaba de Oliverio montaba en cólera y decía que a pesar de haberse asegurado el dinero de ese diablillo, hubiera preferido apoderarse de él de otro modo.

Porque decía, que buena farza hubiera sido la de anular el testamento del padre arrastrando por todas las prisiones de Londres, a aquel de quien es objeto y que hacia su gloria y luego conduciéndole al patíbulo por un crimen capital!

Esto podéis hacerlo aun, Fagin, después de haber sacado de él toda ventaja en vuestro provecho.

—Dios mio! que es lo que quiere decir todo esto —exclamó Rosa.

—La verdad señorita aunque salga de mis labios —replicó Nancy.

Luego añadió con juramentos horribles (familiares a mis oídos, pero enteramente extraños a los vuestros), que si pudiese satisfacer su odio, acabando con la vida de ese niño sin comprometer la suya, lo haría sin escrúpulo; pero que puesto que tal cosa era imposible, haría los medios para poner trabas a todas sus acciones y dañarle en mas

de un caso, y que si Oliverio, intentaba algún día sacar partido de su nacimiento y de su historia, sabría bien impedírselo:

—En fin, Fagin añadió, por muy judío que seáis jamás habéis empleado medios semejantes a los que yo voy a poner en práctica para atraer en el lazo a mi hermano Oliverio.

—Su hermano! —exclamó Rosa.

—Estas fueron sus propias palabras —dijo, Nancy mirando con inquietud a su alrededor. (lo que no había dejado de hacer desde el momento que empezó a hablar; porque la imagen de Sikes la atormentaba continuamente.) Mas ha dicho: cuando se le ha ofrecido hablar de vos y de la otra señora ha manifestado que era necesario que el cielo o el infierno se hubiesen mezclado en el asunto, para haber hecho caer Oliverio entre vuestras manos; después soltó una carcajada y observó que la casualidad, le había servido aun bien en tal circunstancia —porque, añadió, nombrándoos), que millares de libras esterlinas no daria ella misma, si las tuviera; por saber quien es este perrito faldero que la sigue por todas partes de dos patas!

—Es posible! dijo Rosa palideciendo —Esto no ha podido decirlo seriamente ¿No es cierto?

—Si jamás hombre alguno ha hablado seriamente, fue él en aquel momento —replicó Nancy... No es hombre para chancearse cuando está excitado por la rabia. Conozco algunos que lo hacen peor que él, pero quisiera mas oirles doce veces que él una...

Se hace tarde y quiero llegar a casa, sin que se sospeche de que he venido aquí; es preciso pues que me vuelva al momento.

—Pero qué haré yo? —dijo Rosa —Cómo sin vos podré utilizar la revelación que acabais de hacerme? Volveros! Cómo podéis desear reuniros otra vez con compañeros que pintais con colores tan horribles?

Si queréis repetir lo que acabais de decirme a un caballero que está allí, en el aposento vecino, en menos de media hora os conducirá a un sitio donde estaréis en seguridad.

—Deseo marcharme —dijo la joven.

Es preciso que me vaya; porque... (como podría confesar tales cosas a una señorita virtuosa cual vos!) porque entre esos hombres de quienes os he hablado hay uno, (tal vez el mas malo y el mas determinado de todos ellos), que yo no puedo dejar... no; aun que fuera para arrancarme de la vida que ahora llevo!

—La sensibilidad que habéis demostrado ya en otra ocasión, tomando el partido de ese querido niño —dijo Rosa —la generosidad de que habéis dado prueba ahora viniendo, con peligro de vuestra vida a decirme lo que habéis oído —vuestras maneras, que me son un garante seguro de la verdad de vuestras palabras, el arrepentimiento evidente y el sentimiento interior de vuestra vergüenza, todo me inclina a creer que podríais aun reformaros...

Oh! continuó Rosa juntando las manos mientras que las lágrimas corrían de sus ojos —no rechazeis las solicitudes de una persona de vuestro sexo, la primera, sin duda que jamás os haya hablado con dulzura y compasión! No rehuseis escucharme y dejaos volver al sendero del honor y de la virtud.

—Oh! buena señorita! exclamó Nancy precipitándose a los pies de Rosa —ángel de ternura y de bondad! vos sois en efecto la primera que me ha hecho escuchar estas palabras de consuelo que me penetran el corazón, y si yo las hubiera oído mucho tiempo antes, ellas hubieran podido sacarme del vicio en que estoy sumergida; pero ahora es demasiado tarde! demasiado tarde!

—Nunca es tarde para el arrepentimiento —dijo Rosa.

—Es demasiado tarde! exclamó Nancy torciéndose los brazos en la agonía de la desesperación... Al presente no puedo abandonarle! No; no quiero ser la causa de su muerte!

—Por qué seriais la causa de su muerte? preguntó Rosa.

—Nada podría salvarle —prorrumpió la joven —si declaraba a otros lo que acabo de deciros y si los ponían presos a todos; él no podría librarse. Es el mas atrevido y el mas intrépido de la cuadrilla... y ha cometido acciones tan atroces!...

—Es posible —dijo Rosa —que por tal hombre renuncieis a una libertad verdadera y a la esperanza de un porvenir mejor? Esto es una locura inconcebible!

—Yo propia ignoro lo que esto es —replicó la joven —Todo lo que sé es que esto no pasa a mí sola y que hay otras muchas tan viciosas y tan miserables como yo que piensan del mismo modo. —Es preciso que me marche!

Que ello sea voluntad del cielo o castigo del mal que he hecho, es de lo que no puedo darme cuenta a mi misma; pero soy atraída hácia ese hombre a pesar de su brutalidad para conmigo y creo que lo seria también aunque supiera que tengo que morir de su mano.

—Qué hacer? —dijo Rosa. —Yo no debería dejaros marchar así.

—Vos no me detendréis, estoy de ello segura! —repuso la joven, —no lo haréis, porque me he fiado en vuestra bondad y no he exigido de vos promesa alguna, como hubiera podido hacerlo.

—Entonces de que me servirá la revelación que me habéis hecho? —preguntó Rosa —Por el interés de Oliverio a quien deseáis servir, este misterio debe ser aclarado.

—Paréceme que podríais contar esto, bajo el sello del secreto a algún caballero, amigo vuestro quien os dirá lo que tenéis que hacer,

repuso Nancy.

—Pero dónde os encontraré cuando sea necesario? preguntó Rosa —No pretendo saber donde habitan esas personas horribles; pero aun tengo necesidad de volveros a ver otra vez.

—Me prometeis guardar fielmente el secreto y venir sola o al menos acompañada únicamente de la persona que estará en la intimidad? preguntó la joven —Puedo confiar en que no seré espiada o seguida?

—Os lo juro! —respondió Rosa.

—Todos los domingos desde las once hasta las doce de la noche —dijo Nancy sin vacilar —me pasearé por el puente de Londres... si existo!

—Todavía una palabra! —dijo Rosa, al ver a la joven que se preparaba para marcharse —Reflecsionad aun una vez en el horror de vuestra posición y en la ocasión que se os presenta de libertaros de ella.

Tenéis derecho al interés que os demuestro, no solo por haber venido aquí voluntariamente para hacerme esta revelación, sino también porque, estáis perdida mas allá de toda esperanza. Volveréis a esa cuadrilla de ladrones y a ese hombre que os maltrata tan cruelmente, cuando una sola palabra basta para salvaros?

Cuál es pues ese encanto que os impele a pesar vuestro a la desgracia y al crimen? No hay en vuestro corazón una cuerda que pueda yo tocar? No queda en él pues ningún sentimiento al cual pueda yo llamar contra ese fatal prestigio?

—Cuando las jóvenes señoritas tan hermosas y tan buenas como vos, entregan su corazón —replicó Nancy con firmeza —el amor las impele algunas veces muy lejos, aun aquellas que como vos tienen padres, amigos y admiradores para distraerlas.

Pero cuando las jóvenes desgraciadas que como yo no tienen otro hogar que la tumba, ni otro amigo para visitarlas en sus enfermedades, o en la hora de la muerte que el enfermero del hospital, dan su corazón a un hombre que les hace las veces de los padres y de los amigos, que han perdido o les han faltado durante todo el curso de su miserable existencia, quién puede esperar curarlas?

Tenednos lástima, señorita, de alimentar en nuestro corazón un sentimiento que la justicia divina condena y los hombres reprueban.

—Aceptaréis de mí al menos algún dinero, que os proporcione vivir sin deshonor, hasta que volvamos a vernos? —dijo Rosa después de un momento de silencio.

—Ni un sueldo —contestó la joven.

—No rechazeis el ofrecimiento que os hago de ayudaros! dijo Rosa con bondad —Deseo seros útil; os lo aseguro.

—Me haríais un beneficio mas grande —repuso Nancy con el acento de la mayor desesperación —si pudierais arrancarme la vida de un solo golpe; porque jamás como esta noche he sentido todo el horror de mi situación y me seria muy grato no morir en el mismo infierno en que he vivido!

Que Dios os bendiga, buena señorita y que él derrame sobre vuestra cabeza tanta felicidad, como deshonra y oprobio ha derramado sobre la mia!

Habiendo pronunciado estas palabras entrecortadas la desdichada criatura, se marchó.

Capítulo cuarenta

Nuevos descubrimientos, en prueba de que las sorpresas lo mismo que las desgracias, rara vez vienen solas

La situación de Rosa era algo embarazada; porque al propio tiempo que deseaba vivamente penetrar el misterio que envolvía el nacimiento de Oliverio, se veía obligada en conciencia a guardar el secreto que le había sido confiado, por la infortunada joven con quien acababa de tener tan triste conversación.

—No le quedaban mas que tres días para permanecer en Londres antes de partir con la Señora Maylie y su joven protegido a un puerto de mar bastante lejano.

El primer día tocaba a su fin (cabalmente acababa de sonar la media noche en el instante en que Nancy dejó el aposento.) ¿Qué proyecto podía concebir para ser puesto en ejecución en el término de veinte y cuatro horas? o qué medio debía emplear para retardar el viaje sin exitar la sospecha?

míster Losberne estaba en el palacio con esas señoras y debía pasar en él los dos últimos días de su permanencia en Londres; pero Rosa conocía demasiado el carácter impetuoso del doctor y preveía asaz claramente la cólera que, en un primer momento de indignación, haría explotar contra la joven; para confiarle el secreto.

Esta era también una de las razones por las que Rosa temía abrirse a la Señora Maylie, que no podría dejar de hablar de ello al doctor... Recorrer a un magistrado, suponiendo que hubiese sabido el modo

de llevar este asuntó era cosa a que debía renunciar por la misma razón...

Por un momento tuvo la idea de escribir a Enrique; pero se acordó de su última entrevista... Estaba en tal perplejidad, cuando Oliverio, que regresaba de su paseo por la ciudad escoltado de Giles, que le hacia de guardia del cuerpo, entró bruscamente en el aposento sofocado y sumamente conmovido.

—Qué tenéis para estar tan agitado? —preguntó Rosa adelantándose hácia él —respondedme Oliverio.

—Apenas puedo hablar —contestó el niño —Paréceme que me ahogo... Oh! qué dicha pensar que al fin volveré a verle y que vos tendréis la certeza de que todo lo que os he dicho es la pura verdad!

—Jamás he supuesto lo contrario, amigo mio —dijo Rosa —Pero por qué decís esto? De quién habláis?

—He vuelto a ver al buen caballero que me ha dispensado tanta amistad! —replicó Oliverio pudiendo apenas articular sus palabras — Ya sabéis.. míster Brownlow, de quién os he hablado tantas veces!

—En dónde? —preguntó Rosa.

—Bajaba de un carruaje y entró en una casa —respondió Oliverio llorando de gozo —No le he hablado... no podía hablarle; porque no ha reparado en mí y yo estaba tan trémulo que me ha sido imposible correr a él; pero Giles se ha informado de si vivía en la casa donde le hemos visto entrar y le han respondido que sí...

Tomad —añadió sacando un papel de su faltriquera —esta es su dirección: es allí donde vive... permitid que vaya al instante... Oh! Dios mio! Dios mio! que me sucederá cuando le vea y él me hable!

—Al instante! dijo Rosa —Enviad a buscar una calesa y estad pronto para partir; voy a llevaros allá al momento... No hay que per-

der un minuto! Únicamente el tiempo para prevenir a mi tia que salimos por una hora y estoy con vos... Con qué, estad preparado!

Oliverio no se lo hizo decir dos veces y en menos de diez minutos estaban en marcha para Craven street en el Strand.

Cuando hubieron llegado, Rosa bajó del coche para preparar al anciano caballero a recibir a Oliverio y entregando su tarjeta al criado le suplicó dijera a míster Brownlow, que deseaba verle por asuntos de la mayor importancia.

Este reapareció muy luego, había recibido la orden de hacer subir a la joven señorita: y la introdujo en un aposento del primer piso, donde fue presentada a un caballero de edad algo avanzada, de aspecto afable y vistiendo una casaca de verde-botella.

No lejos de él estaba otro caballero viejo, con calzón corto y polainas de mahón, el cual caballero viejo (que no parecía extremamente amable), estaba sentado con las manos plegadas, apoyadas sobre el puño de su bastón y su barba encima.

—Mil perdones señorita! dijo el caballero de la casaca verde, levantándose precipitadamente de su silla y haciendo un saludo gracioso a la señorita Maylie. —Creía que podiais ser una persona importuna que... Os pido por favor que disimuleis... Tomaos la molestia de sentaros.

—Es a míster Brownlow a quien tengo el honor de hablar? —dijo Rosa dirigiéndose a este último.

—Sí; señorita —respondió el caballero anciano —y ahí está mi amigo míster Grimwig... Grimwig, queréis tener la bondad de dejarnos por algunos minutos?

—Creo, que el Señor, no estará de mas en este punto de nuestra entrevista. Estoy bien informada; no es extraño al asunto que me trae cerca de vos.

míster Brownlow hizo una inclinación de cabeza y míster Grimwig que había hecho un saludo muy tieso al levantarse de su silla, hizo otro saludo muy tieso y sentóse otra vez.

—Sin duda voy a sorprenderos —dijo Rosa algo cortada; —pero en otro tiempo manifestasteis mucho interés y afecto a uno de mis jóvenes amigos y estoy segura que no os sabrá mal recibir noticias suyas.

—Verdaderamente! —dijo míster Brownlow —¿Puedo saber su nombre?

—Oliverio Twist! contestó Rosa.

Apenas hubo pronunciado este nombre, míster Grimwig que se había puesto a recorrer un libro voluminoso colocado sobre la mesa, lo cerró bruscamente y dejándose caer en el respaldo de la silla dejó ver su rostro en el que estaban marcadas las señales de la mayor sorpresa.

El asombro de míster Brownlow no fue menor, aunque no lo dejase apercibir de un modo tan excéntrico. Acercó su silla a la de Rosa y dijo:

—Hacedme el favor, querida señorita, de pasar en silencio esa solicitud y esa bondad de que habláis y de la que nadie duda y si está en vuestro poder desilusionarme en cuanto a la opinión desfavorable, que he debido concebir de ese niño... Oh! en nombre del cielo hacedlo al instante.

—Es un pilluelo! me comeria la cabeza que es un pilluelo! —dijo míster Grimwig sin mover ningún músculo de su rostro, como lo hiciera un ventrilocuo.

—Ese niño tiene el corazón noble y generoso —repuso Rosa ruborizándose —y el Sér Supremo que ha juzgado a propósito enviarle penas y hacerle pasar por pruebas superiores a sus fuerzas, le ha dado

cualidades y sentimientos que harían honor a personas que tienen seis veces su edad.

—Yo no tengo mas que sesenta y un año! —replicó míster Grimwig en el mismo tono; y como no tomando en ello cartas el diablo, ese Oliverio de que habláis debe tener doce años sino tiene mas, no veo la aplicación de esta advertencia.

—No hagáis caso de mi amigo, Señorita —dijo míster Brownlow — no reflexiona lo que dice.

—Si par diez! gruñó míster Grimwig.

—No no lo reflexiona, os lo aseguro! replicó míster Brownlow, que empezaba a impacientarse visiblemente.

—Se comeria él la cabeza, sino dijera la verdad!

—Mejor mereceria que se la rompieran!

—Quisiera ver a alguno que lo propusiera! —replicó Monsieur Grimwig golpeando el suelo con su bastón.

Después de haberse exaltado de tal modo, los dos amigos tomaron separadamente un polvo y se dieron enseguida un buen apretón de manos según su costumbre invariable.

Rosa que había tenido tiempo de reunir sus ideas, relató en pocas palabras lo que había sucedido a Oliverio desde el día en que había dejado la casa de míster Brownlow, reservando para el momento en que estaría sola con este caballero, la revelación de Nancy.

Añadió que el único dolor de ese muchacho durante muchos meses había sido no poder encontrar otra vez a su bienhechor.

—Alabado sea Dios! —dijo el anciano caballero —He aquí lo que me tranquiliza! Pero, Señorita Maylie, vos no nos habéis dicho donde se halla ahora... Mil perdones por la pregunta que voy a haceros; ¿por qué no lo habéis llevado?

—Está abajo en el carruaje, que espera a la puerta —contestó Rosa.

—Aquí! a mi puerta! —exclamó el anciano y sin decir una palabra mas se lanzó fuera del aposento, bajó la escalera de cuatro en cuatro, saltó sobre el estribo y de allí dentro del coche.

Apenas la puerta del aposento se hubo cerrado tras él, Monsieur Grimwig levantó la cabeza y convirtiendo en eje uno de los pies traseros de su silla, describió con la ayuda de su bastón y de la mesa, tres círculos distintos; después de lo cual, poniéndose en pié, andó piano piano, lo largo del aposento y acercándose de improviso a Rosa la abrazó sin otro preámbulo.

—Chiton! dijo al ver que esta se levantaba precipitadamente, alarmada por su audacia —Nada temáis! Tengo bastante edad, para ser vuestro abuelo... Sois una buena muchacha y os quiero mucho! Ya suben!

En efecto, luego que se hubo echado de un solo salto en su silla, míster Brownlow volvió a entrar acompañado de Oliverio, que míster Grimwig recibió muy graciosamente y esta satisfacción del momento hubiera sido por sí sola bastante a Rosa, para recompensar sus desvelos y sus inquietudes, para con su joven protegido.

—A propósito! hay alguien que no debe ser olvidado! dijo míster Brownlow tirando el cordón de la campanilla —Decid a la Señora Bedwin que suba!

La vieja ama de llaves subió en seguida y habiendo hecho una reverencia, esperó en la puerta a que míster Brownlow le diera sus órdenes.

—Creo Bedwin que vuestra vista se debilita de día en día —dijo éste con tono semi-regañón.

—A mi edad, caballero, no tiene nada de extraño —contestó la buena señora —Los ojos de las personas no mejoran con los años.

—Podría yo decir otro tanto —repuso míster Brownlow —pero poneos vuestros anteojos y veamos si adivinais porque os he mandado llamar.

La Señora Bedwin, se puso a registrar en sus faltriqueras para buscar sus anteojos, pero la paciencia de Oliverio no podía estar a prueba contra este nuevo retardo y he aquí porque cediendo al primer impulso de su corazón, se precipitó en los brazos de la buena señora.

—Dios me perdone! —exclamó esta abrazándole —es mi querido pequeñuelo!

—Mi buena Señora Bedwin! —exclamó también Oliverio.

—Sabía bien que volvería —repuso la anciana apretándole contra su pecho —Qué hermoso es... y que bien vestido! Parece un señorito! ¿Dónde habéis estado durante este tiempo que me ha parecido tan largo? Ah! siempre su bella carita... pero con todo aun mas pálida... Siempre esos ojos tan dulces, pero mas tristes.

Nunca los he olvidado, ni tampoco su sonrisa graciosa. —Dejando que la Señora Bedwin y Oliverio charlaran con holgura, Monsieur Brownlow hizo pasar a Rosa a otro aposento y ésta le contó con los mas minuciosos detalles la entrevista que había tenido con Nancy: lo que le sorprendió e inquietó muchísimo.

Después que le hubo explicado las razones que la habían impedido hablar de ella, primero a míster Losberne, aprobó mucho su prudencia y resolvió tener al instante una conferencia con el doctor.

Para lograr pronto la ocasión de ejecutar este designio, se convino que iría al palacio aquella noche misma a las ocho, y que entretanto la Señora Maylie seria informada de todo lo que había pasado.

La señorita Maylie no había exagerado la cólera del doctor; pues apenas tuvo conocimiento de la revelación de Nancy se desató en im-

precaciones contra ella y amenazó entregarla a Monsieurs Blathers y Duff.

Había ya tomado su sombrero y se preparaba para ir a encontrar a esos dignos personajes sin considerar cuales podrían ser los resultados de su loco proceder, si Monsieur Brownlow, a pesar de ser también muy irrascible, no le hubiese impedido el salir y no hubiese empleado todos los argumentos posibles para hacerle entrar en razón.

—Qué diablos, pues, nos queda que hacer? Será preciso todavía dar las gracias a todos esos vagabundos (machos y hembras) y suplicarles que acepten una centena de libras esterlinas, como una ligera prueba de nuestra estimación y una débil prenda de nuestra gratitud!

—No digo precisamente esto —contestó míster Brownlow sonriendo —pero es preciso obrar con dulzura y con prudencia.

—Dulzura y prudencia! exclamó el doctor —Yo os los enviaré todos a las...

—No digo lo contrario —replicó míster Brownlow —y sin duda lo han bien merecido.

Fue muy difícil hacer entrar en razón al doctor, que desde que había visto a los señores Duff y Blathers parecía tener una confianza sin límites en sus talentos.

Pero míster Brownlow, habiéndole hecho comprender que de su prudencia dependía la suerte de Oliverio y que un solo paso inconsiderado podía comprometerlo todo y privarle a la vez de la herencia de sus padres y de la esperanza de volver a encontrar su familia, el doctor acabó por conceder que sus arrebatos, podían echarlo a perder todo y que en adelante tendría mas calma.

En consecuencia se acordó que los Señores Grimwig y Enrique Maylie formarian parte del comité y que míster Brownlow acompañaria a Rosa al puente de Londres, donde debía volver a ver a Nancy;

que todo se haría de modo que no se comprometiera a esa desgraciada y que la justicia no seria advertida por temor de que puestos en alerta Nancy no quisiera dar a conocer a Monks.

Capítulo cuarenta y uno

Una antigua relación de Oliverio dando pruebas de un genio superior, llega a ser un personaje público en la metrópoli

El día mismo en que Nancy fue a encontrar a Rosa Maylie, después de haber dado a Sikes un brevaje suporífico; dos personas que el lector tiene ya conocidas; pero con las cuales (para mayor inteligencia de esta historia) debe reanudar las relaciones, marchaban hácia Londres por la carretera del Norte.

Estos dos viajeros eran un hombre y una mujer (tal vez seria mejor decir un macho y una hembra).

El primero de cuerpo largo y endeble, iba montado sobre altas piernas y tenía una de esas fisonomías huesosas, a las cuales es muy difícil designar ninguna edad exacta; era en fin uno de esos seres que parecen ya viejos cuando son aun jóvenes y que parecen niños cuando empiezan a entrar en edad.

La mujer podía tener diez y ocho o veinte años; pero estaba sólidamente desarrollada y era necesario que fuera así, a juzgar por el paquete enorme que llevaba sobre su espalda sujeto con correas. El de su compañero envuelto en un pañuelo azul y pendiente al extremo de un palo formaba un volumen muy pequeño.

—Andarás tú? Qué posma eres Carlota!

—Este paquete es pesado como un diablo!

—Pesado! Qué bestialidad! Para qué sirves pues? —dijo aquel cambiando de espalda su paquetillo. —Vaya! Hete aquí otra vez plantada!

—Queda aun mucho trecho? —preguntó la mujer.

—Si queda trecho? Tienes telarañas en los ojos! amor mio! No ves desde aquí las luces de Londres?

—Todavía quedan desde aquí dos millas!

—Y qué! Qué tenemos? Aun que haya dos o veinte... replicó Noé Claypole (porque era el mismo)... Ea! levántate y al avío sino quieres que con un punta pié te haga entrar en calor.

Como la nariz del Señor Claypole naturalmente colorada se había vuelto purpúrea de cólera y como se adelantaba hácia Carlota, ésta se levantó sin decir palabra y se puso en marcha.

Carlota fatigada, molida, no pensaba mas que en pararse. A cada momento preguntaba si Noé se detendria pronto papa pasar la noche.

Pero maese Claypole era antes que todo hombre prudente; había formado sus planes y temía los alojamientos que podía proporcionarle su muy graciosa Majestad Británica; por eso desconfiaba de toda posada situada demasiado cerca de la carretera; tenía una preferencia marcada por los barrios mas apartados. Sowerberry se le aparecía como la sombra de Banco.

En medio de todos sus temores, no dejaba por ello de hacer sentir su superioridad a Carlota. Esta reconocía y agradecía a su adorado, la confianza ilimitada, que le había dispensado, dejándola todo el dinero que se habían llevado de la casa de Sowerberry!

Pero esta confianza, no era mas que la consecuencia del sistema de prudencia de maese Claypole; había temido comprometerse en el caso de ser perseguidos y el dinero hallándose únicamente sobre de ella, hubiera podido protestar de su inocencia y escapar tal vez de las manos de la justicia.

Noé, arrastrando tras si a Carlota, ya suavizaba el paso en la esquina de una de esas calles que recorría con los ojos en toda su estensión, para ver si descubriria la muestra de alguna modesta posada, ya

arrecial a la marcha, si temía que el sitio fuera demasiado público para él.

Al fin se paró ante una taberna mas sucia y mas miserable en la apariencia que todos los que había visto hasta entonces y después de haber examinado escrupulosamente su exterior anunció graciosamente a Carlota su intento de pesar en ella la noche.

—Con que dame ese paquete —dijo desatando las correas pasadas al rededor de las espaldas de Carlota y cargándoselo sobre sí —y cuida de no abrir el pico que yo no te dirija la palabra! Cuál es la muestra de la casa?

A... l... o... s.. a los t... r... e... s. tres a los tres... a los tres que? preguntó.

—A los tres cojos —dijo Carlota.

—A los tres cojos? repitió, Noé —No es del todo bestia que digamos esa muestra! Tú, sígueme... y no te olvides de lo que te he recomendado! —dichas estas palabras empujó la puerta con su espalda y entró seguido de Carlota.

Solo había en el mostrador un joven judío, quien con los dos codos apoyados sobre la mesa, estaba ocupado en leer un periódico grasiento. Miró fijamente a Noé y éste le inspeccionó del mismo modo.

Si Noé hubiese llevado su traje de la escuela de Caridad, el aire de sorpresa con que le miraba el judío no hubiera parecido extraordinario; pero como llevaba una blusa puesta sobre su vestido, parece que nada había en él capaz de llamar hasta este punto la atención en una taberna.

—No es aquí la posada de los tres cojos? preguntó Noé.

—Esta es la muestra de esta casa —respondió el judío.

—Un caballero que hemos encontrado en el camino nos ha recomendado vuestra casa —dijo Noé haciendo un guiño a Carlota, no

solo para que advirtiera la sutileza de su espíritu, si que también para advertirla que no dejara escapar ninguna señal de sorpresa. —Podremos tener una cama para esta noche?

—Diré abajo si hay alguna desocupada... contestó Barney que era el mozo de esta casa —voy a informarme.

—Conducidnos a la sala y servidnos un plato de fiambre y una pirta de cerveza mientras esperamos —dijo Noé.

Barney después que los hubo introducido en una salita baja les llevó en seguida lo que le habían pedido, avisándoles al propio tiempo de que podrían pasar allí la noche y que iban a prepararles una cama; después de lo cual se retiró.

Esto aposento estaba situado de modo que cualquiera conocedor de la casa podía por medio de un pequeño vidrio colocado en un ángulo, ver desde la sala de entrada todo lo que pasaba en ella sin peligro de ser visto y aplicando el oído en dicho punto era fácil oir lo que en ella se decía.

Había cinco minutos que el amo de la casa tenía el ojo pegado al vidrio, prestando oído al mismo tiempo a la conversación de nuestros dos viajeros y Barney acababa cabalmente de desembucharles la respuesta ante dicha, cuando Fagin entró para informarse, si había visto a algunos de sus jóvenes educandos.

—Chit... hizo Barney colocando el dedo sobre sus labios —hay dos personas en la salita.

—Dos personas! repitió el viejo en voz baja...

—Dos buenas piezas... como hay Dios! añadió Barney —Llegan de la campiña. —A fe mia es género de vuestro gusto o yo soy un bestia.

Esta noticia interesó en gran manera a Fagin. Subió sobre un taburete, aplicó el ojo al vidrio y pudo divisar a maese Claypole comiendo

su fiambre y bebiendo su cerveza en compañía de Carlota.

—Ah! ah! —dijo en voz baja Fagin volviéndose hacia Barney —El aire de ese mozalvete me satisface del todo! Nos será útil, estoy de ello cierto! Comprende a las mil maravillas el modo de llevar a buen fin los negocios! No muevas ruido Barney; que oiga lo que dicen!

El judío aplicó de nuevo el ojo al vidrio, reprimiendo su respiración para oir mejor y el aspecto de su fisonomía en este momento era del todo satánico.

—Estoy resuelto; quiero ser un señor! dijo maese Claypole alargando sus piernas y concluyendo una conversación empezada antes de llegar Fagin. No quiero hacer mas ataudes... estoy harto de ellos! pero quiero llevar una vida regalona y si tu quieres Carlota, serás también una señora!

—No pediría otra cosa mejor Noé —contestó esta —pero no se encuentran todos los días alcancias que vaciar.

—Ba! dijo Noé... Algo mas que alcancias hay para vaciar!

—¿Qué quieres decir? preguntó Carlota.

—Hay faltriqueras, ridículos, casas, coches, el Banco mismo... y que se yo que mas! dijo Noé excitado por el porter.

—Pero tu no puedes hacer todo esto Noé?

—Procuraré asociarme con otros, si hay medio y no tendrán inconveniente en emplearnos de una manera o de otra... Tu sola vales cincuenta mujeres!

—Oh! que gusto me dá el oírte hablar así —exclamó la muchacha imprimiendo un gordo beso sobre el rostro feo de su compañero.

—Bien, basta ya con esto!.... no te exaltes demasiado por temor de disgustarme, dijo Noé rechazándola con gravedad —Quisiera ser el capitán de alguna cuadrilla... Os los llevaría, a las mil maravillas... y

me enmascararia para acecharles... Oh! Esto me convendría bastante!...

Y con tal que pudiera encontrar algunos caballeros de ese género, digo que valdría mas que la bicoca de las veinte libras que has soplado a Sowerberry, tanto mas que ni uno ni otro sabemos como deshacernos de ellas.

Después que maese Claypole hubo manifestado su opinión en tales términos, miró el jarro de cerveza con aire deliberado; y habiendo sacudido su contenido hizo una señal de inteligencia a Carlota y bebió un trago que pareció refrescarle completamente. Se disponía a beber otro, cuando fue interrumpido por la repentina llegada de un extranjero.

Este extranjero no era otro que míster Fagin quien haciendo un saludo gracioso acompañado de una sonrisa amable al pasar por frente nuestros dos viajeros, se sentó a una mesa cerca de ellos y pidió al astuto Barney que le sirviera algo de beber.

—Hermosa noche a fe mia; si bien algo helada atendida la estación —dijo Fagin frotándose las manos —Caballero a lo que parece llegais de la campiña?

—Cómo podéis saberlo? —preguntó Noé.

—No tenemos en Londres tanto polvo como el que miro —contestó Fagin señalando con el dedo los zapatos de Noé.

—Tenéis a mi ver el aire de un perillan —dijo Noé —Ha!.. ha! ha!

—No se puede menos de serlo en una ciudad como esta.

Acompañó esta observación, con un golpecillo sobre su nariz dado con el index de su mano derecha; gesto que Noé quiso imitar pero hizo pífia, a causa de la poca tela que el suyo ofrecía en esta parte de su rostro.

Fagin satisfecho de la intención, compartió liberalmente con nuestros dos amigos el licor que Barney había traído.

—Esto es añejo —observó Noé haciendo castañear sus labios.

—Si; pero es caro! dijo Fagin... Un hombre necesita vaciar bolsillos, ridículos, casas, carruajes y hasta el Banco, si quiere beber de ello en todas sus comidas.

A tales palabras Noé se dejó caer en el respaldo de su silla y miró alternativamente a Fagin y a Carlota.

—No os asusteis querido! —dijo Fagin acercándose a Noé —Ha! ha! Ha sido mucha fortuna que haya sido yo solo quien os ha oído, por la mayor de las casualidades.

—Yo no he sido el que ha sillado la bicoca! balbuceó Noé no alargando ya sus piernas como un hombre independiente sino encajándolas lo mejor que pudo bajo su silla; ella es la que ha dado el golpe. Todavía la tienes sobre de ti, Carlota; no puedes decir lo contrario.

—Querido, poco importa quien ha dado el golpe o quien tiene el dinero! replicó el judío fijando con todo sus ojos de alcón sobre la joven y sobre los dos paquetes —Yo mismo soy de la partida y por eso os quiero mas.

—De qué partida queréis hablar? preguntó maese Claypole algo mas tranquilo.

—Del mismo ramo de comercio —contestó Fagin. Igualmente todas las personas de la casa. Habéis caído aquí como Marzo en cuaresma querido! No hay en Londres un sitio mas seguro que los tres cojos... sobre todo si os tomo bajo mi protección...

Y como vos y esa joven me inspirais interés, podéis tranquilizaros; os aseguro que nada hay que temer.

Noé Claypole hubiera debido tranquilizarse en efecto, después de esta seguridad; pero si su espíritu estaba mas desahogado, no sucedía así con su cuerpo porque se torcia de mil maneras en su silla y tomó diferentes posiciones a cual mas extravagantes, mirando, entretanto a su nuevo amigo con aire a la vez desconfiado y temeroso.

—Os diré mas —continuó el judío después de haber logrado tranquilizar a la joven a fuerza de movimientos de cabeza y de protestas de amistad; tengo un buen amigo que podrá satisfacer el deseo que acabais de manifestar lanzándoos en el buen camino; con el bien entendido de dejaros libre para escoger de pronto el ramo que mejor os convenga, reservándose solo el cuidado de enseñaros los otros.

—Decís esto como si hablárais seriamente? —repuso Noé.

—No veo porque me burlaria —dijo el judío encogiéndose de hombros. —Venid conmigo a la puerta para que os diga una palabra a solas.

—No es necesario que nos desordenemos —dijo Noé alargando de nuevo sus piernas; podéis decirme esto mientras que ella va a llevar los paquetes arriba. Carlota! vé a procurar que esos paquetes se coloquen en el aposento donde debemos dormir.

Carlota se hizo un deber en obedecer y Noé abrió la puerta para facilitarla el paso y verla salir; después de lo cual volvió a sentarse.

—He! ya veis como os la hago marchar! —dijo con el tono de un domador que hubiese amansado un animal feroz.

—Bravo! —contestó Fagin dándole un golpecillo sobre la espalda; —sois un genio, querido!

—Seguramente y por esto he resuelto venir a Londres —replicó Noé —Pero haremos bien en no perder el tiempo, porque ella no tardará a volver.

—Tenéis razón. Al caso —dijo el judío —Ea; veamos! si mi amigo os gusta ¿creéis que será lo mejor asomaros con él?

—Hace buenos negocios? Este es el quid del asunto! preguntó Noé guiñando sus ojuelos.

—Los hace excelentes —respondió el judío —ocupa una multitud de manos y tiene a su servicio los trabajadores mas hábiles y mas distinguidos de la profesión.

—Como si dijéramos maestros obreros, he? preguntó al señor Claypole.

Luego el judío y su nuevo asociado se pusieron a pasar revista a todos los modos de robar conocidos y desconocidos.

A cada proposición, Noé encontraba siempre que objetar: ya el género de comercio era demasiado peligroso, porque, ya como tenemos dicho la bravura no entraba en las cualidades dominantes de este héroe; ya no redituaba lo bastante y la rapacidad de maese Claypole no se encontraba satisfecha; y si algo había difícil de satisfacer, era esta rapacidad; porque si el tal Claypole hubiese sido dividido en dos partes creemos que la gula se hubiera apoderado de todo el lado derecho y la avaricia del izquierdo al lado del corazón.

Al fin encontró un género de ocupación a su gusto: quedó convenido que se dedicaria a la caza menuda.

—Qué se entiende por esto? preguntó.

—La caza menuda son los chicuelos, que van por recados. Cuasi siempre llevan en la mano un cheling o una pieza de seis sueldos, se les hace la zanjadilla, se toma su dinero y se sigue el camino!

—Ah! ah! hé aquí mi negocio!

—Con que, queda convenido, dijo Noé, viendo que Carlota acababa de entrar. Mañana a qué hora?

—A las diez, os parece bien? preguntó el judío. —Y en cuanto maese Claypole hubo hecho una señal de cabeza afirmativa añadió. Con qué nombre hablaré de vos a mi amigo?

—míster Bolter —contestó Noé que había previsto la pregunta y estaba preparado para responder —míster Mauricio Bolter. Os presento a la señora Bolter —prosiguió señalando a Carlota.

—Muy servidor de la Señora Bolter! —dijo Fagin haciendo un saludo grotesco. Espero que antes de poco tendré la satisfacción de conocerla mejor.

—Oyes lo que te dice este caballero, Carlota?

—Si Noé! —contestó la Señora Bolter alargando su mano a Fagin.

—Me llama Noé, por via de cariño —dijo míster Mauricio Bolter (antes de ahora Noé Claypole), dirigiéndose a Fagin. ¿Comprendéis?

—Si, si comprendo... perfectamente —contestó el judío diciendo por esta vez la verdad. Buenas noches! Buenas noches!

Capítulo cuarenta y dos

El Camastrón se enreda en un mal negocio

Con qué vuestro amigo erais vos mismo? —dijo maese Claypole al presente Bolter, cuando de resultas de sus convenios fue a habitar el día siguiente en casa el judío; —ayer cuasi lo hubiera dudado.

—Todo hombre para sí mismo es su propio amigo —contestó el judío con una sonrisa significativa —en ninguna parte puede encontrar otro mejor.

—Excepto con todo algunas veces —dijo Mauricio Bolter —dándose humos de un hombre de mundo. Ya sabéis que hay personas, que son sus propios enemigos.

—No lo creáis —replicó el judío —Cuando un hombre es su propio enemigo, lo es únicamente porque cuida mas de los intereses de los otros que del suyo propio... Ba!.. Esto es bestialidad!.. y además nada natural.

—Esto es aun verdad! dijo míster Bolter, con aire pensativo —oh! sois un viejo maligno!

míster Fagin vio con cierto placer la impresión que había producido sobre maese Bolter. Para aumentar su efecto, le instruía del estado de sus negocios y de sus operaciones de comercio mezclando tan bien la ficción con la verdad, que el respeto y el temor que había inspirado a ese digno mozalvete aumentaron visiblemente.

—La confianza mutua, que nos tenemos unos a otros es la que me consuela y me indemniza de las pérdidas dolorosas que sufrió algu-

nas veces —prosiguió Fagin. Mi mejor dependiente mi brazo derecho me fue arrebatado ayer mañana.

—Sin duda queréis decir que ha muerto?

—No; no tan mal como esto... seguramente no tan mal.

—Qué ha podido pues acontecerle?

—Han tenido necesidad de él; han juzgado oportuno retenerle.

—Tal vez para negocios importantes?

—No; pretenden que le han visto meter la mano en el bolsillo de un caballero. Lo han registrado a pretexto de justicia y han encontrado sobre de él una caja de tabaco de plata... la suya querido mio... la suya propia; porque adoraba el tabaco de polvo y lo tomaba ordinariamente.

Lo han guardado hasta hoy, pretendiendo conocer el individuo a quien pertenece esa baratija. Ah! valía él cincuenta cajas como aquella... y yo daria si estuviera en mi mano el valor de ella con la satisfacción mayor, con tal de volverle a ver a mi lado.

Quisiera que hubierais conocido al Camastrón, querido mio; quisiera que lo hubierais conocido!

—Puede esperarse que lo conoceré.

—Ah! lo dudo mucho —replicó el judío con un suspiro. —Si no obtiene nuevas pruebas en apoyo de esta acusación, no será gran cosa y él volverá dentro seis semanas o dos meses lo mas tarde; de otro modo estarán en el caso de enviarlo al seminario como pensionista.

Conocen demasiado lo que vale y harán de él un pensionista.

—Qué entendeis por seminario y pensionista? preguntó maese Bolter —A qué viene hablarme en gringo ya que no lo comprendo?

Fagin iba a traducirle en lenguaje vulgar estas expresiones misteriosas y rebuscadas y maese Bolter hubiera sabido entonces que la combinación de estas palabras seminario y pensionista significaban condena perpetua, cuando el diálogo fue interrumpido por la llegada de Bates que entró con ademan contrito y las dos manos metidas en las faltriqueras.

—Se acabó! —dijo.

—Qué quieres decir? —preguntó Fagin con voz temblorosa.

—Han encontrado al caballero dueño de la caja de polvo. Dos o tres testigos por añadidura han venido a engrosar la acusación y el pobre Jac... está registrado para un pasaje a lo lejos: Fagin necesito un traje de luto y un crespón en mi sombrero, para ir a visitarle antes de su partida.

Pensar que Jaime Dawkins el Camastrón el fino Camastrón será deportado por una mala caja de polvo, valor dos sueldos y medio!.. Jamás hubiera creído que debiera hacer este viaje a no ser por un reló de oro con su cadena y los colgajos. Oh! por qué no ha desvalijado a algún viejo ricote!

Había dado que hablar de él y al menos hubiera partido como un caballero en vez de separarse de nosotros sin honor y sin gloria como un miserable pelafustan.

Con esto maese Bates dando libre curso a su dolor, se dejó caer en una silla y permaneció silencioso por algunos momentos.

—Y qué entiendes tu por ello, cuando dices que nos deja sin honor y sin gloria? preguntó Fagin con tono irritado —¿Acaso no ha sido el primero entre todos vosotros? hay, digo, uno solo que sea digno de limpiar sus botas hé?

—No ciertamente! —respondió Bates con voz lastimera —no conozco ninguno que pueda vanagloriarse de ello.

—Y bien? entonces a qué viene esa cantinela? —dijo el judío con acritud —¿de qué sirven esas jeremiadas?

—Por qué los periódicos no hablan de ello palabra, como vos mismo sabéis bien! —exclamó Carlos irritándose a despecho de su venerable amigo. —Porque el asunto no tendrá publicidad y nadie sabrá jamás lo que él era. ¿Cómo figurará en el calendario de Newgate? Pueda que ni siquiera su nombre sea inscrito en él. Ah!

Dios mio! Dios mio! que desgracia! Esto es desgarrador!

—Ah! ah! —hizo el judío extendiendo la mano y volviéndose hácia el señor Bolter —Ya veis querido mio, que orgullosos están de su profesión! No es esto edificante?

—No carecerá de nada —repuso —Estará en su celda como un señor, Carlos... como un joven príncipe. Tendrá todo lo que apetezca... todo. Quiero que como de costumbre tenga su cerveza en todas sus comidas y dinero en su bolsillo para jugarlo a cara o cruz sino puede gastarlo.

—Si? exclamó Bates.

—Sin duda. Y le encontraremos un defensor, Carlos! Escojerémos aquel que pase por tener el mejor pico. Tomará su partido con calor en un discurso soberbio que conmoverá al auditorio. Nuestro joven amigo hablará también a su vez, si lo juzga conveniente y nosotros veremos esto en los periódicos:

—El fino Camastrón... (explosiones de risa en el público). Mas abajo... (agitación en el banco de los Señores jurados). Y algunas líneas después... (hilaridad general). Hé Carlino?

—Ah! ah! —exclamó maese Bates riendo —a puesto mi gaznate que Fagin los corta a todos en pedazos menudos! Como va a retorcéroslos el Camastrón! Con el no los veo blancos!

—Y hará bien, en no tenerles consideraciones!

—No cabe duda —contestó Carlos frotándose las manos.

—Me parece estarlo viendo ahora —dijo el judío fijando sus miradas sobre su joven educando.

—Y yo también! exclamó Bates... Ah! ah! ah! Paréceme que estoy allí. Me lo represento como si ello pasara ante mis ojos... Qué buena farza!

Esas vetustas cabezas de pelucón, haciendo todo lo posible para mantenerse serias y Jaime Dawkins, no tartamudeando para decirles su modo de pensar, como si fuera su camarada, y hablándoles con la misma soltura que lo haría el hijo del propio presidente después de una buena comida.. ah! ah! ah!

Es lo cierto que el judío, había tenido tanta habilidad en exitar el humor jovial de su joven educando, que éste, que de pronto considerará la prisión de su amigo como una desgracia y el mismo Camastrón como una víctima, miraba ahora a este ilustre joven como el primer galán de una escena cómica y le tardaba ver llegar el momento en que su joven camarada tendría una ocasión tan favorable para desplegar sus talentos.

—De un modo u otro será necesario procurar lo medios de tener hoy mismo noticias suyas. —dijo Fagin —Calculemos...

—Si fuera yo allí? —preguntó Carlos.

—Te guardarás muy bien! —contestó el judío —Querido mio estás loco? A la verdad es preciso que seas —archi-loco para pensar en encagarte dentro la gola del lobo! No, no hijito! ya es bastante para mi el haber perdido el uno, para esponerme a perder el otro.

—Creo, no intentaréis ir vos mismo? dijo Carlos con tono chocarrero.

—No me conviene de ningún modo —repuso el judío sacudiendo la cabeza.

—Entonces por qué no enviais a ese recién venido? preguntó Maese Bates poniendo su mano sobre el brazo de Noé. —Nadie le conoce.

—Si quiere ir no deseo otra cosa mejor! —observó Fagin.

—Por qué no querrá?

—No lo sé querido. —dijo Fagin volviéndose a Bolter —realmente no lo sé!

—Oh! que si que lo sabéis muy bien! —observó Noé dando algunos pasos retrógados hácia la puerta. —Que si, que si lo sabéis bien! —añadió balanceando la cabeza un tanto alarmado de la proposición de Carlos. —Guarda Pablo! este género de comisión no entra en mi departamento. No lo ignorais de antemano!

—Entonces Fagin para que género de trabajo lo habéis reclutado? —preguntó maese Bates midiendo a Noé de la cabeza a los pies con aire de desdén —para jugar las piernas cuando habrá algo embrollado o para enguller sin duda, él solo todo lo que habrá sobre la mesa, cuando todo irá bien?

—Esto no os incumbe a vos, joven imberbe! —replicó Bolter —y si os permitís estas libertades con vuestros superiores podremos enojarnos: tenedlo entendido!

Maese Bates, prorrumpió en tal carcajada a esta amenaza que Fagin necesitó mucho tiempo antes de poder interponer su autoridad y hacer comprender al señor Bolter que no corría ningún riesgo en visitar el tribunal de policía, tanto mas que el pequeño asunto que lo llevara a Londres no habiendo transpirado aun en esta ciudad, era mas que probable que no se sospechase que se había refugiado en ella y que de consiguiente si cambiaba de traje, no había mas peligro

para él, en ir al tribunal de policía que el que podía haber, yendo a cualquiera otra parte, ya que de todos los sitios de la capital era aquel sin disputa, al que se pensaría menos, que pudiese visitar, de su pleno alvedrío.

Persuadido por estas palabras de Fagin tanto como por el temor que éste le había infundido, el señor Bolter consintió de muy mala gana en hacer esta escursión. Por consejo del judío se encajó un traje de carretero.

Concluido su tocador, se le hizo el retrato del Camastrón de modo que pudiera reconocerle fácilmente; y Carlos después que le hubo acompañado hasta la entrada de la calle, en que estaba el tribunal de policía, le prometió esperarle en el mismo sitio.

Noé Claypole, o Mauricio Bolter (como mejor le parezca Hamarle el lector), siguiendo la dirección que le había dado Carlos Bates, que tenía un conocimiento exacto de los sitios, llegó sin obstáculo al santuario de la justicia.

Buscó con la vista al Camastrón; pero aunque vio muchas mujeres que hubieran podido muy bien pasar las unas por la madre y las otras por las hermanas de ese apreciable joven y que entre los hombres que aparecieron en el banco de los acusados, hubiese mas de uno que se le pareciese lo bastante para que se le tomase por su hermano o por su padre, no apercibió con todo entre los jóvenes de su edad, nadie que respondiese a las señas que le habían dado.

Esperaba con impaciencia cuando apareció un joven preso que reconoció al momento por Jaime Dawkins.

En efecto era el Camastrón quien con las mangas arremangadas, como de costumbre, la mano izquierda en su bolsillo y sosteniendo con la derecha su sombrero, entró resueltamente seguido del carcelero.

Después de haber tomado asiento en el banco de los acusados, preguntó con tono semi-serio y semi-cómico la razón por la cual se le trataba de una manera tan indigna.

—Silencio! —gritó el carcelero.

—Soy inglés, no es cierto? —dijo el Camastrón —Dónde están mis privilegios?

—Pronto los tendréis vuestros privilegios y sazonados con su correspondiente sal y pimienta —replicó el carcelero.

—Veremos lo que el ministro del interior tendrá qué decir a los picos si se me retiran mis privilegios —contestó Jaime Dawkins. —¿Ahora queréis hacerme el favor de decirme que significa toda esa farándula?

Os agradeceré —prosiguió dirigiéndose a los magistrados —que termineis pronto este pequeño asunto, no me tengáis aquí en suspenso divertiéndoos en leer esos periódicos porque tengo una cita con un caballero en la Cité y como sabe que soy muy exacto cuando se trata de negocios y que jamás he faltado a mi palabra, os prevengo que se irá si no llego a la hora convenida.

Si así lo hacéis no reclamaré daños ni perjuicios como tengo el derecho de redamarlos contra los que me han hecho perder el tiempo.

Habiendo dicho estas palabras con una volubilidad extraordinaria, pidió al carcelero le dijera los nombres de los dos viejos buos (señalando a los magistrados), que estaban sentados al mostrador, lo que éxito en tan alto grado la hilaridad de los espectadores, que rieron de tan buen corazón como hubiera podido hacerlo maese Bates estando presente allí.

—Silencio! —gritó el carcelero.

—De qué se trata? —preguntó uno de los jueces.

—De un robo señor presidente —contestó el carcelero.

—Ese muchacho ha comparecido ya otra vez aquí?

—No ha comparecido ante este tribunal, señor presidente, aunque lo haya merecido mas de una vez, pero respondo que ha estado mas de una vez en otra parte. Lo conozco desde largo tiempo.

—Ah! me conocéis! —dijo el Camastrón, tomando nota de las palabras del carcelero. —Bueno es saberlo. Me acordaré de ello. Esto no es mas que una calumnia y una calumnia en regla.

Estas expresiones fueron seguidas de nuevas carcajadas entre la multitud y de otro «Silencio!» por parte del carcelero.

—Dónde están los testigos? —preguntó el escribano.

—Es justo; al hecho! —replicó el Camastrón —Donde están. Tengo curiosidad de verlos.

Pronto quedó satisfecho sobre este punto; porque un policemón adelantándose declaró que entre la muchedumbre había visto al prisionero introducir su mano en el bolsillo de un desconocido, retirar de el un pañuelo que examinó con atención y no habiéndolo encontrado sin duda bastante bueno para él, volverlo del mismo modo después de haberse sonado los mocos dentro; que en consecuencia lo había arrestado por este hecho y que habiendo sido registrado en forma de derecho se le había encontrado encima una caja de polvo de plata, sobre cuya tapadera estaba gravado el nombre del caballero a quien pertenecía, el cual estaba también presente a la audiencia.

Este caballero cuyo domicilio se había encontrado por medio del Almanaque del Comercio, juró que la caja de polvo era realmente suya y que la había perdido la víspera anterior en el momento de abrirse paso entre la muchedumbre.

Añadió que había notado a un joven afanoso de atravesar el tropel y que ese joven era el prisionero que tenía a la vista.

—Joven tenéis alguna observación que hacer al testigo aquí presente? dijo el magistrado.

—Creería rebajarme teniendo conversación con él. —respondió el Camastrón.

—Tenéis algo que decir para vuestra defensa?

—No oís al señor presidente que os pregunta si tenéis algo que decir para vuestra defensa? —dijo el carcelero dando un codazo al Camastrón que se obstinaba en guardar silencio.

—Os pido mil perdones —dijo este levantando la cabeza con aire de distracción y dirigiéndose al magistrado. —Es a mi a quién habláis señor pelucón?

—Señor presidente en mi vida he visto un pilluelo tan descarado como este, observó el carcelero —No tenéis nada que decir pequeño bagamundo?

—No aquí —replicó el Camastrón —porque no es aquí la botica de la justicia. Por otra parte mi defensor está ahora almorzando con el vice-presidente de la cámara de los comunes. Algo tendré que decir en otra parte y él también, como mis amigos que son muchos y muy respetables.

—Volvedlo a la prisión —gritó el escribano —será juzgado en los próximos assises.

—Vamos! dijo el carcelero.

—Voy! contestó el Camastrón acepillando su sombrero con la palma de la mano. —Ah! prosiguió dirigiéndose a los magistrados — Os advierto que de nada os sirve el aparecer espantados! Estad muy seguros que no tendría compasión de vosotros por un liart.

Algo os escozerá esta partida... no lo dudeis... y ahora rehusaria mi libertad aun cuando os pusierais de rodillas para hacérmela aceptar! Ea! en marcha vos! dijo el carcelero —volvedme a la prisión; estoy pronto a seguiros!

Dicho esto el Camastrón se dejó coger por el cuello y siguió o mas bien marchó lado por lado del carcelero, no cesando de amenazar a los jueces hasta que estuvo fuera de la sala, en seguida alargó la lengua a su guardián con un aire de satisfacción interior y se encontró otra vez bajo los cerrojos.

Después que el Camastrón hubo dejado la sala, Noé fue al sitio en que había dejado a Bates.

Ambos se apresuraron a llevar a Fagin la feliz noticia de que el Camastrón hacia honor a los principios que había recibido y que trabajaba en establecerse una reputación gloriosa.

Capítulo cuarenta y tres

Llega para Nancy el tiempo de cumplir su promesa a Rosa. No la cumple. Fagin emplea a Noé Claypole en una comisión secreta

Era la noche de un domingo: el reló de la iglesia vecina dio la hora. Fagin y Sikes que estaban hablando, se callaron un momento para escuchar. Nancy levantó la cabeza y prestó atento oído.

—Las once! —dijo Sikes levantándose de su silla y apartando la cortina de la ventana para mirar a la calle. La noche está negra como boca de lobo. Famoso tiempo para los negocios.

—Ah! contestó el judío —No es una lástima Guillermo que nada haya preparado para esta noche?

—Esta vez tenéis razón —repuso Sikes bruscamente —Y tanto mas lástima, cuando me encuentro esta noche del todo de buen humor.

El judío exhaló un suspiro y sacudió tristemente la cabeza.

—Así pues a la primera ocasión que se presente será preciso cogerla aunque sea al vuelo y reparar el tiempo perdido —continuó Sikes.

—Esto es lo que se llama hablar en razón! dijo el judío dándole un golpecillo en el hombro. Me place oiros hablar así Guillermo.

—Ciertamente! —Esto me dá gusto!

—Ah! ah! ah! —hizo el judío alentado por esta observación —Estáis esta noche en vuestro centro Guillermo, completamente en vuestro centro.

—No estoy en mi centro cuando poneis vuestras garras sobre mi espalda —dijo Sikes rechazando la mano del judío —Con qué abajo las patas!

Fagin nada respondió a ese cumplido adulador, pero tirando a Sikes por la manga, le señaló con el dedo a Nancy, que habiéndose aprovechado del momento en que ellos hablaban para ponerse su sombrero, se disponía para salir.

—Nancy! gritó Sikes —qué diablos haces! ¿dónde tienes intención de ir a esta hora?

—No muy lejos.

—Acaso es una respuesta «no muy lejos!» —repuso Sikes —¿Dónde vas?

—Te digo que no lejos.

—Otra vez! quieres responder? —preguntó Sikes que empezaba a calentarse. —Te pregunto dónde vas?

—No lo sé —respondió la joven.

—Pues bien! —dijo Sikes mas por espíritu de contradicción que porque tuviera ninguna razón para privarle la salida —Siéntate y estate quieta.

—Ya te he dicho que no me encuentro bien! —observó Nancy —Necesito tomar el aire.

—Asoma la cabeza a la ventana y tómalo a discreción.

—No corre bastante en ella —Necesito tomar el aire en la calle.

—No saldrás a la calle! —replicó Sikes. Dicho esto, fue a cerrar la puerta, metió la llave en su faltriquera y arrancando el sombrero de la cabeza de Nancy, lo arrojó sobre un armario viejo. —Ahora —añadió el bandido —te digo otra vez que te sientes y permanezcas tranquila! ¿estamos?

—Seguramente no seria un sombrero el que me impediría salir! —dijo la joven palideciendo —Qué significa esto, Guillermo! Sabes lo que haces?

—Levanta mucho el pico! —exclamó Sikes volviéndose a Fagin. —Es preciso que haya perdido el juicio, de lo contrario no se atrevería a hablarme así.

—Tu me obligarás a hacer una trastada! —murmuró Nancy apretando las dos manos sobre su pecho como para retener un grito que iba a escapársele —te digo que me dejes salir al momento!

—No! —exclamó Sikes.

—Fagin decidle que haría mejor en dejarme salir... mucho mejor... ¿Me oyes? gritó Nancy golpeando el suelo con el pié.

—Si te oigo! —repuso Sikes volviéndose bruscamente y mirándola cara a cara —Aun creo que te he oído demasiado! Si pronuncias otra palabra te haré estrangular por mi perro; lo que hecho gritarás por alguna cosa ¿Qué es lo que le ha dado a ese pulpón? Se ha visto jamás cosa igual!

—Déjame salir —dijo Nancy en tono suplicante... Te ruego Guillermo que me dejes salir! —añadió sentándose en el suelo cerca la puerta —No sabes tú lo que haces! —No; no, lo sabes... Solo una hora —te lo suplico.

—Que los demonios me lleven si esta joven no se ha vuelto loca! —exclamó Sikes cogiéndola por el brazo —Ea! levántate!

—No, no! no me levantaré sino me dejas salir.

Sikes la contempló un instante en silencio; y aprovechándose de un momento en que no hacia resistencia le puso las manos detrás de la espalda y la arrastró con mucho trabajo hasta el aposento inme-

diato, donde habiéndola sentado a la fuerza en una silla, la lavo en respeto.

—Se ha visto jamás cosa igual! dijo enjugándose su rostro cubierto de sudor. —Es chocante esa joven con sus caprichos!

—Es verdad —dijo el judío con ademan pensativo —es muy chocante.

—Decidme, por qué razón pensáis vos, puede haberse empeñado en salir esta noche? Vos debéis saberla mas que yo. ¿Qué diablos de idea se le habrá metido en la cabeza?

—Querido mio, encaprichamiento de mujer sin duda alguna —respondió el judío encogiéndose de hombros.

—Es muy posible —gruñó Sikes —Creía haberla sometido, pero es peor que nunca.

—Ciertamente que es peor —repuso el judío con aire distraído. —Jamás la había visto arrebatarse como hoy por nada.

—Ni yo tampoco. Sospecho que ha cogido un poco de esa maldita fiebre que me ha tenido en un triz. Qué os parece? Esto no puede ser otra cosa.

—Es posible.

—Yo me encargo de sacarle un poco de sangre, si ello le repite otra vez. Así evitaré que el médico se tome la molestia de venir.

El judío hizo una expresiva señal de cabeza, dando a entender que aprobaba mucho este tratamiento.

—No me ha dejado un momento durante esa enfermedad endiablada; rodaba día y noche alrededor de mi lecho, mientras estuve en pastura horizontal, en tanto que vos, viejo cocodrilo, me habéis dejado allí; me habéis abandonado; y os habéis puesto en guardia.

No teníamos un sueldo en casa y esto es probablemente lo que la habrá atormentado. Puede que el haber estado tanto tiempo encerrada le habrá agriado el carácter, no es así?

—Es muy probable querido! —dijo el judío en voz baja —Silencio! Aquí está!

Apenas hubo dicho estas palabras, Nancy volvió a aparecer en el aposento y se sentó en su sitio. Se conocía que había llorado, porque sus ojos estaban rojos e hinchados. De repente se agitó en su silla y un instante después soltó una carcajada convulsiva.

—Héla ahí que se ríe ahora! —exclamó Sikes volviéndose a su compañero con sorpresa.

—El judío le hizo señal de que no hiciera caso y Nancy recuperó pronto la calma. Después de haberle dicho a Sikes al oído que no había temor por entonces de una recaida, pues que lo creía todo concluido. Fagin tomó su sombrero dando las buenas noches a sus amigos.

Al llegar a la puerta, se paró y lanzando una mirada a su alrededor preguntó si había alguno que quisiera alumbrarle para bajar.

—Alúmbrale Nancy —dijo Sikes rellenando su pipa —seria una lástima que se rompiera el bautismo; privaria a los espectadores del placer de verle colgar.

Nancy tomó la vela y acompañó al viejo hasta el pié de la escalera. Cuando estuvieron en la entrada el judío, poniendo el dedo sobre sus labios dijo muy bajo al oído de la joven.

—Qué sucede Nancy?

—Qué queréis decir? contestó ésta en el mismo tono.

—Cuál es la causa de todo esto? —preguntó Fagin —Si ese bruto se porta indignamente contigo —añadió señalando con el dedo el piso

superior —por qué no?

—Qué? —dijo ésta viendo que Fagin no concluía su frase y la miraba con suma atención.

—No importa! Volveremos a hablar de esto otra vez. Nancy tienes en mi un amigo, un verdadero amigo. Poseo los medios para hacer muchas cosas! Cuando querrás vengarte del que te trata como un perro, que digo como un perro! peor que un perro; porque acaricia alguna vez el suyo, ven a encontrarme, entiendes Nancy?

Ese no es mas que un pájaro de paso; mientras que a mi Nancy a mi me conoces desde largo tiempo... desde muy largo tiempo.

—Os conozco bien! dijo la joven sin manifestar la menor emoción —Buenas noches!

Dirigiéndose a su habitación, Fagin dio libre curso a los pensamientos que ocupaban su alma. Desde algún tiempo había concebido la idea de que Nancy cansada de la brutalidad del bandido, amaba a otro. El objeto de este nuevo amor no era ninguno de sus imberbes pupilos.

—Seria una buena adquisición tal monigote de Nancy —pensaba Fagin —Es preciso pues asegurarse los dos cuanto antes.

—Con un poco de persuasión —continuaba pensando Fagin —que motivo mas poderoso podría determinar a esa joven a envenenar a Sikes? Otras lo han hecho antes que ella... y aun peor, por sus amantes...

A la mañana siguiente se levantó muy temprano y esperó con impaciencia la llegada de su nuevo compañero, quien después de cierto lapso de tiempo, se presentó al cabo y empezó por atacar furiosamente los comestibles.

—Bolter! —dijo el judío tomando una silla y sentándose frente a Noé.

—Aquí estoy! ¿qué me queréis? —contestó este —No me deis nada que hacer antes que no haya concluido mi desayuno; como es la mala costumbre en esta casa; jamás queda en ella tiempo para comer!

—Podéis hablar comiendo, no es cierto?

—Oh! Sin duda! nunca como mejor que cuando hablo —continuó Noé cortando una enorme rebanada de pan —Dónde está Carlota?

—Ha salido. La he mandado a una comisión fuera de casa con la otra joven porque necesitaba estar solo con vos.

—Hubierais debido encargarla que antes me hiciera tostadas de pan con manteca! Y bien! hablad, hablad siempre, no me interrumpiréis.

No había cuidado de que se le interrumpiera fuese por lo que fuese, porque se había sentado a la mesa con la firme intención de trabajar a destajo y lo hacia en efecto de tan buen ánimo, que las migas le saltaban por sobre la cabeza.

—Ayer trabajasteis lindamente camarada! dijo el judío —seis chelines, nueve peniques y medio... diantre! Querido! La caza menuda hará vuestra fortuna.

No olvidéis añadir tres botes de cerveza y un jarro para leche.

—No ciertamente, querido mio! El escamoteo de los tres botes de estaño demuestran sin duda, alguna destreza; pero el del jarro, —para leche es toda una obra maestra.

—No es maleja que digamos para un debutante!

—repuso el señor Bolter con tono de complacencia —he descolgado los botes de una verja de hierro ante una casa acomodada y como el jarro para leche estaba en el lindar de la puerta de un figón lo he recogido temeroso de que no se enmoheciese o que no cogiese un resfriado; esto es muy justo, no es cierto? ah! ah! ah!

El judío fingió reír a carcajadas y míster Bolter haciendo lo mismo de buena gana, hincó el diente en su primera rebanada de pan y de manteca; y apenas la hubo despachado, se cortó una segunda.

—Bolter! —dijo Fagin poniéndose de codos sobre la mesa —Necesito de vos, para un golpe de mano que exige mucha prudencia!

—Tate! no vayáis a esponerme ahora en algún peligro, a enviarme a un tribunal de policía! Os prevengo que esto no me conviene, ni me puede dar mucho gusto!

—Querido; no hay que correr el menor peligro! Se trata únicamente de seguir a una mujer y espiar sus acciones.

—Una vieja?

—No; una joven!

—Pues puedo hacerlo a las mil maravillas! Caramba! en la escuela ora un famoso soplón! ¿Por qué es necesario que yo la siga? Creo no será por...

—No —interrumpió Fagin. No hay mas que hacer, sino decirme donde va, quien vé y si es posible lo que hace; recordar el nombre de la calle, si es una calle, o bien de la casa si es una casa y comunicarme en fin todas las noticias que podáis recoger.

—Qué me daréis por ello?

—Os daré una libra esterlina, cosa que no he dado nunca por servicios de este género, que no me producen utilidad alguna.

—Quién es esta mujer?

—Una de las nuestras.

—Ya veo de lo que se trata! —exclamó Bolter frunciendo la nariz — sospechais de ella, no es cierto?

—Ha adquirido nuevas relaciones, querido, y es preciso que yo las conozca.

—Ya caigo. Únicamente por tener el gusto de conocerlas, con el fin de saber si es persona respetable, he? ah! ah! ah! Soy vuestro hombre.

—Sabía que os gustaría tal comisión!

—Y no habéis errado. Donde está; en que punto y cuando deberé seguirla.

—Esto querido os lo diré... os lo comunicaré cuando sea tiempo oportuno. Procura estar preparado; lo restante me corresponde a mi.

Aquella noche, la mañana siguiente y el día después, el espía calzado y vestido con su traje de carretero, estuvo preparado para salir a una señal de Fagin.

Seis noches pasaron de este modo; seis noches mortales en cada una de las cuales el judío regresó mohino, dando a comprender en pocas palabras que todavía no era ocasión. La noche del día séptimo, volvió mas pronto que los días precedentes y brillaba en su rostro un rayo de satisfacción.

—Pronto; partamos, es tiempo ya!

Noé se levantó sin pronunciar palabra; porque la alegría extrema que experimentaba el judío se había comunicado a él. Salieron de escondite y habiendo atravesado un laberinto de calles, llegaron al fin a una taberna.

Eran las once y cuarto y la puerta estaba cerrada. Ella volvió cautelosamente sobre sus goznes, a un ligero silvido que dio el judío.

Osando apenas cuchichear, pero sustituyendo los gestos a las palabras. Fagin y el joven judío que les había abierto la puerta señalaron

a Noé el agujero con vidrio y le indicaron que subiera para ver la persona que estaba en la sala vecina.

—Es esta la mujer de que se trata? —preguntó en voz baja.

El judío hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

El espía cambió una mirada con Fagin y partió como una flecha.

Capítulo cuarenta y cuatro

Nancy es exacta a la cita

El reló de muchas iglesias daba las once y tres cuartos, cuando aparecieron dos personas a la entrada del puente de Londres.

La primera, que era una mujer se adelantaba con paso vivo y ligero mirando con avidez a su alrededor como si buscara a alguno; el otro que era un hombre, seguía a alguna distancia en la sombra y arreglaba su paso al de la mujer, parándose cuando ella se paraba y deslizándose de nuevo al escondite a lo largo del parapeto cuando ella volvía atrás.

La noche era oscura. Durante todo el día el cielo había estado nublado y a esta hora, sobre todo en este sitio, había muy poco concurso de gente.

Una broma espesa que cubría al rio daba un tinte pálido a la luz rojiza de los faroles que ardían en las lanchas.

Sonó la media noche; el duodécimo golpe vibraba aun en el aire cuando una joven señorita y un caballero de cabellos blancos, bajando de un fiacre a alguna distancia, se dirigieron hácia el puente después de haber despedido al cochero. Apenas habían dado algunos pasos, Nancy se estremeció y al momento fue a ellos.

Marchaban aquellos como gentes que no esperan encontrar a la persona que buscan, cuando se hallaron cara a cara con la joven. Se detuvieron dando un grito de sorpresa que luego reprimieron; porque un hombre en traje de menestral paso rápidamente por su lado en el mismo instante.

—Por aquí! —dijo Nancy con ansiedad. Temo hablaros en este sitio; seguidme al pié de la escalera.

Al decir estas palabras el menestral volvió la cabeza y preguntando bruscamente porque ocupaban ellos solos todo la acera prosiguió su camino.

La escalera de que hablaba Nancy estaba al extremo del puente en la ribera del condado de Surrey.

Sus escalones que forman una parte del puente, consisten en tres tramos o mesetas. Al pié de la segunda meseta el muro de la izquierda termina con una pilastra haciendo frente al Támesis.

Llegado al pié de esta segunda meseta el menestral lanzó una mirada a su alrededor y viendo que no había otro sitio para ocultarse y que además la marea entonces muy baja, dejaba mucha plaza, se echó de costado, la espalda arrimada a la pilastra y esperó allí a nuestros tres amigos casi seguro de que no bajarian mas, y que si no podía oir su conversación podría al menos seguirlos de nuevo con toda seguridad.

Se determinaba ya a salir de su escondrijo y pensaba volver a subir, cuando oyó resonar un ruido de pasos sobre la piedra y luego las voces de varias personas hirieron su oído. Entonces se incorporó, se apretó contra él, miró y respirando apenas escuchó con atención.

—Paréceme que nos alejamos demasiado —dijo el caballero. —No puedo permitir que esta señorita baje un escalón mas; personas habría, que teniendo en vos la poca confianza que debéis inspirar, ni siquiera hubieran consentido en llegar hasta aquí! Pero como veis, soy aun complaciente.

—Si a esto llamáis ser complaciente! —contestó Nancy —Sois en verdad muy sensato! complaciente! Ba! es igual!

—No; pero decidme —repuso el caballero con tono mas dulce — ¿por qué nos habéis llevado a este sitio endiablado? Por qué no allá arriba donde al menos transita alguna gente, mas bien que en esta horrible ladronera?

—Ya os he dicho que no me gusta hablaros allá arriba —contestó la joven estremeciéndose —no se lo que tengo, pero experimento tal espanto esta noche, que apenas puedo sostenerme. No sé de que proviene... quisiera saberlo.

Todo el día de hoy he sido atormentada, por los mas horribles pensamientos de muerte y de sudarios cubiertos de sangre, hasta producirme fiebre y delirio. Por la noche he querido distraerme leyendo, hasta llegar la hora y he visto las mismas cosas en el libro...

—Esto es efecto de la imaginación —dijo el caballero.

Vuestros sacerdotes orgullosos hubieran erguido la cabeza a la vista de mis tormentos y me hubieran predicado llamas y venganza — exclamó la joven —Oh! mi buena señorita! Por qué los que se dicen enviados de Dios y reclaman el título de ministros del Todo-poderoso no son para nosotros pobres miserables, buenos e indulgentes?

—Por qué no estuvisteis aquí el domingo pasado?

—No pude venir; fui detenida a la fuerza.

—Por quién?

—Por Guillermo, el hombre de quién he hablado a la señorita.

—Creo no habrá tenido sospecha, sobre el asunto que os conduce aquí?

—No; —contestó la joven sacudiendo la cabeza. Me es muy difícil dejarle, a menos que no sepa porque. Cuando decidí ir a encontrar a la señorita no hubiera podido verla, si para hacerle dormir no hubiese metido Laudano en la poción que le di.

—Dormía aun cuando volvisteis? —preguntó el caballero.

—Sí; y ni él ni los demás han tenido la menor sospecha.

—Está bien —dijo el caballero —Ahora escuchad.

—Estoy pronta a oiros.

—Esta señorita que veis, me ha comunicado a mi y a algunos amigos (en la discreción de los cuales se puede descansar con toda confianza), lo que le dijisteis hace quince días.

Para probaros que me fio de vos, os diré francamente que nos proponemos arrancar de ese Monks su secreto (cualquiera que el sea) y que para ello, aprovecharémos la ventaja, si es necesario de los terrores pánicos a los cuales dicen está sujeto.

Pero si a pesar de esto, no podemos apoderarnos de él, o bien una vez en nuestras manos nada quiere confesar, será preciso entonces consentir en entregarnos al judío.

—Fagin! —exclamó Nancy retrocediendo un paso.

—Sin duda. Es preciso que nos entregueis a ese hombre.

—No lo espereis! Por horrible que haya sido su conducta para conmigo, jamás haré lo que me pedís!

—Estáis bien resuelta!

—Jamás!

—Me diréis por qué?

—Por una buena razón. Por una sola razón que la señorita sabe y de consiguiente estoy segura que la pondrá de mi lado puesto que me ha dado su palabra; además por lo mismo que si su conducta es mala, la mia no está exenta tampoco de reproches.

—Entonces —repuso el caballero como si hubiese logrado el objeto que se proponía —entregadme a Monks y dejadle se arregle conmigo.

—Y si llega a denunciar a los otros? —preguntó Nancy.

—Os prometo que en el caso que podamos obtener de él la verdad arrancándole su secreto, no se tratará de esto.

Puede haber en la historia del niño Oliverio particularidades que seria penoso someter a la vista del público; y con tal (como os he dicho) que conozcamos la verdad, que es todo lo que pedimos, vuestros amigos no correrán ningún peligro.

—Y si no quiere confesar la verdad?

—Entonces, el judío no será llevado ante la justicia que vos no lo consintais.

—La señorita, se compromete en este punto con su palabra?

—Os la doy —contestó Rosa —Podéis contar con ella.

—¿Monks ignorará siempre por quien habéis sabido todo lo que sabéis? —dijo la joven después de un momento de silencio.

—Siempre! —contestó el caballero —Os aseguro que obrarémos de modo que ni la mas leve sospecha podrá entrar en su alma.

—A pesar de que desde mi mas tierna infancia he vivido entre los mentirosos y por consiguiente la mentira, me sea familiar —dijo Nancy después de otro momento de silencio —acepto vuestra palabra y me entrego enteramente a vosotros.

Después de obtenida la seguridad de Rosa y del caballero que podía estar perfectamente tranquila, empezó (con vos tan baja que el espía apenas podía oirla) por dar las señas de la taberna, donde había estado aquella noche.

Por las pausas que hacia hablando, se hubiera podido creer que el caballero tomaba nota de dichas señas.

Cuando le hubo explicado las circunstancias del sitio, desde donde podía mirarse exitar la atención; cuando hubo dicho la hora de

la noche y cuales eran los días en que Monks solía frecuentar esa guarida, pareció reflexionar un momento para recordar la fisonomía del hombre en cuestión y estar en mejor estado de hacer su filiación.

—Es alto, muy recio; pero no gordo. Al verle andar se crreria que va hacer una mala jugada, porque mira constantemente a uno y otro lado. Tiene los ojos de tal modo hundidos en la cabeza que por esto solo podríais conocerle perfectamente.

Es de piel muy morena y aunque no tenga mas allá de veinte y seis o veinte y ocho años, sus ojos son secos y hoscos. Sus labios están ordinariamente marchitos y descoloridos por las señales de sus dientes; porque está sujeto a terribles convulsiones y muy amenudo se muerde las manos hasta hacerse sangre...

Por qué os estremeceis? —dijo la joven parándose de golpe.

El caballero se apresuró a responder que no sabía si se había estremecido y la suplicó que continuara.

—Esto lo he sabido por las personas de la casa de que os he hablado —prosiguió la joven —porque yo no le he visto mas que dos o tres veces y aun en ellas iba embozado en una gran capa. Creo que esto es todo lo que puedo deciros... Apropósito... esperad!

Cuando vuelve la cabeza se descubre en su cuello un poco más arriba de su corbatin...

—Una gran cicatriz roja como una quemadura! —exclamó el caballero.

—Qué significa... entonces vos le conocéis? —dijo la joven.

La señorita lanzó un grito de sorpresa y los tres permanecieron por algunos momentos en silencio tan profundo que el espía hubiera podido oir su respiración.

—Creo conocerle —dijo el caballero —lo reconoceria al menos después de las señas que acabais de darnos... Veremos...

Dicho esto con aire de indiferencia, se volvió del lado del espía y murmuró entre dientes: —No puede ser otro que él!

—Luego —repuso dirigiéndose a Nancy —Señorita acabais de prestarnos un gran servicio y os doy las gracias —¿Qué puedo hacer por vos?

—Nada —contestó Nancy.

—No persistais en rehusar... veamos reflecsionad un poco —continuó el caballero con acento tan dulce y bondadoso que hubiera podido conmover un corazón mas duro y mas insensible.

—No; nada caballero... Os lo aseguro... replicó la joven —derramando lágrimas. —Nada podéis para cambiar mi suerte.

—Va a dejarse persuadir —exclamó Rosa —va a rendirse, estoy segura de ello... titubea...

—Creo que no, mi querida señorita! —dijo el caballero.

—No; señor! —continuó Nancy después de un momento de reflecsión —estoy encadenada a mi primera existencia; tengo horror a ella, es verdad; pero no puedo dejarla... Adiós! tal vez he sido seguida y espiada. Partid, partid los primeros!

Si creéis que os he prestado algún servicio todo lo que pido en recompensa es que me abandoneis al instante mismo y me dejéis volver sola.

—Es inútil insistir mas! —dijo suspirando el caballero —pueda que permaneciendo aquí comprometemos su seguridad.

—Sí, sí! —contestó la joven —tenéis mucha razón!

—Cómo acabará pues la existencia miserable de esta pobre joven? exclamó Rosa.

—Cómo? contestó ésta —mirad ante vos, señorita! fijad la vista sobre esa agua que ruge a vuestros pies! Cuántas veces no habréis oído hablar de pobres desgraciadas como yo que se han precipitado en ella, fatigadas como estaban de la vida!

—No hableis así... os lo suplico —dijo Rosa sollozando.

—Será esta la última vez que oigais tales palabras, buena señorita. No permitirá Dios que tales horrores vengan jamás a mancillar vuestros castos oídos! Buenas noches! Adiós!

El caballero se volvió como para prepararse a partir.

—Tomad esta bolsa —exclamó Rosa —guardadla por amor de mi y para que tengáis algún recurso en la necesidad.

—No, no! —contestó la joven —el oro no me tienta, ni es el interés quien me hace obrar en esta circunstancia... creedlo... con todo dadme alguna cosa... algo que vos hayáis llevado... Quisiera tener algo vuestro... No; no un anillo... vuestros guantes o vuestro pañuelo... gracias, gracias! Dios os bendiga! Adiós!

La agitación extrema que dominaba a la joven y el temor que tenía de que fuera maltratada a su regreso, en el caso de ser descubierta, fueron los que determinaron al caballero a partir.

El y Rosa aparecieron luego sobre el puente y se detuvieron un momento en el último escalón de la escalera.

—Rosa Maylie esperó aun, pero el anciano caballero la tomó del brazo y la atrajo suavemente hácia él. En el momento que desaparecieron, Nancy se dejó caer sobre uno de los escalones y dio libre curso a sus lágrimas.

Llegado a lo alto de la escalera; Noé Claypole volvió la cabeza a derecha y a izquierda y no viendo alma viviente, puso los pies en polvorosa.

Capítulo cuarenta y cinco

Consecuencias fatales

Cerca dos horas faltaban para apuntar el día. El judío velaba en su cama, demostrando esperar a alguien con la mas viva impaciencia. A su lado y en un colchón tendido en el suelo estaba echado Noé Claypole durmiendo profundamente.

Largo tiempo había que aquel permanecía en tal actitud, cuando al fin el ruido de los pasos de una persona que creyó reconocer vino a herir su oído.

—El es, no cabe duda! murmuró.

Al pronunciar estas palabras sonó la campanilla: Bajó los escalones de cuatro en cuatro y pronto volvió acompañado de Sikes que llevaba un paquete bajo su brazo.

—Tomad, encerrad esto —dijo este —y desembarazadlo todo lo que podáis. Voto al infierno, me ha costado mucho cogerlo Hace mas de dos horas que debería estar aquí.

Fagin tomó el paquete, lo encerró en el armario con llave y miró fijamente al bandido: sus labios pálidos temblaban con tal fuerza, sus facciones estaban tan descompuestas por las diferentes emociones que le dominaban; que Sikes retrocedió involuntariamente.

—Qué Demonios sucede ahora —exclamó —por qué miráis las gentes de tal modo, he? Responderéis?

El judío levantó la mano y agitó su dedo con aire misterioso.

—Maldición! —dijo Sikes metiendo rápidamente su mano en el bolsillo del costado —Se ha vuelto rabioso! Es preciso que me ponga en guardia!

—No, no! —contestó Fagin recobrando el uso de la palabra. —No hay peligro —Guillermo!... No es a vos con quien me las he... Nada tengo que reprocharos.

—Ah! es una gran fortuna! —repuso Sikes mirándole de través y metiendo con ademan ostentoso, su pistola en otra faltriquera... Mucha fortuna para uno de los dos...

—Lo que tengo que deciros, Guillermo —continuó el judío acercando su silla a la del bandido —os hará aun mas efecto que a mí.

—Lo dudo mucho! Hablad pronto, o Nancy creerá que me he perdido.

—Perdido! —exclamó Fagin —esto no la sorprendería. Bastante ha trabajado para vuestra pérdida.

Sikes estupefacto procuró leer en los ojos del viejo; pero no pudiendo adivinar por ellos el sentido de este enigma, lo cogió por el cuello y lo sacudió con toda su fuerza.

—Os repito que hableis! —dijo —de lo contrario será que no osais! Viejo infame, abrid vuestra boca y esplicaos claramente! Lo oís?

—Supongamos que este muchacho que está acostado allí.

—Y bien que mas? continuó, Sikes soltándole y volviendo a su primera posición.

—Supongamos que ese muchacho... llegara a hacernos traición... que nos hubiese vendido a todos... descubriéndonos a las personas que tienen un interés en conocernos... que les hubiese dado nuestras señas hasta el menor detalle y dicho en fin el sitio, donde era fácil ensartarnos!.. Qué haríais vos?

—Qué haría yo! —contestó Sikes con un juramento horrible —Lo que haría! Si estuviera aun vivo a mi regreso le romperia el cráneo con el talón de mi bota.

—Y si fuera yo? —Yo que tanto sé y que tantos podría llevar a la horca conmigo!

—No lo sé —repuso Sikes rechinando los dientes y palideciendo de cólera, a la sola idea de que esto pudiera ser.

—Haría algo en la prisión que me haría meter la camisa de fuerza... o si se nos juzgaban juntos diría yo solo contra vos, mas que todos los testigos y os haría saltar los sesos ante todo el mundo...

No serían la fuerza ni el valor los que me fallarian entonces —Mil rayos!.. murmuró el bandido blandiendo su puño como si realmente fuera a empezar la acción. —Iría de tan buen ánimo que no veriais mas que centellas.

—De verdad?

—De tan verdad como os lo digo... Ensayaos un poco y veréis si guardo pelillos.

—Y si fuera Carlos, o el Camastrón o Betsy... o bien?

—Poco me importa quien sea!.. —repuso Sikes impaciente —Del mismo modo le pagaría su comisión.

Fagin fijó de nuevo su mirada en el bandido y haciéndole señal de que guardara silencio se inclinó sobre el colchón en que dormía Noé y sacudió a éste para dispertarlo.

—Bolter! Bolter!.. Pobre muchacho! —dijo el judío cargando con énfasis el epíteto —Está fatigado Guillermo! molido de haber asechado tanto tiempo a la joven.

—Qué quiere decir esto? —preguntó Sikes.

El judío no contestó palabra; pero inclinándose de nuevo sobre Noé le tiró por el brazo y logró que se incorporara.

—Repetidme aquello otra vez para que él lo oiga! —dijo el judío señalando con el dedo a Sikes —Otra vez aun... no mas que una vez, hijo mio!

—Qué os repita que? —preguntó Claypole de mal talante.

—Lo que sabéis respecto a Nancy —añadió el judío, teniendo a Sikes por el puño de miedo que no saliera antes de haberlo oído todo. —La habéis seguido, no es cierto?

—Sí.

—Hasta el puente de Londres?

—Sí.

—Dónde ha encontrado dos personas?

—Justamente.

—Un caballero y una señorita, que antes había ido a encontrar de plena voluntad.

Le han pedido que les entregara a todos sus compañeros y Monks el primero... lo que ha hecho..; que les diera sus señas; lo que ha hecho..; que les comunicara el nombre y la dirección de la casa que frecuentamos tan a menudo y en la que nos reunimos, como también el sitio desde donde se puede ver mejor, sin ser notado; lo que ha hecho..!

Le han preguntado el día y la hora en que ordinariamente nos dirigimos a esa casa y ella se lo ha dicho... esto es todo lo que ha hecho. No ha sido necesario emplear la amenaza para hacerla revelar todas estas cosas; ella las ha dicho, de buen grado no es cierto?

—exclamó el judío cuasi loco de cólera.

—Es verdad —contestó Noé rascándose la cabeza... Precisamente es así como la cosa ha pasado!

—¿Qué han dicho respecto al domingo pasado? —preguntó el judío.

—Respecto al domingo pasado? —repuso Noé procurando refrescar su memoria... Paréceme que ya os lo he dicho.

—No le hace, dilo otra vez! —continuó el judío estrechando todavía mas el brazo de Sikes y agitando su mano mientras la espuma salía de su boca.

—Le han preguntado —dijo Noé (que a medida que se desvelaba parecía tener una idea de lo que era Sikes) le han preguntado porque no había acudido el domingo último como lo tenía prometido; y ella les ha respondido que le había sido imposible.

—Por qué, por qué? —interrumpió el judío con aire triunfante. —Decidle por qué razón.

—Porque Guillermo no la quiso dejar salir y la detuvo a la fuerza. Y como el caballero manifestó no conocer a Guillermo, añadió que era el hombre de quien había hablado anteriormente a la señorita.

—Qué ha dicho de mas respecto a Guillermo? —gritó el judío —Qué ha añadido a propósito del hombre de quien había hablado anteriormente a la señorita? Decidle, decidle esto.

—Ha dicho, que no podía salir con facilidad a menos que el no supiera donde iba y que la primera vez que fue a encontrar a aquella señorita (ah! ah! ah! no he podido menos de reirme cuando ha dicho esto) le había puesto laudano, en la poción que le hizo beber antes de salir.

—Condenación!!! —gritó Sikes haciendo soltar la presa al judío —Dejadme!..

Arrojando al viejo lejos de él, se abalanzó fuera del aposento y se precipitó por la escalera como un furioso.

—Guillermo! Guillermo! —exclamó el judío corriendo tras él —una palabra! una sola palabra!

Esta palabra no hubiera llegado al oído del bandido si éste que no podía abrir la puerta a pesar de los horribles juramentos que proferia, no hubiese dado tiempo al judío para llegar sofocado.

—Abridme esta puerta —dijo Sikes —no me tengáis aquí plantado una hora con vuestra habladuria; no estoy de humor para oiros! Dejad que salga sin dirigir la palabra... será lo mejor, os lo aseguro!..

—Un momento, un solo momento! —dijo el judío poniendo la mano en el cerrojo —No seáis demasiado...

—Demasiado qué?

—No seáis demasiado... demasiado... violento Guillermo! —continuó el judío con tono melífluo.

El día empezaba a clarear lo bastante para que cada uno de ellos pudiera leer en el rostro del otro lo que pasaba en su alma. Cambiaron una mirada, sus ojos centelleaban. No podía caber engaño sobre la naturaleza de los sentimientos de entrambos.

—Sí; esto es Guillermo!.. —dijo Fagin al ver que todo fingimiento era ya inútil: —Quería decir, no seáis demasiado violento (al menos por vuestra propia seguridad). No vayáis a comprometeros, sobre todo sed prudente.

Dicho esto el judío dio la vuelta a la llave en el cerrojo, y Sikes por toda respuesta abrió la puerta de par en par, y partió como un rayo.

Sin dar tiempo a la reflecsión; sin volver la cabeza de ningún lado, sin lanzar una mirada a la derecha o la izquierda; pero con los ojos fi-

jos ante él, marchaba a grandes pasos, con los dientes apretados de tal modo que su quijada inferior parecía hundirse dentro la piel.

Lleno de pensamientos feroces y llevando un proyecto horrible en la imaginación andaba con la cabeza baja; y sin haber pronunciado una sola palabra ni removido un solo músculo de su rostro, se encontró frente su casa.

Entró sin hacer ruido, subió cautelosamente la escalera, abrió la puerta de su aposento con la misma precaución, la cerró a doble vuelta, y habiendo colocado una mesa detrás de ella, se acercó a la cama y apartó la cortina.

Nancy que estaba acostada medio vestida, se dispertó sobresaltada.

—Eres tu, Guillermo? —dijo con acento de satisfacción por verle de regreso.

—Sí; soy yo. —respondió el bandido —levántate!

Había una vela que ardía esperando a Sikes, éste la arrancó del candelera y la arrojó a la chimenea. La joven viendo que clareaba ya algo el día se levantó para apartar las cortinas de la ventana.

—No es necesario —dijo Sikes poniendo el brazo ante ella para impedírselo —veré lo bastante para lo que tengo que hacer.

—Guillermo!.. —exclamó Nancy con voz ahogada por el miedo — Por qué me miras así?..

El ojo extraviado, la respiración corta y las ventanas de la nariz hinchadas, el bandido la contempló un momento en silencio, luego agarrándola por la cabeza y por el cuello, la arrastró al medio del aposento y le puso la mano sobre la boca después de haber lanzado una mirada hácia la puerta.

—Guillermo!.. Guillermo!.. —gritó la joven debatiéndose, con una fuerza que solo puede dar el temor de la muerte —no haré ruido... no gritaré... te lo prometo!.. Escúchame!.. háblame!.. dime lo que te he hecho!

—Ah! infame! sabes tú bien lo que has hecho!.. —repuso Sikes con risa infernal —lo sabes muy bien!.. Te han espiado esta noche... Todas tus palabras han sido oídas!

—Consérvame la vida como he conservado yo la tuya; te lo suplico Guillermo!.. En nombre del cielo perdona mi vida!.. —exclamó Nancy aferrándose a él —Guillermo!.. Querido Guillermo!.. no tendrás corazón para matarme! Ah! piensa en todo lo que he rehusado esta noche por ti!... Reflexiona un momento y evítate este crimen! No te dejaré;

Guillermo!.. no podrás hacer que te suelte... Por el amor de Dios reflexiona antes de derramar mi sangre... Soy yo quien te lo ruego! yo que tanto te amo!.. Guillermo! siempre te he sido fiel!.. Tan verdad como soy una criatura indigna, te he sido fiel!

El bandido forcejó violentamente para desasirse de ella, pero los brazos de la joven estaban entrelazados con los suyos de modo que no pudo lograrlo.

—Guillermo —dijo Nancy procurando poner su cabeza sobre el pecho del bandido —aquel anciano caballero y aquella buena señorita me han ofrecido esta noche un asilo, en cualquiera país extranjero, donde pudiese acabar mis días en paz; déjame verlos aun otra vez, les pediré de rodillas que te otorguen el mismo favor y si consienten como no lo dudo, dejaremos este lugar horrible, iremos cada uno por su lado a vivir en el retiro, o procurarémos olvidar la vida espantosa que hemos llevado juntos, sin vernos ya jamás.

Nunca es tarde para el arrepentimiento, ellos me lo han dicho, y ahora comprendo que tienen razón... pero es necesario el tiempo... Es

necesario tener tiempo Guillermo... un poco de tiempo!..

Sikes habiendo logrado desembarazar un brazo cogió su pistola. La idea de que seria descubierto y arrestado al momento si hacia estrépito se presenta como un relámpago a su alma aun en medio de su furor, y entonces descargó dos o tres golpes con su culata sobre la frente de la joven suplicante.

Esta de pronto vaciló y cayó en seguida cuasi cegada por la sangre que manaba de un agujero enorme que le había hecho en la cabeza; pero volviéndose a levantar sobre sus rodillas si bien con gran dificultad, sacó de su seno un pañuelo blanco (el de Rosa Maylie) y elevándolo entre sus dos manos juntas, tan alto como sus fuerzas le permitieron, murmuró una corta plegaria para implorar la piedad del Señor...

Era un espectáculo horroroso. El asesino espantado retrocedió hasta la pared, poniendo la mano ante sus ojos; luego apoderándose de un enorme garrote, descargó un golpe tremendo sobre el cráneo de la joven y la tendió muerta a sus pies.

Sikes apoderándose de un enorme garrote, descargo un golpe sobre el cráneo de la joven, y la tendió muerta a sus pies.

Capítulo cuarenta y seis

Monks y míster Brownlow se encuentran al fin, entrevista que tuvieron juntos, y de qué modo fue interrumpida

El día empezaba a declinar, cuando míster Brownlow bajando de un coche de alquiler, llamó a la puerta de su casa.

Apenas abrieron, un robusto mozo bajó a su vez y se puso de centinela a un lado del estribo, mientras que otro del mismo calibre saltó ligero del pescante en que se había colocado al lado del cochero, y se situó frente por frente del primero.

A una señal de míster Brownlow hicieron salir del fiacre a un tercer individuo que introdujeron en la casa: este individuo no era otro que Monks.

Los tres andaron sin decir palabra, y siguieron a míster Brownlow hasta una salita a la puerta de la cual Monks, que había subido con marcada repugnancia, se paró en seco; y los dos hombres miraron a míster Brownlow como para preguntarle lo que debían hacer.

—Sabe la alternativa. —dijo míster Brownlow —Si se resiste o intenta huir llevadlo a fuera y hacedle prender en nombre mio.

—Y con qué derecho obrais de este modo conmigo? —preguntó Monks.

—Joven; ¿por qué me obligais a ello? —contestó míster Brownlow mirándole fijamente —Seriais bastante loco para escaparos? Soltadle!..

—prosiguió dirigiéndose a los dos hombres —Ahora joven, sois libre de ir a donde queráis, y nosotros de seguiros; pero os juro, por lo

que hay de mas sagrado que al momento que pongáis el pié en la calle os hago prender como falsario y ladrón. Mi resolución es irrevocable!..

Monks murmuró algunas palabras inteligibles, y manifestó irresolución.

—Os intimo que os decidais al instante! —añadió míster Brownlow —Una sola palabra de mi boca, y la alternativa queda perdida para siempre!

Monks titubeó aun.

—Qué decidís?

—No queda otra alternativa?..

—No.

Monks miró al anciano caballero con inquietud; pero no viendo en su fisonomía mas que el sello de la severidad y de la resolución, dio algunos pasos en la sala encogiéndose de hombros y acabó por sentarse.

—Cerrad la puerta por la parte de afuera —dijo míster Brownlow a los dos hombres.

Estos obedecieron y míster Brownlow quedó solo con Monks.

—A la verdad caballero, que este es un hermoso proceder por parte de un amigo antiguo de mi padre! —dijo Monks.

Justamente porque era el amigo íntimo de vuestro padre, —repuso míster Brownlow —porque la esperanza de mis años juveniles me unía a él puesto que su hermana muerta el día mismo que debía casarme con ella, me ha dejado solo en la tierra; porque aun niño, se arrodilló conmigo cerca del lecho de muerte de aquel ángel de dulzura y de bondad a quien a Dios plugo arrebatar de este mundo en la flor de su edad; porque después de aquel momento consagra a vues-

tro padre una amistad que ni sus tristezas ni sus desgracias pudieron entibiar jamás, y que duró hasta su muerte; porque estos recuerdos del pasado, llevan mi corazón; es por lo que estoy dispuesto a trataros con miramiento.

—Y que tiene mi nombre de común con lo que vais a decirme?

—Nada respecto a vos, joven —nada sin duda; pero mucho respecto a mi, y estoy muy contento que hayáis tomado otro.

—Todo esto es bello y bueno —dijo Monks con ademan descarado —todo esto es muy hermoso, pero donde queréis ir a parar?

—Tenéis un hermano —dijo con calor míster Brownlow —un hermano cuyo nombre solo, pronunciado en voz baja a vuestro oído, cuando estaba tras de vos en la calle, ha bastado para obligaros a seguirme, a pesar de la repugnancia que tenías en hacerlo.

—Yo no tengo hermano!.. —replicó Monks —Ignorais sin duda que soy hijo único.

—Escuchad lo que voy a deciros; —continuó míster Brownlow— ello no dejará de interesaros. Sé muy bien que sois el solo e indigno fruto de un enlace fatal que el orgullo de familia y el interés sórdido, obligaron a contraer a vuestro padre niño aun.

—Hago poco caso de vuestros epitetos —interrumpió Monks con una sonrisa forzada —Confesais el hecho, y me basta.

—Pero sé también cuales fueron los males causados por tan funesta unión —prosiguió míster Brownlow —Sé, cuan pesada fue para los dos, la cadena que debieron arrastrar en el mundo, a los ojos de este mundo que ningún encanto tenía ya para ellos.

Sé que las formalidades glaciales de la etiqueta, fueron reemplazadas por los reproches, que la indiferencia cedió su puesto al des-

precio, el desprecio al disgusto, y el disgusto al odio hasta que al fin no pudiendo sufrirse el uno al otro se vieron obligados a separarse.

—Y bien! se separaron —dijo Monks. ¿Esto qué prueba?

Después de algún tiempo de separación —continuó míster Brownlow —y cuando vuestra madre lanzada en el torbellino del gran mundo, hubo olvidado completamente al hombre que le habían dado por marido y que era mas joven que ella, a lo menos de once años; éste, que hasta entonces había llevado una vida retirada, adquirió nuevas relaciones.

Ya sabéis vos esto; estoy seguro.

—No —dijo Monks —Nada sé.

—Vuestro semblante prueba lo contrario. De lo que hablo, hace cerca quince años; vos teníais entonces diez u once y vuestro padre no mas que treinta porque lo repito, no era mas que un niño cuando su padre le obligó a casarse.

¿Deberé recordar un acontecimiento que por respeto a la memoria de vuestro padre, quisiera pasar en silencio, o queréis evitarme la pena de ello confesándome la verdad?

—Como nada sé, nada tengo que decir!.. —contestó Monks.

—Entre las nuevas amistades que adquirió vuestro padre —prosiguió míster Brownlow —se contaba la de un oficial de marina, viudo desde bacia seis meses y que vivía solo con dos hijos. Había tenido muchos; pero felizmente había perdido los otros.

Eran dos hijas; la una un ángel de hermosura que en esta época podía tener diez y ocho años, y la otra una niña de dos o tres años.

—Qué puede importarme esto a mí? —preguntó Monks.

—Ese oficial de marina —añadió míster Brownlow sin parecer parar la atención a la pregunta de Monks —habitaba una casa en ese

distrito de la Inglaterra que vuestro padre recorrió en la época de sus desgracias, y en cuya casa fue hospedado. Poco tiempo fue necesario para que se ligaran con una estrecha amistad.

Vuestro padre poseía ventajas que poseen pocos hombres; era un hermoso muchacho y abrigaba su corazón franco y generoso como su hermana. Cuanto mas le conoció el anciano oficial mas le amó. Desgraciadamente sucedió lo mismo con su hija...

Antes de transcurrir un año estaba ya ligado por medio de un juramento con esta joven virgen, víctima de una pasión viva y sincera... de un primer amor en fin.

—Vuestro cuento es de los mas largos —observó Monks mohíno.

—Es, joven, una relación, de desgracias, de tristezas y de miserias —replicó míster Brownlow —y tales cuentos (como os place llamarlos) son siempre largos.

En fin uno de los parientes de vuestro padre (por amor al cual fue sacrificado, como tantos otros) murió; y como si hubiese querido reparar el mal de que había sido causa, le legó toda su fortuna que era considerable.

Vuestro padre tuvo que dirigirse a Roma, donde este pariente había ido para su salud y donde murió sin haber puesto en arreglo sus asuntos. Fue pues allí y cayó gravemente enfermo. Vuestra madre que lo supo en Paris, donde habitaba entonces, partió al momento con vos para ir a encontrarle.

Murió el día de vuestra llegada sin haber hecho testamento; de suerte, que su fortuna os cabió en reparto a los dos.

A este punto de la relación Monks prestó oído atento, sin mirar con todo a míster Brownlow.

—Antes de embarcarse y al pasar por Londres —prosiguió míster Brownlow —mirándole fijamente, vuestro padre vino a verme.

—Jamás he tenido noticia de esto —replicó Monks.

—Si joven; vino a verme, y me dejó entre otras cosas un retrato pintado por él mismo... el retrato de aquella joven que no podía llevarse...

Estaba agoviado por los remordimientos; se acusaba de haber causado la ruina y la deshonra de una familia, y me confió la intención que tenía de convertir todos sus bienes en dinero (costarle lo que le costare) y después de haberos dejado a vos y a vuestra madre una parte de ese dinero, huir a país extraño.

Adiviné bien que no huiria solo... Nada mas me dijo, y me ocultó el rostro... a mi, su amigo antiguo... su amigo de infancia! Prometió escribirme; decírmelo todo y volverme a ver una sola y última vez antes de dejar para siempre la Inglaterra...

Ay!.. no debía verle ya mas, y ni aun recibí carta suya.

Algún tiempo después de su muerte —continuó míster Bronwlow —fui personalmente al domicilio del padre de la joven, resuelto, en el caso de que mis temores fueran demasiado fundados a ofrecer asilo y protección a una pobre joven errante que un amor culpable (según el mundo) había arrastrado a su pérdida.

Hacia ocho días que habían abandonado el país. Después de haber pagado algunas pequeñas deudas, habían partido de noche. Donde, y porque esto es lo que nadie pudo decirme.

Monks pareció encontrarse mas a satisfacción, y lanzó a su alrededor una mirada triunfante.

—Cuando vuestro hermano —prosiguió míster Brownlow acercándose a Monks —pobre y oprimido cayó entre mis manos (no diré por

la mayor de las casualidades sino por los cuidados de la providencia) y le salvé del vicio y del oprobio...

—Qué! —exclamó Monks estremeciéndose de sorpresa.

—Si joven, yo mismo —replicó míster Brownlow. Os he dicho que acabaría por interesaros. Sé bien que vuestro ladino compañero no os ha dicho el nombre del que había amparado al pequeño Oliverio: sin duda tenía para ello sus razones.

Cuando pues ese pobre niño fue recibido por mí, y hubo pasado todo el término de su convalescencia, su semejanza perfecta con el retrato de que os he hablado, me llenó de asombro.

Mas en el mismo instante en que le ví por la primera vez cubierto de harapos, noté al momento en su fisonomía una espresión lánguida que me recordó los rasgos de una persona que me había sido muy querida...

No tengo necesidad de deciros, que fue cogido otra vez por vuestros asociados antes de saber su historia.

—Por qué no?.. —preguntó vivamente el otro.

—Porque estáis muy enterado de ello.

—Yo!

—Es inútil el negar —dijo míster Brownlow —Voy a probarlo que sé mas de lo que os figurais.

—Nada podéis probar contra mí! —balbuceó Monks —Os desafío a que probeis, que yo figuré en ello para nada!

—Esto es lo que vamos a ver —repuso míster Brownlow lanzando a Monks una mirada escudriñadora —Perdí a Oliverio y todo lo que pude hacer para volverlo a encontrar fue inútil.

Habiendo muerto vuestra madre, sabía que solo vos podiais aclarar este misterio, y como os hallabais entonces en la India donde de

resultas de ciertas fechorías, debisteis refugiaros para evitar aquí cuestiones con la justicia, hice un viaje allí. Hacia algunos meses que habíais regresado a Londres; y también regresé.

Ninguno de vuestros corresponsales pudo decirme donde habitabais: —ibais, —y veniais —me dijeron —sin residir positivamente en tal o cual sitio, llevando el mismo género de vida, que antes de vuestra partida para la India. Azoté calles noche y día con la esperanza de encontraros, y como veis hasta hoy no he podido lograrlo.

—Y aquí me tenéis! —dijo Monks con descaro levantándose de su silla. —En fin que me queréis?.. El fraude, y el robo son dos hermosas palabras justificadas (según vos) por una semejanza imaginaria entre un diablillo y un hombre que no existe desde hace muchos años... Mi hermano!..

Vos ignorais a lo que veo que de aquella unión criminal resultan un niño... ni aun esto sabéis!

—Es verdad que lo he ignorado largo tiempo —repuso Monsieur Brownlow levantándose a su vez —pero lo sé todo desde hace quince días. Tenéis un hermano, no lo ignorais, y lo que es mas, le conocéis. Existía un testamento que vuestra madre destruyó.

Vos mismo estabais en el secreto y debiais aprovecharos de él después de su muerte. Este testamento estaba otorgado en favor del niño que probablemente debía nacer de aquella unión culpable; ese niño nació, y su semejanza notable con su padre hizo que lo reconocierais cuando la casualidad, lo puso ante vos.

Os dirijisteis al lugar de su nacimiento; hicisteis destruir o mas bien destruisteis vos mismo las pruebas, que podían justificar, de que padres era hijo.

Puedo a mas, en caso necesario recordaros vuestras propias palabras —Ya veis, las únicas cosas que hubieran podido servir para pro-

bar la identidad de ese niño, están en el fondo del rio; y la vieja Sibila que las recibió de la madre, hace largo tiempo que ha muerto y sus huesos están podridos dentro de su ataúd.

—Hijo indigno!.. vil!.. falso!..

Vos que os rozais con ladrones y asesinos, y tenéis entrevistas con ellos en medio de la noche y en lugares inmundos; vos cuyas tramas y complots, han causado la muerte de tantas personas de vuestra condición; vos que desde vuestra infancia habéis sido arma de dolor para vuestro desdichado padre, y cuyos excesos en todo género de vicios lleváis estampados en vuestro rostro; que con justa razón puede mirarse como el espejo de vuestra alma; vos Eduardo Leeford, me desafiais aun?

—No, no!.. —exclamó Monks aterrado por estas palabras.

—Cada espresión pronunciada entre vos y Fagin (el judío) me es conocida —dijo míster Brownlow —Las sombras que vos mismo habéis visto en la pared han retenido vuestros cuchicheos y me los han transmitido. La vista del niño perseguido ha cambiado el vicio en valor y diré mas en virtud.

Un asesinato acaba de ser cometido; de este asesinato vos sois autor moral sino realmente...

—No, no! —gritó Monks —Soy inocente de él, os lo juro! Entraba allí para informarme de ello cuando me habéis preso. No conozco su causa; yo la atribuía a otra cosa.

—Esta causa es la revelación de una parte de vuestros secretos —dijo míster Brownlow —Queréis revelar la restante?..

—Sí; sí!..

—Confesar la verdad ante testigos?

—También lo prometo.

—Estaros quieto hasta que yo haya adquirido otras noticias para venir conmigo al sitio que sea necesario.

—Si insisteis sobre este punto consiento también —replicó Monks.

—Exijo de vos mas que esto —añadió míster Brownlow —Es preciso que hagáis una restitución a vuestro hermano. Aunque ese pobre niño sea el fruto de un amor culpable no por ello es menos vuestro hermano. Sabéis las cláusulas del testamento, ejecutadlas por lo que atañe al pequeño Oliverio, e id luego donde queráis.

Mientras que Monks se paseaba arriba y abajo en la sala reflexionando en las condiciones terminantes que le imponía Monsieur Brownlow, míster Losberne entró muy conmovido.

—No puede dejar de ser cogido —exclamó.

—El asesino, queréis decir? preguntó míster Brownlow.

—Sí, sí —repuso el doctor —se ha visto a su perro en los alrededores de una casa que frecuenta ordinariamente; su amo está sin duda dentro o sino entrará en ella probablemente por la noche.

La policía está al acecho; he hablado a los hombres encargados de prenderle, y me han asegurado que no puede escapárseles. El gobierno ha hecho publicar una recompensa de cien libras esterlinas al que le pondrá la mano encima.

—Yo daré cincuenta mas —dijo míster Brownlow —y haré yo mismo el ofrecimiento en el mismo sitio si me es posible trasladarme a él. Dónde está míster Maylie?

—Enrique?.. Luego que os ha sabido en seguridad con este desconocido —respondió el doctor —ha mandado ensillar su caballo y ha ido a ver lo que ocurre.

—Y el judío?

—Aun no había sido preso cuando me he informado de todo esto —pero pronto lo será.

—Estáis bien decidido?.. —dijo míster Brownlow al oído de Monks.

—Sí; —respondió éste —¿me prometeis el secreto?

—Permaneced aquí hasta mi vuelta.

Dicho esto míster Brownlow salió con míster Losberne y cerró la puerta del aposento con llave.

—Cuál es el resultado de vuestra entrevista? preguntó el doctor.

—El que me esperaba y aun mas —respondió míster Brownlow —Le he probado que no había para él ninguna esperanza de salvación. Hacedme el favor de escribir y dad cita para pasado mañana a las siete.

Los dos amigos se separaron en extremo agitados.

Capítulo cuarenta y siete

Sikes es perseguido. Cómo escapa a la policía

Cerca de ese punto del Támesis en que está situada la iglesia de Rotherhithe existe hoy día el mas sucio, mas extraño y mas extraordinario de los rincones que hay en Londres; rincón desconocido aun de nombre a la mayor parte de sus habitantes.

En la isla de Jacob, las casas que antiguamente servían de almacenes están sin techos, las paredes arruinadas, las ventanas faltas de marcos, las puertas no se sostienen en nada y amenazan caer en la calle; las chimeneas negras, pero no sale de ellas humo.

Hace treinta o cuarenta años era este un barrio comercial, mientras que ahora no es mas que una isla desierta. Los edificios carecen de propietarios y solo están ocupados por aquellos que tienen el valor de vivir y morir en ellos.

En un aposento superior de una de esas casas se hallaban reunidos tres hombres mirándose unos a otros en silencio; el uno era Tobias Crachit, el otro maese Chitling y el tercero llamado Kags, hombre de cincuenta años, cuyo rostro estaba cubierto de magulladuras y de cicatrices, era un presidario evadido.

—Querido —dijo Tobias dirigiéndose a Chitling —me hubieras dado mucho gusto si te hubieses refugiado en otra parte.

—Vaya una gracia! —añadió Kags —como si no hubiera bastantes casuchas, para venir aquí a comprometernos!..

—Me esperaba por cierto de vosotros una acogida tan lisonjera —replicó Chitling con acento desconcertado.

—Crees tu —repuso Tobias —que sea muy grato para un mozo como yo, que vive retirado, todo lo posible, y que se ha sabido conservarse en su casa sin excitar la menor sospecha, recibir de improviso la visita de un particular que por muy amable y aun placentero que sea en el juego de cartas no deja por ello de estar en una posición equívoca?

—Sobre todo cuando ese mozo hospeda en su casa a un amigo llegado de países lejanos, mas pronto de lo que se esperaba, y que es a un mismo tiempo demasiado modesto y demasiado circunspecto para presentarse a los jueces a su regreso!.. repuso Kags.

—Cuándo ha sido preso el judío?.. —preguntó Tobias Crachit.

—A las dos de la tarde, justamente en el acto de comer... respondió maese Chitling.

Carlota y yo hemos sido muy afortunados en habernos podido escapar por la chimenea de la cocina; en cuanto a Mauricio Bolter, se había ocultado en el colador que había tenido ocurrencia de poner boca abajo, pero sus largos remos que salían fuera lo han descubierto y también ha sido cogido.

—Y Betsy?

—Pobre Betsy! —dije Chitling con acento lastimero —ha ido allí para ver el cadáver, y la revolución que esto la ha causado la ha vuelto loca.

—Qué se ha hecho el pequeño Carloto?.. preguntó Kags.

—Está en algún rincón de estos alrededores esperando sin duda que sea de noche para venir aquí —respondió Chitling —ahora ya no puede lardar. No hay que hablar, de ir a otra parte; la tropa sorda ha empezado por echar el guante a todos los que se hallaban en los Tres cojos.

Ha sido fortuna para mí encontrarme fuera, de otro modo, hubiera formado cuerda con los otros. La sala del fondo y la de entrada están llenas de langostas os aseguro que hace allí calor!

—Arbitrariedad como ella! dijo Tobias Crachit mordiéndose los labios. —Hay mas de uno que la saltará en este asunto!

—Los asisses han empezado —dijo Kags —si calientan el negocio, si Bolter suelta el pico a cargo de Fagin (lo que no cabe duda después de lo que tiene ya dicho) el pobre viejo judío, quedará convencido de complicidad en el asesinato y dentro ocho días a contar desde hoy la danzará de lo lindo.

—Daba grima oir a la multitud como gritaba tras él!.. dijo Chitling. A no ser la tropa sorda lo hubieran hecho añicos.

—Una vez lo han derribado en tierra y estoy seguro que lo hubieran muerto si los langostos no hubiesen al momento formado círculo a su alrededor; pero puede decir que ha escapado de una buena.

Mientras que con los ojos bajos y el oído atento parecían todos abismados en profunda reflecsión, se oyó en la escalera un pataleo y el perro de Sikes entró de un salto en la estancia. Miraron inmediatamente a la ventana; pero no vieron a nadie —bajaron la escalera, nadie; salieron a la calle, nadie.

—Qué significa esto? —dijo Tobias —Acaso se atrevería a venir?.. Espero que no!

—Si hubiese decidido venir aquí le hubiéramos visto tras de su perro!

—De dónde vendrá ese animal? —dijo Tobias —Sin duda habrá estado en las otras casuchas y habiendo visto allí una multitud de personas que no conoce habrá corrido aquí, donde ha venido tantas veces. Pero por qué llega solo?

—Creéis que haya sido destruido?.. preguntó Chitling.

Tobias sacudió la cabeza en señal de duda.

—Si esto fuera —repuso Kags —el perro nos atormentaria para que le acompañáramos, en el sitio. Creo mas bien que habrá pasado en país estrangero, perdiendo a su perro.

Todos fueron de la opinión del presidario, y el perro encajándose en una silla, se puso a dormir.

Como era ya de noche, cerraron los postigos y pusieron una vela sobre la mesa. Los acontecimientos de los dos días anteriores habían hecho tal impresión en ellos que se estremecian al menor ruido.

Se acercaron el uno al otro y se hablaron en voz baja como si el cadáver de la joven hubiera estado en el aposento vecino.

Largo rato hacia que permanecían en esta posición cuando de repente llamaron a la puerta de la calle.

—Es el pequeño Carloto —dijo Kags.

Llamaron de nuevo con golpes redoblados.

—No; no es Carloto!.. el no llama nunca de tal modo.

Tobias Crachit se aventuró a mirar por la ventana, pero se retiró de ella temblando; su palidez decía lo bastante. El perro se puso al momento sobre sus patas y corrió hácia la puerta ladrando.

—Será preciso abrirle —dijo Tobias tomando la vela.

—No hay medio de hacer otra cosa?

—No; es preciso abrirle —replicó Tobias.

—No vayas a dejarnos sin luz —dijo Kags.

Crachit bajó a abrir, y volvió acompañado de un hombre con la cabeza envuelta en un pañuelo. Este hombre no era otro que Sikes. Puso

su mano sobre el respaldo de una silla, luego, volviendo la cabeza se estremeció y fue a sentarse en otra silla arrimada a la pared.

—Por qué se halla aquí ese perro?.. preguntó.

—Ha venido solo; hace dos o tres horas.

—¿Es verdad que el periódico de esa tarde anuncia que Fagin ha sido preso?

—Es verdad.

—Qué el diablo cargue con todos vosotros!.. dijo Sikes pasando la mano por su frente... Ni uno ni otro tenéis nada que decirme?

Se miraron unos a otros con aire embarazado; pero ninguno desplegó los labios.

—Tú que eres aquí el patrón, tienes ansia de venderme, o me dejarás ocultar hasta que estén hartos de pesquisas.... Ea.... habla!... preguntó Sikes dirigiéndose a Tobias Crachit.

—Puedes quedarte si te crees aquí seguro —respondió este.

Sikes volvió lentamente la cabeza hácia la pared contra la que estaba arrimado de espaldas, y dijo con voz hueca.

—Y a ella... la... han enterrado?

Se contentaron con hacer una señal de cabeza negativa.

—Por qué no la han enterrado?.. Quién llama?..

Tobias Crachit indicó con la mano que nada había que temer, y habiendo bajado a abrir la puerta, volvió luego seguido de Carlos Bates.

Este al ver al asesino retrocedió horrorizado.

—Tobias!.. ¿Por qué no haberme dicho esto abajo?

Los otros tres palidecieron a esta pregunta del niño, y Sikes que lo notó procuró acariciarlo.

Carlos retrocedió tres pasos y puso la mano al pestillo de la puerta como en ademan de salir.

—Carloto! acaso no me reconoces?..

—No os acerqueis a mi monstruo!.. —exclamó Carlos mirando al asesino con una expresión de terror y espanto.

Sikes se detuvo; sus ojos se encontraron; pero al momento bajó los suyos.

—Notad bien los tres lo que os digo —exclamó Carlos cerrando los puños e irritándose mas y mas a medida que hablaba —Yo no le temo!.. Si vienen a buscarle aquí; yo mismo le entregaré!.. Os juro que lo haré como lo digo!

Puede matarme si quiere o si se atreve; pero os declaro que lo entregaré a la policía si estoy aquí cuando vengan para prenderle... Aunque tenga que ser quemado vivo lo entregaré!.. Asesino!.. Socorro... favor!.. Al asesino!..

Esto diciendo se abalanzó sobre Sikes que aturdido por sus gritos, y sorprendido de encontrar tanta energía y valor en un niño, se dejó derribar por él antes de tener tiempo de prepararse para la defensa.

La lucha con todo era demasiado desigual para poder prolongarse por mas tiempo. Ya Sikes recobrada la ventaja, oprimía con la rodilla el pecho del niño, cuando Crachit levantándose precipitadamente de su sitio, se precipitó sobre él y tirándole por el brazo le señaló con el dedo la ventana.

Había una multitud de gente a la puerta de la calle; se hablaba en voz alta; el ruido de los pasos y el de las voces llegaron hasta ellos y los llenaron de espanto. Se daban a la puerta recios y redoblados golpes como para tenderla.

—Socorro!.. Al asesino!.. —gritaba Carlos.

—En nombre de la ley abrid!.. —clamaban a sus vez las personas de afuera.

—Hundid la puerta!.. —repetía Carlos. —No os abrirán —Venid en derechura al aposento en que veis luz... aquí está el asesino.

—Las puertas y los cerrojos empezaban a ceder a los esfuerzos de los acometidores, y los gritos de alegría de la multitud dieron a Sikes una idea justa del peligro que corría.

—No tenéis un sitio dónde pueda encerrar a este infernal vocinglero?.. preguntó, buscando por el aposento.

Habiendo encontrado la puerta de un pequeño gabinete, la abrió y encerró dentro al niño.

—Ahora —dijo —la puerta de abajo está bien cerrada?

—Con llave y cerrojos —contestó Tobias.

—Los tableros son sólidos?..

—Forrados de hierro.

—Y los postigos?..

—Los postigos también.

—Que mil truenos te confunda!.. exclamó el asesino abriendo la ventana y desafiando a la muchedumbre.

—A tal desafío el populacho desenfrenado prorumpió en chiflas; los unos gritaban a los que estaban mas cerca que pusieran fuego a la casa, los otros instaban a los agentes de policía para que tiraran sobre él; pero entre los mas encarnizados estaba un caballero a caballo, que habiendo logrado abrirse paso entre la multitud, gritaba bajo las ventanas de la casa «Veinte guineas al que traiga una escala.»

—Van a invadir el edificio!.. —exclamó el asesino mirando por la ventana —Dadme una cuerda! una cuerda larga con cuya ayuda

pueda deslizarme en el foso y luego poner pies en polvorosa.

—Tobias le señaló con el dedo donde se encontraban esos objetos, y el asesino habiendo escogido entre muchas cuerdas la mas larga y la mas recia, subió precipitadamente al desván.

Todas las ventanas que caían al detrás de la casa, y tenían de consiguiente vista al foso habían sido aparedadas desde largo tiempo, excepto sin embargo una pequeña abertura, situada en el cuartito en que estaba encerrado Carlos y la que era tan estrecha que no podía pasar por ella la cabeza.

Desde esta abertura no cesaba de gritar a la gente de fuera que se dirigiera a este punto; de modo que cuando el asesino se presentó al borde del techo para mirar a sus pies, una muchedumbre de voces dieron aviso a los que estaban a la parte de delante de la casa y estos se dirigieron en masa, hacia el foso.

Después de haber atrancado la puerta del desván con un trozo de madera que había tomado al efecto, salió por la lumbrera, y trepó sobré el tejado.

Miró aun otra vez bajo de él; el foso estaba seco.

—Cincuenta libras esterlinas al que lo coja vivo!.. —exclamó un caballero anciano cerca de allí. —Cincuenta libras al que lo coja vivo!.. Permaneceré aquí hasta que venga a buscarlas.

Reuniendo todas sus fuerzas y toda su energía a la vista del peligro, y estimulado por el ruido, que se hacia en el interior de la casa cuya puerta al fin había sido derribada, pasó un cabo de su cuerda al rededor del cañón de una chimenea, y lo ató sólidamente en él; luego con la ayuda de sus manos, hizo en un santiamen, un nudo corredizo con el otro cabo.

De este modo podía por medio de la cuerda, dejarse caer hasta algunos palmos del suelo y cortar en seguida la cuerda con el cuchillo

que tenía abierto en su mano.

En el instante que tenía el nudo corredizo sobre su cabeza para pasarlo bajo su brazo, y cuando el viejo caballero en cuestión —el mismo que había prometido cincuenta libras esterlinas al que prendiera el asesino, advertía a los que tenía al lado de los designios de éste —Sikes miró tras sí y cubriéndose el rostro con sus dos manos lanzó un grito de terror!

—Ah!.. Todavía esos ojos infernales! —clamó!..

Vacilando como si hubiese sido herido de un rayo, perdió el equilibrio y cayó de espaldas de la altura de treinta y cinco pies con el nudo corredizo pasado alrededor de su cuello.

La cuerda se había puesto tirante como la de una ballesta, y su efecto fue tan instantáneo, como la flecha que ella dispara. Tuvo lugar una horrible sacudida, luego un movimiento convulsivo del cuerpo, y el asesino quedó colgado, teniendo fuertemente oprimido en su mano el cuchillo abierto.

La antigua chimenea fue conmovida, pero con todo resistió; el cadáver del bandido, estaba arrimado a la pared.

Un perro, que no se había visto hasta entonces se puso a correr a derecha e izquierda por el borde del tejado y dando un ahullido espantoso, saltó de repente sobre las espaldas del colgado. Habiendo faltado el golpe, cayó en el foso, de cabeza contra una piedra y se rompió el cráneo.

Muerte de Sikes.

Capítulo cuarenta y ocho

Aclaración de más de un misterio. Propuesta de matrimonio sin dote y sin arras

Dos días después de haber tenido lugar los acontecimientos que hemos leído en el capítulo anterior, y cerca las tres de la tarde, Oliverio se encontró dentro una silla de posta en compañía de la Señora Maylie, de Rosa, de la señora Bedwin y del buen doctor, en dirección a su ciudad natal; dentro otra silla y un poco atrás venían míster Brownlow, y un individuo cuyo nombre ignoraban.

A medida que se acercaban a la ciudad le fue imposible a Oliverio dominar su emoción.

Bajaron a la puerta de una de las posadas mas hermosas, y fueron recibidos por míster Grimwig que

los estaba esperando, y los abrazó a todos al bajar del carruaje.

En fin cuando dieron las nueve de la noche, míster Losberne y míster Grimwig entraron seguidos de míster Brownlow y de un forastero, a la vista del cual Oliverio lanzó una esclamación de sorpresa, porque se le dijo que era su hermano, y le reconoció por el mismo sujeto, que había encontrado al salir de la aldea donde había ido a llevar una carta de la Señora Maylie y que viera también con Fagin a la ventana de su pequeño gabinete de estudio.

—Acabamos ya! —dijo el forastero volviéndose agitado.

—Este niño es vuestro hermano —dijo míster Brownlow atrayendo a si Oliverio. —Es el hijo natural de mi mejor amigo Ricardo Leefort vuestro padre, y de la joven y desdichada Inés Fleming.

—Sí; —replicó Monks —es el fruto ilegítimo de su comercio criminal; es en fin su bastardo.

Habiendo mí padre caído enfermo de gravedad en Roma, donde fuera para asuntos, como sabéis, mi madre que desde largo tiempo estaba separada de él y que residía en París en aquella época, se dirigió al momento conmigo a su lado para su interés propio.

El nada supo, porque cuando llegamos había perdido el conocimiento y permaneció en este estado hasta la mañana siguiente en que murió.

Entre sus papeles había un paquete, bajo carpeta, el cual estaba fechado del primer día de su enfermedad y dirigido a vos con encargo expreso escrito de su puño al reverso de la carpeta, de no remitirlo hasta después de su muerte.

Este paquete encerraba una carta asaz insignificante para Inés Fleming y también un testamento a favor de esa joven.

—¿Qué contenía esa carta?.. preguntó míster Brownlow.

—La confesión de su falta, y votos de prosperidad para la joven —respondió Monks —nada mas. En aquel entonces ella se hallaba en cinta de algunos meses.

Le decía en aquella carta lo que había hecho para ocultar su deshonra; y la suplicaba, que en el caso de morir, no maldijera su memoria ni creyera que su hijo ni ella debiesen ser víctimas de su falta, porque solo él era la causa de todo el mal.

Le recordaba el día en que le había dado el medallón y el anillo, sobre el que había hecho grabar su nombre de pila; reservándose unir a él el suyo que esperaba hacerle llevar algún día. Le recomendaba que guardase cuidadosamente aquel medallón y lo llevara sobre su pecho como antes.

—En cuanto al testamento —diga míster Brownlow —yo me encargo de manifestaros su contenido. Estaba dictado por el mismo espíritu de la carta. Vuestro padre se lamentaba en él de los disgustos que su esposa le había causado; os dejaba a vos y a vuestra madre, para cada uno una pensión vitalicia de ochocientas libras.

El resto de sus bienes estaba dividido en dos partes iguales, la una para Inés Fleming, la otra para el niño que debía dar a luz, en el caso que naciera y llegara a la mayor edad.

Si era una niña, debía disfrutar de su parte sin restricción alguna; pero si al contrario era un muchacho, no podía recoger esta herencia, sino con condición de que durante su menor edad, no deshonraria jamás su nombre por cualquiera acto de bajeza o de felonia. En caso contrario el dinero debía ser vuestro.

—Mi madre —dijo a su vez Monks levantando mas la voz —hizo, todo lo que otra mujer en su lugar hubiera hecho: quemó el testamento.

La carta, no llegó nunca a donde iba dirigida; pero quedó en manos de mi madre, junto con otras pruebas para el caso en que la joven Inés osara negar su deshonra. El padre de esa joven supo toda la verdad por boca de mi madre.

Agobiado de dolor, aquel bravo militar huyó con sus hijas a una aldea retirada del país de Gales y cambió de nombre a fin de que sus amigos no supiesen el lugar de su retiro. Después de algunos meses de estancia en aquel sitio, se le encontró muerto en su cama.

Habiendo abandonado su hija el país quince días antes, había recorrido todos los alrededores a pié andando noche y día para buscarla.

—Algunos años después, la madre de Eduardo Leedfort aquí presente vino a encontrarme —interrumpió míster Brownlow —Esta mu-

jer padecía una enfermedad incurable, que la iba llevando lentamente hácia la tumba.

—Ella murió al cabo de algunos meses —repuso Monks —después de haberme revelado todos sus secretos, y de haberme legado el odio que tenía a esa Inés. Jamás quiso creer que esa joven hubiese destruido el fruto de su vientre, sino que muy al contrario pensó que sin duda había parido.

Juré la pérdida de ese niño, si alguna vez la casualidad me hacia encontrarlo. Mi madre no se había engañado; tuve la ocasión de verle, y su semejanza con mi padre me hizo adivinar que era él. Sostuve fielmente mi promesa; había ya empezado, con el mejor éxito...

Ojalá hubiese concluido del mismo modo!.. y sino hubiese sido, vendido por una maldita prostituta...

—¿El medallón y el anillo?.. preguntó míster Brownlow dirigiéndose a Monks.

—Los compré a esas personas de que os he hablado —respondió éste.

míster Brownlow hizo una señal a míster Grimwig quien salió y volvió incontinenti acompañado de los esposos Bumble.

—No me engañan mis ojos!.. —exclamó míster Bumble con un entusiasmo afectado. —Si; si es el pequeño Oliverio!..

—Callaos viejo loco! —dijo en voz baja la señora Bumble.

—No puedo dominarme señora Bumble. Yo que lo he educado de una manera completamente parroquial; ¿cuándo le veo rodeado de señoras y caballeros de alto rango no puedo ser sorprendido superlativamente?.. Tengo siempre tanto amor a ese niño, como si fuera mi... mi... mi abuelo! —dijo míster Bumble buscando en su caletre una justa comparación..

Pobre Oliverito!..

—Ea!.. —interrumpió míster Grimwig —Tregua a los sentimientos!

—Voy a hacer lo posible para contenerme —replicó Monsieur Bumble —¿Cómo vá de salud Caballero?..

Esta cortesía amistosa iba dirigida a míster Brownlow, que acercándose a la respetable pareja, preguntó señalando con el dedo a Monks:

—Conocéis a ese caballero?..

—No —contestó con sequedad la señora Bumble.

—Con qué no le conocéis?..

—En mi vida lo he visto —replicó míster Bumble.

—Ni le habéis vendido nunca cosa alguna?

—No nunca —respondió la señora.

—Ni habéis tenido en poder vuestro cierto medallón y cierto anillo, no es así?..

—No ciertamente.

míster Brownlow hizo una nueva señel a míster Grimwig que desapareció gallardamente, y volvió a aparecer del mismo talante, acompañado esta vez de dos viejas medio paralíticas, que le seguían con paso vacilante.

—Tuvisteis buen cuidado de cerrar la puerta, la noche en que murió la vieja Sally —dijo una de las dos mujeres levantando su mano trémula —pero no por esto nosotras hemos oído menos vuestra conversación, al través de la rendija de la puerta.

—Ah! ah!.. no os esperabais esto hé?.. —dijo la otra.

—Mirábamos por el ojo de la llave, y hemos visto como le tomabais un papel que tenía en la mano!.. —repuso la primera —Y a la mañana

siguiente os espiábamos cuando fuisteis al Monte-Pio.

—Y nosotras sabemos mas que vos en este asunto —añadió la segunda —porque la vieja Sally nos repetía amenudo que aquella joven había dicho que sintiendo que no podría soportar sus infortunios... se dirijia a Roma (cuando los primeros dolores del parto la obligaron a detenerse aquí) resuelta a dejarse morir allí sobre la tumba de su amante.

—Deseáis ver el administrador del Monte-Pio?.. preguntó míster Grimwig dirigiéndose a la puerta.

—No hay de que —respondió la matrona. —Puesto que el caballero ha sido bastante infame para confesar, y vosotros habéis sabido arrancar los gusanos de la nariz de esas viejas brujas, nada mas tengo que decir.

—No —repuso míster Brownlow. —Podéis retiraros.

—Espero —dijo míster Bumble mirando con aire lastimero a su alrededor —espero que esta desagradable circunstancia, que nada puede ser en si misma, no me privará de mi cargo parroquial?

—Desengañaos! —contestó míster Brownlow. —Así debéis esperarlo.

—Os juro que yo no entro para nada en ello! —replicó Monsieur Bumble; después de haberse asegurado de que la matrona había salido de la sala.

Esto no es una excusa; vos sois a los ojos de la ley mas culpable que vuestra esposa; porque es razonable suponer que ella ha obrado según vuestras órdenes.

—Si la ley se mete en semejantes suposiciones —dijo Monsieur Bumble apretando fuertemente el sombrero entre sus manos. —La ley

es una necia... La ley no es mas que una vieja solterona... Si fuera casada pensaría de modo muy diferente.

Después de haber pronunciado estas palabras con tono enfático, hundió el sombrero en su cabeza, metió las manos en las faltriqueras del redingote y se retiró.

—Vos bella señorita dadme vuestra mano —dijo míster Brownlow, volviéndose a Rosa. —No tembleis así!.. nada tenéis que temer por las pocas palabras que quedan para decir.

—Si se refieren a mi (a pesar de que ignoro en lo que pueden concernirme) —dijo Rosa —dispensadme hoy de oirlas; en este momento no tengo para ello fuerza ni valor.

—Tenéis mas firmeza de la que creéis!.. —repuso Monsieur Brownlow, tomándola por el brazo —¿Conocéis a esta señorita?.. —continuó dirigiéndose a Monks.

—Si.

—Jamás os he visto antes de ahora —dijo Rosa con voz débil.

—Pero yo os he visto amenudo! —contestó Monks.

—El padre de la infortunada Inés tenía dos hijas —prosiguió míster Brownlow ¿Qué se ha hecho la mas joven?...

—Cuando murió su padre bajo nombre supuesto sin dejar papel alguno, que pudiera darla a conocer a sus amigos —replicó Monks —la mas joven, que no era mas que una niña, fue adoptada por unos pobres aldeanos que la criaron como hija suya.

—Proseguid —dijo míster Brownlow haciendo señal a la Señora Maylie de que se acercara.

—Vos no pudisteis saber el sitio en que se había retirado aquel hombre; pero allí donde fracasa la amistad, amenudo el odio triunfa:

mi madre acabó por descubrir la niña después de un año de pesquisas.

—Y se apoderó de ella, no es cierto?..

—No. Aquellos honrados labriegos eran muy pobres, y tal acción de humanidad les puso aun mas sobre aviso.

El hombre acabó por caer enfermo; lo que visto por mi madre les dejó la niña; remitiéndoles una módica suma de dinero que no debía durar mucho tiempo, y prometiéndoles otra mayor que no tenía la intención de enviarles.

Viendo que su estado de miseria no era motivo suficiente para indisponerles contra aquella niña, les contó a su modo la historia de la hermana; diciéndoles que si no ponían mucho cuidado, la muchacha que mantenían, de seguro llegaría a ser como ella; porque procedía de padres sin principios, y era hija ilegítima.

Aquellas buenas gentes dieron crédito a todo lo que les dijo mi madre y la niña arrastró una existencia miserable hasta que una señora viuda que habitaba en Chertsey habiéndola visto casualmente, tuvo compasión de ella y la adoptó.

Es necesario que exista un destino contrario a nosotros, porque a pesar de todos nuestros esfuerzos, permanecía en casa de aquella señora y fue feliz. Hace dos o tres años que la había perdido de vista, y no volvía a verla hasta hace algunos meses.

—La veis ahora?..

—Si, apoyada en vuestro brazo.

—Pero por eso no es menos mi sobrina —exclamó la señora Maylie estrechando la joven sobre su corazón —no es menos mi querida niña. No quisiera perderla ahora por todos los tesoros del mundo. Mi dulce compañera!.. Mi hija de adopción!.. miss mas caras esperanzas!..

—Vos sois la única amiga que tengo en el mundo! —exclamó Rosa pasando sus brazos alrededor del cuello de la señora. —Vos fuisteis para mi la mejor de las amigas, la mas tierna de las madres.

—Tranquilizaos ángel mio! —dijo la Señora Maylie abrazándola con la mayor ternura —y acordaos que hay otros a quienes sois también querida.

—Rosa, amada Rosa! —clamó Oliverio —fuisteis para mi una buena hermana, quiere consideraros en adelante no como una tia sino como una hermana idolatrada!..

Permanecieron solos por mucho tiempo. Un golpe ligero en la puerta del aposento anunció que alguien deseaba entrar. Oliverio corrió a abrir, y apartóse al momento para dar paso a Enrique Maylie.

—Lo sé todo! —dijo sentándose al lado de la joven —No es la casualidad la que me conduce a este sitio —añadió después de un silencio prolongado —y solo desde ayer sé todo lo que os concierne. Sin duda no ignorais que he venido para recordaros vuestra promesa.

—Un memento —dijo Rosa ¿Lo sabéis todo?..

—Ah!.. Rosa, sois para mi asaz cruel!..

—Oh!.. Enrique!.. Enrique!.. —continuó Rosa prorumpiendo en llanto —quisiera hacer lo contrario y evitarme estos dolores!..

—Pues bien; entonces reflecsionad sobro lo que habéis sabido esta noche.

—Y qué he sabido Dios mio!.. —que el sentimiento de su deshonra ha obrado con tal fuerza sobre mi desdichado padre, que no ha podido soportar su desgracia...

—No; —replicó el joven reteniendo a Rosa por el brazo cuando iba a retirarse. —miss deseos, mi porvenir, todo en fin menos mi amor a vos, ha experimentado un cambio. Al presente no os ofrezco ya un

rango distinguido en el mundo; donde ciertas preocupaciones hacen ruborizar a la misma inocencia...

—Qué queréis decir?.. exclamó Rosa con voz entrecortada...

—Digo —prosiguió Enrique —que en una de los condados mas bellos de la Inglaterra, en medio de risueñas colinas y verdes praderas, existe una pequeña iglesia de aldea que me pertenece, Rosa, y de la que soy el pastor; cerca de esta iglesia está el presbiterio, habitación rústica que vos embelleceréis con vuestra presencia, y que me haréis preferir mil veces a todas las dignidades a que he renunciado: tal es el rango que ocupo en el mundo, y que tendré una felicidad inmensa en compartir con vos...

Capítulo cuarenta y nueve

El último día de un reo de muerte

La sala del tribunal de los Assises se veía tapizada de rostros humanos desde el pavimento, hasta el techo. El menor espacio, el mas pequeño rincón, estaba ocupado.

Al centro de toda esta multitud, permanecía Fagin, con una mano apoyada en la baranda de madera colocada ante él, la otra en su oreja, y la cabeza inclinada hácia adelante para poder oir mejor el acta de acusación que el fiscal leía a los señores jurados.

De tanto en tanto, dirijia sobre ellos miradas ansiosas para ver si descubriria sobre sus fisonomías, el menor movimiento en su favor; y cuando los cargos que se le dirijian, quedaban probados con harta evidencia, miraba con ojo inquieto al tribunal.

Un ligero ruido en la sala le sacó de su abstracción. Volvió la cabeza, y notó que los jurados se habían reunido para deliberar.

Lo comprendió, de un solo golpe de vista, la imagen de la muerte se presentó en su mente y dirigiendo sus miradas hácia el estrado vio que el jefe de los jurados dirijia la palabra al presidente —Silencio!..

Era solo para pedir el permiso de retirarse.

Los contempló, uno después de otro para adivinar si le era posible en que partido se inclinaba el mayor número; pero inútilmente. Habiéndole dado el carcelero un golpe sobre la espalda, le siguió maquinalmente hasta el extremo del banco de los acusados para esperar allí la vuelta de los jurados.

De repente se restableció el silencio, y todas las miradas se dirigieron hácia la puerta lateral, por la que aquellos habían salido. Pasaron por su lado al entrar otra vez en la sala; pero le fue imposible distinguir nada en sus rostros: ellos estaban impasibles: «Si, el acusado es culpable!»

La sala retumbó por tres veces con las aclamaciones de la multitud y los de afuera respondieron con gritos de alegría al saber que seria ejecutado el lunes próximo.

Cuando el rumor se hubo apaciguado, se le preguntó si tenía nada que decir contra la pena de muerte.

Había recobrado su primera actitud, y miraba alternativamente al presidente; pero hubo necesidad de repetirle por dos veces esta pregunta antes que pareciera comprenderla, y soto balbuceó entre dientes —que era un viejo, un pobre viejo —un desgraciado viejo. Luego guardó silencio.

Los jueces tomaron el bonete negro; el reo quedó en la misma postura; la boca entreabierta, el cuello tieso. Hubo una mujer en la galería que arrojó un grito penetrante, y el judío se volvió vivamente como si hubiese sido contrariado o interrumpido.

El presidente pronunció con voz conmovida la sentencia fatal, y el acusado permaneció todo este tiempo tan inmóvil como una estatua.

Se je condujo a lo largo de un corredor enlosado en el que habían algunos prisioneros que esperaban su turno, y otros que hablaban a sus amigos tras de una reja que daba al patio.

A pesar de no haber allí nadie para hablarle, esos últimos retrocedieron al acercarse, a fin de facilitar a la gente de fuera, que se encaramaba a la reja para verle, el placer de contemplarle a satisfacción, y le chiflaron, le silvaron y le llenaron de injurias.

Se sentó en un banco de piedra que servía a la vez de silla y de lecho, y bajando la vista al suelo, procuró reunir sus ideas. Por grados llegó a este desenlace terrible: «Condenado a ser colgado por el cuello hasta que resulte la muerte. Tal era la sentencia terrible:

Condenado a ser colgado por el cuello hasta, que resulte la muerte!!!

Solo quedaba un día, de vida; y apenas tuvo tiempo de pensarlo, que ya había llegado el domingo!

Hasta el anochecer no empezó a sentir todo el horror de su posición, no porque antes concibiera esperanza de obtener gracia, sino porque jamás pudo imaginarse que debiera morir tan pronto.

Se tendió en el banco de piedra y procuró recordar el pasado.

Habiendo sido herido por el populacho el día en que fue preso por la policía, llevaba un pañuelo atado en su cabeza; sus cabellos rojos caían sobre su frente arrugada; su barba llena de polvo y grasa, estaba embrollada en pequeños nudos; su tez lívida, sus ojos centelleantes sus mejillas cóncavas daban horror al verlas.

Ocho!.. nueve!.. diez!.. Si esto no era una mala pasada que se le jugaba, y esas tres horas se habían sucedido realmente con tanta rapidez, dónde estará cuando volverán a sonar?.. Las once!.. Dio la media noche cuando el último golpe de las once vibraba aun en sus oídos.

Las barreras pintadas de negro estaban ya colocadas al rededor de la plaza para contener la afluencia de la multitud que la curiosidad no dejaría de atraer en aquel sitio, cuando míster Brownlow acompañado de Oliverio, se presentó a la portería; habiendo enseñado al portero un permiso de entrada firmado por uno de los cherifs y fue introducido al momento en la cárcel.

—Ese muchacho vá con vos al calabozo del sentenciado?.. —dijo el hombre que debía acompañarles a él. —No es muy buen espectáculo

para los niños.

—Sin duda, amigo mio! Tenéis mucha razón! —contestó míster Brownlow —pero su presencia es indispensable, y no puedo menos de llevarle.

El hombre los guió sin desplegar los labios.

—Este es el sitio porque va a pasar —dijo cuando hubieron llegado a un pequeño patio enbaldosado, en el que trabajaban muchos carpinteros.

De allí pasaron por muchas verjas que les fueron abiertas desde el interior por otros carceleros.

Después de haber dicho a míster Brownlow que esperara un instante, el alcaide llamó con su manojo de llaves a una de las puertas forradas de hierro; esta se abrió y dos guardianes después de haber cambiado con él algunas palabras en voz baja, hicieron señal a nuestros visitadores de que podían entrar en el calabozo.

El criminal estaba sentado en su banco, y balanceándose de uno y otro lado como una fiera cogida en el lazo.

El alcaide tomó a Oliverio por la mano; y habiéndole dicho por lo bajo que no tuviera miedo, miró al judío en silencio.

—Fagin!.. le dijo después de un momento.

—Aquí estoy!.. Aquí estoy!.. —exclamó el judío tomando la misma posición que tenía durante el curso de los debates —soy un anciano, milores!

—Ved ante vos a un sujeto que desea hablaros Fagin —dijo el alcaide poniéndole la mano sobre la espalda para hacer que se sentara otra vez —Vaya Fagin!.. ¿ya no sois un hombre?

—No lo seré mucho tiempo! —contestó el judío levantando la cabeza y mirando al alcaide con una espresión de rabia y de terror.

Mientras hablaba, vio a Oliverio y míster Brownlow y retrocediendo hasta el extremo del banco les preguntó que le querían.

—Ea Fagin! —estaos quieto —dijo el alcaide. —Ahora caballero —prosiguió dirigiéndose a míster Brownlow —si tenéis algo que decirle, hacedlo lo mas pronto posible, porque a medida que se acerca la hora se vá volviendo mas furioso.

—Tenéis unos papeles que os han sido remitidos para mas seguridad por cierto individuo llamado Monks?.. —dijo Monsieur Brownlow.

—Nada hay mas falso!.. contestó el judío.

—Por el amor de Dios!.. —continuó míster Brownlow —no digáis esto en el momento que estáis a las puertas de la eternidad; confesad mas bien a donde se hallan. Ya sabéis que Sikes ha muerto; que Monks lo ha declarado todo y que no os queda esperanza alguna. Decidme ¿dónde están esos papeles?..

—Oliverio!.. —exclamó el judío haciéndole una señal con la mano —ven acá para que te diga una palabra al oído.

—No tengo miedo —dijo Oliverio en voz baja y soltando la mano de míster Brownlow.

—Los papeles en cuestión —dijo el judío atrayendo a si el niño —están en un saquito de tela, en el fondo de un agujero practicado un poco mas allá del cañón de la chimenea —Tengo algo que decirte amigo mio; algo importante que decirte... A fuera!.. a fuera!..

—añadió —Di que me he dormido y ellos te creerán —No podré salir si obras así... Adelántate!.. Adelántate!.. Esto es! oh, sí, sí, esto es!.. Así saldremos bien!.. Ahora esa puerta... Si tiemblo al pasar por delante del cadalso, no pares la atención, y anda siempre como si nada fuera...

—No tenéis nada mas que preguntarle?.. —dijo el alcaide dirigiéndose a míster Brownlow.

—No; —respondió este —Si supiera que pudiese volvérsele al sentimiento de su posición!

—No lo creáis —dijo el hombre meneando la cabeza.

—Adelántate!.. Adelántate! —gritó de nuevo el judío... Poco a poco!.. Poco a poco!.. Mas a prisa! Esto es... así... está bien!..

Los guardianes le separaron al fin de Oliverio y lo rechazaron hasta el fondo del calabozo.

Nuestros visitadores tardaron algún tiempo para salir de la cárcel, porque Oliverio sintió desfallecer su corazón, después de esta escena horrible, y el día empezaba a clarear cuando pasaron el umbral.

Una multitud de gente estaba ya reunida en la plaza de la ejecución; las ventanas se veían atestadas de personas que fumaban y jugaban a los naipes para pasar el tiempo, esperando la hora fatal...

Capítulo cincuenta

Conclusión

Los destinos de los que han figurado en esta obra están ya cuasi fijados, y poco queda que decir al historiador.

Antes de finir los tres meses Rosa Fleming y Enrique Maylie fueron casados en la pequeña iglesia, de la que éste fue el pastor y en cuyo presbiterio se establecieron el mismo día.

La Señora Maylie vino a vivir con sus hijos para gozar en sus últimos años de la felicidad mas pura que la vejez y la virtud puedan conocer; esto es la de ser testigo de la dicha de aquellos que habían sido constantemente el objeto de sus desvelos.

Después de una seria liquidación fueron repartidos por partes iguales entre Oliverio y Monks los restos de la fortuna inmensa, de que este había sido el único posesor (y que nunca había aprovechado en sus manos, así como en las de su madre.) Le tocaban a cada uno un poco mas de tres mil libras esterlinas.

Monks habiendo juzgado conveniente guardar este nombre supuesto, se retiró en un país lejano de América con la porción que quiso concederle míster Brownlow, la cual disipó en poco tiempo. Pronto volvió a tomar sus malas costumbres y cayó de nuevo en sus antiguos vicios.

míster Brownlow adoptó a Oliverio como su propio hijo; y habiendo venido a vivir con su ama de llaves con gran satisfacción de este último, a poco menos de una milla del presbiterio en que habitaban los recién casados, formaron una pequeña sociedad de amigos

verdaderos, cuya felicidad fue tan perfecta, como puede esperarse en este mundo.

Poco después del casamiento de nuestros jóvenes, el buen doctor volvió a Chertsey, donde privado de la sociedad de sus dignos amigos no tardó en aburrirse y por poca disposición de carácter que hubiera tenido, pronto se hubiera vuelto huraño.

Durante dos o tres meses, se contentó con insinuar sus temores de que los aires de Chertsey fueran contrarios a su salud; luego viendo, que no disfrutaba de la alegría de otros tiempos, cedió su clientela a su asociado, y alquiló una casita a la entrada de la aldea, de que su joven amigo era pastor.

Antes de venir a instalarse en su nuevo domicilio había contraído una fuerte amistad con míster Grimwig, que le pagaba, con otra igual.

En consecuencia recibe muy a menudo las visitas de este excéntrico caballero, que en estas ocasiones, caza, pezca, y trabaja la madera con una actividad sin igual haciendo cada una de estas cosas al revés de todo el mundo, y afirmando (con su proposición favorita), que su modo de obrar es infinitamente preferible a otro.

Maese Noé Claypole, después de obtenido su indulto de la corona por haber declarado contra el judío, consideró que su profesión no era del todo tan segura como se figuraba y de consiguiente buscó los medios para ganarse la vida sin estar demasiado sobrecargado de trabajo.

Al pronto tuvo mucho embarazo sobre el partido que debía adoptar: pero después de calcular un tanto se hizo soplón partido en el que se distingue mucho. Regularmente, todos los domingos durante la hora del oficio se pasea en compañía de Carlota decentemente vestida. Esta se desmaya a la puerta de los caritativos taberneros;

Noé se hace servir tres sueldos de aguardiente para hacerla volver en sí, y a la mañana siguiente hace su denuncia contra tal o cual tabernero que ha infrinjido la ley abriendo su tienda durante el oficio. Entonces embolsa la mitad de la multa.

Los consortes Bumble, privados ambos de su empleo, fueron reducidos gradualmente a la miseria mas horrible, y acabaron por ser recibidos como a pobres en la casa de Caridad donde habían en otro tiempo gobernado como déspotas.

En cuanto a Giles y Brittles permanecen siempre en sus antiguos puestos.

Carlos Bates aterrorizado por el crimen de Sikes, hizo serias reflexiones sobre su mala conducta pasada, y persuadido de que sobre todo vale mas una vida honrada; resolvió enmendarse y vivir en adelante de su trabajo.